Nicolás Giacobone

Los impotentes

Después de tres décadas de compartir el mismo techo, Pan abandona el hogar materno y decide revelarle al mundo la verdad. Hijo adoptivo de Emilia Mayer, una renombrada escritora, el joven fue en realidad «comprado» y se convirtió en la víctima de una relación enfermiza con la que decía ser su madre. Tras el escándalo, y para tratar de recuperarlo, Emilia escribe su última y mejor novela bajo el nombre de Pan, la cual la llevará definitivamente a la ruina o a su consagración.

Una aspirante al Nobel, un joven hecho añicos, un hombre que sufre de impotencia y una editora con problemas en la cama son el elenco de Los impotentes, una novela sobre las perversas interpretaciones del amor y la cultura de la cancelación que se pregunta hasta dónde es posible separar al artista de su obra.

Nicolás Giacobone

Los impotentes

Título original: *Los impotentes*
Nicolás Giacobone, 2024

-

Revisión: 1.0

04/10/2024

1. PAN MAYER

No sabe adónde ir. No saber adónde ir es importante. Cada paso, un paso hijo del azar.

Falso. Cada paso es una decisión. Aunque no sepa dónde va, tiene que decidir hacia dónde apuntar el pie. Hay una táctica detrás de cada paso. Una táctica inmediata y no demasiado analizada, pero táctica al fin. Cada decisión es una decisión táctica.

Su plan no es perfecto. Emilia decía que aspirar a la perfección es inhumano pero que al mismo tiempo no nos queda otra.

Alguien le pregunta a alguien la hora y Pan apura el paso. No le importa la hora. No tiene que importarle. Solo sabe que es de día y no debe faltar mucho para que anochezca. Sabe que es lunes porque ayer, que aún chequeaba el día y la hora, era domingo. Espera no tardar en olvidar qué día y hora es.

Dobla a la derecha y enfila hacia algún lado. Le cuesta no imaginar posibles planes para lo que queda del día. Es difícil no imaginar posibles planes. El pensamiento es tan suyo como ajeno. Ya no va a intentar someterlo, que lo lleve donde quiera, que lo ponga de rodillas y lo azote con imágenes aterradoras.

El olor de este barrio es conocido. Su barrio. Ya veremos qué pasa cuando se aleje, si es que decide alejarse. Decide sin decidir. Se aleja porque así se dio, así se va a dar.

Cuando Emilia entienda que desapareció, va a salir a buscarlo. Va a sufrir su ausencia. Va a padecerla. La cara de Pan va a viajar por el país y en algún momento lo van a encontrar. Una cámara pública lo va a grabar caminando o alguien le va a sacar una foto.

Los faroles se encienden al menos una hora antes de lo necesario. Pan no recuerda otro momento en el que se haya encontrado caminando por la calle justo cuando los faroles se encienden. Seguramente existió ese momento. Seguramente en aquel momento los faroles se encendieron sin que se diera cuenta.

Una rotisería vende pollos a la espada. Pan presiente que le va a agarrar hambre. No debe ser hambre real, sino una de las tantas formas que su mente tiene de lidiar con la ansiedad. Va a comer cuando sienta hambre en serio. Va a comer cuando el hambre sea un dolor. El cuerpo nunca le dolió por falta de comida. Tampoco se le nubló la mente. Quiere experimentar el placer de ingerir alimentos cuando realmente los necesite. El placer de morder un durazno, no porque es dulce y jugoso, sino porque es la gasolina necesaria para seguir viviendo.

¿Cuánto se tarda en sentir hambre en serio? ¿Cómo duele el hambre?

Los borceguíes le aprietan el arco. Debería haberlos caminado varios días antes de otorgarles la cucarda de «único calzado de ahora en más». Ya se va a acostumbrar. Los pies se van a habituar a estas dos casas idénticas de cuero y goma. Fue una buena idea decidirse por los borceguíes: es agradable caminar sin tenerle miedo a lo que pisa.

* * *

El olor no cambia para mejor o peor, simplemente cambia. La gente no es del todo la misma, aunque Pan no puede afirmar en qué se diferencia. De alguna manera todo es diferente y lo mismo.

Al pasar por la vidriera de una juguetería, ve su reflejo y se detiene. Cuando sea viejo va a lucir una hermosa joroba. Si es que llega a viejo. Ignora si es posible llegar a viejo viviendo la vida que acaba de empezar a vivir. Ignora si importa llegar a viejo. No importa saber si va a llegar a viejo, y tampoco es que sea posible

saberlo. Nadie lo sabe con seguridad; ni siquiera los que viven vidas sanas tanto física como psicológicamente, los que hacen todos los días lo que supuestamente hay que hacer para vivir una larga vida. Aunque hay gente que hizo en gran parte lo opuesto a lo que supuestamente hay que hacer para vivir una larga vida y murió a los noventa y tantos años, y gente que siguió a rajatabla lo que supuestamente hay que hacer para vivir una larga vida y murió joven.

Es bueno asimilar estas obviedades. Suelen ser las que exponen los que pretenden vivir evitando hacer lo que supuestamente hay que hacer para vivir una larga vida. Obviedades que se afirman sin detallar los porcentajes. Pero lo importante son los porcentajes, no las excepciones. Los que pretenden vivir sin cuidarse se fijan solo en las excepciones, pero los porcentajes justifican a los que viven haciendo lo que supuestamente hay que hacer para vivir una larga vida.

Pan no posee una gran inteligencia. No se considera especial. Tardó en darse cuenta de que no es especial. Emilia, cuando era chico, le juraba y recontrajuraba que era especial: todos los días de su infancia se ocupó de repetírselo. Pero a medida que Pan se acercaba a la adultez, ella fue dejando de repetirlo, se fue olvidando de prestarle atención. Pan sintió esa distancia. No recuerda cuándo la sintió por primera vez, pero sí que la sintió. Recuerda el sentimiento de distancia, o la distancia sentida.

¿Qué hora es? Basta de preguntarse la hora. Lo único que sabe es que se hizo de noche. Su primera noche acaba de empezar.

En algún momento debe haber pasado por este barrio. Podría fijarse en los nombres de calles y comprobarlo. No, mejor no fijarse. ¿Para qué? No está yendo a ningún lado. Sí, a algún lado va. Siempre que se camina se va a algún lado.

Cruza una calle y, al pasar por una plaza de árboles frondosos, siente que la temperatura baja. Se sube el cuello de la campera. Tendría que haberse lanzado a esta nueva vida en verano, acostumbrarse al vagabundeo sin padecer frío. Pero su intención no es ser vagabundo. Su intención es vivir sin ser nada en particular. No

ser más hijo o novio o concubino o lo que sea que era. No tener nombre. Y si le preguntan cómo se llama, decir lo que le surja en el momento.

¿Qué nombre daría si alguien le preguntase ahora cómo se llama? No se le ocurre ninguno. O sí, solo se le ocurre el nombre que le dio Emilia. El nombre que figuraba en su documento y cortó en pedacitos y arrojó al contenedor de basura reciclable junto con su celular, tarjeta de débito y carnet de seguro médico.

* * *

Pan va a caminar hasta que el hambre sea un dolor y entonces pueda elegir uno de los restaurantes que lo rodeen y cenar lo que sea que lo tiente del menú. No va a elegir qué comer hasta leerlo y darse cuenta de qué es lo que quiere.

Basta de planificar. Lo único que importa es que camina y es de noche. ¿Importa que sea de noche? Todos los días van de la luz a la oscuridad y a la luz otra vez.

En algún momento le va a agarrar sueño y va a tener que decidir dónde dormir. ¿Se puede improvisar dónde dormir de la misma manera que piensa improvisar dónde comer?

El estómago le produce un ruido burbujeante, pero Pan no está seguro de que sea hambre. Si piensa en comida no se le hace agua la boca. ¿Cuánto falta para que cierren los restaurantes? Basta de preguntarse la hora. ¿Qué va a hacer si el hambre aparece cuando los restaurantes ya cerraron? Compra algo en un kiosco y lo come en el cuarto de hotel. ¿Va a dormir en un hotel? ¿Ya lo decidió? No, no tiene que decidir con tanta anticipación. Solo decisiones inmediatas.

Enfila por el sendero de una plaza, se sienta en uno de los bancos, se quita el borceguí derecho y se masajea el pie. Se quita el borceguí izquierdo y se masajea el pie. Empieza a caminar otra vez. Es curioso cómo, al caminar sin rumbo ni intención, los ruidos que lo rodean existen en un mismo nivel de importancia. Su mente no

elige qué escuchar: todos los sonidos son igualmente placenteros e irritantes.

Mientras espera que el semáforo le permita cruzar, mira el cielo y comprueba que no termina de oscurecer del todo.

Alguien le grita a alguien que venga a ver algo.

La temperatura sigue bajando. Igualmente, como ya hace rato que entró en calor, piensa en quitarse el *sweater*. Pero le da flaca quitarse la campera para quitarse el *sweater*. Además, si se quita la campera, se quita la plata que lleva encima, la plata que ahorró durante semanas. Lo mejor va a ser meterse en un hotel antes de que se haga demasiado tarde. Esto de no saber adónde va está muy bien, pero no a la madrugada cuando crecen las chances de que lo dejen sin un peso. O tal vez eso es lo que tenga que pasar: quedarse sin un peso. Si lo van a robar, que lo roben. Luego busca un trabajo provisorio, lo que sea que consiga el tiempo que le parezca necesario, o que quiera, o que le permitan trabajar.

¿Es posible conseguir un trabajo sin documento de identidad? ¿Se apuró a cortarlo en pedacitos y tirarlo a la basura?

Lo hecho, hecho está. Si le hace falta trabajar, buscará la manera de que lo contraten en negro. No, tiene que evitar que lo roben y entonces va a poder vivir un tiempo sin trabajar. Si es que no gasta plata en cosas innecesarias. Tal vez le entren ganas de gastar plata en cosas innecesarias.

Al llegar a microcentro, busca un hotel de una o dos estrellas, o sin estrellas, uno de esos antros de fachadas sospechosas donde tal vez no pidan identificación.

Los bares y restaurantes siguen abiertos, pero no por mucho tiempo más. Pan trota media cuadra intentando despertar el hambre. Trota una cuadra entera. Tal vez lo correcto sea no comer hasta el desayuno.

Piensa en frenar a alguno de los pocos que aún deambulan por la calle y preguntarle si sabe dónde hay un hotel barato. No, lo adecuado es no preguntar. Ya va a aparecer. Antes, cuando aún no buscaba un hotel, encontraba uno cada tres cuadras.

* * *

Se detiene ante una puerta de madera oscura junto a una placa de bronce con el nombre del hotel. No tiene estrellas, pero que les haya alcanzado para la placa le da confianza. Toca el timbre. No hay portero eléctrico, así que no le queda otra que esperar que alguien venga a abrir la puerta. No viene nadie. Vuelve a tocar el timbre.

Se siente un poco cansado, pero no tanto como para no seguir dando vueltas, avanzando sin rumbo. Aunque la idea de una cama, de su cuerpo estirado sobre un colchón, lo seduce: sacarse la campera, el *sweater*, los borceguíes, los pantalones, las medias, los calzoncillos, la remera tal vez, y adoptar la posición horizontal.

Vuelve a tocar el timbre y alguien del otro lado grita que ya viene. La puerta se abre y una mujer se asoma, lo mira como esperando algo.

Buenas, dice Pan. ¿Tienen cuartos disponibles?

La mujer lo invita a pasar. El pasillo está lo suficientemente iluminado para que no se lleven por delante. El *lobby* es un rectángulo de paredes blanco tiza, sin cuadros, alguna mancha de humedad y un escritorio con una computadora y dos guías telefónicas: páginas blancas y amarillas. La mujer se sienta frente a la computadora y le pregunta cuántas noches piensa quedarse.

Una.

La habitación con vista a la calle vale treinta dólares y la de con vista al fondo, veinte.

Con vista al fondo está bien.

Tres mil ochocientos pesos.

Pan paga con el cambio justo, rogando que ese detalle la convenza de no pedirle el documento. La mujer abre el primer cajón del escritorio y saca un cubo de madera con el número siete del que cuelga una cadena con una llave.

Tiene que subir al segundo piso, dice señalando la única escalera.

¿No venden algo para comer?, le pregunta Pan.

La mujer abre otro de los cajones, saca una barrita de cereales y se la ofrece.

Doscientos cincuenta pesos.

Pan le vuelve a pagar con el cambio justo y guarda la barrita en el mismo bolsillo en el que guarda la plata. Encara hacia la escalera, cuando la mujer le informa que entre siete y diez de la mañana sirven desayuno.

Café con leche, medialunas y un Cepita de naranja. Todo incluido.

Pan sube tratando de imaginar en qué parte de este inmueble angosto de techo bajo servirán el desayuno. El primer piso no muestra más que un pasillo estrecho con tres puertas. El segundo es idéntico al primero. Una alfombra que no cambian desde hace décadas, o que alguien diseñó para que así lo parezca. Pan busca la puerta con el número siete. La llave no calza en la cerradura. No es raro que le pase esto: las llaves nunca calzan cuando intenta usarlas por primera vez. Luego gira sin problemas y…

Podría ser peor. *Mucho* peor. Espera que algún aroma molesto se haga notar, pero casi no hay olores, solo una sensación leve de encierro. Golpea el cubrecama un par de veces y la cantidad de polvo que se eleva es soportable.

Entra al baño y prende la luz: limpio. La ducha sale de la pared a la altura de sus hombros. Suerte que ya no va a bañarse. Abre el agua fría y la cierra. Debería haberle preguntado a la mujer si tenía algo para tomar, tal vez uno de esos jugos que dan en el desayuno. No, mejor no beber nada hasta sentir sed.

Se quita la campera, el *sweater*, los borceguíes, los pantalones, las medias, los calzoncillos, y se acerca a la ventana. Comprueba lo que ya sabía: da a la parte trasera de otro edificio; ventanucos de baños o cocinas, cajas de aires acondicionados.

Saca la barrita de cereales del bolsillo de la campera y se acuesta. Aún no tiene hambre; al menos no la que está esperando tener. Hoy al mediodía comió por última vez: dos sándwiches de jamón cocido, queso, mayonesa y las cuatro lonjas de pan de salvado que quedaban en la heladera. Desenvuelve la barrita y la huele. Ninguno de los

cereales que la componen parece natural. Levanta la cabeza buscando un tacho de basura pero, como desde esta posición no ve ninguno, deja el envoltorio en la mesita de luz. Toca la barrita con la punta de la lengua y aguarda que las papilas despierten el hambre. No despierta. O sí despierta, pero Pan no sabe reconocerla. Tantos años de saciedad que olvidó cómo sentir hambre. Envuelve la barrita y apaga la luz.

* * *

Despierta con sed, pero sin hambre. La barrita de cereales en el envoltorio abierto le da asco. Sale de la cama y se estira: intenta tocarse las puntas de los pies. Ya es de día, pero la luz aún no lastima, por lo que asume que debe ser temprano, o el sol no llega a asomarse a este corazón de manzana. La habitación es un poco más deprimente que de noche.

Hace pis y se lava la cara. Piensa en lavarse las manos, pero no: si no se baña ni cepilla los dientes, lo correcto es no lavarse las manos. Mañana tampoco va a lavarse la cara. Ignora por qué se la lavó. No es una necesidad básica. Que las lagañas permanezcan el tiempo que quieran agarradas a sus ojos.

Un sorbo de agua de la canilla, y luego un segundo, y el tercero lo escupe porque presiente que va a revolverle el estómago. Se viste, agarra la llave, la barrita y sale al pasillo.

Silencio en las otras habitaciones. No lo sorprendería ser el único inquilino de este hotelucho perdido en el micro-centro. Baja las escaleras esperando los típicos ruidos del desayuno, los mismos que escuchaba con alegría al acercarse a salones de los hoteles cuatro o cinco estrellas que visitó con Emilia en los pocos viajes que hicieron juntos. Llega a planta baja con una leve sensación de mareo. No hay nadie detrás del escritorio.

Hola, dice. Buen día.

Como la mujer no aparece, supone que quizá lo mejor sea dejar

el cubo con la llave en el escritorio e irse. Desayunar en el primer café que encuentre, o en el primero que le llame la atención, si es que el hambre al fin decide asomar la cabeza. Enfila hacia la puerta de calle, cuando alguien le pregunta adonde va: un hombre de unos setenta años con un trapo de piso en la mano.

Dejé la llave en el escritorio, dice Pan.

¿Qué habitación?

Siete.

¿Ya desayunó?

No, no encontré el salón.

No hay ningún salón. Servimos en la cocina o las habitaciones.

A Pan le da culpa irse sin tomar el desayuno. ¿Quién es para desdeñar el café con leche con medialunas y jugo de naranja en tetrabrik que esta buena gente le ofrece y además ya pagó? Pero no tiene hambre. Siente el estómago vacío, pero no hambre.

Alza una mano saludando al hombre y se dispone a salir, pero la puerta de calle está cerrada con llave. Se miran un momento, como si el hecho de no haber podido abrir la puerta hubiese revelado el plan macabro que esconden los dueños de este hotel. El hombre se le viene encima con la llave y el gesto de alguien que acaba de oler bosta.

¿Durmió bien?

Sí, muy bien, gracias, dice Pan, y se pierde en la vereda más poblada del mundo.

* * *

La primera mañana de su nueva vida. Su vida de ahora en más. Empieza a caminar hacia la derecha, pero se arrepiente y enfila hacia la izquierda. El sol en la cabeza no tarda en sugerirle que se quite la campera. ¿Qué va a hacer en verano con la campera? La carga en una mano. No, la idea es no cargar nada. Lo mejor es venderla cuando pierda utilidad y luego comprar otra cuando la sienta

necesaria.

Saca la barrita de cereales y la huele. El hambre se mantiene agazapada. ¿El hambre es un mito? ¿Un invento publicitario? Sabe que no, pero lo piensa: el hambre no existe, y tira la barrita de cereales a un tacho de basura.

Camina quince cuadras en línea recta. Cruza a la vereda con sombra y camina otras quince cuadras en línea recta.

Dos pibes pasan devorando facturas que pellizcan de una bolsa de papel húmeda de aceite o manteca. Extrañamente, lo que le despierta el hambre no son las facturas, sino la bolsa húmeda.

Pan avanza por una avenida de mueblerías y negocios de artículos para el hogar. Ya no tiene que comprar mesitas de luz ni veladores ni percheros. Cuando suba la temperatura (si es que no se encuentra en una zona de campos con suelo de tierra y barro), va a vender los borceguíes y conseguirse un par de zapatillas cómodas, las que usan los maratonistas.

El primer café que aparece fue fundado hace cien años y remodelado por última vez hace cincuenta. Pan se sienta junto a una ventana y espera que el mozo le traiga el menú. Pide un café con leche, un jugo de naranja exprimido, tostadas de pan negro con manteca y mermelada, dos medialunas de grasa, un muffin de banana y nuez y huevos revueltos con jamón cocido.

No logra evitar espiar la hora en un reloj de pared sobre la puerta que da a la cocina.

El café con leche es tomable. El jugo de naranja muestra restos de pulpa, pero la textura y sabor lo hacen dudar de que sea exprimido. Las medialunas recuperan la frescura cuando las moja en café con leche; las devora sintiendo cómo le chorrean el mentón. Los huevos revueltos funcionan solo si los desparrama sobre tostadas untadas con manteca y mermelada.

Cuando llega el momento de probar el muffin, se da cuenta de que no tiene hambre. En realidad dejó de tenerla luego de devorar las medialunas mojadas en café con leche. Es probable que tampoco haya tenido hambre antes del desayuno, al menos no la que esperaba tener desde que empezó esta nueva vida.

¿Pero por qué es importante que el hambre sea un dolor? Cuando el mozo dejó el desayuno en la mesa, Pan sintió claramente el deseo de comerlo. ¿El deseo no es suficiente? Un deseo no es más que un antojo, pero un dolor es un grito de socorro. Un dolor indica que hay que hacer algo ya.

Mientras paga el desayuno, se arrepiente de haber comido antes de que el hambre sea un dolor. Envuelve el muffin en una servilleta y lo guarda en el bolsillo de la campera en el que solía llevar el celular. Da un paso y se detiene. Como la idea es no cargar nada, deja el muffin en la mesa y sale del café.

Camina veinte cuadras sin doblar ni girar en sentido contrario. Basta de contar las cuadras: es otra forma de vivir agarrado al tiempo.

Se alegra al pensar que ya no tiene que apurarse. Excepto que alguien lo persiga. Aunque le cuesta imaginar por qué alguien quisiera perseguirlo. Si se gasta toda la plata y no consigue un trabajo en negro, tal vez se vea forzado a robar comida, y si lo agarran robando es probable que lo persigan. No, no va a robar. Que haya abandonado su vida anterior no quiere decir que exista fuera de las reglas de la sociedad. No empezó esta nueva vida para terminar convirtiéndose en criminal. Empezó esta nueva vida para deshacerse de la anterior. Lo importante no es lo que tenga de nuevo, sino lo que carezca de la anterior.

Los edificios que lo rodean son varios pisos más bajos que los de cuadras atrás. Un grupo de chicos de unos seis años juegan al fútbol en la calle. Ya no es normal ver a chicos de esta edad jugando en calles de ciudades sin que un adulto los vigile.

El estómago le anuncia que pronto va a necesitar un inodoro con bidé. Pan no pensó en posibles formas de acceder a inodoros con bidé. La idea es no planear, pero debería haber imaginado cómo acceder a inodoros con bidés cuando la urgencia los invocase. ¿Puede vivir el resto de su vida sin limpiarse el culo con un chorro de agua? ¿Es suficiente el papel higiénico? En varios países es más que suficiente.

Podría volver al hotel: los inquilinos suelen tener derecho a usar

sus habitaciones hasta las once o doce del mediodía. Basta de preguntarse la hora. Mañana va a desayunar cerca del hotel donde duerma, y a pasear por las calles que lo rodean, y esperar que lo sacudan las ganas de ir al baño para volver a la habitación y usar el inodoro con bidé. Basta de planear. Hay algo contradictorio en la necesidad de un bidé. Si no piensa ducharse de ahora en más, tal vez lo correcto sea no volver a usar un bidé. Que los chorros de agua no lo limpien ni de arriba ni de abajo.

Entra en un bar donde un grupo de jubilados juegan al truco. Se acerca al empleado tras la barra y le pregunta si puede usar el baño.

Tenés que consumir algo antes.

Una botella de agua sin gas.

Mínimo trescientos pesos.

Dos botellas entonces.

¿Las dos sin gas?

Sí.

Pan paga y le pide que por favor le cuide una de las botellas. Enfila hacia el baño destapando la otra y tomando un sorbo, sintiendo cómo el desayuno lo empuja hacia el suelo.

El inodoro no tiene tabla. Limpia el borde usando papel higiénico mojado con agua mineral y se sienta. Espera varios minutos hasta comprobar que no quedan retortijones. Se limpia, deja la botella en el hueco entre el inodoro y la pared y tira la cadena.

El empleado lo sigue con la mirada: quiere dejarle en claro que sabe, que siempre supo. Pan agarra la botella que pidió que le cuidara y se apura hacia la salida antes de que le pregunte qué hizo con la otra. Como su intención es no cargar nada, no tiene mucho tiempo para tomarse el agua mineral sin gas. No debería haber cargado la barrita de cereales en el bolsillo: de ahora en más lo que adquiere lo consume y sigue adelante.

Cinco cuadras en línea recta y se detiene. ¿Qué está haciendo?

¿Qué sucede con una pieza de ajedrez cuando abandona el tablero?

No es posible abandonar el tablero, ya tiene el tamaño del

mundo.

2. EMILIA MAYER

Un año tardaron en construirle la casa. Emilia se inspiró en el diseño de una casona de Maldonado, Uruguay: una residencia para escritores en la que había vivido seis meses a los veintiocho años, luego de ganar la beca de una fundación que fomentaba el desarrollo de artistas del Río de la Plata. Nunca olvidó aquella casona. Nunca escribió con tanta alegría y desfachatez como durante los seis meses que le permitieron vivir entre aquellas paredes.

Cuando entendió que su fama no iba a ser algo pasajero, intentó comprar la casona de Maldonado, pero demasiado tarde: la habían derrumbado para construir un edificio de quince pisos, con pileta, cancha de tenis y SUM. Mientras oía al agente inmobiliario ofrecerle otras opciones, Emilia sintió que algo parecido al llanto la atragantaba. ¡Qué estúpida! ¿Quién llora por una casona? No había derramado una lágrima cuando tiraron abajo la casa de sus padres. La casa en la que había pasado su infancia y adolescencia. La casa en la que leyó por primera vez a Alejandra Pizarnik. Pero perder la casona de Maldonado no era lo que la atragantaba, sino la imposibilidad de recuperar lo que había sentido aquellos meses: por primera vez la certeza de que cada palabra que escribía en los cuadernos Rivadavia de hojas cuadriculadas era la indicada, justa, inquebrantable. La convicción de que estaba escribiendo algo de peso, único, no del todo original, pero al mismo tiempo jamás imaginado por nadie.

El profesor de Literaturas Clásicas les había dicho que había que tener cuidado con la originalidad: «La originalidad no es tan

importante como algunas voces, en especial devenidas del mundo de la publicidad, nos quieren hacer creer. Muchas de las obras esenciales fueron construidas sobre estructuras mil veces usadas». No es mucho más lo que Emilia recuerda de sus profesores de Letras.

Se juntó con un arquitecto que le había presentado Abelardo Calcarami, su último editor, y le contó cómo era la casa que quería hasta el más mínimo detalle. Verla crecer de los cimientos, ladrillo tras ladrillo, le permitía distraerse de la traición de Pan.

¿Cómo es posible que no la hubiese visto venir? Todo es culpa de la rutina: te adormece, te ablanda, te convence de que vivir en estado de alerta no es necesario. Las semanas anteriores Pan se había mostrado inusualmente amoroso. ¿Por qué no sospechó de sus palabras alentadoras, de sus caricias fuera de lugar?

La novela. La obsesión por la novela. El libro número diez que iba a tragar, digerir y defecar sus otros libros. Un tomo que pretendía anular su carrera literaria, desheredarla.

Ahora sí, Emilia, si te niegan el Nobel rompemos todo, le dijo Calcarami, aunque no había leído ni una página.

Hace una década que se viene insinuando que Emilia Mayer es una de las candidatas más firmes al Nobel de Literatura. Cada año, cuando se acerca la fecha de premiación, las casas de apuestas la ubican entre los veinte nombres con más posibilidades.

Pero la traición de Pan destruyó en un día lo que Emilia lleva construyendo hace más de treinta años. Cuando lo vio en la tele sintió el peso del fin. No, lo sintió cuando la llamó su editor para pedirle que prendiese la tele y pusiese cualquier canal de noticias. No, lo sintió cuando despertó y entendió que Pan se había ido. No tardó en darse cuenta de que se había ido para siempre.

En los medios de comunicación la llamaron «monstruo». Un periodista la comparó con Josef Fritzl, un viejo austríaco de Amstetten acusado de haber tenido encerrada a su hija en un sótano y haberla violado sistemáticamente. Emilia no entiende de dónde se agarra semejante comparación. Pan no es su hijo. El único delito que cometió fue haberlo comprado. Luego no hizo más que

cuidarlo, educarlo, ofrecerle una vida que probablemente no hubiese soñado en tener.

Nunca pensó en Pan como hijo. Era el hombre de su vida. Un hombre criado en su casa, educado según sus más detallados designios, pero sin dejar de ser libre. Ese detalle es esencial: la libertad. ¿Por qué en las entrevistas no habló de la libertad?

Nunca te cerré la puerta, le dijo al Pan en la tele. Si te quedaste fue porque querías.

Pero él la había estafado. Había dormido a su lado escondiendo al fondo de su desnudez la repulsión.

Emilia no termina de discernir qué hizo mal. Le gustaría hablarlo con Pan, pero el doctor Galeano, su abogado, le dijo que ni se le ocurra.

Demasiado barata la sacaste, Emilia. Mil quinientas horas de escarnio público a cambio de una investigación policial cerrada, sin pruebas, sin condenas. Te conviene dejar que pase el tiempo. Estos casos de *la palabra de uno contra la del otro* no tardan en esfumarse.

La editorial argentina anunció que cortaba todo tipo de arreglo comercial con Emilia y en las semanas siguientes las más de cuarenta editoriales extranjeras se fueron haciendo eco. Nadie va a reimprimir sus libros. La obra de Emilia Mayer empezó oficialmente a chamuscarse.

* * *

De chica se imaginaba a veces como una res. Una res entera colgada de un gancho. Una res viva, capaz de moverse, ir a clases, cenar con sus padres, leer, dormir en su camita con acolchado de unicornios.

A los siete años, en Punta Mogotes, su padre carnicero la agarró de un brazo, la arrastró hacia el mar y, tras decirle que estaba harto de su cobardía, que no era concebible que su hija aún no supiera nadar, la arrojó contra una ola que rompía. Desde entonces a Emilia le suena la muñeca izquierda. Cuando gira la mano, le suena como

una cajita china. Está convencida de que de vieja se le va a poner dura, como un muñón con dedos.

Su madre tenía las ideas blandas: aguas vivas muertas, porciones de gelatina. Emilia había querido vivir en una gelatina.

Un domingo, aburrida, se clavó un alfiler en el brazo y no sintió nada. Entonces bajó a la cocina, buscó un cuchillo y se hizo un tajo. La sangre salía sin parar. Su madre la encontró a tiempo y le aplicó un torniquete. Emilia aún sonríe cada vez que lee esa palabra en un libro.

Pasaba horas en el suelo de la cocina escribiendo en cuadernos. Escribir le permitía meterse adentro. Una noche se metió tan adentro que casi no sale. No le hubiera molestado no salir: ella era el mejor refugio que podía encontrar.

Al principio rompía todo lo que escribía. No hay sensación más increíble, maravillosa, que escribir una novela de trescientas páginas y romperla en pedacitos. Para ella lo más lindo era *empezar* a escribir.

Los libros gruesos la sacaban de quicio: las sagas familiares de más de quinientas páginas. Los autores de esos libros no eran escritores. No podían serlo. Los comparaba con abogados, contadores, ingenieros.

Emilia pensaba (piensa) que los escritores deben ser carniceros. Deben agarrar a sus personajes de un brazo y colgarlos como reses, o arrojarlos contra la ola que rompe.

* * *

Se instaló en la casa nueva semanas antes de que pusieran el último ladrillo. Se encerró en el dormitorio en *suite* con sus pertenencias esenciales, incluidas las catorce ediciones de la *Poesía completa* de Pizarnik que subrayó hasta el hartazgo volviéndolas odiosas de releer, pero que por alguna razón mantiene siempre cerca. También trajo la laptop con el archivo de la novela inconclusa. La novela que

iba a dejar a los miembros de la Academia Sueca sin otra opción más que entregarle el Nobel. La novela que no le había permitido ver los sutiles vestigios de la inminente traición de Pan.

Intentó terminar el párrafo que había dejado abierto, mutilado, pero no pudo. No lograba concentrarse o no le encontraba sentido. Le echó la culpa a la falta de concentración, porque no encontrarle sentido hubiese sido prueba de que el acto de escribir no era más que un intento desesperado por obtener el único reconocimiento que le faltaba. En varias de las entrevistas que dio a lo largo de su carrera, Emilia fomentó el acto de escribir como una disciplina que guarda el fin en sí misma. Escribir importa por el simple hecho de escribir. Es patético pregonar una escritura que esconda un fin: escribir con una meta, con el deseo de conseguir algo, de llegar a algún lado.

¿La traición de Pan le había quitado sentido al acto que había gobernado la mayor parte de su vida, que había *justificado* su vida, que había llenado las horas de significado, que le permitía mirar atrás y ver el peso, la viscosidad relevante de los días?

No tardó en vender la casa en la que había criado a Pan, en la que habían formado una pareja. El agente inmobiliario le aclaró que, luego de la tormenta mediática en su contra, no quedaba otra que bajar el precio a la mitad. Emilia le dijo que no había problema: tenía (tiene) plata en el banco para vivir sin mayores preocupaciones hasta los ciento cinco años.

Pan no le pidió un solo peso. Al menos no todavía. Ella necesita saber en qué anda, dónde vive, con qué plata, pero preguntar no es una opción según su abogado. Necesita saber en qué se equivocó, qué acciones dispararon la traición.

Desde que el hombre de la ambulancia le entregó aquel diminuto bollo de pan, no hizo más que cuidarlo. No es su culpa que haya terminado siendo un vago, un desganado, una persona completamente desprovista de pasión. Cuando Pan entró en la tercera década, Emilia se dio cuenta de que la frase «Te ayudo en lo que sea que quieras hacer» se había vuelto contraproducente; o siempre lo había sido. Los últimos años de la segunda década de

Pan, cada vez que ella le demostraba su apoyo, él la miraba con una desesperación contenida. Pero luego de cumplir los treinta empezó a mirarla con hartazgo, ya no era desesperación lo que contenía sino una especie de rabia apática.

Emilia le dio todas las facilidades. Se ofreció a abrirle cualquier puerta que deseara. Pero Pan no parecía desear que le abrieran ninguna puerta. No parecía desear nada en particular, más allá de pasar el día mirando tele, pensando qué desayunar/almorzar, y luego qué cenar, qué nueva serie empezar a ver, comprando artículos por internet de los que no tardaba en aburrirse.

Ella vivía la mayor parte del día en la cocina, leyendo y escribiendo, o escribiendo y leyendo (según el humor). Arrancaba a las siete de la mañana, luego de preparar una jarra de café de filtro, y seguía de largo hasta que él entraba a preguntarle si quería desayunar/almorzar algo. Ella le decía que no, siempre que no, porque si desayunaba/almorzaba tiraba el resto del día a la basura. Sentados uno de cada lado de la mesa, Emilia releía lo que había escrito esa mañana mientras Pan devoraba su desayuno/almuerzo. Ella disfrutaba de tenerlo cerca en la cocina. También de pasar las noches con él: sentirle la pantorrilla con un pie a las cuatro de la madrugada, oírlo murmurar entre sueños, incluso el suave ronquido inagotable cuando él se había resfriado y solo era capaz de respirar por la boca.

Ahora dormir le resulta prácticamente imposible. Dormita veinte minutos, abre los ojos, mira la hora y se lamenta de que hayan pasado solo veinte minutos. Un médico clínico le recetó pastillas de temazepam, pero no le hicieron demasiado efecto. Le provocaban una pesadez que suponía era sueño, y se acostaba en la cama, de su lado, y cerraba los ojos, y aunque la pesadez no la abandonaba no terminaba de dormirse.

Durante las horas del día, muerta de cansancio, intenta trabajar en la novela que iba a otorgarle un cheque por un millón de dólares de algún banco de Suecia pero que ahora nadie va a animarse a publicar. En un principio, luego de la llamada de Calcarami para avisarle que no iban a seguir colaborando con ella, Emilia sintió un

chorro de adrenalina. Terminar la novela era lo único que tenía sentido. Demostrarles lo equivocados que estaban. Publicarla en una editorial diminuta, insignificante, y vender tres millones de ejemplares. Salvar la industria literaria con un libro gloriosamente rechazado. Pero con las semanas la adrenalina se fue secando y lo único que permaneció es un cansancio crónico, una abulia persistente, como si la venganza de Pan hubiera sido contagiarle su desgano.

Hay momentos en los que piensa en abandonar la escritura para siempre. ¿Cuál es el sentido? Pero tantos años de rutina son difíciles de sacudir. Toda una vida dedicada a la literatura, afirmando que la única manera en la que vale la pena existir es entre libros propios y ajenos.

El club de fans de Emilia Mayer cerró la página web y las cuentas de Twitter, Facebook e Instagram. No se pronunció en contra del horror, simplemente dejó de existir.

Emilia leyó en un suplemento cultural que algunas librerías seguían vendiendo sus libros, pero que otras los habían devuelto a la editorial. También leyó que voces del antifeminismo se habían aferrado a su caso para justificar los desastres cometidos por el hombre en el pasado.

Al mediodía se sienta en una silla de playa en el centro del jardín. Tantos años de desayunos/almuerzos con Pan la obligaron a buscar compañía. Los libros ya no respiran como antes, por lo que terminó eligiendo el pasto. El olor del pasto. El caos del pasto. Los bichos.

A la hora de la cena traga *whisky* de a sorbitos y pide por teléfono *pizza*, hamburguesas o empanadas: los platos favoritos de Pan.

* * *

Emilia jura haber sido mental y espiritualmente aplastada durante

sus trece años de doble escolaridad. De ocho de la mañana a una del mediodía era demolida en español y de una y media del mediodía a cinco de la tarde en inglés. Luego se anotó en la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires y terminó de apisonarse. Se recibió en cinco años y de inmediato comprendió que ninguna empresa seria esperaba con brazos abiertos a una licenciada en Letras.

Consiguió trabajo de vendedora en una librería. Atendía de diez de la mañana a ocho y media de la noche, y luego en su monoambiente cenaba cualquier cosa (por lo común Cerealitas con Mendicrim) y leía y escribía hasta que el cansancio le entorpecía las palabras.

Casi sin darse cuenta terminó una novela de ciento veinte páginas sobre un joven que, para escapar de su familia en Capital, se anota en la carrera de Ciencias Biológicas de la Universidad de Rosario, y se recibe con honores, y no tarda en conseguir trabajo en un laboratorio (su labor más importante es la de clonar vegetales de distintas especies), y logra un éxito inesperado con las lechugas (diseña una planta perfecta, del tamaño y color ideales para el mercado, y como todas son idénticas se pueden aprovechar al máximo los espacios de sembrado y embalaje), y se hace rico, gana más plata de la que podría gastar en siete vidas, y desfila su riqueza frente a su familia que se va pudriendo en la más aniquiladora de las envidias, hasta que tiene un hijo con una mujer que conoce por azar y sus prioridades cambian, y entonces le dona parte de su fortuna a la familia que ya estaba a punto de hundirse en el fango.

Emilia presentó la novela al Premio Planeta y ganó por votación unánime. Su madre se ofendió al leerla y dejó de hablarle un tiempo.

* * *

Los poetas malditos le revuelven el estómago, al igual que cualquier artista de personalidad inestable. Cuando se asomó por primera vez a la biografía de Pizarnik, tuvo que dejar de leer sus poemas un

tiempo, asqueada de tanto patetismo: Uhhh… mi hermana es más linda que yo, más buena, más admirada y querida. Asco le daba. Los escritores que hacen gala de sus bipolaridades (tanto dentro como fuera de sus obras) le dan asco; en especial los norteamericanos y franceses, tan enamorados de sus propias depresiones, tan orgullosos de su fragilidad.

Pero al tiempo volvió a las poesías de Pizarnik y ya no pudo salir. Una fascinación que no consigue explicarse del todo. Nunca habló en entrevistas de su obsesión por la poeta argentina. Si el entrevistador le hubiese preguntado, no habría sabido qué responder. Tampoco es reconocible la influencia de Pizarnik en la prosa de Emilia. Las constantes relecturas de los poemas son un ejercicio para su vida, no para su obra. Solo Pan conoce la obsesión de Emilia por la poeta argentina. Ella le regaló varias ediciones, pero él nunca superó el quinto poema de *La tierra más ajena*.

Emilia no empujó a Pan a obsesionarse con las cosas que la obsesionaban a ella; ni siquiera cuando era chico, o adolescente. Le dio libertad de elegir con qué obsesionarse. A veces dejaba objetos frente a él para ver cómo reaccionaba: obsesiones en potencia que al rato Pan ignoraba y abandonaba por ahí.

La única actividad que lo obsesionó un tiempo largo fue el sexo. Los días posteriores a que Emilia se metiese en su cama por primera vez (el regalo de quince), Pan empezó a mirarla con la idea fija. Una simple mirada era suficiente para que ella dejase de tipear o soltase el libro que estaba leyendo. Pero con el correr de los años Pan fue olvidándose de mirarla. Al cumplir los treinta (o antes) perdió el interés en tener sexo con Emilia. Ella supuso que se trataba de un enfriamiento natural, consecuencia de tantos años juntos, de tanta repetición, por lo que decidió no hacer más que esperarlo, dejarlo ser. Pero tras cinco meses de castidad (meses en los que destruyó todo lo que iba plasmando en los cuadernos y la laptop), se vio forzada a enfrentarlo, a preguntarle cuál era el problema.

Pan desayunaba/almorzaba mientras ella, entre sorbitos de café negro semifrío, revisaba lo que había escrito esa madrugada. El barrio nunca se había sentido tan *el campo* como aquel mediodía. No

era concebible que hubiese vecinos a menos de ochenta kilómetros de distancia, aunque Emilia oía la cortadora de pasto de los jubilados de la esquina. Cerró la laptop con la misma intensidad con la que un detective cierra la puerta del cuarto de interrogatorios antes de enfrentar al sospechoso de un crimen, y le preguntó qué pensaba hacer.

¿Cuándo?, dijo Pan.

Ahora, después de comer.

Ni idea.

Él tenía restos de huevo colgando de la barba. Emilia le ofreció una servilleta de papel y le pidió con un gesto que se limpiara el mentón.

La semana que viene cumplo años, dijo. Sesenta. Una vieja.

Los sesentas son los nuevos treintas, dijo Pan sonriendo una sonrisa que no había cambiado desde que era adolescente.

¿Cuál es el problema entonces?

¿Qué problema?

Emilia se quitó el saco de lana y lo colgó del respaldo de la silla. Luego se fue desabrochando la camisa. Se dio cuenta de que su delgadez, que en un principio había seducido a Pan, esa mañana le arrebató la poca hambre que le quedaba. Él empujó el plato con los restos del desayuno/almuerzo, alejándolo.

Come un poco, le dijo, estás demasiado flaca.

No tengo hambre.

Las tetas de Emilia nunca terminaron de desarrollarse, como si esa inmadurez que aparentemente es imperioso preservar si uno quiere dedicarse al arte con seriedad se manifestase en los pequeños senos rosados.

Ahora no puedo, dijo Pan.

¿Por qué no?

Tengo la panza llena. Voy a salir a dar una vuelta. ¿Necesitas que compre algo?

No.

Emilia se palpó las costillas que asomaban bajo la piel tirante. Desde que es libre de elegir cuándo y con qué alimentarse, come

solamente de noche y acá sigue, tan sana como siempre. Se dio cuenta de que sus tetas eran varios años más jóvenes que sus manos. Cazó la media tostada con queso crema y huevos revueltos y se obligó a devorarla.

* * *

Luego de aprobar las materias del tercer año de Letras con uno de los mejores promedios de su camada, Emilia viajó a Europa gracias a una plata que había ahorrado dándoles clases particulares a varios de los alumnos que mostraban mayor incapacidad de estudiar para los finales orales.

Al llegar a París pretendió escribir algún cuentito en aquellos cafés tan visitados por poetas y pintores, pero apenas sentaba el culo en una silla el deseo de escribir se desvanecía o se ocultaba o se iba a vivir a otra parte.

Decidió viajar a Roma. Su primera impresión fue que todo estaba sucio y roto. Los italianos le cayeron mal: no entendía demasiado lo que decían pero le sonaba grotesco y burdo; incluso más grotesco y burdo de lo que le había sonado el francés. El Coliseo la impactó desde lejos, pero al acercarse se volvió un amasijo de piedra inútil. La comida le pareció interesante, pero nada que no pudiese conseguir en un buen restaurante italiano de Buenos Aires.

Decidió viajar a Ámsterdam. Recorrió la ciudad en tranvía antes de elegir un hostal estudiantil que quedaba a media cuadra de la fábrica de cerveza Heineken. Todas las mañanas pagaba unos pocos florines y hacía el *tour* por la fábrica, terminando en una especie de galpón con largas mesas donde servían canilla libre de cerveza y quesos. Luego deambulaba borracha por calles desconocidas. No escribió ni un haiku.

El museo Van Gogh le pareció un bodrio: cuadros que no eran más que inmensos bodrios azules, amarillos y naranjas.

Un turista inglés la invitó a acompañarlo a la casa de Ana Frank.

Emilia estaba completamente borracha. Al entrar a la casa/museo sintió que era una mentira, una estafa publicitaria o algo así.

Esa tarde la pasó en un bar con el lápiz negro en una mano y el cuaderno abierto, pero en lugar de escribir un cuento o al menos un párrafo o una primera oración, imaginó las reglas de un juego de mesa basado en los poemas de Alejandra Pizarnik.

Abandonó Europa convencida de que nunca volvería a sentir la necesidad de cruzar el Atlántico. El viaje le había permitido comprobar lo que ya sospechaba: viajar estaba sobrevalorado; era más enriquecedor zambullirse de cabeza en un libro.

Había hecho el viaje con la esperanza de encontrar la forma de trasladar su pasión por la lectura a la escritura. ¡Tantas biografías leyó de escritores que habían encontrado su vocación en Europa!

Emilia nunca tuvo la necesidad de escribir. Nunca padeció la obsesión de contar una historia. Nunca experimentó la imperiosa obligación de sacarse algo de encima, o de adentro, o de donde sea. Para ella escribir es una actividad que hace tiempo se impone porque cada vez que termina un párrafo se siente confortada, en calma. El cerebro le segrega eso que no sabe cómo se llama y la conforta. Y entonces se dice que al día siguiente tiene que hacer lo mismo: buscar ese párrafo que le permite asombrarse de ella misma y estar en calma y confortada un rato.

* * *

No recibe llamados, *mails* ni cartas de lectores. Y pensar que en una época tenía que pedirle al asistente de Calcarami que le hiciera el favor de leer el centenar de cartas y separar las que realmente valían la pena. Emilia se tomaba el trabajo de contestar a todos los que le escribieran con seriedad; los que dejaban en claro que conocían su obra al detalle, incluso más de lo que ella la conocía.

Tal vez no escriben porque no saben dónde vive. Nadie está enterado de la existencia de la casa nueva, excepto el arquitecto, el

jefe de obra y los obreros, quienes se vieron obligados a firmar un acuerdo de confidencialidad. Aunque tampoco le escriben *mails* o llaman al celular, y tanto su cuenta de Hotmail como número siguen siendo los mismos.

Hay mañanas en las que prepara huevos revueltos, unta tostadas con queso crema, apila huevos sobre las tostadas, y luego, al darse cuenta de que no tiene hambre (algo que ya sabía), le lleva las tostadas con huevo a una vagabunda que vive en la plazoleta sin pasto a cinco cuadras y la mira desayunar. La vagabunda le dijo que se llama Gloria. Emilia supone que es imposible hacerse amiga de una mujer que pronuncia mayormente incoherencias. Sin embargo, continúa cocinándole huevos revueltos y tostadas, buscándola en la plazoleta sin pasto y mirándola desayunar. Gloria nunca le agradece. Cuando la ve venir con el tupper, estira una mano pidiéndoselo, lo destapa y empieza a comer.

Una mañana se quejó de que los huevos estaban demasiado acuosos.

Perdón, dijo Emilia, hoy ando particularmente agotada.

Otra mañana, Gloria se mantuvo en silencio durante los minutos que le llevó devorar el desayuno y, cuando Emilia se disponía a partir, le dijo que no soportaba el ruido que hacía al masticar.

¿Qué cosa?

Lo hacía a propósito, para irritarme, para vengarse lentamente. Cereales con leche, galletas de arroz, el chasquido al sorber la sopa. A veces pensaba en hablarle, en pedirle que parase, que se detuviera de una vez por todas, pero hablarle era imposible, y pensar en algo imposible me agotaba, me hacía sudar por dentro. Dichosos los sordos que solo escuchan su imaginación. La música habría podido enmudecerlo, pero con el tiempo se hubiera vuelto insoportable como su lengua, sus dientes, su paladar. ¿La única solución era aceptarlo? ¿Rogar la llegada del acostumbramiento? También estaba la opción de envenenarlo, más poético que acostumbrarse. Lo miraba y encontraba esa mueca torcida, un infierno insignificante. Dormía cuando yo dormía. Despertaba diez minutos antes de que

sonara mi despertador y cuando llegaba a la cocina ya estaba masticando. Cereales con leche, tostadas, yogur. El concierto intolerable daba comienzo. ¿Cuántos días pasaron? ¿Podrá perdonarme alguna vez? Tener un hijo es un acto natural, no debería castigarme por eso.

La vagabunda no habló con esas palabras. Así reinterpreta Emilia el monólogo, sentada a la mesa de la cocina con la laptop abierta y el cursor titilando.

Los litros de café negro ya no son suficientes. Leyó biografías de genios de las más diversas disciplinas que vivieron vidas enteras sin dormir; es decir, durmiendo poco y nada, aprovechando al máximo las horas conscientes. Pero Emilia necesita siete/ocho horas de sueño para funcionar. Necesita salud, tanto mental como física. Necesita una gran cantidad de energía.

Antes, cuando dormía sin interrupciones, al despertar intentaba convencerse de que ese día no tenía que escribir, no era una obligación, nadie estaba esperando que escribiera nada. Y si después de convencerse se sentaba a escribir entonces sabía que eso era lo que más le gustaba hacer porque era lo que elegía cuando no tenía obligación de elegir nada.

Gloria mastica las tostadas con huevo con una ansiedad que Emilia encuentra sosegadora.

Treinta y tres años no me parecen suficientes, dice la vagabunda. Se tendría que haber quedado más tiempo, padecer la vejez. El sacrificio de la sordera, de la amnesia, del olor a podrido. ¿Te lo imaginás intentando hacer un milagro a los noventa años? Las vasijas con agua en lugar de convertirse en vino resucitan como Lázaro.

Si Gloria hablase de esta manera, tal vez podría servirle para la novela. Un libro caleidoscópico. Los fragmentos de un espejo de cuerpo entero que alguien dejó caer de un noveno piso. Un locro de prosa poética que nadie nunca va a probar, que probablemente nunca se termine de cocinar.

* * *

Emilia avanzó hasta el final del callejón como le habían dicho que avanzara. Pagó lo que habían acordado y el hombre de delantal blanco y guantes de hule abrió la puerta trasera de la ambulancia y se lo dio. Un bollo de pan recién horneado.

En el camino de vuelta a casa, Emilia lo miraba a través del espejo retrovisor intentando imaginar el rostro oculto en esos rasgos precoces. Lo alojó en la habitación que había preparado para él: paredes verdes, muñecos que con el tiempo se volverían sus únicos amigos.

Imelda Ortiz, una tutora, llegaba a la mañana y lo educaba, le cocinaba los platos indicados, lo instaba a correr por el jardín entre los árboles. Emilia lo visitaba en su cuarto y le contaba lo que había hecho durante el día, la cantidad de páginas que había escrito. Algunas tardes jugaban en el jardín: breves recreos de ocio y seducción.

Cuando Pan cumplió doce años, Emilia le deslizó los dedos por el muslo hasta la entrepierna. Él le confesó que sentía unas cosquillas nuevas, una especie de dolor lindo.

Cuando cumplió quince, Emilia abrió la puerta del cuarto de paredes verdes a las dos antemeridiano y se metió entre las sábanas. Las visitas nocturnas se hicieron una costumbre.

Una madrugada, desnudos en la cama, entrelazados, Emilia le preguntó si la amaba. Pan no supo qué responder.

La mañana de su decimosexto cumpleaños, Emilia viajó a Capital a firmar unos contratos. Al volver a casa, entró al comedor y sintió voces y fue directo al cuarto de Pan. Imelda leía una de las novelas de Emilia mientras controlaba que los jóvenes se comportasen apropiadamente.

¿Qué carajo es esto?, dijo Emilia.

Juliana, mi sobrina, dijo Imelda. Se está quedando unos días en casa y pensé que…

Emilia llevó a Pan de la mano hasta la cocina.

¿Desde cuándo?, le dijo.

Es la primera vez. Estábamos hablando solamente.

No quiero que la veas más. Si pretendés seguir viéndola, confesalo ahora y te podés ir.

Esa noche Pan apareció en el cuarto de Emilia, desnudo. Se metió entre las sábanas y le juró que la amaba.

* * *

Emilia le dio a elegir entre ir al mejor colegio del barrio o seguir estudiando en casa. Pan tardó unos días en decidirse, pero terminó optando por la comodidad y seguridad de casa.

Mientras cursaba los años de escuela primaria bajo la tutoría de Imelda Ortiz, Emilia trabajó en la novela que terminaría dándole fama internacional: *Columpios*. El libro que la prensa (siempre tan predecible) llamó su *Lolita invertida*. La historia de amor entre una mujer de cuarenta y un nene de siete. El mayor logro de *Columpios*, según Michiko Kakutani del *New York Times*, es la carencia de perversidad. El amor entre la mujer y el nene es absolutamente puro. No es el amor entre una madre y su hijo, ni entre novios o amantes, ni entre marido o mujer, ni entre tía y sobrino. El amor que se narra no surge de la necesidad, ni de la atracción sexual, ni de la búsqueda de escapar de un estado denso de soledad. Un amor que se elige día a día, que no se impone, que no funciona a partir de condiciones o expectativas.

Columpios es el primer libro que Emilia le dedicó a Pan. La avergonzaba el entusiasmo con el que le regaló una de las copias impresas. Él acababa de cumplir once años, pero aún no había demostrado ni un gramo de afición por los libros que ella le iba dejando sobre la almohada; ni siquiera por la novela infantil de J. M. Barrie que tenía impreso su nombre en la tapa.

Pan disfrutaba de pasar horas en el jardín, recolectando ramas y revoleándolas, usándolas de espada o garrote. Panza abajo sobre el

pasto, buscaba bichos para meter en un frasco en el que, sin querer (¿cuántas veces somos capaces de hacer lo mismo sin querer?), terminaba asfixiándolos.

Había sido un estudiante mediocre, no tanto por incapacidad sino por desinterés. La palabra que Emilia solía elegir era *displicencia*. Intentó estimularlo de distintas maneras: premiándolo, presionándolo, haciéndolo sentir culpable, prometiéndole maravillosos futuros posibles, pero al final se dio por vencida y lo dejó ser. Cada persona es libre de hacer con su vida un culo, como decía su padre carnicero.

Los pocos novios que Emilia tuvo antes de comprar a Pan fueron escritores, filósofos, un psiquiatra, un estudiante de Medicina. A todos los quiso, de a ratos, y se sintió querida, de a ratos. No amó ni se sintió amada. Se sintió temida.

Aquellos hombres la habían tratado con pinzas, como si ella fuese un animal dormido que había que evitar despertar.

El psiquiatra apareció en un noticiero opinando de la gran escritora/monstruo. Sin dar muchos detalles de sus meses juntos, dejó entrever que Emilia, a sus ojos, había mantenido oculto (no del todo) un lado sombrío, espantosamente impredecible.

Los medios de comunicación intentaron hablar con ella, sacarle alguna declaración, pero Emilia no salió a la luz. Todo lo que tenía para decir lo fue diciendo su abogado.

Una editorial le ofreció al doctor Galeano un anticipo de seis cifras para escribir un libro sobre su relación con la escritora/monstruo. Emilia leyó esta información una de las pocas veces que espió diarios online y lo llamó. El abogado le pidió que no se preocupase.

No voy a aceptar semejante despropósito. Lo que conversamos en privado muere con nosotros.

Pero Emilia no terminó de creerle. Pensó en echarlo, amenazarlo con denunciarlo, pero al final supuso que si lo echaba y amenazaba lo que hacía era otorgarle la libertad de ir adelante con el libro. Se vio forzada a quedarse con un abogado del que desconfiaba, consciente de que nunca podría quitárselo de encima.

Como sucede hoy con las noticias por más inusuales y terroríficas que sean, se fue enfriando la historia de la escritora/monstruo. Emilia recuperó la privacidad en la casa nueva, pero ahora sin la ventana del éxito literario, ese rectángulo luminoso que le permitía asomarse de vez en cuando al mundo entero.

¿Es la distancia inconmensurable lo que le impide avanzar con la novela? ¿Necesita del éxito, de la posibilidad de éxito? ¿Necesita a los miles de extraños esperando con los brazos abiertos, a los críticos que tantas veces usaron las reseñas para saciar su propia sed de reconocimiento?

Cuando Emilia empezó a tomarse la literatura en serio (a los pocos meses de terminar el secundario), escribía cuentos y novelas con la certeza de que jamás serían publicados. Su madre no entendía cómo alguien podía dedicarse de lleno a una disciplina que no mostraba ningún fin práctico inmediato. La gente sin inclinaciones artísticas suele no entender por qué los artistas no exitosos se dedican con tanto fervor a sus artes.

* * *

Despertaba a las cinco de la mañana, sin alarma. Salía de la cama evitando molestar a Pan. Avanzaba en la oscuridad hasta el baño, cerraba la puerta, prendía la luz, hacía pis, no tiraba la cadena, apagaba la luz, abría la puerta, salía del baño y caminaba hasta la cocina. La luz de la heladera era la única luz. Un trago de agua mineral helada (la ayudaba a ir al baño) y preparaba café en la oscuridad. Todo lo que veía era la lucecita roja: debía esperar que se pusiera verde. Se sentaba con una taza de café que apenas podía ver a escribir en un cuaderno que apenas podía ver.

Una hora luego los primeros rayos de sol se metían por las hendiduras de las persianas. Emilia leía lo que acababa de escribir. Escribía mientras leía. Reescribía mientras leía. Luego reescribía otra vez cuando lo tipeaba en una vieja laptop que guardaba en la

alacena.

Pan despertaba a cualquier hora y se preparaba el desayuno/almuerzo. Miraba videos en su celular mientras ella releía las páginas reescritas. Él nunca le pedía que le leyese lo que había escrito y reescrito esa mañana. Emilia estaba por terminar otra novela, y él nunca la iba a leer, y nunca iba a saber (porque ni siquiera hojeaba las primeras páginas de los libros publicados) que todas y cada una de las novelas que ella había escrito desde que vivían juntos le estaban dedicadas.

* * *

Gloria le pregunta si tiene otra cosa: fideos con tuco, empanadas, un guiso de lentejas…

Huevos revueltos es lo único que sé cocinar, dice Emilia.

Hay lugares donde se puede comprar. Panaderías, rotiserías, almacenes.

Huevos revueltos es lo único que sé cocinar.

Estás de mal humor.

No.

Se te nota.

Emilia le muestra una mano pidiéndole que le devuelva el tupper. Gloria caza los restos de tostada y huevos y los guarda en uno de los bolsillos de su mochila.

No es mi culpa, dice.

¿Qué cosa?

Mi nene terminó siendo un boludo. Le di todo. Lo banqué hasta los treinta. Seguía durmiendo en su camita. Su padre detuvo un colectivo con el pecho cuando Tomás tenía seis o siete, o cinco. Nos quedamos solos. Pero no tardó en acostumbrarse a que diera todo por él. Al final se acostumbran y ven lo que hacemos con malos ojos. Cuando llegó el momento de que se hiciese cargo de mí, me dijo que lo sentía mucho y no lo volví a ver.

Emilia no descifra qué fragmento de Gloria la empuja a no creerle. La vagabunda habla por hablar. Pero tal vez eso sea lo que la seduce a volver cada mañana: la sensación de que el pasado es tan insignificante como las palabras dichas en esta plazoleta sin pasto. Algunos se acostumbran a ver el pasado como un libro que no supieron escribir del todo. Un libro lleno de frases vergonzosas que nunca podrán reescribir y que por eso mismo los atormentan. Pero el pasado no es un libro, es una lluvia que no amaina. No, es una isla devastada por un huracán. Está hecho de destrozos, desparrames, cimientos arrancados de la tierra. Un desorden estático que nunca nadie va a tener permitido ordenar.

¡Dios santo! ¿De dónde sale este existencialismo de caramelo? Suerte que en el último tiempo no encontró la manera de avanzar con la novela, sus oraciones dan pena.

Gloria se acuesta boca arriba y con una mano intenta tocar el cielo.

Este barrio se fue al carajo, dice.

Nunca llegó a ser lo suficientemente digno como para poder irse al carajo, dice Emilia. Crece a paso de hormiga. Por eso lo elegí. No hay demasiadas posibilidades de que esto cambie.

Gloria se pone de pie y salta en el lugar un par de veces. Luego, sin agregar palabra, se aleja trotando hacia la estación de tren.

Tras cerrar la puerta de su casa, Emilia recibe un *mail*. Lo chequea sin mucho interés, convencida de que se trata de otra oferta de alguna de las librerías de las que aún no se desasoció, o de su banco. Pero al leer el nombre del remitente se lleva una mano al cuello. ¿De dónde lo conoce? Sabe de dónde, pero pasó tanto tiempo que la persona y el nombre se habían perdido en el viento huracanado.

Supone que tal vez lo mejor sea eliminar el *mail* sin leerlo. No tiene asunto. Un *mail* sin asunto es mala señal. Camina de una punta a la otra con el celular firmemente agarrado, hasta que se detiene en la cocina, entre el caos de la novela estancada (una pizarra con notas que no recuerda qué significan, descripciones de personajes pegadas a la heladera con cinta scotch) y el desayuno

preparado para una extraña.

El *mail* es de Imelda Ortiz, la extutora de Pan. La mujer que ayudó a educarlo, firmó un contrato de confidencialidad y desapareció. La brevedad del mensaje la preocupa. Quiere juntarse. ¿Para qué? No lo dice. Propone tomar algo en el café de San Telmo que le quede más cómodo. Pero a Emilia ningún café de San Telmo le queda cómodo. Ningún café le queda cómodo.

Tal vez lo mejor sea llamar al doctor Galeano. No, desconoce lo que Imelda tiene pensado y tirarle al abogado por la cabeza puede ser contraproducente. ¿En qué sentido? ¿Qué imagina que la tutora sea capaz de hacer?

Sale al jardín, al pasto enano y descontrolado. Hace meses que no responde un *mail*. Cliquea la flecha que apunta a la izquierda y empieza a tipear en el teclado más incómodo del mundo.

* * *

Al igual que Juan Rulfo, cuando Emilia salía de casa le rogaba al cielo que el nene agarrase como sin querer las hojas manuscritas que había dejado sobre la mesa de la cocina y las destruyera.

* * *

No se acostumbra a los anteojos negros y el pañuelo atado a la cabeza. Victoria Ocampo de vieja, leyendo un panfleto de las Naciones Unidas. ¿Dónde vio esa foto por primera vez?

El café queda en una de las esquinas que dan a Plaza Dorrego. Luego de pensarlo largo y tendido, con el *mail* a medio terminar en el celular que se dormía cada quince segundos, se convenció de que bandadas de turistas podían ser camuflaje suficiente. Hace mucho que no viene a Capital e ignora que ya no existen bandadas de turistas por San Telmo.

Fue una idea estúpida ponerse los anteojos y el pañuelo: una flecha que la señala. ¿Cuánto pasó desde que su cara apareció en las noticias? Ya nadie se acuerda de nada. Las novedades cuelgan de un hilo que no tarda en deshilacharse.

Emilia está segura de que, si pasea por las mesas pidiéndoles a los comensales que nombren al menos uno de los últimos cinco premios Nobel de Literatura, no va a obtener más que silencio; o, como mucho, la respuesta equivocada: Murakami.

Le pide al mozo un cortado, noventa y nueve por ciento café, uno por ciento leche, sin espuma, y un alfajor de maicena. No va a comer el alfajor sino simplemente olerlo: le recuerda al Pan preescolar.

Quince minutos de retraso. Es probable que Imelda se haya arrepentido: no es fácil sentarse frente a una ganadora del Premio Cervantes y extorsionarla.

El cortado es una delicia. Emilia lo vacía en tres sorbitos y pide otro, exactamente igual. El alfajor de maicena va a llevárselo a Gloria.

Se abre la puerta y entra una mujer del tamaño de Saturno. Emilia la reconoce por el paraguas amarillo. Imelda le había escrito que buscase a la mujer del paraguas amarillo, aunque no anuncian lluvia hasta la semana que viene. Emilia se dispone a levantar la mano, pero no es necesario, el pañuelo y los anteojos son suficientes.

Hace unos meses me mudé acá cerca, dice Imelda mostrándole el paraguas. Heredé un semipiso de mis viejos. Perdón que te hice venir, pero últimamente me cuesta moverme y los taxis son cada vez más incómodos. Ni te digo los colectivos. ¿Dónde estás viviendo?

Emilia no le responde. Imelda le pide al mozo un café con leche y cualquier factura que tenga crema pastelera.

Qué locura, ¿no?, dice.

¿Qué cosa?

Todo lo que te pasó.

Emilia ensaya su mejor rostro impávido, pero se da cuenta de que no va a funcionar con los anteojos negros puestos. Se los quita, y también el pañuelo, porque la impavidez hace agua con un

rectángulo de seda Kawamata en la cabeza.

Pan era un buen chico, dice Imelda. Nunca me generó problema. Hacía todo lo que le pedía con un desgano inofensivo.

El mozo trae el café con leche y un vigilante con crema pastelera. Cuando se aleja, Emilia decide ir al grano.

¿Para qué me escribiste? ¿Por qué ahora?

Imelda sumerge medio vigilante en el café con leche y lo muerde.

Quiero ayudarte con esto que te está pasando. Alguien tiene que decir algo. Limpiar tu imagen. Ningún familiar o amigo salió a dar la cara.

No me quedan.

Tus editores entonces, o agentes. ¿Tenés agentes? Con toda la plata que les hiciste ganar…

Emilia intenta encontrar en Saturno restos de la mujer que contrató hace años, la tutora que había venido recomendada por su editor, que traía con ella varios años de experiencia educando a chicos que por diversas razones (por lo común problemas motrices) no eran capaces de asistir a escuelas u otras instituciones educativas.

¿Te acordás de Juliana?, dice Imelda.

No.

Mi sobrina, la llevé a conocer a Pan cuando cumplió los… No me acuerdo. ¿Quince?

Dieciséis.

Se casó la semana pasada. Tienen dos hijos ya, pero el atorrante del marido no le proponía. La empujé a que le propusiera ella, pero me dijo que ni loca. Las mujeres de hoy no aprendieron un carajo. Pareciera que sí, pero no. O no tanto como deberían haber aprendido.

Teníamos un arreglo, dice Emilia. Te pagué una fortuna.

Pasaron muchos años. Y mi marido desarrolló una facilidad espantosa para gastar en taradeces. Pero es buen tipo, da pena decirle que no.

No es mi culpa.

Claro, no es por eso que estoy acá. No me entendiste. No vine a

reclamarte nada.

El mozo les pregunta si quieren algo más. Emilia le dice que por ahora no. Imelda le pide otro vigilante.

¿Y sabés qué? Se me enfrió un poco el café con leche. ¿No le pueden dar un golpecito de microondas?

Le pregunta a Emilia si está segura de que no quiere otro café.

Sí.

¿Sí estás segura o sí querés otro café?

Estoy segura.

Cuando vi a Pancito en la tele me dieron ganas de encajarle un sopapo, dice Imelda. Hace un año que estoy esperando que aparezcas en los medios, que cuentes tu versión de los hechos. Pero como nunca apareciste me decidí a escribirte. Acá estoy. Quiero hablar por vos. Quiero que le confirmes a la prensa que trabajé en tu casa, educando a Pan, y pedirles que me llamen, asegurarles que voy a contar la verdad.

¿Qué verdad?

Ese chico te adoraba.

¿A cambio de qué?

Los tiempos están difíciles, dice Imelda y sumerge los restos de vigilante en el café con leche recalentado.

* * *

Diez mil dólares no le pareció tan descabellado. En pesos son millones, pero el éxito internacional hace años que le permite pensar en dólares.

Gloria desmenuza el alfajor con los dedos antes de metérselo en la boca y masticar. Se queja de que la maicena se le pega al paladar e intenta asfixiarla. Pretende silbar con la boca llena y una lluvia de migas cae sobre los muslos de la escritora. Emilia no puede evitar reírse y Gloria la imita. Es la primera vez que se encuentran del mismo lado.

* * *

Acaba de pedir una docena de empanadas, aunque sabe que no va a comer más de tres. Por lo común, si tiene hambre, cuando muerde la primera intuye que doce no van a ser suficientes, que debería ir pidiendo una docena más, pero al terminar de tragar la tercera la abruma un asco que la obliga a tirar las nueve restantes a la basura y sacar la basura a la calle.

El programa está por empezar: Canal Nueve. Ninguno de los otros canales se mostró interesado en comprar la entrevista. Emilia le dijo a Imelda que no era necesario que la compraran, que ella ya tiene su plata, pero Imelda insistió: ¿por qué hacer gratis algo que debería valer una fortuna? Emilia duda de que Canal Nueve haya pagado una fortuna por entrevistar a la empleada obesa de la escritora caída en desgracia.

Se quita de la boca una bola de carne dura y grasosa y la deja en el borde del plato. El *whisky* no marida bien con la carne salteada. Hace buches de agua mineral que, como no tiene dónde escupir, termina tragando.

Según internet, el programa consiste de una entrevista de media hora, por lo común a personajes de la farándula. El entrevistador es un periodista joven que Emilia no vio ni oyó nombrar. La música de apertura la preocupa, no ve posible llevar a cabo una entrevista seria luego de semejante cancioncita. Imelda viste un traje de dos piezas color bergamota, la fruta cítrica más grande de la historia, sentada bajo una luz que le resalta la grasitud de la frente y el cuello.

Nos encontramos esta noche con una invitada especial, dice el entrevistador. Imelda Ortiz, extutora de Pan Mayer. La mujer que lo educó cuando Pan era un nene y, en lugar de ir al colegio como el resto de los chicos del país, estudiaba en su casa, encerrado, bajo la mirada de su madre, la gran escritora Emilia Mayer, sin imaginar aún el horror que le esperaba. Gracias por estar con nosotros, Imelda.

Un gusto.

¿Es correcto lo que acabo de decir? ¿Fue tutora de Pan Mayer?

Empecé cuando Pancito tenía tres años y trabajé hasta poco después de que cumpliera los dieciséis.

Mucho tiempo.

Bastante, sí.

¿Trajo algo que pueda probar que lo que dice es verdad? Le contamos al público que Emilia Mayer no accedió a comunicarse con nosotros. La única verificación de que Imelda Ortiz, nuestra invitada, trabajó para Mayer estuvo a cargo del abogado de la escritora, el doctor Galeano.

Imelda se limpia el sudor que se le mete en los ojos, saca de entre su nalga izquierda y el asiento una carpeta tamaño A4 y se la ofrece al entrevistador que la sostiene como si fuese un animalito de los que muerden al olfatear miedo.

¿Qué tenemos acá?

Ejercicios de Lengua e Historia de Pancito. Los guardé como recuerdos. Pueden ver que están firmados por él.

Imelda mira a cámara con una sonrisa pavota.

Pan querido, si tu impresión es que todo esto es una farsa te pido por favor que llames al canal. Pero sabés que no hay mentiras acá. Pasamos muchos años juntos. Años que recuerdo con el mayor cariño.

El entrevistador acomoda los ejercicios de Lengua e Historia en un atril para que la cámara pueda hacerles un plano corto. La letra en birome azul es prolija, redonda, carente de energía. La firma de Pan es el garabato que primero se nos ocurre cuando queremos inventar una firma.

Cuéntenos un poco cómo se llega a ser tutora.

Cuando terminé el profesorado trabajé varios años en escuelas públicas. Pero una amiga, también maestra, me propuso ayudarla con un programa que estaba armando para educar a chicos con problemas motrices. Un programa de tutorías a domicilio.

Y así conoció a Pan Mayer.

Trabajé con varios chicos antes de conocer a Pan. Uno de esos chicos es hijo del que por entonces era editor de Emilia. Un sol de

pibe. Y su padre me comentó que una de sus autoras estaba buscando un tutor.

¿Vivía en la casa con ellos?

No, llegaba a las ocho de la mañana y me quedaba hasta las tres de la tarde. De lunes a viernes.

De alguna manera podríamos decir que era tanto la tutora como la niñera de Pan.

Podríamos decirlo, sí. A Pan le costaba entusiasmarse con las materias. Se distraía con facilidad. Cada dos por tres me pedía que nos tomáramos un recreo. Le gustaba salir al jardín, coleccionar ramitas, correr de una punta a la otra hasta perder el equilibrio y caerse.

¿Y cómo era su relación con la madre?

Emilia no es la madre de Pan.

Lo compró cuando era un bebé. Lo adoptó ilegalmente.

Sí, pero nunca lo consideró su hijo. No se comportaba como madre con Pan.

¿Cómo se comportaba?

Lo cuidaba, pero al mismo tiempo lo trataba como a un invitado en su casa. Una persona que era muy importante para ella, pero no un hijo.

¿En aquel momento, cuando entró a trabajar de tutora, sabía que Mayer había comprado a Pan?

No.

¿Y luego?

No lo supe hasta que salió en las noticias.

¿Mayer le mintió?

No.

¿Qué explicación le dio?

Ninguna, nunca lo hablamos. Asumí que Pan era un chico adoptado.

Pero hace un rato dijo que no se comportaban como madre e hijo. No recuerdo las palabras exactas. O que Emilia no trataba a Pan como se suele tratar a un hijo.

Una persona puede adoptar a un bebé y criarlo sin considerarlo

hijo.

¿Realmente piensa eso?

Sí.

¿Conoce a alguien que haya adoptado a un bebé y no lo haya criado como a un hijo?

No, pero estoy segura de que debe haber casos. El ser humano es complejo. La idea de familia que sostenemos es una imposición, un invento conveniente. Y es una idea que cada vez se sostiene menos.

¿Está casada?

Sí.

¿Tiene hijos?

No.

¿No notó nada raro en los años que trabajó en lo de Mayer?

¿Raro en qué sentido?

Inapropiado.

Emilia quería mucho a Pan, y Pan quería a Emilia. Admito que la relación esos primeros años era similar a la de una madre con su hijo, pero ambos sabían que no eran madre e hijo, y supongo que cuando la relación cambió, cuando decidieron formar una pareja, ambos sabían lo que hacían, y ambos lo eligieron.

Según su experiencia como tutora, ¿un chico de quince años es capaz de tomar semejante decisión? ¿Tiene las herramientas necesarias para elegir libremente?

Pero ellos formaron pareja más adelante, no cuando Pan tenía quince años.

Eso no es lo que Pan contó. Dijo que tuvo sexo con la escritora por primera vez la noche de su decimoquinto cumpleaños.

Imelda adopta un gesto que incluye mil contradicciones.

Emilia abusaba de Pan al mismo tiempo que Pan era su alumno, dice el entrevistador.

No tengo certeza, dice Imelda.

La mujer que la contrató para que educara a su hijo a la noche se le metía en la cama y…

No hay pruebas. La única prueba que existe es la palabra de Pan, un vago de más de treinta años que todo lo que logró en la vida fue

gracias a Emilia, que aún vivía con ella, que nunca intentó emanciparse, ni siquiera encontrar un trabajo, que…

Que nunca pudo desarrollar las herramientas para tomar semejantes decisiones. ¿No es factible que una persona de la inteligencia de Emilia Mayer, candidata al Premio Nobel, lo haya manipulado mentalmente? Usemos un poco el sentido común: tuvo control de Pan desde que era un bebé.

No es la impresión que daba. Viví muchos años con ellos y nunca…

Josef Fritzl daba impresión de ser un buen vecino y, sin embargo, mantenía secuestrada en su…

No es lo mismo.

¿Cómo puede estar tan segura?

Porque lo veía. Pasaba el día con Pan y nunca encontré signos de abuso. Era un chico feliz. Un chico común, viviendo una vida tranquila. No le faltaba nada. Y vaya uno a saber dónde hubiera terminado si Emilia no lo adoptaba.

Compraba.

Lo más probable es que hubiese caído en una situación precaria, que hubiese terminado con…

Una familia normal. Una pareja que lo criase como a un hijo, que le permitiese ir al colegio, hacer amigos, tener una novia, que no se le metiese en la cama a la noche.

El resto del programa consiste en un ataque sostenido del entrevistador, intercalado por palabras que Imelda suelta cada vez con menos convicción. La entrevista deja de ser entrevista para convertirse en la repetición de todas y cada una de las acusaciones que los medios improvisaron hace más de un año.

Emilia se da cuenta de que solo comió una empanada y media. Guarda el resto en el paquete: se las va a llevar mañana a Gloria.

Al menos la entrevista le sirvió para sacarse de encima los últimos vestigios de ansiedad. Desde que Pan apareció en los medios, una parte de Emilia intenta convencerla de que lo mejor es mostrarse, dar la cara, contar cómo fueron las cosas. Ahora sabe lo que ya sabía: los medios no escuchan, no tienen ningún interés en

saber cómo fueron las cosas.

* * *

Mientras camina hacia la plazoleta sin pasto, supone que debería haber calentado las empanadas. Gloria se va a enojar.

Encuentra la plazoleta vacía y siente que alguien patea el banquito en el que apoyaba los pies. Cuelga de una soga que no termina de asfixiarla. No suelta el llanto hasta ver las empanadas en la tierra: inmensos insectos pisoteados, vísceras desparramadas.

3. CAROLINA KLUG

Contó los billetes, los ató con una gomita y los guardó en el bolsillo interior de la campera de esquí que había comprado hacía años y nunca usado porque Guillermo era una de esas personas que prometía por prometer pero lo hacía de una manera tan auténtica que ella siempre terminaba creyéndole.

Subió la persiana y comprobó que seguía lloviendo. Aunque ya lo sabía: vivían en el último piso de un edificio de departamentos baratos y el material de construcción no impedía que se oyera todo lo que golpeaba contra el cielo raso.

Tras lavarse los dientes y la cara, abrió la ducha pero enseguida la cerró. Se secó las manos con una toalla húmeda, de olor conocido.

Guillermo había aprendido al fin a preparar café.

Tenés cara de cansada, dijo.

Una picazón en el fondo de la garganta me tuvo despierta hasta las tres de la mañana.

Carolina abrió la puerta de calle, levantó el diario y se sentó frente a Guillermo que probaba el café haciendo un leve ruido burbujeante.

¿No tiene un gusto raro el café?, dijo él.

¿Raro cómo?

Oyeron algo pesado retumbar contra el suelo. Carolina recorrió el pasillo hasta el cuarto de Camila y la encontró despatarrada junto a la cama, con una pierna sobre el colchón y un brazo aplastado por el cuerpo. La miró dormir unos segundos y volvió a la cocina.

Se cayó de la cama.

¿Otra vez?

La dejé en el suelo, me dio pena levantarla.

Él hojeaba la sección de espectáculos buscando algo que le sirviese para terminar el café.

¿Hablaste con tu vieja?, le preguntó ella.

La operación la tiene preocupada. Mamá nunca supo disimular, imagina demasiado.

¿Y para qué se opera entonces?

Guillermo la miró con ojos de un animalito que sabe que está a punto de mandarse una cagada.

Te lo digo pero júrame que no le vas a decir que te lo dije.

Te lo juro.

Jurámelo por tu hija.

Sabés que no me gusta jurar por Camila. Mirá si después…

Está bien, no llores. Mamá se está quedando pelada. Los últimos años perdió un montón de pelo. El médico le dijo que en algunas mujeres pasa, que no es común pero…

¿Es hereditario?

No. No sé. La cuestión es que una amiga le recomendó que se lo cortara bien cortito y se lo tiñera de un color rojizo. *Matizador* lo llaman. Y ella tiene miedo de que las orejas le queden muy salidas. Por eso se opera, no es un capricho.

No, es una cuestión de vida o muerte.

Camila entró a la cocina con el camisón desarmado, los ojos sucios de lagañas, el pelo revuelto con la gomita enganchada en cualquier lado.

Me desperté en el suelo, dijo.

Es muy temprano, dijo Carolina. ¿No querés dormir un rato más?

No.

Vení que te sirvo el desayuno.

Guillermo se enjuagó la boca y se secó con un repasador inmundo.

Antes vamos al baño que te lavo la cara, dijo.

Carolina sirvió leche en un vaso y puso dos rebanadas de pan

blanco en la tostadora. Todas las mañanas, en algún momento del desayuno, intentaba convencerse de lo privilegiada que era, pero no lo conseguía del todo. Lo conseguía lo suficiente para sonreír una vez sin razón y continuar con el día.

Camila volvió del baño de la mano de Guillermo.

No, dijo él, contáselo vos.

¿Qué pasa?, dijo Carolina.

Tu hija te quiere contar algo.

¿Qué?

Soñé un sueño feo, dijo Camila.

¿Qué soñaste?

Me caí en un pozo redondo. Estaba papá, pero era verde. Vos pasabas por arriba y nos mirabas y seguías de largo.

¿Una sola vez? Seguro que después volvía y…

No, muchas veces.

Es un sueño, no significa nada.

Eso le dije yo, dijo Guillermo.

Carolina levantó a Camila de las axilas, la sentó a la mesa y le ubicó delante el vaso de leche y las tostadas que había untado con manteca y mermelada de frutillas. Guillermo se rodeó el antebrazo izquierdo con la mano derecha y apretó.

Mientras me lavaba los dientes vi otra vez el pájaro ese que se para en la baranda del balcón del vecino, dijo. Está casi todas las mañanas. Se queda quieto, mirándome. Cada vez que levanta vuelo siento que va a encarar la ventanita del baño y estrellarse contra el vidrio.

En la clase hay una paloma, dijo Camila. Se llama Lili.

No es una paloma, dijo Carolina, es un canario.

Y tenemos un pescado también.

Se dice *pez*, hija.

Guillermo volvió a meterse en el baño y unos segundos luego el ruido de la ducha cubrió los gritos de un hombre en la calle. Camila comía la tostada como si fuera una obligación. Carolina se sirvió el café que quedaba y tomó un sorbo.

¿Sabías, Cami, que los chinos hicieron una estatua de Papá Noel

de veinte metros de alto?

¿Adónde?

Los chinos, en China. Antes no creían en Jesús ni en Papá Noel, pero ahora hay muchos que sí. Son todos enanos en China, como duendes.

Carolina abrió la heladera y manoseó tres duraznos hasta encontrar el más blando y oloroso. Cuando giró hacia Camila, la encontró adhiriendo el pan a la mesa con la mermelada de frutilla.

¿Qué hacés?, le dijo.

Tengo sueño.

Andá a dormir entonces, es temprano. Después te despertamos para ir a lo de la abuela.

No quiero.

¿Qué cosa no querés?

Dormir, no me gusta. No quiero dormir nunca más.

Camila se bajó de la silla apoyándose en el respaldo y salió hacia su cuarto. Carolina tiró los restos de desayuno a la basura y limpió la mesa. Sacó un cuchillo del primer cajón de la mesada y se dispuso a pelar el durazno, pero se arrepintió, guardó el cuchillo y comió el durazno con piel contemplando tras la única ventana la pared del edificio de al lado.

* * *

Guillermo parecía estar esperando algo, sentado en el borde de la cama, desnudo; la toalla un bulto junto a sus pies. Carolina se acostó y le apoyó las plantas en la espalda.

Hay algo raro, dijo él. Hoy. ¿No sentís algo raro?

No.

Soy incapaz de levantarme y caminar hasta el ropero. Ni siquiera puedo pensar en la ropa que me voy a poner.

Camila cantaba una canción incomprensible. Carolina se sentó junto a Guillermo y le besó uno de los hombros.

Usaste mi computadora, dijo él.

Quería ver lo que van a hacerle a tu mamá, pero no encontré nada. O sí, encontré un millón de cosas, pero ninguna era exactamente la que estaba buscando.

Habíamos quedado en que no la ibas a usar.

No, quedamos en que no la iba a usar si vos no estabas conmigo.

Por eso.

No pasa nada, Guille, la usé cinco minutos nada más.

Cinco minutos. No es un problema de tiempo, Caro, esa máquina es lo único que tiene valor para mí.

Guillermo se levantó, dio un paso hacia el ropero y volvió a sentarse en la cama.

Las cosas se rompen cuando están a tu alrededor, dijo. No es tu culpa, lo entiendo, pero tampoco es culpa mía. Si querés romper la licuadora otra vez no hay problema, pero con la computadora no te metas. Decime lo que necesitás y…

Las cosas eléctricas, dijo ella.

¿Qué?

Solo las cosas eléctricas se rompen.

Guillermo la agarró del cuello y le besó el mentón. La miró con un desgano que la sacudió de bronca.

¿Van a ir a la plaza?

No sé. La última vez a Cami le agarró uno de sus ataques. No quería jugar con las otras nenas y se puso a llorar como una desgraciada.

Llévala a lo de mamá, le va a venir bien distraerse un rato.

¿Y vos?

Estoy seguro de que hay baja presión. El cerebro me pesa una tonelada.

¿Vamos al cine?

Hoy sábado va a estar lleno de gente.

Carolina se quitó el piyama y se vistió con la misma ropa del día anterior. Le daba tanta haca usar el lavarropas que hacía todo lo posible por vestirse con lo mismo como mínimo tres días seguidos.

¿Querés ir a dar una vuelta?, dijo. Podemos ir a la librería o…

No quiero ir a ningún lado, dijo él.

Carolina reprimió el deseo de morderle la nuca. Había momentos en los que Guillermo pedía a gritos que le mordiera la nuca.

Me gustaría estar un rato solo, dijo él. Este departamento es demasiado chico. Si al menos tuviéramos un *living* comedor o un playroom… No sé si te diste cuenta, pero hace años que a la puerta le decimos «puerta de servicio» y es la única que tenemos.

¿Querés que nos vayamos?

Un rato nomás.

Carolina se ató el pelo con una gomita que tuvo que robarle a Camila. Vistió a su hija con lo primero que vio al abrir el ropero. Antes de salir, volvió al dormitorio en busca de su billetera y la novela que andaba leyendo y se dio de cara con Guillermo en la misma posición de antes.

¿Te vas a quedar ahí todo el día?

No sé.

Ella conocía perfectamente lo que tenía que decir para destapar la olla de una discusión que podía durar horas. Sin agregar palabra, se dirigió al cuarto de Camila.

Vamos, hija.

¿Adónde?

Ya te lo dije.

No me dijiste.

Sí que te lo dije.

No.

A lo de la abuela.

* * *

No la soltó hasta que encontraron asientos en uno de los vagones del subte. Llegaron a lo de la madre de Guillermo con la intención de quedarse a almorzar, pero a último momento Carolina decidió dejar

a Camila sola con su abuela.

Pensó en llamar a Lara, la única amiga que soportaba visitar una vez por semana, pero no, tomó un taxi al cine más cercano y se metió a ver la película que estaba por empezar.

Dos horas luego, otra vez en la calle, enfiló hacia lo de su suegra, pero a los pocos pasos se arrepintió y tomó un taxi a casa. El placer de la siesta inminente la llenaba de culpa.

Se quitó los zapatos y los dejó en cualquier lado. Se quitó las medias y las tiró en el canasto de la ropa sucia. Se asomó al dormitorio: Guillermo dormía bajo un desorden de sábanas y acolchado. Entró al cuarto de Camila, levantó juguetes del suelo y los acomodó en la repisa entre varios peluches y libros de literatura infantil. Sobre el colchón había una muñeca rubia boca abajo con las piernas abiertas como si se hubiera luxado la cadera. Le enderezó los miembros y la sentó en la silla con dibujos del Correcaminos. Volvió al dormitorio, se acostó junto a Guillermo (sus piernas encontraron huecos en el desorden) y lo rodeó con un brazo. No tardó ni cinco minutos en dormirse.

* * *

Se despertó por un ronquido que supuso salía de Guillermo. Permaneció unos segundos acostada, disfrutando de las líneas de luz que la persiana proyectaba en el techo. Luego giró: Guillermo seguía a su lado, dormido, en la misma posición. Le besó el hombro desnudo, el codo, una mano. Le contempló el rostro: blanco y en paz.

Lo destapó con brusquedad y el cuerpo de Guillermo se reorganizó con un desgano repulsivo. La impresionó descubrir que la piel del cuello era más verde que blanca. Lo puso boca arriba y le acomodó los brazos y piernas. Una arcada la obligó a vomitarle jugos gástricos y pochoclo sobre el vientre. Con horror, miró lo que acababa de hacer. Rápidamente se quitó la remera y limpió el

enchastre.

Avanzó con pasos torpes hasta el baño, haciendo todo lo posible por evitar la segunda arcada, sabiendo que no iba a poder evitarla. Se arrodilló frente al inodoro y se dejó poseer por todo eso que tenía dentro. Se limpió con el dorso de la mano los hilos de baba.

En el suelo, junto al inodoro, había un frasco de medicamentos. ¿De dónde había salido? Lo levantó y, sin leer la etiqueta, lo abrió, dejó caer las pocas pastillas que quedaban en el vómito y tiró la cadena.

Guillermo parecía haberse encogido. No era más un hombre, sino un nene o un pibe adolescente. Carolina permaneció un rato bajo el marco de la puerta mirándolo. Luego se le abalanzó y le empezó a dar puñetazos en el pecho, le hizo respiración boca a boca, más puñetazos, le mordió el cuello con todas sus fuerzas.

Se pegó una ducha rápida sin lavarse el pelo ni enjabonarse y se vistió con lo primero que encontró al abrir el ropero. Se acercó a Guillermo, lo besó en los labios y lo cubrió hasta los hombros con la sábana arrugada.

* * *

Salió del departamento, cerró la puerta, llamó el ascensor y se dio cuenta de que no sabía adonde ir. En ese preciso momento Camila no era algo posible. Pensó en llamar a sus padres. Pensó en llamar a Lara e invitarla a tomar un café con leche y seis medialunas; tres de grasa y tres de manteca. Pensó que tal vez ya era hora de jugársela y dar vida a la editorial que hacía años soñaba con fundar y dirigir.

La tarde se parecía a una de esas noches claras. Carolina sentía como si sus pies pisaran el fondo inconsistente de un lago.

Camila besó a su abuela en la comisura de los labios y a la mucama en una oreja. Carolina las saludó desde el palier con un movimiento de mano que no significaba nada en particular.

Cinco cuadras quedaron atrás a una velocidad desmesurada para

el ritmo lento que traían. El aire no se movía, como si estuviesen en un cuarto cerrado, sin ventanas, que se expandía con cada paso que daban.

Podríamos comprar un perrito, dijo Carolina. Uno de esos que hay en la vidriera de la veterinaria.

¿El negro?

Sí, o el marrón de orejas caídas.

Me gusta más el negro.

¿Vamos a la heladería?

Camila hizo un gesto que no significaba sí ni no.

El cielo se había despejado, aunque no eran muchas las estrellas que Carolina alcanzaba a ver mientras arrastraba a su hija hacia la heladería. Un peso que sostenía de la muñeca con la fuerza suficiente para no lastimar. Pero el peso de pronto pareció morirse, no había manera de arrastrarlo.

¿Qué pasa, hija?

Quiero ir a mi cuarto.

En un rato vamos. ¿No te gustaría ir al cine?

Pero es muy de noche.

No importa, debe haber una función a esta hora.

Me hago pipí.

Acabás de hacer en lo de la abuela. Antes de entrar al cine pasamos por el baño.

Camila se agachaba y levantaba como si estuviera a punto de hacerse encima.

Quédate quieta, le dijo Carolina.

No puedo, dijo Camila, se me sale.

Carolina se acercó a un árbol junto a un auto estacionado e inspeccionó las baldosas que se rompían y deformaban al llegar al tronco.

Vení, hacé acá, le dijo. Yo me fijo que no pase nadie.

Camila examinó el área donde su madre pretendía que hiciera pis.

Se me fueron las ganas, dijo.

¿Preferís hacer en el cine?

No.

Carolina se recostó contra el capó de un auto y cerró los ojos. Algo que no lograba identificar le ensuciaba el pecho del lado de adentro. El pecho no, más abajo, donde se separan las costillas. Le costaba respirar. Pretendió imaginar qué era eso que la ensuciaba, pero no pudo, el súbito ataque le blanqueó la mente.

Agachada junto al árbol con la bombacha en las rodillas, Camila miraba cómo el llanto reventaba los ojos, nariz y boca de su madre. Un hilo de pis le bajó por la pierna y le goteó los zapatitos.

Carolina se golpeó la frente con una violencia que la fue calmando. Alguien en alguna parte escuchaba una canción de Bob Marley. Camila parecía haberse fundido con las sombras y el árbol. Carolina le propuso volver a casa y la nena asintió subiéndose la bombacha.

* * *

A medida que se acercaban al edificio los pasos se hacían más lentos. Carolina se aprovechaba del cansancio de Camila para aminorar la marcha. El futuro inmediato se iba componiendo solo de lo peor. Incluso su hija formaba parte de lo peor.

Al entrar en el departamento, Camila enfiló a su cuarto como una borracha diminuta con la consciencia suficiente para no desmoronarse.

No molestes a papá, le dijo Carolina.

Se detuvo ante la computadora de Guillermo sobre la mesa de la cocina, abierta, esperándola. La rozó apenas y la pantalla se encendió. No había contraseña. A Guillermo le daba fiaca. Se justificaba diciendo que no tenía nada para esconder, que si le robaban la laptop podían ver lo que quisieran, mirarle las fotos, leerle los *mails*… Una de las ventajas de ser poco relevante. En el medio del escritorio había un archivo titulado *Para mamá*. Carolina cerró la computadora con una bronca que la superaba. Pensó en

romperla a palazos, pero no encontró nada que sirviese de palo. ¿La escoba? No, podía pasarse la noche entera golpeando la máquina con el mango de la escoba.

Abrió la heladera y la cerró. Sintió que algo faltaba. Camila. Hacía rato que no la oía. Se asomó al cuarto de su hija: nadie. Tampoco había nadie en el baño. Con el mismo terror que traía colgando de la calle, entreabrió la puerta de su dormitorio.

Camila dormía abrazada a Guillermo. Carolina se acercó a la cama y los contempló unos segundos.

Cami, despertate, le dijo, pero su hija ya estaba del otro lado, no mostraba ninguna señal de querer ser molestada.

4. ALFONSO MIRANDA

En lo que va de sus cincuenta años, el pene nunca se le puso duro como se ponen el noventa y cinco por ciento de los penes. Lo alivia saber que es parte de un cinco por ciento. Tuvo varias poluciones nocturnas (no recuerda más de diez), pero esas erecciones no cuentan, son simples regalos del azar. Tampoco está seguro de que hayan sido erecciones: es sabido que los hombres son capaces de eyacular por medio de sus penes flácidos.

Alfonso se rehúsa a llamar al pene «pija» o «poronga» o «verga» o «pinchila» o «polla» o cualquiera de las otras formas del español coloquial. No considera al pene un órgano coloquial. Nadie llama al páncreas «panqueque» o «pepe» o «lengua del estómago» o «gusano cabezón». Todos tratan al páncreas con el mayor de los respetos. Y Alfonso respeta su pene flácido. Respeta su impotencia. Respeta el aplomo con que llevó adelante estos cincuenta años de flacidez.

No es fácil vivir sabiendo que cada vez que conozca a una mujer su historia con ella no va a durar más de unas pocas salidas. En estos tiempos se suele llegar rápido a la intimidad. *Demasiado* rápido. Mucho más fácil sería su vida amorosa si viviese en el Renacimiento, donde las relaciones se armaban por conveniencia y el sexo solo entraba en juego ante la necesidad de tener hijos. *Había* pasión, claro que la había. Desde que el humano es humano existe la pasión. Pero también se podía vivir en pareja sin pasión, como simples compañeros.

Hoy no imagina concebible que una mujer acepte convivir con un hombre flácido. Por lo que afirma Saldivar, su jefe, el sexo es más

importante que la convivencia, que la compañía, incluso que el amor. Hoy las personas suelen juntarse por compulsiones sexuales compartidas y luego, si tienen suerte, descubren que además comparten otras cualidades humanas; o no las comparten pero al menos las encuentran compatibles.

Desde que Alfonso abandonó la casa de sus padres no volvió a convivir con nadie. No tuvo oportunidad de compartir sus cualidades humanas (de comprobar si sus cualidades humanas son compatibles) con nadie.

Visitó decenas de médicos, especialistas, chantas. Se hizo más estudios en cinco años de los que sus cuatro abuelos en sus cuatro vidas. Probó con homeopatía. Probó las dietas más absurdas. Probó todas las psicoterapias posibles.

Durante años vivió convencido de que se trataba de un problema cardíaco: su impotencia era síntoma de que el corazón no le funcionaba del todo bien. Pero se hizo treinta exámenes y no encontraron nada. Igualmente vivió un tiempo tomando los mismos medicamentos que toman los enfermos del corazón, convencido de su padecimiento pero sin pruebas médicas que lo justificaran. Eso le permitía dormir tranquilo.

Experimentó con sildenafilo y tadalafilo. Todas las marcas. Ingirió una cantidad de miligramos suficiente para erectar un elefante muerto. La piel se le puso roja como inglés borracho y el corazón le latía como una rata suelta en un tambor, pero su pene se mantuvo flácido, como si no formara parte del cuerpo.

Consideró la posibilidad de ser homosexual. Se forzó a mirar videos de hombres con hombres, de hombres con hombres amanerados, pero no solo el pene se mantuvo flácido, sino que no sintió ni el más mínimo destello de excitación. En cambio con las mujeres se excita. Está convencido de que se excita. Una calentura flácida, una flacidez libidinosa.

A los treinta y cinco años empezó a visitar a Carla, una prostituta de microcentro. Iba una vez por semana; por lo común los domingos luego del almuerzo que era cuando ella menos trabajo tenía y a cambio de lo que cobraba una hora lo dejaba pasar la tarde.

Compartían un mate mientras hablaban de cualquier cosa y luego ella buscaba maneras de ponérselo duro, siempre con el mejor ánimo. Probó chupándole el pene con la lengua, los labios, toda la boca. Probó chupándole los testículos con la lengua, los labios, toda la boca. Probó chupándole el ano con la lengua, los labios. Probó metiéndole penes artificiales en el ano. Probó metiéndole penes artificiales en el ano mientras al mismo tiempo le chupaba el pene o los testículos, o el pene y los testículos. Probó con masajes eróticos y descontracturantes. Probó diciéndole guarradas. Probó otorgándole el lugar de amo. Probó otorgándole el lugar de esclavo. Probó tratándolo como una puta. Probó tratándolo con el mayor cariño, acariciándolo y besándolo como una novia amorosa. Pero lo que Alfonso suele recordar son las charlas, los mates compartidos.

¿Qué habrá sido de Carla? Hace unos años la buscó en las páginas de acompañantes de Capital pero no la encontró. Debe rondar los cuarenta. Tal vez alguna de las maduras que publican online sea ella con otro nombre.

No, mejor no encontrarla. Carla fue la que decidió dejar de verlo. Le pidió que por favor no la visitara más. Se dio cuenta de que Alfonso se había empezado a enamorar, y él se dio cuenta de que ella se daba cuenta y le deseó la mejor de las suertes. Aunque en realidad no se había empezado a enamorar, la había empezado a entender como su versión de una pareja. Visitar a Carla una vez por semana era su versión de estar en pareja. La versión del impotente.

Nunca va a saber lo que es introducir el pene en una mujer. Sí sabe lo que es darle placer a una mujer: hay otras partes del cuerpo que se pueden usar como penes. Las manos, por ejemplo. Los dedos. La lengua. Dedos y lengua a la vez. A las primeras mujeres con las que llegó a intimar les rogó que lo dejaran usar los dedos, o la lengua, o los dedos y la lengua. Intentó convencerlas de que al fin de cuentas es lo mismo. Las miraba a los ojos y rogaba. No hay nada peor que rebajarse a rogar. Vivir de rodillas. El impotente arrodillado. Salían dos o tres veces a cenar y, cuando no quedaba más que exponer la flacidez, Alfonso les ofrecía una vida de servidumbre. No tardaban en pedirle que no las llamara más.

Es verdad que entonces no tenía mucho para ofrecer. Un pobre cubículo flácido. Ni plata ni sexo. Una buena charla, humor, caballerosidad… ya no son suficientes. Tal vez nunca lo fueron. Hoy las mujeres se burlan de la caballerosidad. Les da bronca. Y con razón: hay algo estúpido en la caballerosidad; algo impostado, falso, torcido. Pero si Alfonso no se agarraba de la caballerosidad, ¿qué armas tenía?

Al menos ahora, si conociese a una mujer y llegase al borde de intimar, podría decirle que ya no es un cubículo. Tiene una oficina con vista a la calle. Lo ascendieron. Saldivar le dijo que de los cinco candidatos él era el que más lo merecía. Lo invitó a brindar con unas gotas del ron caro que guarda en su oficina bajo llave.

Su jefe es una de esas personas que hacen del amarretismo una pasión. Gana fortunas pero usa un celular con tapita. Un hombre fácil de querer y odiar. De cara se parece al rector de la universidad en la que daba clases Indiana Jones: cara de buenazo; cara de que lo podés pasar por arriba. Pero nadie lo pasa por arriba. Nadie se acerca a la posibilidad de pasarlo por arriba.

Suele bajar al comedor a la hora del almuerzo a controlar lo que comen sus empleados. Algunos mediodías se sienta frente a Alfonso y le habla, le pregunta sobre su vida. Alfonso siempre le dice lo mismo: «Todo bien». Si su jefe insiste, le cuenta que está viendo a alguna mujer que conoció de casualidad o que le presentaron. Si le pregunta quién se la presentó, le cuenta de algún amigo de la infancia que trabaja en alguna compañía específica en un puesto específico. No le dice nada de su impotencia. Nadie sabe de su impotencia. Ni siquiera sus padres. Piensan que Alfonso es un excéntrico, una especie de hombre new age que escapa a los convencionalismos y vive segurísimo de que traer hijos al mundo es un pecado imposible de limpiar. Nadie tiene la más mínima idea, excepto por las seis mujeres que sostuvieron su pene flácido. Aunque a esas mujeres les justificó la flacidez: algo que comió en la cena le cayó mal; justo antes de venir le dieron la noticia de una tragedia familiar…

Alfonso detesta todos y cada uno de los platos que sirven en la

empresa, pero igualmente los come. Se acostumbró a comerlos. A *disfrutarlos*. Al final el humano se acostumbra a todo, incluso a la peor de las torturas.

Su vida es una máquina casi perfecta. Todos los días sucede prácticamente lo mismo. Se va a dormir sabiendo lo que va a pasar el día siguiente con un noventa y siete por ciento de precisión. Se va a dormir sabiendo lo que va a pasar la semana siguiente con un ochenta y tres por ciento de precisión. Se va a dormir sabiendo lo que va a pasar el mes siguiente con un sesenta y cinco por ciento de precisión. No hay lugar para la ansiedad.

Su trabajo es monótono y lo aprecia por eso. Se encarga de coordinar cubículos: los lleva adelante, los guía. Ellos hacen el trabajo y Alfonso los guía. Cobra más que ellos solo por guiarlos. Les explica cómo hacer mejor lo que él hacía antes, cuando era un cubículo. Les explica cómo hacer lo que ellos ya saben hacer. No disfruta de explicarles tanto como había imaginado cuando era un cubículo e imaginaba la posibilidad de que lo ascendieran a oficina. ¿Le gustaba más ser cubículo?

Hay personas que eligen que les digan qué hacer constantemente. Una comodidad adorable.

* * *

Hoy discute con un cubículo joven. Alfonso se imagina agarrando una de las tijeras que hay en todos los lapiceros, cortándose el pene y sopapeando al cubículo con el pene flácido de la misma manera en la que décadas atrás sopapeaban con guantes de oligarca. Pero la discusión es interrumpida por una de esas llamadas que pertenecen al tres por ciento de incertidumbre con el que se va a dormir todas las noches.

Su padre le dice que su madre empezó a sentirse mal y no le quedó otra que internarla. Alfonso le informa a Saldivar lo que pasó y toma un taxi al hospital. No suele tomar taxi: su vida es tan

predecible, tan ordenada, que le permite caminar a todos lados; calcular cuánto tiempo necesita para ir caminando de acá a allá. Su padre le informa que aún no saben nada. Suelta palabras que no terminan de formar oraciones. Un médico les dice que hay que esperar. Alfonso le propone a su padre bajar al comedor, pero el viejo le dice que no, que no piensa dejarla sola.

No va a estar sola, tiene un equipo de los mejores…

No importa. Andá vos, yo de acá no me muevo.

Alfonso espera que una pareja de ancianos que comparten un tostado mientras leen el diario se vayan dejándolo en la mesa, pero no, doblan las páginas con cuidado y se lo llevan como si fuese un ejemplar de la primera edición del *Quijote*.

La luz de tubo parece específicamente diseñada para que la gente no aguante más de media hora. Pero Alfonso no piensa moverse. No piensa ir en busca de su padre. Que venga él. Que traiga la información en el rostro.

Lee titulares de diarios en el celular. Las noticias son máquinas de ansiedad y suele evitarlas, aprendió a evitarlas, pero hasta que venga su padre no tiene mucho para hacer más que pasar la vista por las complicaciones del mundo. ¿Quiénes son los culpables de haber complicado todo tanto, de imponer la complicación? La vida es en general simple. Alfonso nunca entendió a la gente que se obstina en complicarla, los que viven afirmando lo complicada que es, como si buscaran invocar esa complicación, como si no tuviese sentido una vida simple. Las únicas complicaciones reales son burocráticas: las reglas que hacen a este juego que inventaron porque al parecer a la mayoría de la gente la aterra vivir en la simpleza.

No hay que tomarse la vida tan a la tremenda. Todos carecen de algo que los define. Los ciegos, sordos y mudos también se tiran pedos, disfrutan de instantes de felicidad y mojan vainillas en leche.

Anteayer Alfonso fue a cenar por tercera vez a un restaurante que abrieron hace poco y el mozo lo reconoció, lo saludó y le trajo una porción de chocotorta de regalo. Eso también es la vida, pero no sale en los diarios: «Mozo regala chocotorta a cliente que visita restaurante por tercera vez». Debería existir un diario con noticias de

los que viven la vida sin grandes ambiciones.

Alfonso no necesita más que este trabajo que le llena las horas y le cubre lo básico y no tan básico. No necesita más que las cinco o seis horas de libertad por día que la empresa le obsequia. No sabría qué hacer con más horas. Tiene todo lo que un humano de estas épocas puede necesitar. Excepto amor. Pero aprendió a no necesitar del amor. Se le formó una piel dura.

Mira de reojo a una mujer en la mesa de al lado. Ella lo percibe y le sonríe. Él piensa en presentarse, usar el colapso de su madre para conseguir una cita. Le gustaría arrodillarse frente a la mujer y decirle que la ama. Es ridículo, pero no del todo falso: a veces basta que una mujer le sonría para empezar a amarla. Le gustaría arrodillarse frente a ella y preguntarle por qué amar a una mujer y cuidarla más que a uno mismo no es suficiente. Si le dijese que pretende tener hijos lo entendería. Aunque se puede adoptar, o usar un donante de esperma. A Alfonso le gustaría tener un hijo incluso sabiendo que no hay nada de él en ese hijo. Le hablaría todos los días mientras se forma en la panza. Una genética insertada desde la palabra, desde el cariño.

No, su rutina se haría pedazos con un hijo. Los hijos son máquinas de ansiedad. Tener un hijo es perder el control de la vida. Y Alfonso aprecia su control. Aprecia saber quién es hasta el más mínimo detalle. Conocerse a uno mismo es una virtud, pero más aceptarse, soportarse. Alfonso es esto acá sentado que levanta una mano y pide un café. Ser esto es suficiente. Esto que espera a su padre.

* * *

Hizo todo lo posible por ser buen estudiante. Le gustaba demostrarles a sus padres que habían criado a un buen estudiante. Los profesores no lo querían particularmente, pero tampoco lo odiaban. Sus compañeros no lo querían particularmente, pero

tampoco lo odiaban.

Tuvo un solo amigo de esos que se pueden llamar *íntimos*: Facundo Gallo. Compartieron banco de tercer grado a quinto año.

Alfonso recuerda el entusiasmo con el que Facundo le contó de su primera eyaculación. No recuerda su cara, solo el entusiasmo. Estaban en el baño de la casa de Alfonso, cuando Facundo se bajó los pantalones, los calzoncillos y empezó a masturbarse. No tardó ni dos minutos en soltar un semen desaforado contra la pared de azulejos. Una gota le pegó a Alfonso en el antebrazo izquierdo. Facundo se subió los calzoncillos, los pantalones y limpió el enchastre con papel higiénico.

Ahora vos, le dijo.

No, dijo Alfonso.

¿Por qué no?

No soy puto. Cuando me quede solo lo hago.

La amistad con Facundo lo convirtió en un mentiroso natural. Todo lo que a su amigo le pasaba a él le había pasado antes o le pasaba a los pocos días. Sus cuentos eran tan elaborados que terminaba creyéndoselos. A veces recordaba con alegría algo que nunca había sucedido, como cuando su padre lo llevó a visitar a una prostituta de San Telmo y en menos de una hora eyaculó cuatro veces.

La amistad empezó a resquebrajarse el día que Facundo le contó que se había puesto de novio. Alfonso no tardó en contarle que había empezado a salir con la hija de una amiga de su madre que vivía en Chile, que se habían visto solo un par de veces pero lo había dejado hacerle de todo. Se dio cuenta de que Facundo dudaba y no volvió a mencionar a su supuesta novia chilena.

Se vio forzado a conseguirse una novia real. Enseguida construyó el personaje de quien solo cree que lo único importante en la vida es ponerse de novio. Un personaje inventado, pero que al mismo tiempo era él; mucho más él de lo que pensaba que era.

Tuvo dos novias reales en el secundario. Eran tan jóvenes e inocentes que no había chances de que ninguna de las dos le acercara una mano a la entrepierna. La frigidez como bendición. Es

probable que Alfonso las haya buscado no porque le gustaran, sino porque no presentaban peligro alguno. Aunque sí le gustaban, y de alguna manera las quiso. Las convirtió en el centro de su vida, al punto de que Facundo se empezó a quejar de que no le prestaba atención.

Pero Facundo tampoco le prestaba mucha atención que digamos. Ya había empezado a tener sexo con su novia y las pocas veces que se veía con Alfonso afuera del aula le contaba los detalles. A esa altura Alfonso había desarrollado a la perfección su cara de «sé exactamente de lo que estás hablando». Se aprendía los detalles de memoria. Los detalles de Facundo se convertían de inmediato en detalles de Alfonso.

Cuando sus padres le preguntaban cómo le iba con alguna de sus novias, Alfonso se hacía el misterioso, o el apático, y sus padres disfrutaban de la actitud predecible de su único hijo varón. A ojos de ellos, Alfonso tuvo una infancia y adolescencia normales. Normales para un chico de clase media en un barrio de clase media en Capital. No le faltó nada, y lo que no podía tener lo inventaba con tanta naturalidad que nadie dudaba en creerle.

Entrando a quinto año del secundario decidió que lo correcto era no tener novia. Le insistió a Facundo que debían preservar la libertad costara lo que costase. Ya hacía tiempo que se había reconocido más inteligente que su amigo y sabía cómo sumarlo a sus fantasías; fantasías que plasmaba con el mayor realismo. Facundo era el que tenía sexo con mujeres, pero Alfonso el que entendía lo que eso significaba.

Habían empezado a ir a bailar a matinées. El padre de Facundo los llevaba y el de Alfonso los iba a buscar. La idea era conseguir el número de alguna chica y luego llamarla en la semana y verla una sola vez e intentar en esa sola vez llegar lo más lejos posible. Llevaban una birome Bic con la que escribían los números de teléfono en sus antebrazos. Pero Facundo no tardó en echar todo a perder: terminando quinto año se enamoró de una de esas chicas con las que supuestamente debían salir una sola vez y, aunque ninguno de los dos tomó la decisión de dejar de verse, dejaron de

verse.

Alfonso pasó varias semanas imaginando posibles carreras universitarias, pero ninguna lo convencía. Sus padres le preguntaban todas las noches en la cena si había decidido qué estudiar y él siempre les decía que no, que no había nada que lo apasionara. Su madre le dijo que era normal no sentir pasión por carrera alguna, pero que a veces la pasión era algo que se construía en el tiempo.

Lo mejor es que elijas una carrera que te interese, aunque no te apasione, y luego ir viendo si esa pasión aparece. Nosotros te ayudamos en lo que necesites.

Alfonso probó con administración de empresas, y luego *marketing*, y luego psicología (una carrera que supuso podía ayudarlo con su impotencia), pero no llegó a terminar el primer año de ninguna. Un desgano había despertado tras el alejamiento de Facundo, y había alzado la cabeza cuando las obligaciones escolares quedaron en el pasado, y lo había ido envolviendo como esas plantas que en alguna parte del planeta (¿el Amazonas?) rodean árboles y los asfixian. Tirado en la cama, Alfonso temía que la impotencia se hubiese expandido por su cuerpo.

Su madre le comentó que conocía a alguien que conocía a alguien que era gerente de una empresa de logística y estaban buscando cadetes. Alfonso no dudó en decirle que le parecía bien. Tuvo una reunión breve con el gerente que conocía a alguien que conocía a su madre, luego una un poco más larga con la gerente de recursos humanos, estudios médicos de rutina, y le dieron el trabajo. Otra vez la vida se ordenaba, ahora de nueve de la mañana a seis de la tarde.

* * *

Le hace una seña al mozo para pedirle otro café cuando su padre entra al bar cargando toda la información en el rostro. Los médicos no pudieron hacer nada. Su madre anteayer estaba sana y hoy no

está.

Su padre no se siente capaz de lidiar con las consecuencias. Alfonso tiene que ocuparse de la inmensa burocracia de la muerte. Aún no entiende del todo lo que pasó, pero mejor pagar lo que haya que pagar sin entender. Chau ahorros. Su padre tiene menos plata en el banco de lo que Alfonso imaginaba. Raro: antes de jubilarse fue un más que respetable vendedor de repuestos para autos de alta gama.

La empresa le da una semana de licencia. Alfonso se va a quedar en lo de su padre durmiendo en su antigua habitación ahora depósito de cosas que se guardan en vano. No hace más que estar con él. No logra animarlo ni con el gran triunfo de Huracán en el último minuto del alargue.

Lo despista el lugar de víctima que eligió ocupar su padre. No lo hubiera imaginado antes, cuando su madre estaba viva. Piensa en contarle de su impotencia, mostrarle que hay cosas peores que perder una pareja de sesenta años (por ejemplo, no ser capaz de formar una pareja nunca), pero se queda en silencio, y su padre se queda en silencio, y Alfonso decide volver a su departamento.

Su padre no es la primera persona que tiene que lidiar con semejante pérdida. No es la primera persona que debe enfrentar la soledad luego de décadas acompañada. ¿Y qué tiene de malo la soledad? Alfonso nunca entendió la mala prensa que la rodea. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué se le tiene tanto miedo? Hay algo adecuado en vivir solo, una dignidad a la que los acompañados no pueden acceder.

Su padre cada vez habla menos. Suelta palabras prácticas con el único fin de conseguir resultados inmediatos. No abandona la cama para otra cosa que no sea ir al baño. Alfonso no sabe cómo ayudarlo más allá de llevarle comida e intentar conversar un rato, arrancarle una palabra que le permita lidiar con esto que le pasa.

El viejo no quiere saber nada con psicólogos ni antidepresivos. Su terapia es mirar horas y horas del *Superagente 86*. Alfonso lo llama cada dos por tres y le pregunta qué está haciendo y, aunque su padre siempre dice «Nada», sabe que está mirando a Maxwell Smart

en su versión doblada al español neutro.

* * *

Los primeros días tras la vuelta a la empresa, Alfonso se siente caminando sobre un suelo de gomaespuma que todo el mundo jura es cemento. Pero mejor ocuparse de los cubículos que de la bola de depresión que es su padre.

Saldivar le toca la puerta, asoma la cabeza y le dice que necesita que se encargue de las preparaciones para la cena de fin de año. Quedan en reunirse el lunes a la mañana. Su jefe va a enumerar a una velocidad ridícula todo lo que hay que hacer, esperando que lo memorice, sin darle tiempo para anotarlo, y luego le va a pedir que lo deje solo que está tapado de laburo.

A las seis y cinco, Alfonso pone un pie en la vereda y llama a su padre. No atiende. Llama otra vez. No atiende. Le manda un mensaje pidiéndole que le informe si se encuentra bien. El viejo tarda media hora en responderle.

Alfonso llega a su departamento, se ceba un amargo y, mezclando en la boca galletitas agridulces con mate, se dedica a examinar distintos asilos para ancianos. Le cuesta imaginar a su padre en las postales que aparecen en las páginas web, pero no sabe cuánto tiempo más va a aguantar viviendo solo con su depresión. Parece haberse casado con la depresión. Duerme junto a ella, la abraza, le murmura cosas al oído.

Cuanto más lo visita, más se da cuenta de lo poco que lo conoce. Pero lo quiere. *Claro* que lo quiere. Es su padre. Le lleva comida que no come, o come apenas. Se alimenta con lo suficiente para no desfallecer y obligarlo a cargarlo al hospital. Se mantiene del lado derecho de la cama, *su* lado, y cuando Alfonso se sienta sobre el recuerdo de su madre el viejo suelta un gruñido.

* * *

Camino a un restaurante español donde según *Guía Óleo* preparan la mejor tortilla de papa de Capital, Alfonso pasa por la puerta de un *sex shop* y se sorprende deteniéndose. La vidriera no es más que una lámina negra con arabescos dorados y las palabras «*sex shop*» en el ángulo superior derecho. Alfonso abre la puerta y se asoma: ningún cliente.

Deambula un rato por el sector de películas porno; un sector absurdo hoy en día con la cantidad de videos gratis que hay en internet. Se acerca a una vitrina donde se exponen como obras de arte distintos modelos de consoladores. Un vidrio no le permite manosear aquellos penes eternamente erectos.

¿Te puedo ayudar en algo?, le pregunta el empleado.

¿Cuánto cuestan estos?

Depende.

El empleado le va mostrando los distintos modelos y aclarándole los precios. Le informa que si paga en efectivo le hacen un veinte por ciento de descuento.

¿Hay alguna manera de ajustarse estos modelos a la entrepierna?

Estos no, para eso tenés los cinturongas.

¿Los qué?

El empleado se dirige al fondo del negocio y vuelve con un cinturón ancho al que le adhirieron un pene artificial erecto de unos quince centímetros de largo.

En un cajero automático Alfonso saca siete mil pesos y, sin probárselo, compra el cinturonga de mejor calidad. Se olvida por completo de la tortilla de papa y vuelve a su departamento. Se desnuda, rompe el envoltorio de plástico duro, lee las instrucciones, se calza el cinturonga y se contempla en el espejo.

¿Cómo no se le ocurrió antes?

Pasa un rato examinando las páginas de escorts en Capital. Le encantaría acostarse junto a una mujer joven desnuda, pero supone que las maduras están más curadas de espanto. Delimita la búsqueda

a mujeres de entre cuarenta y cincuenta años que viven cerca de su barrio. En una de las páginas se ofrecen tres. De las tres, una sobresale por sus piernas largas, Paula, aunque hay que tener en cuenta los kilos de photoshop y además en todas las fotos el rostro aparece blureado.

Llama a la tal Paula pero no atiende. Se acuesta en la cama y permanece unos minutos estirándose el prepucio. Vuelve a llamar y Paula, con voz cansada, le da a entender que es nueva en Capital, que aún se está acomodando pero recibe en su departamento. Alfonso le pregunta si puede recibirlo hoy a las nueve y Paula le dice que no hay problema.

Espera sentado en la cama viendo *Sportcenter* que se hagan las ocho y media. Luego agarra la bolsa de plástico negro con el cinturonga y camina hasta lo de Paula. Llega a las nueve en punto. En realidad llega a las nueve menos cinco, pero espera en la vereda que se hagan las nueve, sosteniendo el cinturonga como un traficante de drogas neófito sostiene una bolsa con medio kilo de cocaína.

Paula le abre la puerta vistiendo una bata traslúcida que deja entrever una ropa interior verde agua. Le pide que se ponga cómodo y le pregunta si quiere algo de tomar.

No, gracias, estoy bien.

Alfonso le paga y ella guarda los billetes en una cajita de madera con una orquídea grabada en la tapa. Va hasta la cama y se sienta, permitiendo que se le abra un poco el cuello de la bata. Le pregunta qué le gusta hacer. Alfonso saca el cinturonga de la bolsa.

No sé cómo usarlo, dice Paula. Nunca me lo pidieron. Nunca fui activa.

No quiero que seas activa. Esto es para mí.

Ella sonríe como preguntándose algo. Le quita el cinturonga de la mano y empieza a desabrocharle la camisa.

¿Puedo darte un beso?, dice él.

Aún no.

Paula le permite que la penetre con el pene artificial en distintas posiciones durante casi media hora. A él le tiemblan los músculos de

brazos y piernas, nunca acostumbrados a las exigencias del sexo. Cada pocos minutos tiene que detenerse y recuperar el aliento, evitar los calambres. Ella hace los gestos y sonidos de acabar en dos ocasiones. Él supone que los actúa, pero de forma creíble, natural, o lo que imagina creíble y natural. El pene y los testículos amordazados bajo el cinturonga duelen cada vez que intenta mandarlo hasta el fondo. Disfruta de ese dolor, lo convence de que esto que está pasando es real.

Acepta el vaso de Sprite que Paula le ofrece con la misma intención con la que un pediatra, al final de la consulta, le ofrece a un nene un chupetín. Se dispone a darle un beso en la boca (ella permitió que la besara cuando adoptaron la posición del misionero y vio el esfuerzo que él hacía, los brazos tambaleantes como las columnas de Pompeya), pero Paula le corre la cara y lo abraza.

Hasta la próxima.

* * *

Tres días de un humor excelente. Alfonso disfruta de organizar la cena de fin de año de la empresa, prestando atención a los más mínimos detalles. Pasa a buscar a su padre, lo mete en un taxi y lo lleva hasta el Tomás Adolfo Ducó donde ven a Huracán ganarle tres a uno a Boca.

Llama a Paula y arregla para que lo visite a las nueve de la noche. Limpia y ordena. Compra un vino, cerveza (por las dudas de que Paula prefiera cerveza), almendras y nueces, agua con gas, una Sprite y varios rollos de papel de cocina. Lava el pene duro del cinturonga con agua y jabón.

A las nueve y diez suena el portero. Paula viste unos *jeans* ajustados y una musculosa blanca. Ve las nueces en la mesa y pellizca una, se la mete en la boca y lo mira como esperando algo. Alfonso le pregunta qué quiere tomar.

Tengo vino y cerveza, y Sprite.

¿Vino tinto o blanco?

Tinto.

Vino está bien.

Alfonso sirve en dos vasos y le pide perdón por no tener copas.

Ningún problema, dice Paula.

No vas a preguntarme, ¿no?

¿Qué cosa?

Por qué el cinturón con pene.

No me importa en lo más mínimo.

Ustedes saben que lo mejor es no preguntar. Saben que no ganan nada con preguntar. Pero yo quiero que me preguntes.

¿Qué cosa?

Por qué el cinturón con pene.

¿Por qué el cinturón con pene?

Soy impotente. Toda mi vida fui impotente. Nunca disfruté de la más mínima erección. Pero sí disfruto del sexo con mujeres.

Paula le aclara que por la plata que pagó puede disfrutar de su compañía noventa minutos. Le permite que la penetre en distintas posiciones. Varias veces él siente que el corazón le va a reventar la garganta. Paula se mete el pene artificial en la boca y lo chupa como si fuera lo más delicioso que probó en la vida. Acaba (o simula acabar) tres veces.

Luego, acostados en la cama, desnudos (el cinturonga en el suelo entre la ropa desparramada), Alfonso le pregunta si tiene novio. Ella gira para mirarlo pero no contesta. Se quedan un rato en silencio.

¿Vos?, dice ella. ¿Novia?

No.

¿Porque no se te para?

Él gira para mirarla pero no contesta.

¿Cuántos años tenés?, le pregunta ella.

Cincuenta.

Estoy segura de que podrías encontrar a una mujer de tu edad que busque a un compañero. Alguien con quien compartir la vida, que vea el valor de tenerte como persona, no como una simple pija erecta.

No digas eso.

¿Qué?

Pija.

¿Por qué no?

Prefiero que digas «pene».

Ok, son tus minutos.

¿Cuántos quedan?

Pocos.

Las mujeres de cincuenta aún son jóvenes, Paula.

No tanto.

¿Cuántos años tenés?

Cuarenta y siete.

Casi cincuenta.

Tres años es mucho tiempo.

¿Y aceptarías salir con un impotente?

El sexo nunca fue importante para mí.

¿Por qué no?

No sé. Tal vez porque de chica supe que podía tenerlo. Tenerlo con facilidad.

¿Te puedo invitar a salir?

Claro. Cena y servicio de una hora: seis mil pesos. Pasar la noche: diez mil.

No quiero pagarte. Quiero invitarte a salir a tomar algo, a cenar, como cualquier persona invita a otra a tomar algo o cenar.

No, gracias.

¿Cuál es tu comida favorita?

Ravioles de verdura con salsa rosa.

¿En serio?

Sí.

Te los puedo preparar acá.

Cuando quieras. Seis mil pesos.

* * *

Alfonso ayuda a un cubículo nuevo a aclimatarse, almuerza un sándwich de suprema de pollo con mayonesa y tomate, y luego se encierra en su oficina a ver videos de cinturongas en YouTube. En Estados Unidos venden un cinturonga mecánico que cambia de tamaño y se controla con una app de celular. Entra en la sección «contacto» y les pregunta si envían productos a Buenos Aires.

Abandona la empresa a las siete menos cinco, justo antes de que empiecen a ponerse de pie los cubículos. Vuelve a su departamento, se pega una ducha y se viste con la ropa informal más elegante que tiene. Lava el cinturonga y lo guarda en su maletín de cuero italiano.

En lugar de ir a cenar a un restaurante como casi todas las noches, camina hasta un bar de *jazz* que abrieron a pocas cuadras. Se sienta en la anteúltima banqueta de la barra y clava el maletín entre sus pies. Un trío de teclado, contrabajo y guitarra toca un standard de *jazz* que los comensales ignoran olímpicamente. Las mesas soportan parejas o grupos de amigos que hablan a los gritos. En la barra hay dos hombres y una mujer. Uno de los hombres conversa con el barman y el otro intenta convencer a la mujer de algo que desde la distancia no parece muy interesante.

Alfonso le pide al barman una copa de vino tinto, cualquiera que recomiende, y se dedica a esperar, mirando de vez en cuando a la banda de *jazz* tocar con habilidad y desidia.

La primera mujer sola que entra debe tener unos treinta y cinco años. Se acerca a la barra, le pregunta al barman si puede usar el baño y, ante la negativa, suelta una puteada entre dientes y se va.

Alfonso pide otra copa de vino y la vacía de a sorbos diminutos. En las dos horas siguientes no entra ni una mujer sola.

Vuelve otras noches al bar de *jazz* con la esperanza de conocer a una soltera, divorciada o viuda de su edad. Se sienta a la barra, calza el maletín entre sus pies, pide una copa de vino y espera, cruzando alguna que otra palabra con el barman. A lo largo de una semana se acerca a cinco mujeres que no tardan en pedirle de forma educada que las deje en paz.

Un viernes a la noche entra una mujer alta, de unos cuarenta años, tirando a plana, lindos ojos, se sienta a la barra y pide una

cerveza. Toma un sorbo de espuma y se concentra en las botellas prolijamente acomodadas.

Alfonso espera que la mujer esté a dos tragos de terminar su cerveza para pedirle al barman que le invite otra. Ella gira buscándolo. Tal vez sonríe.

Hubo una época en la que acercarse a mujeres le resultaba fácil: saber que nunca podría pasar nada con ellas le quitaba dramatismo al acercamiento; le quitaba realidad. Eran acercamientos de mentira, similares a los que imaginaba en el colegio y le contaba a Facundo con lujo de detalles. Pero Alfonso perdió la práctica. Incluso las mentiras funcionan mejor cuando uno las mantiene aceitadas.

Se baja de la banqueta y levanta el maletín. Le da unos segundos a la mujer para demostrar con un gesto que su acercamiento no es algo que desea. Ella toma otro sorbo de cerveza y vuelve a enfocarse en las botellas. Son los únicos en la barra además del barman que manda mensajes de texto como si ignorar lo que pasa a su alrededor fuese a terminar con el hambre en el mundo.

Gracias por la cerveza, dice ella sin mirarlo.

De nada. Me llamo Alfonso.

¿Solamente Alfonso? ¿No tenés apellido?

Alfonso Miranda.

Carolina Klug, dice ella y lo mira por primera vez. ¿Qué hacés con el maletín?

Vine directo del trabajo.

¿Hace cuánto llegaste?

Un par de horas.

¿Y qué estuviste haciendo todo este tiempo? No parecés borracho.

Alfonso le pide al barman otra copa de vino y le informa a Carolina que tuvo que trabajar hasta tarde, que la semana viene tan complicada que necesitaba salir un rato, tomar algo, mirar gente ir y venir.

¿Dónde trabajás?, le pregunta ella.

Una empresa de logística.

¿Y qué hacés ahí?

Coordino cubículos.

¿Qué cosa?

Alfonso le cuenta sin mucho detalle en qué consisten sus obligaciones diarias y luego le pregunta de qué trabaja ella.

Dirijo una editorial.

¿De qué tipo?

Publicamos exclusivamente literatura.

¿Tenés hijos?

No.

¿Vos?

No.

Alfonso se sienta junto a Carolina, vuelve a calzar el maletín entre sus pies y le pregunta si viene seguido.

¿En serio vas a preguntarme eso? Pensé que los hombres habían dejado de hacer esa pregunta en mil novecientos ochenta y seis.

No soy de salir mucho.

¿Estás casado?

No. ¿Vos?

Soltera.

¿Convivís con alguien?

No.

¿Conviviste?

Sí, hace mucho. Y también mantuve a un par. A mi última pareja hasta parte del alquiler le pagaba.

¿Por qué?

Porque era un vago, pero me hacía reír.

Alfonso se imagina improvisando una suerte de saludo final y volviendo a casa, desnudándose, calzándose el cinturonga y contemplándose un rato en el espejo. No, Carolina es una mujer atractiva, con humor, sin pelos en la lengua, y acá sigue, conversando con él, disfrutando de una cerveza que él le compró y aceptó. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Qué se le ría en la cara? Todas las mujeres que conocieron su impotencia se le rieron en la cara. A veces no es necesario reírse para reírse.

Alfonso toma un sorbo largo de vino y le pregunta si vive por la

zona.

No, dice ella, pero cerca de casa no hay ni un bar decente. Yo vivo a siete cuadras.

¿Es tu manera de invitarme a tu casa?

No sé.

No te conozco, Alfonso, hablamos menos de quince minutos.

¿Qué querés saber?

5. PAN MAYER

Carlos Ortiz, desde la otra punta del sofá, le señala los choclos embadurnados en manteca y sal y le recuerda que se enfrían rápido.

Me gustan más fríos, dice Pan.

¿Cuánto va a durar esto?

No sé, veinte minutos.

La gorda se va a morir con tanta luz encima.

Pan piensa en meter sus pocas cosas en una mochila, o en los veinte mil bolsillos de la campera, y retomar el camino a ningún lado. Ahora tiene plata suficiente para ser libre unos cuantos meses de una manera más glamorosa.

Carlos le pregunta si quiere otra cerveza.

Gracias, aún me queda, dice Pan, y toma un sorbo para demostrarle que lo que acaba de decir es verdad.

Imelda viene haciendo su trabajo a la perfección. El entrevistador le lanza preguntas que ella responde naturalmente, sin revelar la intención real de este circo.

Ensayaron durante una semana. Carlos entrevistaba, Imelda respondía, Pan corregía y asesoraba. En el contrato con el canal se establecieron los temas y el tiempo total. El entrevistador improvisó un par de preguntas, pero Imelda encontró la manera de salir bien parada. Esta mujer vino a defender a Emilia Mayer; que fracase es culpa del entrevistador, de su obstinación por dejar en claro lo que piensa, lo que está convencido de que pasó.

Pan busca el control remoto en el hueco entre dos almohadones y mutea la tele.

¿Qué hacés?, dice Carlos. No terminó.

Ya sabemos cómo termina.

Pan sostiene un choclo con ambos índices y lo muerde: la manteca le pinta los labios y parte de la cara. Desde que hizo el intento de aprender cómo se siente el hambre, no volvió a padecerla. Tal vez nunca la padeció. Emilia no le permitió sentir hambre. No le dio libertad de elegir un día de ayuno, unas horas de estómago vacío. No le enseñó el disfrute de morirse por comer algo.

Eso le explicó Imelda.

Pan encontró a Juliana, la sobrina de la tutora, caminando por San Telmo de la mano de sus hijos. Aunque hacía diecinueve años que no la veía, la reconoció de inmediato.

¡Ey! Juliana.

Ella se alejó un paso y soltó las manos de sus hijos para sujetarlos de las muñecas.

Soy Pan. Pan Mayer. ¿Te acordás? Nos conocimos hace mucho, en casa. Tu tía me daba clases de…

Pan. Hola.

No te acordás.

Sí. Creo que sí. No mucho.

Te invito un café.

No puedo ahora, estoy llevando a los chicos a lo de mamá.

¿Cómo anda Imelda?

Bien.

Mándale un saludo.

Le mando.

Juliana permaneció unos segundos quieta, esperando algo, mirando a Pan mirarla con su mejor sonrisa, un gesto que intentaba ocultar la desesperación.

Bueno, le dijo, me alegra haberte visto.

Sí, a mí también.

Cuidate.

Pan termina de morder la última sección de granos tibios y Carlos le ofrece un escarbadientes. En la pantalla sin volumen Imelda pestañea repetidamente intentando quitarse el sudor que se

le mete en los ojos.

Dejame escuchar, dice Carlos y Pan desmutea la tele.

El entrevistador decidió que el final del programa sea un monólogo: repite lo que tantas veces se dijo como si se le acabase de ocurrir.

Juliana volvía de dejar a sus hijos en la escuela, ocho y cinco de la mañana, cuando encontró a Pan sentado en la misma vereda del día anterior, usando la campera de acolchado, espalda contra la pared, rodillas al pecho, ojos cerrados.

¿Qué hacés ahí?, le dijo. ¿Estás bien?

Pan abrió los ojos. Juliana lo miraba como si él fuese un problema imposible de resolver.

* * *

Hace más de un año que vive con los Ortiz. Desde la mañana en la que Juliana lo trajo a ver a Imelda, se instaló en el cuarto de visitas y ahí sigue. Carlos le ofreció trabajo en su kiosco/librería/locutorio. Le juró que cada vez le cuesta más salir de casa y que ya hace rato viene pensando en contratar ayuda.

Imelda se horrorizó al oír el relato de sus treinta y cinco años con Emilia. Pan se sorprendió al ver cómo la cara de la tutora se iba torciendo en el gesto de alguien que acaba de tragar un vaso de leche cortada. La verdad es que no ve su vida con Emilia como un largo cuento de terror. Aún siente algo similar al cariño por la escritora, y está convencido de que durante años la quiso. Pero se cansó. La convivencia se fue desintegrando hasta convertirse en una lámina casi transparente de piel muerta. Lo asustó entender cuán rápido una persona que hasta hacía poco apreciaba sin cambiar en lo más mínimo se había tornado despreciable. El olor de Emilia le revolvía el estómago. No le daba ganas de vomitar, le daba bronca. Un olor que hablaba por ella.

No sé por qué no hice algo antes, le dijo a Imelda.

Te tenía sometido.

Emilia siempre me dejó hacer lo que quise.

¿Y qué querías hacer?

No mucho.

Un sometimiento profundo.

Años aguanté en esa casa apilando bronca. ¿Por qué no se me ocurría irme al carajo? Me hubiera gustado al menos haber pensado en irme y no haberme animado. Despertar sabiendo que lo mejor era abandonar esa casa y que el miedo no me hubiese permitido reaccionar. Pero no, la idea de irme ni me pasaba por la cabeza.

Imelda trata a Pan como si fuese un hijo. Se lamenta de no haber dado en adopción a un bebé cuando era joven porque entonces podría imaginar que Pan es esa misma criatura que ahora vuelve a ella: un milagro. Imelda es infértil, o Carlos es el infértil, o ambos. Decidieron no terminar de averiguarlo.

Pan reemplaza a Carlos en el kiosco/librería/locutorio a las dos de la tarde y se queda hasta las ocho y media, cuando Carlos vuelve a sacar los billetes de la caja y cerrar el negocio con la reja con candado. Le costó aprender a usar la fotocopiadora. Lo avergüenza lo mucho que le costó.

Hay tardes en las que, masticando un bocadito Marroc que Carlos lo obliga a pagar, piensa que esta vida que se le vino encima, la vida que le ofreció Imelda, no deja de ser parte de su plan. El plan que no contiene planes. El plan que abre la puerta a *lo que sea*. Esta vida con los Ortiz es el *lo que sea* que encontró cuando no buscaba nada en particular.

* * *

Suele pensar en mujeres que no son Emilia. Mujeres que ve en la calle, en la tele, en revistas, en internet; la gran mayoría existe online. No se piensa con esas mujeres. Las piensa entre ellas, o con algún hombre que no se le parece en nada. Se piensa viéndolas.

Están ahí para él, pero no con él.

Emilia lo fue convenciendo de que no hay nadie para él que no sea ella. Eso le dijo Imelda. Pero Pan no está seguro de que haya sido Emilia la que lo convenció. Siempre sintió que cada vez que elegía algo, aunque fuese una elección diminuta, lo hacía con total libertad. Incluso la elección de quedarse con ella.

* * *

La semana pasada Imelda y Carlos festejaron el cumpleaños número treinta y seis de Pan: guiso de lentejas, vino tinto y lemon pie. Imelda le preguntó si tenía algún amigo que quisiese invitar y Pan le confirmó lo que ella ya sospechaba. ¿Cómo puede alguien vivir treinta y seis años sin formar una sola amistad?

¿Por qué eligió estudiar en casa cuando Emilia le había ofrecido anotarse en el mejor colegio del barrio? ¿Realmente se lo ofreció?

Estaban sentados a la mesa de la cocina cenando entre el despiole del libro que ella escribía en aquel momento. Pan se acuerda del miedo que sintió al imaginar un edificio inmenso y frío repleto de extraños. Se acuerda de la comodidad que le ofrecía Emilia. Se acuerda del cariño que sentía por su cuarto, por sus cosas, y por los programas de tele, en especial *El Chavo del 8*. Se acuerda de su fascinación por el Chavo, la Chilindrina, Quico, Don Ramón… Emilia le hizo la pregunta una sola vez. Le dio tiempo para pensarlo. Pan no tardó en decirle que prefería quedarse en casa y no volvieron a hablar del tema.

Imelda insiste en que en realidad Emilia nunca le dio la opción de elegir. La escritora había construido un ámbito de tanta comodidad que nadie de tan corta edad hubiese estado en condiciones de elegir con independencia.

* * *

Imelda y Carlos conviven en una rutina de indiferencia: el talento de quererse sin prestarse demasiada atención. Compraron con parte de la plata que les pagó Emilia dos pasajes a Puerto Rico. El vuelo sale hoy a la noche. Van a pasar nueve días en un hotel cuatro estrellas frente al mar Caribe. Le piden a Pan que por favor se acuerde siempre de cerrar la puerta de calle con las dos llaves.

¿Así se sienten los chicos de once años cuando los dejan solos en casa por primera vez? ¿Puede un hombre de treinta y seis sentir lo que habrá sentido un chico de once?

En el roperito de la cocina tenés artículos de limpieza, dice Imelda. Creo que no me olvidé de nada.

Gracias, dice Pan. Si falta algo lo compro.

Emilia no contrataba empleados domésticos. Todos los domingos, entre las tres y las siete de la tarde, luego de una mañana de escritura y un desayuno/almuerzo en el que no hacía mucho más que mirar a Pan comer, se dedicaban a la limpieza exhaustiva del interior y exterior de la casa. Se repartían los ambientes: uno se ocupaba del pequeño jardín trasero y otro del frente y la vereda. Al terminar, agotados, celebraban con café recién hecho (único día de la semana en el que preparaban una segunda jarra de café) y una pastafrola de batata que Emilia encargaba a una legendaria panadería de Villa Crespo a la que solía ir con su madre. Pan disfrutaba de las horas de limpieza. Había algo agradable en ver a la gran candidata al Premio Nobel maniobrando un lampazo; verla en cuatro patas intentando alcanzar la mugre al fondo de la parte baja de la heladera. La oía recitar poemas de Alejandra Pizarnik que Emilia había aprendido de memoria. Siempre los mismos cinco o seis poemas. Sabía que pertenecían a la poeta argentina porque se lo había preguntado, y ella lo había empujado a hacer lo mismo: buscar una copia de la *Poesía completa* y aprenderse un par de poemas de memoria.

Un muy buen ejercicio para la mente. Un ejercicio que ya no se acostumbra hacer, pero en mi época era muy normal. Ya nadie memoriza nada.

Pan había memorizado todos los modismos y frases hechas de *El*

Chavo del 8. Se sorprendía repitiéndolos en cualquier momento.

Te quedás a cargo de la casa y el negocio, le dice Carlos.

No se preocupen. Vayan tranquilos. Diviértanse.

Pan cierra la puerta antes de que hayan terminado de meter las valijas en el ascensor. Un departamento de cuatro ambientes todo para él. Un mundo propio, al menos por nueve días. Casi *diez* si cuenta la noche de hoy y la mañana del regreso.

Se quita la remera y la cuelga del apoyabrazos del sofá. Examina la heladera y las alacenas. Imelda y Carlos se aseguraron de dejarle una batería de artículos de limpieza, pero no demasiada comida. No hay problema. Tiene plata suficiente para regalarse meses de panzadas. Pero le da flaca salir a comprar a esta hora; incluso bajar a abrirle al delivery. Cocina seis salchichas y, como no hay pan, prepara mini panchos con galletitas de agua y mostaza.

La televisión del *living* es el doble de tamaño de la de Emilia. No sabe qué programa mirar. Los panchos de galletitas son lo más rico que probó en años.

Se quita el *short* de tenis que usa de pantalón piyama (un *short* que le prestó Carlos hace meses y nunca le devolvió) y camina desnudo por el departamento. Podría darse un baño de inmersión. ¿Cuánto hace que no se sumerge en agua caliente? Emilia había dejado de darse baños de inmersión porque la cabeza se le llenaba de pulsaciones. ¿Qué estará haciendo? ¿Dónde se habrá mudado?

Hace meses, camuflado con gorra y anteojos negros, Pan se acercó a la casa y la encontró apagada: las persianas bajas, el cartel de venta colgando sin mucho entusiasmo.

Mea en el baño principal. Sobre una pila de ropa sucia, Imelda olvidó su laptop. Pan se sienta en el inodoro y descubre que quedó prendida: el escritorio se ilumina mostrando un desorden de carpetas, documentos y aplicaciones.

Abre el Explorer con la intención de navegar por páginas porno, pero recuerda que luego va a tener que borrar el historial e Imelda se va a dar cuenta de que se lo borraron.

Abre el Outlook *Express*: en la última semana Imelda recibió veinticuatro *mails*. De esos veinticuatro, nueve son de Emilia Mayer.

6. EMILIA MAYER

¿Cómo alguien que daba por sentado, que con el tiempo se había convertido en uno de los elementos más previsibles de su vida, ahora le impide entender un mísero verso de un poema que leyó mil veces? Tendría que haberle propuesto juntarse en el bar donde se reunió con Imelda. Darle la dirección de su nueva casa fue un error. Le pidió que por favor no la compartiera con nadie, pero ¿cuánta confianza se le puede tener a una persona que la abandonó de golpe, de la manera más cruel, y decidió contarle al mundo el único secreto que compartían?

Emilia limpió la casa de arriba abajo. Le pagó a un vecino paisajista para que pusiera orden en el jardín. Ahora, de pie junto a la ventana del comedor, extraña la compañía del pasto revuelto. No debería haberle dado libertad absoluta al paisajista: podó los únicos tres árboles y les extirpó la gracia.

Perder a Pan significó perder la rutina. Emilia veía los dedos de quien se ocupaba de desenmarañar los nudos. Escribió un poema acerca de esos dedos.

Abril es el mes más cruel, según T. S. Eliot que se espolvoreaba la cara con harina para parecer señorita. / Más abriles son estos dedos que viven obsesionados con sus negras uñas y construyen mitos con rosquitas de mandioca. / El frío de Buenos Aires ya no enfría y las hembras argentinas sin memoria solo paren tubérculos secos, entre los que asoma de vez en cuando un cupido asesino. / Nunca nadie va a arreglar la baldosa salida de la esquina. / La representación viva de la idiosincrasia nacional: la baldosa floja de una sierva limítrofe. / Y Borges lo sabía.

Se asegura de que las botellas de cerveza que sabe están en la heladera sigan en la heladera. Un auto se acerca con la parsimonia impuesta por estas calles de tierra. Uno de los beneficios de vivir en este barrio: no es concebible la velocidad.

Emilia no sabe si acercarse a la puerta de calle o esperar que suene el timbre. ¿Cuánto pasó desde la última vez que se sentó a esperar a alguien?

El *mail* de Pan le arruinó una noche en la que, luego de meses de ignorarla, había dado unos pasos tímidos hacia la novela inconclusa. Acababa de leer los primeros cinco párrafos (y no los había detestado), cuando sonó el celular. Al ver el nombre en la bandeja de entrada le pareció absurdo. ¿Quién bautiza a alguien «Pan»? Decidió no contestarle. Pero a la mañana siguiente volvió a sonar el celular. El segundo *mail* era de una simpleza sobrecogedora: necesitaba hablar con ella. No empezaba con un «Hola» ni terminaba con «Abrazo», o «Beso», o el más frío e impersonal «Saludos». Otra vez decidió no contestarle. Pero ambos *mails* en la bandeja de entrada la distraían.

Pensó en algo que ya había pensado varias veces en distintos momentos de su carrera literaria: deshacerse de la tecnología, forzar un regreso a la Edad Media excepto por la electricidad y los artículos de aseo; o solo la electricidad. Se imaginó esperando que pasara el camión de basura y llevándoles una bolsa de residuos con su laptop, celular y el libro electrónico que compró durante una visita al Salón du livre de París en el que el peso de los tomos que cargaba de un lado al otro casi le rompe la espalda.

* * *

Hubo una época en la que Emilia juraba que solo podía escribir en la última mesa de un bar angosto frente a la puerta 5 de la Terminal A de Ezeiza. Cada vez que necesitaba continuar con un texto, tomaba un taxi al aeropuerto, compraba un pasaje a cualquier lado,

pasaba por el detector de metales, migraciones y se sentaba en la última mesa del bar con su laptop declarada y un café con leche que no tardaba en enfriarse.

* * *

¿Por qué no toca el timbre?

Emilia se pone de pie y vuelve a sentarse. El auto no pasó de largo, está segura, o casi. Más casi que segura. La traición de Pan le quitó la habilidad de saber cosas con seguridad.

Un vecino escucha música al mango. La única manera de que los sonidos que rodean esta casa se perciban es al mango.

Emilia lee el poema que acaba de escribir. Luego arranca la hoja del cuaderno, la hace un bollo y lo lanza al tacho: ni cerca. Se pone de pie, levanta el bollo y lo tira a la basura.

Al abrir la puerta de calle, encuentra a Pan sentado en la vereda mirando hacia la casa. ¿Cuánto tiempo son capaces de aguantar sin abrir la boca? Pan se pone de pie, se sacude el polvo de las nalgas y se examina las manos con lo que Emilia supone es asco. Da dos pasos hacia ella. Emilia da dos pasos hacia él. No sabe si va a poder reprimir la urgencia de encajarle un sopapo. ¿Y por qué no podría encajarle un sopapo él a ella? Se encuentran a menos de tres metros de distancia. Emilia estira un brazo y le muestra la palma como ofreciéndole algo. Pan intenta leer qué significa la palma vacía.

Pensé que no ibas a venir, dice ella.

Y yo pensé que no ibas a estar, o que me habías dado una dirección falsa.

Emilia le informa que compró cerveza. Pan se dirige a la cocina sin pedir permiso.

Es idéntica a la anterior, dice.

El corazón de la casa. De chica me acostaba en el suelo a leer y mamá tenía que darme pataditas para correrme del paso. Me gustaba leer escuchándola cocinar platos que luego costaba tragar

por falta de gracia y exceso de sal.

Ya me lo contaste mil veces.

Pan se sienta en una de las dos sillas sin preguntarle si puede sentarse. Cuando le pidieron que eligiera los muebles para la casa nueva, Emilia no imaginó que fuese a necesitar más de dos sillas. No imaginó que fuese a necesitar más de una, pero encargar una sola le pareció descabellado.

Se pregunta cómo es posible que personas que vivieron juntas treinta y cinco años en amontonada intimidad ahora ignoren cómo mirarse, qué decirse, padezcan la cercanía con una incomodidad de ficción. ¿La traición fue suficiente para derrumbar todos los elementos que los sostenían como pareja?

No decís nada, dice Pan.

Sos vos el que tiene que decir.

¿Qué hiciste con la otra casa?

La vendí. Demasiado grande para mí sola.

A esta le falta algo.

¿Qué?

Pan se pone de pie y camina hasta la puerta que da al comedor. El pelo largo y la barba desprolija lo mantienen aún más lejos: un extraño que se le metió en la casa y revisa los ambientes intentando decidir cuál es el más adecuado para llevar adelante el horror.

¿Estos pensamientos predecibles son consecuencia de la vejez? ¿Qué sigue: un racismo leve?

La cintura se te ensanchó al menos cinco centímetros, dice Emilia.

¿Qué cosa?

La panza.

No paro de comer.

¿Dónde estás viviendo?

Un depto en San Telmo.

¿Solo?

Sí.

¿Y de qué vivís?

Trabajo en un kiosco.

La sonrisa de Pan dura apenas un segundo, pero Emilia comprueba que no envejeció en lo más mínimo desde aquella mañana en la que la miró como miran los nenes que acaban de dejar de ser bebés. Le gustaría pedirle que sonría de nuevo, que le sonría.

Hace poco estuve por San Telmo, dice.

¿Para qué?

¿Te acordás de Imelda Ortiz, tu tutora? Se ofreció a dar una entrevista en la tele, defendiéndome. ¿No la viste?

¿A Imelda?

La entrevista.

No.

Dio pena. Los periodistas ya no se preocupan por la verdad. Supongo que en la mayoría de casos no debe ser culpa de ellos, sino de los dueños de los canales que apuestan por cualquier cosa que llame un poco la atención.

Emilia destapa dos cervezas y le ofrece una. Pan no se la agradece. Ella enciende las luces del jardín y los árboles podados la vuelven a entristecer. Se arrepiente de haber iluminado el jardín, pero no lo apaga porque no quiere parecer inestable.

Haber respondido el *mail* de Pan fue un error, y también invitarlo a que viniera. Ya se estaba acostumbrando a la nueva vida en soledad.

¿A quién quiere engañar? ¿Cuáles son los signos del acostumbramiento? ¿El insomnio? ¿Su amistad con Gloria? ¿El llanto al descubrir que la vagabunda la había abandonado?

Pan le muestra la botella vacía y le pregunta si puede tomar otra.

¿Me vas a contar por qué?, dice Emilia.

¿Por qué *qué*?

Por qué hiciste lo que hiciste.

Supuse que en este año ya te habrías dado cuenta.

Siempre fui honesta, Pan. Siempre. Cuando tenías cinco años te dije que no era tu madre, que no sabía quiénes eran tus padres. Cuando cumpliste diez te conté que te había comprado. Quería que lo supieras lo antes posible. Y no dijiste ni mu. Me miraste con una calma que me dejó aún más preocupada. Te di varios días. Me ofrecí

a hablar del tema cuando quisieras.

Tenía diez años…

Sí.

… y me contaste que me habías comprado.

Te dije la verdad.

¿Y qué querías que hiciera con esa verdad?

Nada. No quería que hicieras nada. Lo que digo es: no esperaba que hicieras nada en particular. Quería que hicieras lo que quisieses hacer.

Un pibe de diez años no sabe qué quiere hacer. Necesita que lo ayuden, no que lo dejen solo.

No te dejé solo.

Me diste unos días.

Sí.

Es lo mismo.

No, porque siempre estuve cerca. Siempre me tuviste a mano. ¿Qué hubieras preferido, que te mintiera como hacen todos los padres que adoptan hijos?

Pan abre la heladera con la naturalidad que ostentaba cuando vivían juntos, saca otra cerveza, la destapa y toma un sorbo.

¿Por qué no me contaste lo que te pasaba?, dice Emilia.

No hubiera sabido qué decir.

Me expusiste al mundo entero. Me escrachaste. Se acabó mi carrera literaria. Y sabés que gran parte de lo que se repite no es verdad.

¿Qué parte?

No abusé de vos, Pan. Nunca.

Abuso puede significar muchas cosas.

¿Quién te dijo eso?

Nadie.

Emilia revisa la basura en busca del poema que escribió hace un rato y se lo lee.

¿Qué es eso?

Lo único que puedo escribir desde que te fuiste.

¿Y la novela?

Nadie la va a publicar.

Pensé que no importaba eso.

¿Qué?

Publicarla.

Claro que importa. Una cosa es lo que decimos y otra muy distinta lo que…

No te podés quejar, Emilia.

¿De qué?

Tu carrera. Bastante bien te fue. Compraste un bebé y te metiste en su cama y bastante bien te fue.

¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

Yo no tuve una carrera.

Porque no quisiste.

Sí que quise.

¿Qué? ¿Qué hubieras querido ser?

No sé.

Emilia suelta una carcajada y la aprovecha para cerrar la laptop de un golpe seco.

Y cuando me metí en tu cama por primera vez, dice, *todas* las veces, no hice nada que no quisieras hacer.

Tenía quince años. No sabía lo que quería. No podía saberlo.

No seas tan simplista, Pan.

Es la verdad.

¿Cuánto hace que sentís esto?

Mucho.

¿Cuánto?

Años.

¿Y por qué no me dijiste nada?

No sabía qué decir.

Pero ahora sabés.

Sí, más o menos.

¿Qué cambió? ¿Con quién estuviste?

Pan vuelve a abrir la heladera, saca la última cerveza, la destapa y toma un trago.

Antes también lo sabía, dice, pero no cómo expresarlo.

¿Quién te ayudó?

Cuando te enfermabas, aunque fuese una gripe, pensaba: quizá sean síntomas de algo más grave. Me imaginaba preparando tu funeral. El ministro de Cultura saludándome. Viviendo de tus libros.

Siempre viviste de mis libros. Son varios los que vivieron de mis libros. Varios que ahora no se dignan a dirigirme la palabra.

Emilia se pone de pie y se detesta por necesitar agarrarse del borde de la mesa.

¿Para qué viniste?, le pregunta.

No entiendo por qué sos vos la enojada.

No estoy enojada.

Decíselo a tu cara.

Me arruinaste la carrera. Te di todo y…

Me sacaste todo.

No tenías nada. Cuando te traje a casa lo único que tenías era un futuro de mierda.

Imposible saberlo.

Hay estadísticas.

* * *

Emilia aprendió de joven que leer traducciones le lastimaba la prosa. No le era posible desarrollar un estilo robusto, auténtico, no artificial, si leía mayormente a traductores. Entendió que cuando leía una traducción leía al traductor, no al escritor de la obra original.

Estudió, con ambición y diligencia, inglés, francés, alemán y un ruso más que aceptable. En la librería Joyce y Proust compró tomos de Joyce, Proust, Woolf, Mann, Munro, Melville, Kafka, De Maupassant, Flaubert, Tolstoi y Gogol en sus idiomas originales, junto con diccionarios y gramáticas.

Leer a Virginia Woolf en inglés le partió el alma. Fue la

escritora que más en claro le dejó cuánto le faltaba, la única que la hizo dudar de la carrera que había elegido sin elegir. Decidió no leerla más.

* * *

Pan sale al jardín y Emilia lo sigue. Se mueven como animales atrapados en un bosque diminuto, hastiados hace tiempo de la poca naturaleza que los rodea.

No sé para qué vine, dice Pan tras arrancar una rama de uno de los tres árboles podados. No lo sé del todo, porque tampoco sé del todo por qué me fui. Nunca me permitiste saberlo. Nunca me permitiste saber nada. Saber *saber*, por mi cuenta. Pero en los últimos años juntos se había roto algo.

¿Qué?

Y no habías hecho nada para romperlo. Nada nuevo. Simplemente se rompió. Pero no me animaba a contártelo. No sabía qué palabras usar.

¿Quién te ayudó?

Y esa cosa rota, muerta, se fue pudriendo.

¿Quién te dio todas estas palabras, Pan?

Y dejé que se pudriera. Ese fue mi error, lo acepto. No reaccioné a tiempo. Me daba cuenta de que alguien que amaba con el alma se estaba convirtiendo en el último ser vivo que quería tener al lado, y no hice nada por evitarlo.

Qué horror. ¿Cómo es posible que no haya notado ni la más mínima señal?

Pan se azota las rodillas con la rama.

Te vas a lastimar, dice ella.

No soy un nene.

Emilia piensa que la conversación mostraba más futuro bajo techo. El jardín es uno de esos espacios apretados que tal vez es mejor no tener. Mejor soñar con un jardín amplio, perfecto, que

poseer uno que deja mucho que desear.

¿Cómo te vas a ir?, le pregunta.

Taxi.

No pasan taxis por acá.

Llamo uno.

Aún no sé para qué viniste.

Quería que supieras que no me arrepiento de haberme ido, de haberte escrachado. De lo único que me arrepiento es de haber sido culpable de que se te acabara la carrera. No era mi intención.

¿No imaginaste que eso iba a pasar, indefectiblemente?

No.

Siempre fuiste bueno haciéndote el idiota.

No me hago el idiota.

Te conozco más que nadie, Pan. Te conozco más de lo que una madre conoce a su hijo.

No soy tu hijo.

No dije que lo fueras.

Mientras esperan que llegue el taxi, Emilia se mete en la casa y vuelve a salir con la copia de los poemas de Alejandra Pizarnik que le regaló a Pan hace quién sabe cuánto.

Tomá, le dice, llévalo. Es tuyo.

No lo quiero.

Tal vez ahora te sirva.

¿Para qué?

Leelo. Fijate.

Pan abre el libro en una página al azar y lee.

Recibe este rostro mío, mudo, mendigo. Recibe este amor que te pido. Recibe lo que hay en mí que eres tú.

Arroja los poemas a la oscuridad de la calle. Emilia corre hacia el libro como una madre que acaba de descubrir que su hijo pequeño va a ser atropellado por un camión.

* * *

Desayunando en un hotel de Corrientes Capital, una hora antes de presentarse a dar una masterclass en la Universidad Nacional del Nordeste, Emilia leyó en un diario local sobre una red de trata de bebés. En los últimos párrafos se contaba que, aunque algunos de los miembros habían sido apresados por la policía, la red seguía funcionando con fuerza en las regiones cercanas a la Triple Frontera.

Contactó al periodista con la excusa de que necesitaba recopilar información para una novela. Cuando se juntaron, la idea de la novela no era del todo una excusa: Emilia siempre había querido escribir un gótico litoraleño. El periodista la recibió en su casa y hablaron hasta altas horas de la noche. Nunca sospechó de lo que había detrás del interés de Emilia por su nota periodística. Tal vez no sospechó porque durante aquellas noches ella aún no había concebido el plan. Es difícil sospechar de algo que aún no existe del todo.

* * *

Emilia abandona la cama a las cuatro y veinte de la madrugada, harta de no poder dormirse. Calza los pies en las pantuflas que habían sido de Pan, cruza el comedor hasta la cocina, prende la luz, se sienta frente a la laptop, tipea la contraseña, selecciona el archivo de la novela nueva y durante varios minutos juega con la idea de eliminarla. Para eliminarla tiene que eliminar el archivo en el escritorio y luego entrar en su cuenta de Hotmail y eliminar todos los *mails* que se envió con la novela en distintas etapas de desarrollo. Nunca guardó originales de sus obras en un mueble ignífugo como J. D. Salinger. Ni siquiera los registró en la Dirección Nacional del Derecho de Autor. Simplemente se los mandó por correo, en sobres sellados, y luego por *mail*.

La visita de Pan no fue lo que esperaba. No está segura de qué era exactamente lo que esperaba, pero sin dudas no descubrir que el

hombre con el que convivió treinta y cinco años se convirtió en un pendejo irrespetuoso.

Prepara café para tres personas. No le gusta tomarlo de noche, pero intuye que, como está por empezar el verano, en cualquier momento aclara. Se sirve café negro en una taza y se para junto a la ventana que da al jardín a esperar los primeros destellos de sol. Otro día por delante: horas y horas de vacío. El vacío ya no la angustia como hace unos meses. Ignora si eso es una buena o mala señal. Y no está convencida de que «vacío» sea la palabra correcta. O sí que lo está: no lo es. La vida nunca es vacío.

Abre la edición manchada de tierra de los poemas de Pizarnik y lee uno al azar. Lo usa para romper con una línea de pensamientos que la avergüenza.

El café se desperdicia cuando no se aprovecha para leer o escribir. Hace semanas que lo ingiere como fin en sí mismo: se levanta a la hora que sea con la sola meta de tomar varias tazas de café. La mayor parte del tiempo lo pasa con los ojos fijos en el líquido negro. Toma un sorbo. Se oyen autos a lo lejos. Otro sorbo. Pájaros que nunca se preocupó en averiguar a qué especie pertenecen. Otro sorbo. El consuelo del día.

Se sirve la cuarta taza cuando le suena el celular. ¿Qué hora es? Piensa en cavar un pozo en el jardín para el celular y… ¡Varios pozos! Una tumba para cada libro publicado. Enterrar todas las copias que le quedan, en todos los idiomas. Un entierro por día. Un sermón por entierro.

Mail de Abelardo Calcarami, su último editor. Emilia decide leerlo en la laptop, sentada, la taza de café cerca de nariz y boca.

¿Cómo terminamos acá, querida? Luego de tantos años de amistad y colaboración, tantos viajes, tantos recuerdos, ¡tanta literatura! Solo nos quedaba el premio. El gran premio. Estuvimos tan cerca. Hace dos años, en Frankfurt, charlando con Gerry Howard (Dios lo tenga en su gloria), me dijo que si en cinco años no te daban el Nobel iba a organizar un golpe de estado contra la Academia Sueca. Joyce, Proust, Borges y Mayer: los cuatro mayores olvidos de un premio que, tristemente, se nos está cayendo a pedazos. ¿Qué va a pasar cuando el Nobel ya no le importe a nadie? Lo

más probable es que no pase nada, que terminemos de entender que eso de darnos golpes en la espalda y regalarnos millones no era más que una costumbre insignificante que no cambiaba en lo más mínimo el rumbo de este arte que es todo para nosotros y más. Fuiste el centro de mi vida durante años, Emilia. Mariela saltó de alegría cuando le dije que no iba a poder seguir colaborando con vos, no porque haya creído que tus libros sean una pérdida de tiempo, sabés que adora tus libros, sino porque te envidiaba, de alguna manera sabía que la mujer número uno en mi vida eras vos. Se horrorizó cuando vio a Pan en la tele. Nos horrorizamos. Siempre generó curiosidad en el mundo literario tu relación con un hombre treinta años menor, pero nadie imaginó que lo habías comprado, que había sido tu hijo adoptivo antes de ser tu pareja. La moral y el arte no deben ir de la mano. Está más que claro que muchos de los grandes artistas de la historia fueron y son unos degenerados hijos de puta, y aunque este presente se esfuerce por exponerlos y cancelarlos las obras van a sobrevivir, porque el arte a fin de cuentas es más importante que la vida. El arte humano es más importante que la especie que lo creó y crea. Pero tu secreto va a ser difícil de digerir. Ignoro si en el tiempo que nos queda vamos a lograr digerirlo. El simple hecho de escribirte este mail *es un riesgo enorme. Con Mariela pensamos que tendrías que haber salido a pedir disculpas. Tendrías que haber llorado en cámara declarando un amor tan salvaje por tu hijo adoptado que no te quedó otra que entregarte de lleno a él. ¿Hablaste con Pan? No me respondas. Perdón, pero lo mejor es que no retomemos una comunicación. Me muero por leer la novela nueva, pero ya me hice a la idea de que probablemente nunca llegue a verla publicada. ¿La terminaste? No me respondas. La esperanza es un buen desayuno, pero una mala cena. Abrazo grande.*

* * *

Un verano, en la enorme casa que había alquilado en Villa La Angostura, Emilia prendía todos los aires acondicionados al máximo y se sentaba frente al hogar encendido a leer novelas

policiales.

* * *

Escribe el final de la novela como si fuese un texto nuevo y no la continuación de una historia que viene cargando desde hace años. Así como esta obra es un intento de anular sus nueve obras anteriores, este final es un intento de anular la novela que lo precede. Se ríe mientras tipea. Si alguien le sacara una foto en este momento, la imagen preservada retrataría la belleza de la enajenación.

Emilia entiende que el final que está tipeando no es el correcto en términos de corrección literaria. Es un atropello que se lleva por delante las más de quinientas páginas que forman el tronco de un libro que acaba de decidir va a titularse *El fin de lo que viene*. Es un sacarse la cosa de encima. Es el principio de un plan que imaginó hace meses (a los pocos días de la explosión mediática de Pan) pero desestimó agobiada por una caída en desgracia que la desbordaba, que amenazaba con mandarla al fondo de un océano espantosamente seco.

7. ALFONSO MIRANDA

Almuerza un *wok* de pollo y vegetales. Remueve los trozos que no son pechuga y los acomoda al costado del plato. Saldivar se sienta del otro lado de la mesa y lo mira comer. Luego le pregunta sobre González, el cubículo nuevo.

Aprendiendo, dice Alfonso, pero le tengo fe.

Saldivar se pone de pie, se mete en la cocina y vuelve con un flan mixto.

¿Qué tal la comida?, le pregunta. ¿Alguna queja?

No que yo sepa.

El flan es un asco. ¿Lo probaste?

No.

Probalo.

Estoy bien, gracias.

Probalo.

Alfonso prueba el flan y no le parece un asco, aunque deja mucho que desear. Lo que sí le parece un asco es haber chupado la misma cucharita que su jefe, y también verlo clavar la cucharita en el flan y metérsela en la boca.

Al abandonar la empresa decide invitar a Carolina a cenar al restaurante donde trabaja el mozo que le regaló la porción de chocotorta. La otra noche ella le permitió que la acompañara hasta su auto, lo apuntó con el celular, le sacó una foto y le dijo que iba a mostrársela a su amiga Lara, que iban a juzgarlo despiadadamente. Alfonso experimentó una extraña sensación de victoria al ver el auto doblar en la primera esquina y desaparecer.

Llega a su edificio pero sigue de largo. En el *sex shop* compra dos cinturongas, uno con un pene tamaño large y otro extra large. Ahora tiene médium, large y extra large. Le falta comprar un extra small para llevar puesto al trabajo; vivir con el cinturonga calzado como los fanáticos del Opus Dei se calzan el cilicio.

Sale hacia el restaurante con tiempo de sobra y se encuentra con Carolina en la puerta a las nueve en punto. Ambos celebran la puntualidad del otro. La recepcionista les abre y Alfonso invita a Carolina a pasar primero, pero ella le pide con un gesto que pase antes y él le hace caso. Lo incomoda que no haya música de fondo. Los rodean voces, risas, algún celular vibrando, cubiertos contra platos; la sensación de que cualquier cosa que digan va a ser escuchada por todos.

Carolina parece a gusto en su papel de mujer en primera cita. Mientras eligen el vino y discuten las virtudes de pedir agua con gas o sin gas, Alfonso tiene la impresión de estar cenando con una amiga de toda la vida. Ella se decide por un lomo a la mostaza y él por una lasaña que anuncian como della nonna aunque no aclaran la nonna de quién.

El mozo que lo atendió la última vez no está y ninguno de los otros empleados termina de reconocer a Alfonso.

¿A quién buscás?, dice Carolina.

A nadie.

¿Ya habías venido antes?

Sí, un par de veces.

Es lindo.

Preparan la mejor chocotorta de Buenos Aires.

No como dulces, me caen mal. Me encantan, pero me dan migraña.

El vino es dulce.

Por eso no voy a tomar más de media copa.

Pedimos una botella entera. ¿Querés ponerme en pedo?

Carolina no permite que el mozo le sirva más de un tercio de copa. Brindan, y luego por varios segundos no saben qué decirse. Alfonso entiende que para llegar al cinturonga aún le faltan dar un

millón de pasos. Ninguna mujer que se arregla para salir con un hombre que apenas conoce imagina la posibilidad de un cinturonga en su futuro inmediato. Tal vez sí la posibilidad de un pene flácido.

Hablan un poco del trabajo de Alfonso, y luego del de Carolina, y coinciden en que la profesión de ella es más interesante. Cambian de tema y conversan de todo eso que no es necesario recordar. La segunda mitad de la cena fluye de manera inmejorable. Alfonso se olvida de su impotencia y de los cinturongas y de la necesidad inminente de traerlos a la conversación. Por respeto a lo que Carolina llama su inesquivable migraña, se contiene de pedir postre. Traen la cuenta y se apura a pagarla, pero ella le pregunta qué piensa que está haciendo.

Te invito, dice él.

Ni loca. Mitad cada uno. O sesenta por ciento vos, cuarenta yo, porque te tomaste casi todo el vino.

Al salir se dan de cara con una garúa de esas que no se ven pero empapan. Alfonso le pregunta dónde estacionó.

Acá a la vuelta.

Se apuran al auto, Carolina destraba las puertas y se refugian en los asientos justo cuando se larga a diluviar. Un minuto de silencio, oyéndose respirar, contemplando las gotas borroneando el afuera.

¿Y ahora?, dice Alfonso.

Te llevo a tu casa.

Avanzan a paso de hombre. El diluvio, que unos segundos antes parecía amainar, recrudece acompañado de relámpagos y truenos.

Carolina estaciona frente a lo de Alfonso. Le deposita una mano en el muslo y lo mira esperando que haga algo. Él la besa al tiempo que ella le acerca la mano al pene. Alfonso imagina la decepción de los dedos al no encontrar la rigidez buscada. Carolina le pregunta si está bien, de la misma manera que las seis mujeres que sostuvieron su flacidez. Alfonso la mira a los ojos y le ruega que le haga el favor de subir.

* * *

En el *hall* de entrada se arreglan el pelo y se quitan los zapatos y medias. Carolina no espera que él llame el ascensor, presiona el botón y le pregunta si su peinado es demasiado desastre.

Alfonso va al baño en busca de dos toallas, le ofrece una y le pide que se ponga cómoda.

¿Un poco más de vino?, le pregunta.

¿No tenés otra cosa?

Cerveza.

Dale, y un vaso con agua.

Alfonso destapa dos botellas de cerveza convencido de que ya ganó bastante terreno: los dedos de ella percibieron la flacidez e igualmente aceptó subir. Le pregunta si no le molesta tomar del pico.

No, pero te olvidaste del agua.

Alfonso le trae un vaso con agua mineral y se sientan en el único sofá doble, rodilla contra rodilla.

Lindo departamento, dice Carolina.

Él nunca se sintió particularmente orgulloso de sus viviendas. Nunca se sintió particularmente orgulloso de nada de lo que tuvo (tiene). Nunca se sintió particularmente orgulloso de nada, excepto del aplomo con el que llevó (lleva) adelante su impotencia. Cincuenta años de impotencia. Quisiera poder decirle: «Soy impotente y me enorgullece».

Carolina deja su cerveza en la mesa ratona y vuelve a depositarle la mano en el muslo. Lo mira con la intención de besarlo, pero no lo besa.

Sacate la ropa, le dice.

Alfonso se pone de pie y se desnuda; el pene flácido colgándole entre las piernas. Ella le acomoda el pelo húmedo y lo besa, tiernamente, mientras le aprieta el pene como si fuese la bomba de un inflador.

¿Nervioso?, le pregunta.

No.

Quizá haya algo que puedas tomar.

Espérame un segundo.

Alfonso va al dormitorio, saca los cinturongas del cajón y los acomoda sobre la cama. Se decide por el large. Se contempla en el espejo y no puede evitar sonreír. Vuelve al *living* con el pene erecto señalando el camino.

¿Qué es eso?, dice ella.

Querías que se me ponga duro, acá lo tenés.

Carolina lo mira con una pesadumbre agradable, alentadora; una pesadumbre que no lo avergüenza en lo más mínimo.

Hablemos, le dice.

¿De qué?

Vení, sentate.

No, vamos al cuarto. Sacate la ropa. Dejame que te muestre.

¿Qué cosa?

Un pene erecto es un pene erecto, sea de carne, goma o plástico.

Alfonso, escúchame. Quiero que me cuentes.

No te vayas, Caro.

No me voy a ir. ¿No me oís cuando hablo? En ningún momento dije que me iba a ir. Quiero que nos sentemos. Sacate eso. Vestite. Terminemos las cervezas.

Alfonso se quita el cinturonga y se viste. Supone que va a encontrar el *living* vacío, pero enseguida se dice que no, imposible: Carolina no puede salir del edificio sin que él le abra la puerta de abajo.

La encuentra escribiendo algo en su celular. ¿A esta hora? ¿Le estaba mandando un mensaje de texto a su amiga, burlándose de él?

Listo, dice.

Carolina le pone una mano en cada hombro y le pide que la agarre de la cintura. Alfonso le hace caso.

¿Te gusta bailar?, dice ella.

No sé.

No sabés si te gusta.

No sé bailar.

Carolina empieza a balancearse lentamente al ritmo de una canción que solo existe en su memoria. Le pregunta si es gay.

No.

¿Estás seguro?

Sí.

¿Y por qué no se te para?

Ni idea.

¿No te gusto?

Me parecés hermosa.

¿No te caliento?

Hermosa y *sexy*.

¿Algún problema físico?

Me hice mil estudios y no encontraron nada.

¿Algún problema en la cabeza?

Cien mil horas de terapia.

¿Y?

Nada.

¿Miedo a las mujeres?

No que yo sepa.

¿Cuánto hace que tenés este problema?

Desde siempre.

Siempre. Nunca se te puso dura.

Duro. Sí, nunca.

Qué raro.

No tanto. El cinco por ciento de los hombres sufren de impotencia. Un porcentaje más alto la padece, pero encuentran algún tipo de solución. El cinco por ciento somos los que tenemos que resignarnos a vivir en flacidez.

La sonrisa de Carolina podría revitalizar las ventas de cualquier producto olvidado, innecesario.

Te felicito, dice, sos parte de un cinco por ciento. Nunca me imaginé bailando con alguien que perteneciera al cinco por ciento de algo.

Te estás burlando, dice él.

No, nunca estuve con un impotente. Estuve con hombres a los que no se les puso dura, pero no con impotentes.

Yo nunca estuve con una editora.

Carolina se ríe. Alfonso se muere de ganas de besarla, pero el

sentido común le grita que aún no. El sentido común siempre fue un buen aliado, alguien en quien confiar, por quien pondría las manos en el fuego. Ella lo suelta de golpe y le pregunta si puede pasar al baño.

Claro. Por el pasillo, al lado de mi cuarto.

Alfonso chequea la hora en su celular: las once y cuarenta y cinco. Por lo común se va a dormir a las doce; es decir, las cero horas. Empieza el día metiéndose en la cama. Se acuesta y tapa con las sábanas y apaga la luz, esté cansado o no, y el simple hecho de estar acostado a oscuras lo empuja a una inconsciencia profunda que no se interrumpe hasta que suena la alarma a las siete.

Carolina viene del pasillo calzando el cinturonga large y, con una seriedad nueva, le pide que se ponga de rodillas.

¿Qué esperás?

Alfonso obedece. Ella va hacia él y lo cachetea con el pene artificial. Luego le pide que se lo meta en la boca. Él separa los labios y permite que lo penetre hasta la garganta.

Te gusta, ¿no?, dice ella.

Alfonso no sabe si le gusta o no, pero le sigue la corriente.

Vamos al cuarto, dice Carolina. Y sacate la ropa.

Él se desnuda por segunda vez en la noche y se acuesta en la cama boca abajo; el pene flácido aplastado entre cuerpo y colchón. Carolina le pide que se relaje, pero no es fácil relajarse sintiendo las rodillas de ella sobre sus isquiotibiales. La oye buscar algo en lo que supone es su cartera y luego siente el líquido frío que le baja por la espalda hasta la raya del culo.

¿Qué vas a hacer?, dice.

Carolina le abre las nalgas y le sopla el ano. Luego le mete un dedo, despacio, con ternura, de la punta al nudillo. Alfonso siente algo similar al placer pero, como le sucedió con Carla, el pene ni se le inmuta. Carolina lo agarra del pelo, le levanta la cabeza y le muerde la oreja izquierda. A Alfonso le gusta sentirla encima: toda su altura contra su cuerpo. Podría dormirse tranquilamente así, boca abajo, con ella sobre él, pero sin el pene artificial inmenso buscando la manera de desembarcar entre sus nalgas.

Te va a doler un poco al principio, dice ella.

Alfonso asiente: también le dolió cuando Carla lo penetró con sus penes artificiales, aunque nunca con uno de semejante tamaño.

El dolor es esencial, dice Carolina. Es importante que lo aceptes, que lo incorpores, hasta que deje de ser dolor. Tenés que acostumbrarte a vivir con el dolor. Relájate. Dejalo entrar.

Y entonces él siente que lo parten al medio por la carne más floja del alma.

* * *

Las nueve menos cuarto de la noche. Alfonso disfruta de llegar cada vez más temprano y ver el desasosiego en Carolina al descubrirlo parado en la puerta del restaurante. Se saludan con un abrazo. No suelen besarse hasta que al menos uno de los dos está desnudo. Ella le abre la puerta y le permite pasar.

Llegar demasiado antes no es ser puntual, le dice.

Alfonso no tardó en aprender que abrirle puertas es en vano, que ella nunca va a entrar a ningún lugar antes que nadie que esté junto a ella esperando a entrar. No es que odie la caballerosidad, sino lo contrario: ella misma se considera un caballero.

Él disfruta y sufre cada uno de los minutos que comparte con Carolina. Disfruta porque le parece hermosa, inteligente, buena persona y lo hace sentir respetado, incluso cuando le pide que se ponga en cuatro y lo penetra con el pene artificial. Sufre porque siente que cada cosa que dice/hace junto a ella, cada decisión que toma, puede ser causa de la peor de las consecuencias: perderla.

Esta noche le habla de su padre, de lo preocupado que lo tiene. Mide cada palabra y estudia las diminutas reacciones de ella intentando comprobar si la aburre.

Es como si hubiese decidido morirse lentamente. O no, como si hubiese decidido dejar de vivir. Pero de lo que no se da cuenta es de que vive. Sigue viviendo. Estar acostado todo el día como un

enfermo terminal es estar vivo.

Piden platos para compartir: hummus, baba ganush, falafel y keppe frito con ensalada tabule; de tomar: dos cervezas rubias y un agua sin gas.

Mis viejos son de esa gente que sabe vivir la vida, dice Carolina. Siempre los envidié. Siempre los odié un poco. Los amo con el alma, pero un poco los odio también.

Le cuenta que sus padres están jubilados y hace años se dedican a viajar por el mundo. Ambos trabajaron la mayor parte de sus vidas: ella de odontóloga y él de psicólogo de las estrellas. El padre de Carolina atendió a la mayoría de las celebridades que aparecieron en el cine y la televisión argentina entre mil novecientos ochenta y el dos mil diez.

Pagan mitad cada uno, exacto, porque no pidieron vino ni postre. Ella se sorprendió cuando él le dijo lo que gana. Desde ese momento lo respeta más. Alfonso ignora qué es lo que le permite sentir eso. Probablemente algo en él más que en ella.

Enfilan hacia el auto, pero a los pocos pasos Alfonso la toma de una mano, la trae hacia él y la besa. Es la primera vez que se besan en público, aunque no hay nadie cerca y la iluminación de la cuadra funciona a un treinta por ciento.

¿Qué pasa?, dice ella.

Alfonso simplemente la mira, no estaba esperando esa pregunta. Luego le suelta la mano y examina los alrededores como un espía en un policial pobremente actuado.

Vamos a tu casa, le dice.

¿Para qué?

Me gustaría ir a tu casa esta noche. Si tenés ganas pasamos a buscar los cinturongas. Si no simplemente podemos dormir. Me gustaría dormir en tu casa.

Hoy no es una buena noche. Me levanté tarde. Salí apurada. Es un lío.

¿Y a quién le importa eso?

Vamos a tu depto mejor. Tenemos todo lo que necesitamos ahí.

Alfonso detecta por primera vez que algo se oculta tras las

palabras de Carolina. Pero, como lo último que quiere es generar disturbios en el cosmos de la relación, le sonríe y asiente y, aunque ya se lo dijo, le vuelve a preguntar dónde estacionó.

Se turnan con el cinturonga médium durante casi una hora. Luego permanecen un rato acostados, desnudos, sin la necesidad de decirse nada.

Antes de las dos de la mañana, Carolina le besa la frente, sale de la cama y se empieza a vestir. Nunca se queda a dormir. Alfonso se lo propone (al igual que se lo propuso las últimas noches que pasaron juntos) pero ella no puede: tiene que despertarse temprano. Él no le pregunta por qué tiene que despertarse temprano un domingo.

* * *

No nos vemos muy seguido, le cuenta a su padre. Una vez por semana. Pero nos llamamos día por medio, y en estos dos meses no hubo semana en la que no nos viéramos. La verdad es que nunca me imaginé teniendo una relación formal. Estaba seguro de que no era para mí. Hay tantos peces en el mar… Pero evidentemente hay que dudar de lo que creemos saber con seguridad.

¿No me traés agua?

¿Algo más?

No.

Alfonso va a la cocina, sirve agua de la canilla purificada por un filtro que se ocupó personalmente de instalar, revisa la heladera, las alacenas, y vuelve al dormitorio. Su padre fue perdiendo la postura de noventa grados y casi se acostó boca arriba. Tiene que hacer equilibrio con el vaso para poder tomar un sorbo de agua.

¿Qué vas a cenar hoy?, le pregunta Alfonso.

No sé.

Lo que te traje el fin de semana sigue en la heladera. No comiste nada.

Sí que comí.

¿Qué?

Su padre se mira el ombligo como un nene ofendido que sabe que no tiene razón para ofenderse.

Se van a poner feas las frutas, dice Alfonso.

Nunca te pedí que me compraras frutas.

Un poco de naturaleza, pa, la necesitás. ¿Estás yendo bien al baño?

Como un reloj. Tu madre es la que vivía seca como alpargata vieja. Cada sorete era un suplicio. Y después me los mostraba: del tamaño de uvas.

¿Querés que te cambie las sábanas?

No.

¿Cuánto hace que no las cambiás?

Su padre se tira un pedo de esos que suenan húmedos y abren huecos en la capa de ozono.

Me gustaría que conozcas a Carolina, dice Alfonso. Podrías venir a cenar a casa una de estas noches. Tomamos un vino. O cerveza, a Caro no le gusta mucho el vino. No es que no le guste, le cae mal.

Bajame la persiana, dice su padre.

Son las cinco de la tarde.

Voy a dormir una siesta.

Te despertaste a las doce.

Dormí como el culo.

Alfonso baja la persiana y lo ayuda a terminar de acostarse y cubrirse con sábanas y acolchado, como si fuese quince años más viejo de lo que es. Le besa la frente. Ignora por qué hizo eso. Es la primera vez que lo besa *motu proprio*, sin que su padre le diga «Vení acá y dame un beso», algo que no hace desde que Alfonso era adolescente.

* * *

Llama a Carolina pero no atiende. Se pega una ducha. Come una banana parado junto a la heladera. Luego hace tres series de veinte flexiones de brazos, o lo que ahora llama «flexiones del misionero». ¿Por qué esa posición sexual habrá sido bautizada «del misionero»? Se sienta frente a la computadora con la intención de investigarlo, pero al abrir el buscador se olvida de lo que iba a hacer.

Carolina trajo la ansiedad a su vida. Una ansiedad que va cincelando ranuras por las que gotea una angustia dulce.

* * *

Un martes lluvioso Carolina ignora la alarma interior que la obliga a salir de la cama antes de las dos de la mañana, vestirse y partir, y se queda a pasar la noche en lo de él. Alfonso aprende que ella ronca como roncan los que se ahogan en sueños sin que nadie venga a rescatarlos.

Desayunan juntos por primera vez. Él le ofrece una tostada con manteca y mermelada de ciruelas y siente que los ojos se le van a desbordar de lágrimas.

Quería agradecerte, Caro, le dice.

¿Por qué?

Por todo. Por haberme aceptado. Por permitirme ser parte de una pareja. Una pareja normal.

Carolina mastica la tostada y chupa el mate con una violencia que lo incomoda. Alfonso la mira como el nene que sabe que dijo algo incorrecto pero no específicamente qué.

No somos una pareja normal, dice ella ofreciéndole el mate. Ni siquiera sé si somos una pareja.

Claro que lo somos.

Nunca lo hablamos.

¿Hablar qué? Estas cosas no se hablan. Estas cosas suceden.

Estas cosas se hablan, Alfonso. Se eligen. No somos dos pendejos.

¿Por qué te ponés así? Tenemos que ser felices. Lo que pasó es una bendición. Por primera vez puedo imaginar…

¿Qué?

Imaginarme formando una familia.

¿Una familia?

¿Por qué no? No es tan tarde.

Alfonso sonríe intentando calmar las aguas. Carolina se pone de pie y, al no decidirse por ninguna acción específica, vuelve a sentarse.

Tengo una hija, le dice.

* * *

Alfonso no termina de entender si lo que más le duele es la mentira o el hecho de que Carolina tenga una hija. ¿Se había aferrado al sueño de formar una familia? ¿Es posible desarrollar semejante sueño en tan poco tiempo? ¿O siempre existió en él, agazapado?

Si al menos Camila fuese más joven… Una beba. Podría considerarse padre de una beba ajena. Pero luego con Pan Camila dice que tiene diecinueve años… No hay manera de considerar hija a una mujer extraña, hecha y derecha.

¿Por qué me mentiste?, le preguntó.

Te acababa de conocer. Pensé que nos íbamos a ver una o dos veces y listo. No es muy excitante conocer en un bar a una mujer con una hija adolescente.

Pero en estos meses, podrías haber dicho algo.

Camila es una chica impredecible.

¿Qué tiene que ver eso con nada?

El noventa por ciento del tiempo se comporta como una chica normal, sospechosamente parecida a mí cuando tenía su edad, pero de pronto hace algo que nunca veo venir, que me atraviesa como un sismo leve.

¿De qué estás hablando?

Cuando cumplió doce años me pidió que le organizara una fiesta. *Disc jockey*, torta milhojas y una máquina de gaseosas de alguna marca conocida. Alquilé un salón innecesariamente lujoso, y un *disc jockey* que me prometieron tenía todas las canciones que los chicos de doce años de clase media de Capital escuchaban entonces, y conseguí una máquina de Coca-Cola y otra de Pepsi, por las dudas de que algunos de los chicos prefirieran una y otros la otra. La fiesta arrancó lo más bien, como suelen arrancar todas las fiestas de chicos de doce años: los varones por un lado y las mujeres por el otro, ellas tomando Coca y ellos Pepsi, la música sonando a todo volumen para nadie. Hay pocas cosas más tristes que una bola de espejos iluminando una pista de baile vacía. El *disc jockey*, usando un micrófono y una bocina rompetímpanos, fue convenciéndolos de que se desparramaran por la pista y de a poco movieran sus cuerpos al ritmo de una cumbia. Me mantuve la mayor parte del tiempo en la cocina, calentando pizzetas y salchichas. Pero a las dos horas de empezada la fiesta me asomé a la pista de baile y lo primero que vi fue a un chico y una chica besándose como adultos mientras bailaban un lento. Sentí asco, y me alegré de que la chica no fuese Camila. Recorrí el salón haciendo todo lo posible por pasar desapercibida, aunque no había dónde esconderse. No encontré a Camila por ningún lado. Supuse que debía estar en el baño. Golpeé con suavidad y pregunté si había alguien. Al no recibir respuesta, entré y vi los pies descalzos de Camila asomar bajo la puerta de uno de los reservados. ¿Quién se quita el calzado para hacer pis o caca en un baño ajeno? Le pregunté si estaba bien, y me dijo que sí. Le pregunté si necesitaba algo, y me dijo que sí, que la dejara en paz. Volví a la cocina y, sin la más mínima hambre, me comí tres pizzetas tibias. Me dediqué a mirar fijamente el pasillo esperando que Camila saliera. Cinco canciones pasaron de largo. Una chica entró al baño y salió. Un chico entró al baño y salió. Empecé a convencerme de algo que al mismo tiempo que aceptaba necesitaba rechazar: lo estaba haciendo a propósito. Me lo estaba haciendo a mí, su pobre madre, porque le molestaba que viviera preocupada por ella, porque sabía que seguramente continuaba de pie en el pasillo

esperando que volviese a la fiesta. Entré al baño y golpeé la puerta del reservado. Le pedí que me abriera. Destrabó la puerta y la encontré sentada en el inodoro, con el vestido mojado, clavándose chinches que quién sabe de dónde había sacado en el antebrazo izquierdo.

¿Por qué me no me lo contaste antes?

No sé. Tal vez porque no termino de entenderla. No termino de entender lo que es ser madre. No termino de entender lo que es amar a un hijo.

…

Hace unos años, Camila volvió del colegio con una fiebre galopante y, mientras la llevaba al hospital y le repetía que todo iba a estar bien, empecé a convencerme de que hacer lo mejor posible es suficiente. Hacer lo mejor posible es amar. El amor no es algo que se siente, sino que se demuestra, que se desparrama en acciones. Y desde entonces me dedico a hacer lo mejor posible. Pero es difícil hacer lo mejor posible por alguien que no muestra ni un gramo de agradecimiento. No solo eso: me recrimina cada acción como si fuese un atentado terrorista contra su libertad.

* * *

Alfonso pasa gran parte de la mañana en la oficina pensando qué ponerse para la cena de esta noche. Nunca le dio importancia a la ropa que usa, pero tampoco nunca tuvo que vestirse para conocer a la hija adolescente de la mujer que lo hizo hombre con todas las letras.

Se siente capaz de ofrecerle el mundo a Carolina. Dos mundos. Tres. Pero si le ofrece el mundo también se lo tiene que ofrecer a Camila. No, Camila es una mujer adulta, pronto va a estar haciendo su vida. Y Alfonso duda de que Carolina quiera que le ofrezca el mundo. Ella ya tiene su mundo. ¿Quién carajo es él para ofrecerle uno nuevo? Lo que tiene que hacer es encontrar la manera de ser

parte de su mundo. *Seguir* siendo parte. De su mundo y el de Camila. Tiene que encontrar la manera de ser parte del mundo de Camila.

La cocina y el *living* comedor huelen a ajo y perfume de ambiente con esencia de lavanda. Carolina le pregunta si le gusta el pesto.

Tortellini de ricota y carne, dice, mi especialidad, y el único plato que cocino que Camila no considera incomible.

Su sonrisa intenta desintegrar las últimas palabras dichas. Luego mira hacia el pasillo de reojo y, al comprobar que no viene nadie, lo besa y le acomoda el poco pelo que le cuelga sobre las cejas. Alfonso le pregunta dónde anda Camila.

En su cuarto. Ahora viene. No termina de decidir qué ponerse.

A mí me pasó lo mismo.

Estás muy elegante, y tampoco es que te hayamos invitado al palacio de Kensington.

Carolina perdió la frescura que suele mostrar en bares y restaurantes. Se comporta como si los ambientes fuesen parte de un escenario desconocido, un set de filmación que acaban de iluminar y con el que tiene que familiarizarse en pocos minutos. Le pide que se ponga cómodo, que se siente donde quiera: expresiones que no le pertenecen. Descorcha una botella de vino tinto que compró solo para él y se sirve cerveza en un vaso alto y angosto.

¿Hace mucho viven acá?, dice Alfonso.

Tres años. La editorial pegó un salto hacia los cinco. Cuando me di cuenta de que no era una anomalía, de que la plata iba a seguir entrando, alquilé este depto, y el año pasado lo compré.

¿Dónde vivían antes?

No es necesario hacer esto.

¿Qué?

¿Está rico el vino?

Muy rico. ¿Necesitás que te ayude con algo en la cocina?

Los lugares comunes le salen con una facilidad pasmosa. Le salen por culpa de ella, de su artificialidad, de la forma en la que lo mira: una amabilidad y condescendencia que esconden no del todo

el deseo de que se vaya lo antes posible.

Camila viene del pasillo tipiando algo en su celular. No se parece en nada a la chica que Alfonso fue imaginando mientras Carolina le hablaba de ella. No se parece en nada a su madre.

Cami, dice Carolina, te presento a Alfonso.

Él se pone de pie para saludarla, y Camila le da un beso en la mejilla sin siquiera rozársela y le pregunta a la madre qué hay de cenar.

Ya te dije, tortellini con pesto.

No me dijiste.

Vayan sentándose.

Carolina se mete en la cocina y Camila se sienta en su lugar. Queda un plato en la cabecera y otro frente a ella. Alfonso se sienta frente a quien podría llegar a ser su hija adoptiva. Lamenta que no haya una panera y manteca, algo con lo que entretenerse. Toma un sorbo de vino y le pregunta a Camila si quiere un poco de agua.

No.

¿Qué vas a tomar?

No tomo nada mientras como.

Carolina trae la fuente de pasta y la apoya sobre un repasador doblado en cuatro.

¿De qué estaban hablando?, les pregunta, pero ni Camila ni Alfonso saben qué responder.

Carolina elige no darle importancia, o sabía que su pregunta no iba a tener respuesta, y mostrándoles una mano les pide que le alcancen los platos. Sirve los tortellini con la presteza de una cocinera a cargo de un comedor escolar. Alfonso espera que Camila empiece a comer y prueba la pasta.

Cenan en silencio, como si Camila y Alfonso estuviesen en una cita a ciegas y Carolina fuese la mediadora. Música de fondo podría haber ayudado. Camila come un tortellini a la vez. Su madre la mira, y luego lo mira a él, y aunque Alfonso no tragó ni la mitad de lo que le sirvió le pregunta si quiere más.

Sí, gracias.

Alfonso coordina cubículos, dice Carolina.

¿Qué cosa?

Cuando nos conocimos le pregunté de qué trabajaba y me dijo que coordina cubículos.

¿Qué es eso?

La empresa en la que trabajo se divide entre cadetes, cubículos y oficinas, dice Alfonso. Cuando terminé la secundaria conseguí trabajo de cadete, y con el tiempo me ascendieron a cubículo, y luego a oficina. Ahora mi obligación principal es coordinar a los empleados que trabajan en cubículos.

¿No fuiste a la universidad?, dice Camila.

No.

¿Ves, ma? Alfonso tampoco estudió y vive lo más bien. ¿Cuánto ganás por mes?

No se pregunta eso, hija.

¿Por qué no?

Ciento ochenta mil pesos, dice Alfonso, libre de impuestos, más Medicus.

Le sonríe a Camila esperando ver lo mismo que vio en su madre cuando le dijo cuánto ganaba, pero no ve más que un profundo desinterés. Daría cualquier cosa porque Camila no existiese. Que sean solo Carolina y él. No desea que Camila muera, sino que nunca haya existido. Dos personas que se encuentran a los cincuenta años, solos, sin hijos, y deciden acompañarse el tiempo que les quede.

No comiste nada, dice Carolina.

Tiene mucho ajo el pesto, dice Camila.

¿Querés que te sirva un poco de este lado que tiene menos salsa?

Camila mira a Alfonso como esperando que él le diga qué responder. Pero Alfonso no sabe qué decirle. La verdad es que la chica tiene razón: el pesto es puro ajo. Va a tener que lavarse los dientes tres veces antes de besar a Carolina; aunque lo más probable es que la mezcla de dentífrico y ajo sea aún peor.

Alfonso mira a Carolina y le sonríe, sacudido por un breve golpe de felicidad. Que esté acá sentado, junto a ellas, *con* ellas, quejándose de la cantidad de ajo en el pesto, participando de esta dinámica tantas veces repetida en la historia de la humanidad entre madre e

hija, él, el impotente, un hombre de familia…

8. PAN MAYER

Mañana vuelven los Ortiz. Pan ya tomó la decisión de agradecerles por todo y avisarles que se va. El lunes junta sus pocas cosas y sigue con su vida. No sabe adonde va a ir, lo único que sabe es que necesita irse y tiene plata para hacerlo.

Mientras plumerea colonias de insectos en las intersecciones de paredes y techo, piensa, como ya pensó antes, que el plan original es el único posible. Que no haya funcionado aquella vez no quiere decir que no vaya a funcionar. Tiene que demostrarse que es capaz de encararlo con seriedad.

Imelda no acepta que no sepa adonde va a ir.

Quédate un tiempo más, le dice. No hay apuro.

Le trajeron de regalo dos remeras XL con dibujos de surfistas y palmeras, y un instrumento tradicional parecido a la quena que llegó roto por las horas de presión contra potes de cremas para la piel. Según Imelda, descansaron todo lo que no habían podido descansar en la última década. No hicieron más que comer, dormir y flotar panza arriba. Carlos se quejó de que la temperatura del Mar Caribe es demasiado cálida: no te produce ese golpe de vigor que se suele sentir al sumergirse en agua fría.

En el último desayuno devoran una docena de facturas mojándolas en café instantáneo con leche que Carlos batió hasta que un calambre le sugirió que ya era suficiente. Imelda se acerca a Pan y le da un abrazo interminable. Carlos le aprieta un hombro y le dice que cualquier cosa los llame, o pase a visitarlos, que no se permita dudar en pedir ayuda.

¿Puede alguien hartarse de pedir ayuda? A Pan le gustaría que alguna vez le pidieran ayuda a él.

* * *

Enfila hacia la 9 de Julio cargando tres mil dólares aplastados entre pantalón y cadera en un cinturón portavalores que le regaló Carlos. Arrastra sus pocas cosas en una valija con rueditas que Imelda le juró no iban a volver a usar.

Emilia no tendría que haberlo acostumbrado a tanta comodidad. Lo arruinó. Treinta y cinco años de vida resuelta. No hay nada peor. O sí: sacudirse tres décadas y media es peor. Empezar de cero. No hay manera de empezar de cero. Pan pagaría todo lo que tiene y lo que va a conseguir porque alguien le borrase el disco rígido.

Dobla en la avenida a la derecha y termina de entender hacia dónde se dirige. Uno de sus mejores recuerdos es la visita con Emilia al Hotel Panamericano. La Academia Argentina de Letras la había invitado a dar tres charlas sobre la novela contemporánea en uno de los salones del hotel y como parte de la invitación les permitieron pasar dos noches en una de las *suites*. Mientras Emilia hablaba para un grupo de académicos, críticos y curiosos, Pan flotaba en la pileta de la terraza, esperando que el contacto con el agua le provocara una de esas hambres que te llenan de alegría cuando se cuenta con la plata necesaria para saciarla.

Cruza el *lobby* agradeciéndole a Imelda por haberlo empujado a volver a tramitar el documento. El conserje le pregunta si tiene reserva.

No, dice Pan, pero quiero un cuarto.

¿Qué tipo de cuarto?

Cualquiera.

¿Cuántas noches?

No sé.

Tenemos una oferta: cinco noches al precio de cuatro, con

desayuno y un masaje incluido.

Perfecto.

Te pido una identificación y tarjeta de crédito.

Pan acomoda su flamante documento sobre el mostrador y le informa que no tiene tarjeta. El conserje lo mira como si de pronto estuviese lidiando con una persona de cuidado.

Necesitamos una tarjeta, dice.

¿Por qué?

Seguro.

Puedo pagar las cinco noches por anticipado. Perdón, las cuatro… por las cinco. En dólares.

Pan tiene que desabrocharse el cinturón, desabotonarse y bajar la mitad del cierre del pantalón para acceder al portavalores.

¿Cuánto sale la noche?

Ochenta dólares.

Ocho por cuatro treinta y dos. Pan separa tres billetes de cien dólares y uno de cincuenta. El conserje le informa que eso no cubre el seguro.

No hay problema, dice Pan, no quiero seguro.

El seguro es para nosotros.

El conserje le hace una seña que significa «dame un segundo» y se acerca a otra conserje que debe ser jefa de conserjes. Nadie entra ni sale del hotel y los botones no saben qué hacer con sus cuerpos. El conserje vuelve a su puesto tras el mostrador y le informa que va a tener que dejarles quinientos dólares de seguro.

Te los devolvemos cuando hagas el check-out.

Pan saca cinco billetes de cien y los suma a los trescientos cincuenta.

El cuarto es el hogar que siempre soñó. Nada malo puede pasar entre estas paredes. Suelta la valija sobre una especie de mesita que Emilia le había enseñado era para apoyar valijas y se desnuda. Prende la tele, recorre todos los canales y la apaga.

La única ventana da a la avenida. Pan cierra la cortina traslúcida que permite que pase luz solar al tiempo que oculta todo lo que no pertenece a este cuarto. Se acuesta boca abajo en la inmensa cama.

Lo amarga descubrir que la funda de una de las almohadas tiene una mancha de lo que podría ser sangre seca.

* * *

Se aburre del agua de la pileta luego de nadar tres largos y flotar veinte minutos. Se acuesta en una de las reposeras a pasar la vista por el menú del bar. Es lo único que tiene para leer, ya que el celular se quedó sin batería y lo dejó en el cuarto cargando. Piensa en pedir el sándwich que ofrece el menú (pechuga de pollo y guacamole en pan ciabatta), pero se da cuenta de que no tiene hambre.

En la terraza no hay nadie que no sea empleado del hotel. Pan se acerca al borde de la pileta, pero se arrepiente y va hacia la zona de masajes. Usar el masaje gratis el primer día es un acto digno de esa ansiedad que pretende sacarse de encima. Vuelve a la reposera, se calza la bata, agarra sus cosas, saluda al empleado que acomoda toallas limpias sobre una mesa de mimbre, y enfila hacia los ascensores.

Entra al cuarto, se desnuda y se acuesta en la cama. Prende la tele y hace *zapping* hasta encontrar una guía del hotel donde detallan con imágenes las distintas instalaciones y servicios.

El celular en la mesita de luz vibra. Pan estira una mano hacia el aparato, pero como el cable no es lo suficientemente largo y no quiere desenchufarlo, se sienta a chequear qué es lo que le mandaron. Tres *mails*. Dos de Imelda con fotos del viaje al Caribe. Uno de una editorial que nunca oyó nombrar. No entiende cómo luego de más de un año aún insisten con intentar convencerlo de escribir un libro sobre su vida con Emilia. ¿La entrevista de Imelda reavivó la noticia?

Se pega una ducha y, de pie bajo el agua caliente, descifra que el rectángulo blanco en el que se encuentra parado es una bañadera. Entonces se da un baño de inmersión, leyendo las etiquetas de los productos que lo rodean. Se acuesta en la cama y nota que algo de

olor a cloro permanece en las almohadas. Lee el *mail* de la editorial.

Estimado Pan Mayer, gracias por habernos mandado el manuscrito de su novela El fin de lo que viene. *Nos encantaría saber qué lo hizo pensar en nosotros, pero desde ya que para todos ha sido un orgullo recibirla, y un placer leerla. En la nota que llegó con el manuscrito nos aclara que no tiene agente y nos pide que nos comuniquemos directamente con usted. El único dato que nos ofrece es esta dirección de* mail. *Le rogamos que por favor nos confirme que recibió este mensaje. Nos gustaría juntarnos con usted a discutir la novela y un posible plan de publicación. Si le parece bien podemos reunirnos acá en la editorial en cualquier horario que le quede oportuno. Si no, estamos dispuestos a ir adonde a usted le parezca más cómodo. Saludos, Carolina Klug. Editora en jefe. Editorial Pasillos.*

Un error. Alguien quiso mandarle un *mail* a Emilia y se lo mandó a él por equivocación. No, el mensaje está dirigido a Pan Mayer. Lo irrita enormemente que tengan su *mail*, luego del esfuerzo que hizo por mantener la literatura lejos.

Destapa una de las cervezas ridículamente caras del frigobar, toma un sorbo del pico y relee el mensaje. Va a escribirle a Emilia, preguntarle qué mierda está pasando. Aunque si efectivamente se trata de un plan pergeñado por ella, lo más probable es que esté esperando que le escriba o la llame para reírsele en la cara. ¿Reírse por qué? ¿Qué tipo de venganza es mandar a una editorial un manuscrito firmado por él? Va a responderle a la editorial y juntarse con ellos y explicarles que todo fue un error. Dejarles en claro que no escribió ni piensa escribir un libro jamás.

Vacía la cerveza y destapa otra. Se sienta en la cama. El cuarto de hotel es un santuario. Una fortaleza. Podría sobornar a Emilia, proponerle negar en público todo lo que le dijo a los medios a cambio de cinco años en este cuarto.

Diez años.

* * *

Al ubicarse frente a los tres editores de rostros amables, Pan se arrepiente de haber venido. Debería dejar de arrepentirse de haber hecho cosas que aún está haciendo.

El manuscrito es una presencia que no se anima a tocar. *El fin de lo que viene* por Pan Mayer. Nunca hubiera imaginado que su nombre pudiese calzar tan bien bajo el título de una novela.

… y simplemente queríamos dejártelo en claro, dice Carolina. No son muchas las veces que los tres opinamos lo mismo.

Pan olvidó cómo se llaman los otros dos editores al instante de darles la mano.

Es un libro hermoso, dice el editor sentado a la izquierda de Carolina. Imaginamos que no es lo primero que escribiste.

No es raro que viviendo tantos años con Emilia Mayer en algún momento se te haya dado por escribir, dice el editor sentado a la derecha de Carolina.

Emilia intentó empujarme a leer, dice Pan, y a escribir, supongo, pero no le hice mucho caso.

Carolina lo mira como si intentase descifrar qué es lo que tiene escrito en la frente.

¿Entonces escribiste la novela en un año?, le pregunta.

No.

¿Y es lo primero que escribís?

Pan asiente y toma un sorbo del jugo que le sirvieron apenas se sentó. Solo Emilia puede estar detrás de esta locura, pero ignora por qué. No se decidió a llamarla o mandarle un *mail*. Llegó a la editorial con la convicción de jugar el juego, aunque no sabe qué juego es o qué significa.

Las oraciones parecen haber sido revisadas mil veces, dice el editor sentado a la izquierda de Carolina. No hay demasiado para corregir.

No hay *nada* para corregir, dice el editor sentado a la derecha de Carolina.

Tal vez un poco el final, dice Carolina. El último capítulo tiene una celeridad particular, distinta a los capítulos anteriores. Como si le sobrasen algunas palabras.

Si hay palabras de más pueden sacarlas, dice Pan.

¿Cuál es tu autor preferido?

Alejandra Pizarnik.

Ah, nunca lo hubiera imaginado.

Pan atrapa el manuscrito con ambas manos y lee los dos primeros párrafos. No sabe distinguir entre buena y mala prosa. No sabe si esta prosa se parece a la de Emilia, a la de sus libros anteriores. Se arrepiente de no haberles prestado ni un gramo de atención.

* * *

Le pagan un adelanto que le aseguran es más que generoso para una primera novela. Carolina le deja en claro que publicar *El fin de lo que viene* es la oportunidad que hace tiempo espera Editorial Pasillos para pegar el salto y competir con los grandes grupos.

Es probable que la presentación se convierta en un circo mediático, le dice.

No importa, dice Pan. Siempre y cuando no me pregunten acerca de la novela.

Eso es complicado. Justamente la novela es lo que estamos presentando.

Pueden preguntarme sobre cómo y cuándo la escribí, o sobre mi vida con Emilia, pero no sobre cuál es el tema del libro, lo que quise contar, en qué autores me inspiré.

El evento de presentación se va a llevar a cabo en uno de los salones del Hotel Panamericano. Otra de las condiciones que puso Pan. Piensa quedarse en la pileta hasta una hora antes de que lleguen los invitados y luego bajar a vestirse y releer algunas páginas de esa novela que no solo no escribió, sino detesta. ¿Cómo se pueden escribir tantas páginas sobre nada?

Los empleados del hotel lo saludan y tratan como si fuese un vecino de toda la vida. Se sorprendieron al conocer que es un

escritor prestigioso. Pan les dejó en claro que no, que recién está publicando su primera novela. Ninguno recuerda su paso por los medios de comunicación.

Carolina no duda en explicarle que la intención de la editorial es reavivar el escándalo.

No nos queda otra, le dice. Vender a un autor novel es difícil. Hay que aprovechar lo que tenemos. Y tu historia con Emilia es un elemento de promoción gigante. Hay mucha expectativa, como si tu novela fuese una forma de venganza.

Pan nunca pensó en venganza. Ni siquiera cuando abandonó la casa de Emilia e intentó reconstruir su vida; es decir, quitarse de encima el pasado. Tampoco cuando dejó que Imelda lo convenciese de ir a la prensa y contar su verdad, que era también la verdad de Emilia.

En el ascensor nota que olvidó secarse los pies. Le suele levantar el ánimo encontrar el cuarto limpio y ordenado. Algunas tardes, cuando el día parece haber perdido el sentido, baja al bar a tomar un café con leche o licuado y leer alguna revista que hayan dejado por ahí el tiempo necesario para que le limpien y ordenen el cuarto.

No va a ducharse. El primer escritor que asiste a la presentación de su libro oliendo a cloro.

Empieza a sonar el teléfono del cuarto y atiende suponiendo que se trata de Carolina o uno de sus editores. En las últimas reuniones en la editorial intentó sin éxito averiguar cómo se llaman evitando volver a preguntarles.

¿Pan?

¿Quién es?

Emilia.

Pan se sienta en la cama, se acuesta, vuelve a sentarse, sin pronunciar palabra. Las ojotas se le clavan en el arco entre pulgar e índice (¿los dedos del pie tienen los mismos nombres que los de la mano?), y las patea hacia la pared del fondo.

¿Estás ahí?, dice Emilia.

¿Cómo sabías?

¿Qué cosa?

Que estaba acá.

Todo el mundo sabe. Lo leí hoy a la mañana en el suplemento de cultura de *La Nación*. No decía que estabas hospedado en el hotel, pero sí que la presentación es ahí, y supuse que la editorial te había alquilado un cuarto.

No fue la editorial, yo me pago el cuarto. Hace varios días que estoy acá. Es mi nueva casa.

Te vas a fundir, Pan.

Mejor. La plata no es mía.

Claro que es tuya.

Yo no escribí el libro.

Es un regalo.

¿Por qué?

No hubiera sido posible publicarla con mi nombre.

¿Por qué a mí?

¿Y a quién más? Sos lo único que tenía. Vos y mis libros. Mis libros y vos. Pero entiendo que probablemente no te haya cuidado. No lo entiendo pero lo acepto.

No necesitaba que me regalases nada.

¿Estás seguro?

Sí.

¿Y de qué pensabas vivir?

Tengo plata.

¿Qué plata?

Imelda me dio la mitad de lo que le pagaste, más la mitad de lo que le dieron en el canal por la entrevista.

¿Cuándo hablaste con Imelda?

Viví más de un año con ella. Con ella y su marido, Carlos. Buena gente. Me trataron como a un hijo.

Pan se dispone a tirarse de cabeza en una discusión que hace tiempo espera, pero Emilia corta con brusquedad.

* * *

¿Siempre quisiste ser escritor?

No, dice Pan.

¿Cuándo empezaste a trabajar en la novela?

No me acuerdo.

¿Aproximadamente?

Dos años. Quizá más.

El libro tiene como tema principal la soledad. ¿Podríamos decir que refiere de alguna manera a tu convivencia con Emilia Mayer?

No.

¿Cuáles son tus autores favoritos?

No muchos.

Acá Pan es un ávido lector de la poesía de Alejandra Pizarnik, dice Carolina.

¿Qué época en particular?

Cualquiera, dice Pan.

El protagonista de la novela se llama Pedro. ¿Una referencia autobiográfica?

No entiendo.

Peter Pan, Pedro Pan.

Una coincidencia.

¿Te molesta que gracias a tu relación con Emilia Mayer y tu exposición mediática se haga semejante circo para una primera novela?

Fue una decisión de la editorial, yo no pedí que hicieran esto. Apenas me digan que no hay más preguntas, me como otro de esos sándwiches de pavita y me voy al cuarto.

Ja ja.

Nada de ese humor entró en la novela. ¿Por qué?

No habrá querido entrar.

Ja ja.

El libro tiene una seriedad y peso arrolladores. Es casi imposible imaginar que sea el primer libro de alguien, a no ser que estemos frente a un genio.

No es tan raro encontrar autores adultos que escriban un gran primer libro, dice Carolina. Bruce Duffy, por ejemplo, con su *El*

mundo tal como lo encontré. Pan no es un pibe, y tiene la ventaja de haber vivido años con una candidata al Premio Nobel.

¿Es cierto eso? ¿Fue una ventaja vivir con Emilia?

¿En qué sentido?, dice Pan.

Literario, obviamente.

Supongo. Emilia vivía para la literatura.

Suena a resentimiento.

Me gustaba verla escribiendo en la cocina.

¿Mayer escribe en la cocina?

Sí.

¿Y dónde desayuna?

Ja ja.

No come nada hasta la noche.

En la página cincuenta y siete se lee la siguiente oración: *El afecto estaba en la mano, solo en la mano, no en el resto de lo que Amalia era*. ¿Hay algo autobiográfico en esa línea?

No.

¿El nombre Amalia es una permutación de Emilia?

No.

Ya lo aclaró: no hay referencias autobiográficas en la novela, dice Carolina. Y si las hay no son conscientes.

No las hay, dice Pan.

Primero quiero felicitarte: es un libro hermoso.

Gracias.

Segundo: me gustaría preguntarte si se lo mandaste a Emilia.

Hace más de un año que no hablo con ella. Ni siquiera sé dónde vive.

¿Escribís a mano o en computadora?

Computadora.

¿Emilia escribe a mano?

En cuadernos de hojas cuadriculadas. Luego lo pasa a una laptop que guarda en la alacena de la cocina. Varias veces la computadora se manchó con restos de aceite de oliva o vinagre.

Ja ja.

¿Nunca pensaste en escribir un libro sobre ella?

No.

Sobre sus años juntos.

No creo que vaya a escribir otro libro.

Bueno, nunca se sabe, dice Carolina. ¿No, Pan? No estamos acá para hacer futurología.

No me gusta escribir, dice Pan.

Esta novela tiene todo para ser un éxito.

¿Sí? ¿Qué tiene?

¿Te gustaría que Emilia la lea, Pan? ¿Le vas a mandar una copia autografiada?

No, que la compre, como todo el mundo.

Ja ja.

Vayamos terminando por favor, dice Carolina. Últimas cinco preguntas. Hay vino tinto y sándwiches. Acá el autor va a firmar ejemplares. Aguardamos con ansias sus reseñas.

Que seas tan buen escritor puede provocar la especulación de que en algún momento hayas ayudado a Emilia, que hayas escrito alguno de sus libros, o partes, que hayas sido una especie de escritor fantasma.

Nunca me interesó escribir, dice Pan.

¿Y por qué ahora sí?

No sé.

¿Alejarte de Emilia te produjo el deseo de escribir?

No sé.

¿Ella no quería que escribieras? ¿Le molestaba vivir con alguien que también fuese escritor?

Yo no era escritor. No soy escritor.

¿Qué sos entonces?

* * *

Hace más de una semana que no sube a la pileta. El desayuno continental, que en los primeros días le resultaba variado e

inagotable, es pura repetición. Siempre lo mismo en las mismas bandejas en las mismas mesas. Siempre el mismo olor al salir del ascensor y buscar dónde sentarse.

Se sirve un plato de frutas porque es lo que menos le interesa comer a la mañana. Jugo de pomelo. Se sienta a una mesa para dos y permite que el mozo le llene la taza con café.

Mensaje de Carolina: *Acordate, no es necesario que hables de Emilia. Lo mismo que dijiste en la presentación (aunque no fue mucho, ja) es suficiente. ¡Suerte!*

Debería haber esperado que la periodista llegara, por las dudas de que se haya despertado tarde y esté muerta de hambre. No, si tiene hambre que se pida algo, no es necesario que coman al mismo tiempo. Ni que fuese una cita a ciegas. Ella viene a verlo porque él escribió una novela que se acaba de llevar por delante al mundo literario argentino.

Tras el segundo cubo de ananá, Pan entiende que haber elegido fruta fue un error. ¡Fruta flotando en café!

La periodista viene apurada, sacudiendo una mano en un intento de saludar y pedir disculpas. Debe tener unos veinte años. ¿Se puede ser periodista a los veinte? ¿Cómo era su nombre? Pan se apura a chequear el *mail*.

No encontraba dónde estacionar, dice Camila Kowalski. Odio el microcentro. ¿Quién tuvo la idea de instalarte acá?

Pan se pone de pie y le ofrece la mano derecha, pero ella le da un beso en la mejilla y suelta la mochila sobre la mesa desparramando el café.

Qué boluda, dice, la cargo todo el día y me olvido que pesa una tonelada.

Saca una copia de *El fin de lo que viene* de la que asoman veinte señaladores.

Ya leí tu novela dos veces, dice.

¿Querés algo de tomar?

¿Tendrán mate cocido?

Pan le hace una seña al mozo mientras mira de reojo a la periodista arreglarse el pelo usando la cámara de su celular como

espejo. El mozo les informa que no tienen mate cocido, solo té, café, jugos o licuados.

¿Jugos de qué?, le pregunta Camila.

Naranja, pomelo, limonada.

La limonada no es un jugo.

Camila mira a Pan esperando que reaccione de alguna manera a su comentario. Luego pide un jugo de naranja, siempre y cuando sea cien por cien exprimido. Se mueve como pájaro: no tarda ni una milésima de segundo en llevar los ojos de la novela al rostro de quien ella supone es el autor joven más popular del momento.

Me contó mi vieja que no te entusiasman mucho las entrevistas, dice.

¿Tu vieja?

Carolina Klug, tu editora, es mi mamá. ¿No te dijo que yo…?

No.

Qué flor de pelotuda. Siempre hace lo mismo. Como si a alguien le importara que venga de parte de ella.

Me dijo que sos periodista de *Página 12*.

Trabajo en *Página*, pero no soy periodista. No soy nada. Mi vieja conoce a la editora en jefe de Radar Libros. Como siempre me gustó leer… Bueno, no siempre, desde hace un par de años, menos de un par. Pero no estamos acá para hablar de mí, sino de vos, de tu libro.

Pan traga el fondo de pulpa y hielo derretido.

No sé qué decir del libro que no esté en el libro, dice.

¿A qué hora escribís por lo común? ¿Mantenés una rutina?

No.

¿Escribís a cualquier hora?

Ya hablé de esto en la presentación.

Discúlpame, algunas preguntas van a ser las mismas.

Escribo cuando tengo ganas.

¿Y por lo común tenés ganas a la mañana, a la tarde, a la noche?

Depende.

¿De qué?

No soy escritor.

Escribiste una novela.

Pero no quise escribirla.

¿La escribiste sin querer?

Pan no termina de interpretar si la sonrisa de la periodista contiene fascinación o burla.

Un colega del diario es profesor de literatura contemporánea y está pensando en sumar tu novela al programa, dice Camila. Dice que es el libro en español más original de los últimos cincuenta años. Ya lo leyó varias veces. Se lo regaló a diez personas. Cuando le conté que te iba a entrevistar me rogó que te pidiera que se lo dedicases.

Saca de su mochila una copia de *El fin de lo que viene* tan manoseada que parece a punto de desarmarse y una birome azul.

¿Cómo se llama tu colega?, le pregunta Pan.

Julio Abadi.

Mientras arrastra la punta de la birome por la primera hoja, Pan piensa en firmar como Emilia. Un mediodía, aburrido en la cocina oyéndola tipear con furia en la laptop, se le dio por practicar la firma de Emilia hasta imitarla a la perfección.

Para Julio, un abrazo, Pan Mayer, lee Camila y guarda la copia dedicada en su mochila.

¡Qué dedicatoria imbécil! Pan abre la copia de Camila en una página al azar y lee un párrafo. No entiende una palabra. O sí las entiende, pero no le generan impresión alguna. La palabra escrita no fue inventada para él. El primer escritor al que no le interesa la palabra escrita.

¿En qué estábamos?, dice Camila.

¿No querés ir a dar una vuelta?

¿Adónde?

Acá, por el microcentro. Y después te invito a almorzar.

Gracias, pero no puedo.

¿Por qué no podés?

Tengo cosas que hacer.

¿Y a la noche?

¿Qué pasa a la noche?

Te invito a cenar.

Tengo diecinueve años, Pan.

Y yo treinta y seis.

¿Estás preparando otra novela?

No.

¿Cuentos?

A Pan le gustaría cazarla de un brazo, arrastrarla al cuarto y ofrecerle todas las comodidades de este hotel que es mucho menos glamoroso de lo que recordaba.

¿Querés subir a la pileta?, le pregunta.

No, acá estamos bien. Hablemos un poco del personaje de Amalia.

Quédate a pasar el día en el hotel. Te das unos masajes. Almorzamos algo. No hay nada más lindo que almorzar después de haber nadado un rato.

Ya te dije que no puedo.

No sé quién es Amalia, dice Pan.

La protagonista de tu libro.

No puedo hablar de alguien que no conozco.

Si no la conocés vos, no la conoce nadie.

Tu colega Julio la debe conocer mejor. Hablá con él.

Prefiero hablar con vos, el autor. Tal vez lo que estás intentando decirme es que conviene no conocer a los personajes al detalle. Que es mejor perderse en ellos, dejarlos ser, no usarlos como piezas rígidas, muertas.

No, lo que estoy intentando decirte es que no la conozco, y no me interesa conocerla. Pero sí me interesa conocerte a vos. Hablemos de nosotros, no del libro.

* * *

Camila le permite que la acompañe a la parada del colectivo. Pan improvisa un par de explicaciones sobre la novela para que ella tenga algo que escribir. Lo conmueve la ansiedad con la que toma notas.

Camila se lo agradece y lo abraza con una naturalidad que le impide abrazarla.

Seamos amigos, dice él.

No creo que a mi vieja le guste mucho la idea.

¿Qué mierda importa tu vieja?

La mira subir al colectivo y elegir un asiento. Lo confunde el vigor que le produjo hablar de la novela. Cuando el colectivo arranca, Camila lo saluda, y él la saluda, y dobla en la primera esquina.

Avanza sin rumbo por el microcentro, disfrutando de toda esta gente que no tiene nada que ver con él; gente que no lo conoce en lo más mínimo, que podría conocerlo de cero, aprender a quererlo por lo que es, no por lo que Emilia intentó que fuera. Pan se conoce tan poco como a Amalia. Se conoce tan poco como a Pedro. No, a los personajes de la novela los desconoce por completo. Solo Emilia los conoce. Emilia es la única que conoce todo.

Entra en una librería con la intención de comprar una copia de *El fin de lo que viene*, pero el vendedor le informa que acaban de vender la última y que reciben más en un par de días.

¿Me pueden reservar una?, le pregunta Pan.

No hay problema. ¿Cómo es tu nombre?

Pedro.

Lo irrita que no haya una copia de la novela para que el vendedor pueda ver su cara en la solapa y reconocerlo. La única foto existente del Pan Mayer escritor.

Se sienta en uno de los bancos de Plaza San Martín sin intención más que sentarse. La brisa huele a comida. Huele a condimentos. El mundo entero huele a comedero público.

Dos jubilados vienen caminando lentamente y Pan piensa en meterles la pata. ¿Lo alegraría ver a dos viejos darse de cara contra el suelo?

Da varias vueltas alrededor del General San Martín, hasta que el agotamiento le devuelve el deseo de la cama en su cuarto de hotel.

* * *

En el *lobby* suena una música que nadie escucha. Pan enfila hacia los ascensores saludando a los botones y conserjes. Las últimas diez veces que tomó ascensor le tocó el de la derecha.

Alguien le pide que por favor no deje que se cierren las puertas automáticas: una mujer con gorra verde sin marca y anteojos negros. Pan presiona el botón del octavo y le pregunta a qué piso va.

El mismo, dice la mujer.

Suben en silencio. Cuando llegan al octavo, ambos salen del ascensor y avanzan por el pasillo en la misma dirección.

Ya no me reconocés, dice la mujer.

Pan se detiene y se da cuenta de que sí la había reconocido, desde el principio. Emilia se quita la gorra y los anteojos.

Me estafaron, dice. Vos y la gorda de mierda.

Vamos al cuarto.

Emilia no se mueve: lo mira con la boca ligeramente abierta. Por primera vez se encuentran en la casa de él y ella no sabe jugar a la invitada.

Dale, vení, dice Pan. Pedimos algo de tomar.

Emilia vuelve a ponerse la gorra y cuelga los anteojos del cuello de la camisa. Va hacia él con la calma de una turista agotada que solo piensa en darse una ducha y tirarse en la cama a ver tele.

No entiendo cómo podés gastarte toda mi plata en esto, dice.

Hay *whisky* y vino blanco en el frigobar.

¿Qué *whisky*?

Johnnie Walker.

Puaj.

Emilia se sienta en la cama y deja la gorra y anteojos a su lado, sobre el colchón. Parece alegrarse de que los pies le toquen el suelo.

Pregúntales cuál es el *whisky* más caro que tienen, dice.

Pan marca, pregunta, espera.

Jack Daniels Sinatra, dice. Dos mil pesos la medida.

Pedime uno doble, sin hielo.

Pan quisiera andar un rato desnudo por el cuarto. La desnudez tiene más sentido en cuartos de hoteles. Emilia se acuesta en la cama y lleva las manos al techo.

¿Qué vas a hacer cuando te quedes sin un peso?, le pregunta.

No sé.

¿El libro arrancó bien de ventas?

Muy bien.

Las críticas son inmensas. Escribiste una gran novela.

Pan saca una cerveza del frigobar porque necesita sostener algo que pueda llevarse a la boca.

Me voy a dar una ducha, dice.

Agradéceme antes.

¿Qué cosa?

Haberte alquilado tan linda ducha.

Es lo menos que podías hacer, dice él entre dientes.

¿Qué dijiste?

Nada.

Pan se sienta en el inodoro y toma un sorbo. Oye que tocan la puerta, y que Emilia abre, y agradece, y pregunta si puede agregar la propina al cuarto. Seguramente firma con su nombre, porque es ella la que está pagando el *whisky*. Es ella la que paga todo.

9. EMILIA MAYER

Trescientos cincuenta pesos el sorbo. Jack Daniel's le cambió la etiqueta a su *bourbon* más común y cuadriplicó el precio. Frank Sinatra debería volver a morirse de vergüenza. Emilia pide otro *bourbon* doble y algo para picar.

Cualquier cosa. Maníes. Papas fritas. Aceitunas. Algún queso no muy blando.

Se sienta en la silla con apoyo lumbar que casi todos los hoteles cuatro o cinco estrellas coinciden en ofrecer y se da cuenta de que aún no empezó a oírse la ducha. ¿Qué estará haciendo?

No se creía capaz de arrojar una botella de su *whisky* favorito contra la pared. No se creía capaz de arrojar ninguna botella contra ninguna pared. Pero saber que Imelda se escondía tras la traición de Pan la empujó a desperdiciar un Glenmorangie recién comprado (las esquirlas de vidrio aún continúan en el suelo de la cocina) y postrarse con el celular firmemente agarrado como si fuese un riñón que se le había caído del cuerpo y debía sostener hasta que llegase la ambulancia. Lloró por la cobardía y desaparición de su padre. Lloró por la enfermedad y muerte de su madre. Lloró por todos y cada uno de los rechazos editoriales. Lloró por todos y cada uno de los premios literarios que le fueron negados en favor de libros que sabía eran peores. Lloró por los libros que fracasaron tanto en ventas como crítica. Lloró por la traición de Pan. Lloró por la frialdad táctica con la que Pan había llevado adelante la traición. Supuso que el chorro le iba a purgar la angustia que hace más de un año constituye su estado de ánimo habitual, pero no, ahí continúa, y

desde entonces viene cargando además una bronca que le sostiene la nuca y la guía como una androide.

Saca una de las diminutas botellas de Johnnie Walker Black del frigobar, la destapa, huele, y desparrama el *whisky* desagradablemente ahumado sobre la alfombra. Luego busca algo con lo que limpiar y lo único que encuentra es una toalla en el suelo junto a la ropa sucia de Pan; una toalla que huele a cloro de pileta. Se arrodilla sobre el charco de *whisky*, pero se arrepiente de lo que está por hacer y suelta la toalla en cualquier lado. Toma un sorbo de Sinatra (trescientos cincuenta pesos), otro sorbo (setecientos pesos), y el resto lo desparrama sobre el acolchado.

¿Por qué Pan no le hizo juicio? Luego de tantos años juntos, aunque no estuviesen casados, un juez, estremecido por los detalles del horror planteado por el abogado de Pan, habría forzado a Emilia a regalarle gran parte de su fortuna. No hay pruebas de que haya comprado a Pan, pero sí de que fueron pareja muchos años. Prueba suficiente para confirmar algún tipo de concubinato. Emilia imagina que Imelda le habrá comentado a Pan sobre la posibilidad de un juicio de divorcio, o como se llamen los juicios cuando los que se enfrentan no están casados.

Tocan la puerta con la timidez típica de los empleados de hotel. Emilia le pide que deje el *bourbon* y la picada sobre el escritorio y estampa el nombre de Pan y su firma de juguete. Le disgusta que le hayan sacado los carozos a las aceitunas. Aceitunas manoseadas. Prueba un queso: muy rico.

¡Trajeron una picada, Pan! ¡Por si tenés hambre!

¿Por qué esta súbita actitud de madre? En la extrañeza del cuarto de hotel, Pan es lo único que conoce desde siempre: un mueble de toda la vida que alguien instala en la casa nueva, moderna, flamante, y le permite recostarse de vez en cuando en la comodidad del pasado.

Voy a abrir la puerta, dice.

Se detiene ante la buzarda deforme que cuelga de la cintura de Pan. El torso de un viejo sin arrugas sosteniendo la cabeza desprolija de un joven de treinta y seis años.

¿No te ibas a dar una ducha?, le pregunta.

Pan no se mueve, de pie entre los espejos, la botella de cerveza vacía una extensión de su mano derecha.

Pónete la bata y vení al cuarto si no te vas a duchar, dice Emilia. Trajeron una picada. Las aceitunas no creo que las coma, pero…

¿Por qué te cuesta tanto dejarme en paz?

Mi intención era dejarte en paz, pero no me lo permitiste. ¿Para qué me contaste de tu colaboración con Imelda? Me estafaron. No solo me abandonaste y me arruinaste la carrera, sino que me estafaste. Yo te regalé la novela, te di algo con lo que subsistir un tiempo, y vos me robaste. Me usaste para ¿qué? ¿Pagarte unas noches en este hotel de mierda?

La novela no es un regalo, dice Pan.

¿Ah, no? ¿Qué es entonces?

No lo sé todavía.

Podrías haberte quedado en el molde, no responder el *mail* de la editorial, o decirles que era un error.

Pan abre la ducha y la violencia del agua se traga la conversación. Emilia nota que las nalgas lampiñas le cuelgan al igual que la barriga. La enternecen las nalgas de Pan, no entiende por qué nunca se le dio por mordérselas.

Sale del baño y cierra la puerta. Se sienta en la silla con apoyo lumbar, toma un sorbo del *bourbon* más sobrevalorado del mundo y recuerda que su intención al poner un pie en el *lobby* del hotel era prenderle fuego al cuarto, aunque ignora qué hubiese usado para originar una buena fogata.

La indigna que el odio/bronca que siente por Pan a la distancia se reduzca al simple enojo de una madre ofendida cuando lo tiene en frente. Le convendría aprender a dejar de verlo como un nene medio perdido y blandengue. Ya no sabe quién es Pan. Tal vez nunca lo supo. Siempre vio lo que quería ver.

Coloca un cuadrado de queso (¿gouda?) entre dos galletitas de agua. Supone que Pan no quiere enfrentarla, no sabe qué decirle, no termina de entender lo que le pasa, lo que siente, lo que necesita, como nunca terminó de entender un carajo.

¿Por qué es tan importante entender? Sus mejores libros son los que no terminó de entender del todo. Hay lectores que entienden esos libros mejor que ella.

Toma un sorbo de *bourbon*. El Sinatra no está tan mal. Va a pedirse otro y que pague *El fin de lo que viene*. Va a desnudarse y meterse en la ducha con Pan. Va a abandonar este cuarto y este hotel y olvidarse de Pan para siempre.

Lo mira salir del baño secándose el pelo con un toallón que ya empezó a perder la blancura original.

Al menos ponete la bata, le dice.

Como si nunca me hubieses visto desnudo.

El cuarto huele a vestuario de club social. Emilia elige una de las aceitunas y le pide que abra la boca: ni cerca.

Desde que te fuiste perdí la puntería, dice. En una época todas las hojas de cuadernos que transformaba en bollos caían indefectiblemente en el tacho de basura.

¿Cuándo vas a empezar, Emilia?

¿Empezar qué cosa?

¿A llevar adelante lo que sea que viniste a llevar adelante?

No sé a lo que vine. Hace un rato lo sabía, pero ahora no.

Pan se contempla en el único espejo de pie. Atrapa los rollos de grasa y se los aprieta.

Podrías prestarme un poco de esa grasa que te cuelga, dice Emilia. Ya me dan impresión mis huesos. Si me caigo muerta en una zanja, la rapiña no va a encontrar más alimento que mis ojos.

¿Cuándo fue la última vez que estuviste cerca de una zanja?

Mi nuevo barrio está lleno de zanjas y baldíos y calles de tierra por las que no pasa un alma.

Mientras Pan se viste, Emilia acomoda varias aceitunas en la palma de su mano izquierda: caben once.

¿Sabías que la palabra «aceituna» proviene del árabe?, dice.

No.

Te manché el acolchado con Sinatra.

No importa, me lo cambian.

Vamos a casa, Pan.

¿Qué casa?

La mía. La nuestra.

Ya no existe nuestra casa.

Empecemos de nuevo. No tiremos treinta y cinco años por la borda. Trabajemos en lo que no funcionaba. Yo ya pagué por mis errores, y estoy dispuesta a aceptar la condena. Hablemos. Comuniquémonos. Decime lo que pensás, lo que sentís, y te juro que voy a tenerlo en cuenta, a tratarlo con seriedad. No ignoro la diferencia de edad, y entiendo que me estoy poniendo vieja, pero…

Estoy saliendo con alguien, dice Pan.

¿Quién?

Tiene diecinueve años.

¿Dónde la conociste?

La novela me permite conocer mucha gente. Gente que me admira. Gente que se muere por escucharme, por tenerme cerca.

¿Cómo se llama?

Ahora entiendo lo que habrás sentido todos estos años. El éxito. Ahora puedo…

No entendés un carajo. No sabés lo que es que te admiren por algo que salió de vos, de tu mente, de tu estómago. Que algo que no existiría si no fuese por vos signifique tanto para gente que no conocés.

Sí que lo entiendo, dice Pan y Emilia explota en una carcajada que arroja las aceitunas al suelo.

¿Qué es lo que entendés?

La novela es mía. No la escribí, pero es mía. Me pertenece. Yo soy el autor de ese libro. Todos los años que aguanté en tu casa, en tu cama, en tu cocina, justifican ese libro. Me pertenece. Lo escribí sin escribirlo. No sé de qué se trata, ni me importa saberlo, pero es mío. Completamente mío.

¿No lo leíste?

Sí, pero al terminar cada página la olvidaba.

Emilia traga el último sorbo de *bourbon* y se calza la gorra y los anteojos. Piensa en guardarse la picada en los bolsillos y llevársela mañana a Gloria, pero enseguida recuerda que la vagabunda no

volvió a aparecer. Levanta la copia de *El fin de lo que viene* que Pan tiene olvidada en el escritorio y examina la tapa, la solapa, la foto del autor. Lee la nota biográfica en voz alta.

Pan Mayer nació en Buenos Aires en mil novecientos ochenta y cinco. Vivió la mayor parte de su vida con la controvertida escritora argentina Emilia Mayer. Fue educado mayormente por tutores. *El fin de lo que viene* es su primera novela.

Se encaja el libro en la axila y camina hasta la puerta.

Te lo propongo una última vez, dice.

¿Qué cosa?

Que volvamos a ser lo que éramos. Pero mejor, ajustados a nuestras necesidades actuales.

¿Ves? Siempre hacés lo mismo.

¿Qué hago?

Tus propuestas suenan a amenazas, Emilia.

Vamos, Pan. Vestite y vamos a casa.

Ni en pedo.

Emilia abre la puerta pero no sale al pasillo. Encara a Pan con una gravedad que lo hace recular.

¿Me lo dedicás?, dice.

Pan busca una de las biromes con el logo del hotel y escribe en la primera página: *Para Emilia, un abrazo, Pan Mayer*.

* * *

Emilia lee el capítulo «Hades» una vez a la semana. Lee el capítulo «Telémaco» una vez al mes. Dos veces al año lee el capítulo de Gerty MacDowell. Nunca lee los otros capítulos. Los leyó una vez, hace mucho. Una vez es más que suficiente.

Le lleva tiempo leer una página. Le gusta murmurar cada palabra. Cuando lee una oración que disfruta particularmente, la murmura otra vez.

Su padre carnicero le murmuró algo al oído la noche que las

abandonó. Emilia trataba de dormirse enumerando cuentos de Poe, cuando su padre entró al cuarto y se sentó en la cama junto a su rodilla izquierda.

Emilia nunca repitió esas palabras. Nunca las murmuró. Hace unos años sintió la necesidad de escribirlas. Las pueden encontrar en el margen derecho de la página ciento dieciséis de una de las copias del *Ulises* de James Joyce que prestan en la Biblioteca Nacional.

* * *

El fin de lo que viene firmado por Pan calza a la perfección en el estante de la biblioteca del *living* comedor en el que Emilia guarda un ejemplar de cada uno de sus libros publicados. Gran parte de una vida resumida en diez obras literarias. Casi cuatro mil páginas.

¿Qué se escribe luego del décimo libro? ¿Es posible empezar de nuevo a los sesenta y cinco años, dejar de ser lo que uno es y reinventarse en alguien nuevo a semejante edad? ¿Es posible sobrevivir décadas alimentándose solo de dejadez y lasitud?

Entra al baño con la intención de pegarse una ducha, pero no llega ni a girar la llave del agua caliente. Se quita la ropa y la deja en cualquier lado. Abre el ropero y encuentra la caja de zapatos asomando del estante superior.

No estarás con ganas de ir a dar una vuelta, ¿no?, dice.

La madre de Emilia había indicado en su testamento que quería ser cremada. Le tenía pánico a despertar en el cajón. Emilia guardó las cenizas en una caja de zapatos. A los que la miraban con disgusto, les aclaraba que era una caja de stilettos Christian Louboutin.

Toma las cenizas de su madre con ambas manos y la apoya sobre la cama. Luego se contempla en el espejo de cuerpo entero, desnuda.

Una de las ventajas de mi situación actual es que puedo dejarme crecer el pelo de las axilas, dice. El vello púbico ya hace tiempo que

viene descontrolándose. A veces lo aprieto como si fuese una bola de estrés.

Manotea una remera holgada con el logo de la Feria de Guadalajara, uno de los pantalones de *jogging* de Pan y encaja los pies en las pantuflas. Carga a su madre a la cocina y la deja sobre la mesa.

¿Un cafecito?, le pregunta.

Al no obtener respuesta, se pone de rodillas y levanta las esquirlas de vidrio. Luego moja un trapo de piso y limpia el cemento alisado y la pared manchada de *whisky*. Revisa la alacena: solo queda una botella del Chivas más barato que no recuerda haber comprado. Sirve *whisky* en una taza. Saca huevos, pan y leche de la heladera y los deja junto a su madre. Vacía la taza de un trago y se vuelve a servir. Encuentra un bowl en el secaplatos, rompe cinco huevos y los bate con un chorro de leche. Vacía la taza de un trago y se vuelve a servir. Sal. Pimienta. Prende la hornalla que suele prender cuando se le da por cocinar (la de abajo a la izquierda) y suelta dos rodajas de pan en la tostadora. Vacía la taza de un trago y se vuelve a servir. Un poco de aceite en la sartén. Los huevos se cocinan a una velocidad que aún hoy la sorprende. Vacía la taza de un trago y se vuelve a servir. Unta las tostadas con manteca y los restos de mermelada de durazno que rescata de un frasco pegajoso. Vacía la taza de un trago y se vuelve a servir. Acomoda un montículo de huevos revueltos sobre cada tostada y luego ambas tostadas con huevo en un plato.

La noche huele a incendio cercano. Emilia avanza hacia la plazoleta sin pasto sosteniendo la caja de zapatos; el plato con la cena/desayuno y la botella de Chivas sobre su madre.

Se alegra al descubrir que las cenizas caben en una de las hamacas. Gira la muñeca izquierda un par de veces hasta que le suena: clic. Un trago de *whisky*. Vuelve a girar la muñeca: clic. Otro trago. Vuelve a girar la muñeca: clic. Otro trago. Se sienta en la hamaca libre, estira ambas piernas como cuando era una nena y muerde una tostada con huevo.

¿Cómo terminamos acá?, dice.

…

Otro lugar común, ya lo sé. Últimamente me salen con una facilidad pasmosa. ¿Tenés frío?

…

Este barrio me recuerda a papá. Todo el barrio. Un arrabal entero a punto de abandonar a su familia.

…

A veces me pregunto dónde habrá ido, cómo habrá muerto. Si es que murió. Es probable que los hijos de puta vivan ciento cincuenta años.

…

Otro lugar común.

No es que me interese demasiado saber qué hizo, qué le pasó, pero no me queda otra que preguntármelo. Eso es lo que dejan los que desaparecen: una hilera de preguntas. O una sola pregunta que se va estirando como chicle.

…

¿Qué carajo viste en ese carnicero malhumorado? Todos los días con cara de culo. ¿Habrá escapado en busca de una vida mejor? ¿Una vida que le cambiase la cara?

…

El problema no estaba en nosotras, sino en él mismo. La vida consigo mismo. Cuando se fue se llevó lo que sea que le dibujaba el culo en la cara.

…

Tal vez formó otra familia. Y la abandonó. Su manera de vivir era abandonando. Se alimentaba del abandono. No, de la acción de abandonar. Así como vos, ma, te alimentabas quedándote. Haciendo poco y nada. El gran talento de hacer poco y nada.

…

Al menos papá tuvo la decencia de dejarnos cosas para vender. No sé qué hubiéramos hecho si no, una experta en hacer poco y nada y una nena.

…

Está bien, tenés razón: una adolescente. Y bastante boludona también. Pero es normal no servir para nada a esa edad. Vos ya eras

una mujer hecha y derecha. O deberías haberlo sido. Eras una mujer no del todo hecha y torcida. Aceptaste el abandono como si te lo merecieras, como si ambas nos lo mereciéramos. Y vos tal vez te lo merecías, pero yo no. A tan corta edad no nos merecemos nada, ni lo bueno ni lo malo. Fui víctima de su abandono y de tu hacer poco y nada. Nunca sentí tanta bronca como aquella noche en la que al fin aceptamos que papá se había ido para siempre y te pregunté qué pensabas hacer y me dijiste que se te antojaba polenta. ¿Por qué esa comida tan insulsa, desabrida? ¿Fue tu manera de explicarme quién eras?

…

Papá era un hijo de puta, eso lo tenía más que claro. Pero al menos se ocupaba de traer comida, de asegurarnos un techo, y nunca me puso una mano encima.

…

Sí, varias veces me dio vuelta la cara de un sopapo, ya lo sé. No hablo de eso. Hablo de poner la mano de esa manera que te arruina *in aeternum*.

…

Significa para *siempre*, ma.

Emilia se hamaca con una vehemencia que le revuelve el estómago. Se detiene. Un trago de *whisky*. Un bocado de tostada y huevo. Otro trago.

Su padre la obligaba a comer todo lo que su madre le hubiese servido en el plato. Aseguraba que era mejor guardar la comida de sobra en el cuerpo que en la heladera para el día siguiente. El cuerpo sobrealimentado sabía cómo economizar los recursos. Solía contar, cuando se le iba la mano con el vino de damajuana, que se había hecho famoso al devorar una vaca entera durante un fin de semana en el campo de un amigo carnicero. Cortó, masticó y deglutió todas y cada una de las partes de la vaca que se consideran comibles.

Emilia mastica y deglute la última porción de la primera tostada con huevo. Luego destapa la caja de zapatos y acomoda la otra tostada con huevo entre las cenizas.

Me salieron mejor que nunca, ¿no?

Suelta unas gotas de *whisky* sobre las cenizas.

Salud, ma.

* * *

Emilia conoció a Saúl Bellow en Berlín, cerca del Zoologischer Garten. El bar olía a transpiración y frito. Bellow se miraba las manos constantemente, como si temiera que en cualquier momento fueran a desaparecer.

Los escritores deberíamos tener otra profesión, dijo. Por ejemplo, arquitectos. Deberíamos creer que esa es nuestra verdadera pasión: la arquitectura. Entonces, cuando nos encontramos frente a la página en blanco entendemos que lo importante para nosotros no es escribir un párrafo perfecto. No nos angustia que no se nos ocurra una línea decente porque lo que realmente amamos es la arquitectura.

Vació su vaso de *whisky* y le mostró a Emilia unos ojos llenos de pena.

¿Oíste la historia de Goethe y la vaca?, le preguntó.

No.

Goethe estaba enamorado de una vaca. La tenía en un refugio, en la parte trasera de su casa. De viejo solía hablarle todas las noches. La vaca era el único ser vivo que realmente conocía sus pecados, sus tesoros, su mediocridad.

¿Dónde leíste eso?

Goethe fue un cobarde. Elegir un animal tan idiota como su receptáculo, esa cosa fuera de nosotros que nos contiene.

Yo no tengo un receptáculo, dijo Emilia.

Bellow la miró como si no la hubiera entendido y continuó contando la historia del escritor alemán y la vaca.

* * *

Despierta en el suelo de la cocina con una resaca que le pisa la cabeza contra el porcelanato. El sol le resulta particularmente desagradable. Se pone de pie sosteniéndose de una silla y aguarda que el entorno termine de sacudirse. Quisiera preguntarse qué hora es y que eso signifique algo, importe de alguna manera. Le echa un vistazo a la cocina: todo sigue en su lugar. ¿Entonces por qué esta horrible sensación de que algo falta?

Camino a la plazoleta sin pasto, el sol intenta derrumbarla. No es tanto la luz o el calor, sino el ensañamiento. Un viejo la saluda de esa manera en la que saludan los que no desean saludar pero no pueden evitarlo.

No hay nada en las hamacas. Alguien se llevó a su madre. Alguien decidió robarse una caja de zapatos con cenizas. Emilia se sienta en una de las hamacas e intenta recordar la noche anterior. Se balancea con el mismo miedo de una nena que no se atreve a agarrar envión: los pies no abandonan la tierra; las manos en las cadenas oxidadas que de chica querían enganchársele en el pelo y forzar a su madre a cortárselo con una tijera.

Gloria pasa caminando junto a un hombre alto de unos treinta años. Parecen discutir, aunque Emilia sabe que hay personas que hablan normalmente a los gritos. Quiere saludarla, chiflarle (si supiese chiflar) y alzar un brazo anunciando su presencia. Pero se queda callada, quieta, aferrada a las cadenas.

No, se pone de pie y empieza a seguirlos. Los ve detenerse en uno de los containers de basura reciclable y rebuscar. Varias veces pensó en entrevistar cartoneros, averiguar cómo funciona el sistema de recolección, cuánto pagan por una caja de cartón o una plancha de telgopor. El hombre gira y la ve ahí parada mirándolos. Encara hacia ella, pero Gloria le pide que se relaje.

Tanto tiempo, dice Emilia.

¿Tiempo de cuándo?, dice Gloria.

Vine a buscarte un par de veces. Te traje huevos con tostadas, y empanadas.

¿De qué habla la vieja?, dice el hombre.

Seguí buscando vos, dice Gloria.

El hombre se dirige al container de basura reciclable y mete un brazo por el hueco. Gloria se limpia la nariz y luego los dedos contra la tela del pantalón.

¿Es tu hijo?, le pregunta Emilia.

Se le acabó la joda y vino en busca de mamita. Miralo, un grandulón. ¿Qué encontraste?

El hijo le muestra una cortina de baño manchada de humedad. La dobla con cuidado y guarda en la bolsa de tela inmensa que arrastra por el mundo como Papá Noel.

¿Trajiste algo?, le pregunta Gloria a Emilia.

¿Algo de qué?

Comida.

Pensé que ya no venías por acá. Les busco algo en casa. O vengan y les preparo. ¿Tienen hambre?

Al abrir la puerta intenta recordar las palabras exactas que terminaron trayéndola a esta situación específica: Gloria y su hijo, cargando la bolsa inmensa, moviéndose por el *living* con la misma tranquilidad con la que habitan la calle.

Me olvidé de preguntarte cómo te llamabas, dice Emilia.

Tomás, dice el hijo de Gloria.

Yo soy Emilia. Mucho gusto.

Tomás no despega los ojos del jardín, como si afuera hubiese algo que viene buscando desde siempre. Emilia les propone ir a la cocina, pero ninguno de los dos muestra intenciones de abandonar el *living*.

Voy a ver qué me queda, dice.

En la alacena encuentra un paquete de diminutos alfajores de dulce de leche bañados en chocolate blanco. No recuerda haber comprado semejante monstruosidad. Se empacha de solo acomodarlos en un plato con el cuidado de un mayordomo inglés que se dispone, por primera vez, a servirle té a la reina. Agua mineral en tres vasos.

Vengan que ya está, dice.

Gloria entra seguida de su hijo. Tomás va hacia los alfajores y se mete dos en la boca. Luego se olvida de lo que está masticando y se

concentra en la laptop de Emilia.

¿De qué año es esta cosa?, dice.

Año del pedo, pero sigue funcionando.

Tiene que valer algo.

Gloria le pide a su hijo que deje la cosa esa donde estaba. Emilia los invita a sentarse, pero ninguno de los dos le hace caso. Tomás abre la laptop y busca la manera de prenderla. El Windows se enciende con esa melodía breve que unifica a más de la mitad del planeta.

No la actualizo desde quién sabe cuándo, dice Emilia.

Se la podemos llevar a Luisito, dice Tomás.

Gloria vacía uno de los vasos con agua y la mitad del que supuestamente es para su hijo.

¿Dónde estuviste todo este tiempo?, le pregunta Emilia.

Por ahí.

Pensé que éramos amigas, Gloria.

El rostro de la vagabunda se tuerce en una mueca agria.

Vamos, Tomi, dice.

Esperá, dice Tomás.

Dale, agarrá la cosa esa y vamos.

Tomás cierra la laptop de un sopapo, la desenchufa y enrolla el cable. Luego se mete dos alfajores en la boca y se guarda los cuatro restantes en los bolsillos del pantalón.

¿Me van a robar?, dice Emilia.

No, después te la traemos, dice Gloria.

¿Cuándo?

Tomás se quita un moco y lo pega a la tapa de la laptop.

Ahora es mía, dice.

Emilia los ve salir de la cocina, la madre delante y el hijo detrás, y los oye cerrar la puerta de calle. Silencio. El mundo del otro lado de la cocina parece haberse dado por vencido. Emilia abre la alacena con la esperanza de encontrar la laptop junto al aceite de oliva, como todas las mañanas.

Suena el timbre. Se apura hacia la puerta de calle y se da de cara con una mujer que no vio en la vida. Una mujer que se encoge al

reconocerla y le pide mil disculpas. Emilia espía los alrededores en busca de Gloria y su hijo, pero al no encontrarlos cierra la puerta. No da ni tres pasos cuando vuelve a sonar el timbre. La mujer continúa tras la puerta, chequeando algo en su celular.

¿Quién sos?, dice Emilia.

Me llamo Carolina Klug. Soy la editora en jefe de Editorial Pasillos. Es un gusto enorme conocerte.

¿A quién?

¿Perdón?

¿A quién estás conociendo?

Emilia Mayer, la escritora.

¿Cómo sabías dónde vivo?

Mi hija me consiguió esta dirección. Se hizo amiga de tu… De Pan. Pan Mayer. Te mandé varios *mails*, pero como no recibí respuesta supuse que…

Tenés que esperar que respondan. Cuando se manda un *mail* hay que esperar que respondan.

Sí, es verdad, pero pasaron varios días y…

¿Qué querés?

Me gustaría que hablemos.

¿De qué?

El fin de lo que viene.

Emilia considera invitarla a sentarse en el *living*, pero al apoyar una mano en la gamuza del respaldo del sofá doble le indica a la editora que pase a la cocina. Tendría que quitar Ion muebles del *living*, dejar un espacio vacío, destruir por completo la posibilidad de considerarlo un lugar habitable. Varias veces a lo largo de su vida intentó recordar algún evento en algún *living* o *living* comedor que le haya plasmado esta incapacidad. Se sientan en las únicas dos sillas y Emilia entiende que no le ofreció nada de tomar.

Tengo *whisky*, dice. O puedo preparar un café.

¿Por qué esta amabilidad?, piensa.

Café está bien, dice Carolina. Gracias.

Yo me voy a tomar un whiskycito.

Servite dos entonces.

Emilia divide el poco Chivas que queda en dos vasos chatos.

Como te dije antes, mi editorial publicó la novela de Pan, dice Carolina. *El fin de lo que viene*. Un antes y después. No sé si oíste hablar de nosotros, pero somos una editorial pequeña. O lo éramos. Aún no estoy segura. Grupos como Random y Planeta ya se acercaron con propuestas.

Emilia toma un sorbo de *whisky*. Aparentemente es lo único que está dispuesta a decir. Decir un gesto. Carolina saca una copia de *El fin de lo que viene* de su cartera y la deja sobre la mesa.

¿La leíste?, le pregunta.

Emilia toma otro sorbo de *whisky*.

¿Para eso viniste?, dice. ¿A preguntarme si leí la novela? Pensé que eras editora, no periodista.

No vine precisamente para eso. O sí. Eso es parte del por lo que vine. Supongo. Me gustaría saber si leíste la novela.

Mil veces la leí. La conozco de memoria. Es imposible escribir algo sin leerlo.

Carolina se pone de pie y al tiempo que lo hace sospecha que haberse levantado con tanta brusquedad fue una falta de respeto.

Decime al menos que la escribieron juntos, dice.

No pienso decirte nada más.

Es una estafa, Emilia. ¿Por qué me contás esto?

Porque sé que no vas a decir nada. Somos cómplices. Pero me tranquiliza que una persona en el mundo lo sepa. Ya me puedo morir en paz.

¿Te estás muriendo?

No que yo sepa.

Emilia da tres golpecitos en la madera de la mesa con el nudillo del índice, se aprieta la teta izquierda y toma un sorbo de *whisky*.

No sé si puedo no decir nada, dice Carolina.

¿Cuándo te diste cuenta?

No me di cuenta, no del todo, pero lo sospechaba.

¿Desde cuándo?

Desde que leí el manuscrito. Es un libro hermoso, Emilia. Superior a tus últimos libros. Perdón que lo diga.

No es necesario que pidas perdón. Estoy de acuerdo. Pan escribió un libro hermoso. Lástima que sea un vago ignorante. De lo único que te puede hablar con profundidad es de la Chilindrina.

Alguien va a terminar atando cabos.

Yo no se lo voy a decir a nadie.

Me lo dijiste a mí.

Pero es como si no te lo hubiera dicho.

10. ALFONSO MIRANDA

No termina de acostumbrarse al lado izquierdo de la cama. Cuando dormían en su departamento, Carolina siempre le dejaba el lado derecho; incluso las noches que pasaron en hoteles, o la única vez en lo del padre de Alfonso. Pero ahora que viven juntos en el departamento que Carolina comparte con Camila, ella le confesó que el lado derecho de la cama fue siempre su lado, y que si no se lo contó antes fue por respeto.

Alfonso tarda una hora más que Carolina en dormirse. Una hora que pasa mirando el techo, o googleando boludeces en el celular, oyéndola respirar.

Se despierta todas las mañanas con los ruidos que ella hace en la cocina. Carolina suele levantarse veinte minutos antes que él, se lava la cara, se arregla el pelo y va a la cocina a preparar café. Tiene la costumbre de decir en voz alta cada una de las cosas que hace. Alfonso la oye desde la cama durante varios minutos, hasta que estar acostado se torna empalagoso.

Desayunan leyendo el diario o algún libro o mirando el canal *Gourmet*. Alfonso toma café con unas gotas de leche. Carolina prefiere lágrima: media taza de leche caliente y un escupitajo de café que la va tiñendo. Teñir la leche la pone de buen humor.

Alfonso, a veces, le acaricia el brazo de una forma mecánica y sin sentido, como si a la cuarta o quinta vez que sube la mano al hombro y baja hasta el codo perdiera la consciencia de lo que está haciendo. Los brazos colmados de pecas y lunares son las partes del cuerpo de Carolina que examina con mayor atención cuando se

desnudan.

Siempre me gustaron las escenas de películas donde el protagonista, angustiado por algo, se sienta a la barra de un bar a emborracharse, dice. De chico solía sentarme a la mesa de la cocina con un vaso de Fanta, imaginándome poseedor de algún complejo dilema personal que nada tenía que ver con mi plácida realidad.

A mí siempre me gustaron las escenas de películas donde la protagonista cocina o pinta o hace alguna manualidad, dice Carolina. Me molesta que por una simple necesidad de economía narrativa quiten esas escenas donde los personajes no hacen más que lavarse los dientes o tomar café o pintarse las uñas de los pies mientras fuman o hablan por teléfono.

Alfonso le cuenta que tiene un sueño recurrente. Un insecto parecido a un escarabajo, con ojos de humano, sube por la pata de la cama, trepa por la frazada, por su brazo, hombro, cuello, hasta llegar a la oreja izquierda por la que entra como si fuera el pasaje a un refugio en las montañas. En el sueño se ve dormir, percibe cómo el insecto se le mete por la oreja, y entonces deja de ver y empieza a sentir un ruido que viene del fondo de su cabeza y solo puede significar que el escarabajo con ojos de humano le está mordiendo el cerebro. Despierta sobresaltado, y se obliga a resolver cuentas matemáticas que lo convenzan de que su inteligencia sigue intacta.

Carolina no le cuenta su pesadilla más recurrente. Una lamparita que alguien le mete en la cola, alguien que ella nunca ve, que no es más que un par de manos, o una sola mano, cinco dedos que lentamente le meten la lamparita en la cola y la hacen reventar en mil astillas.

* * *

EL MISTERIO DE LA CREACIÓN por Camila Kowalsky.

(*Página 12*, Radar Libros).

No son muchas las primeras novelas que irrumpen en el mundo

literario con el mismo peso de las grandes obras de madurez. *V*. de Thomas Pynchon. *El guardián entre el centeno* de J. D. Salinger. *Jane Éyre* de Charlotte Bronté. *Retrato del artista adolescente* de James Joyce. Y, desde hace unos pocos días, *El fin de lo que viene* de Pan Mayer.

Quiero aclarar que el diario no me deja usar demasiadas palabras. Y ahora me doy cuenta de que la aclaración no hizo más que quitarme palabras que podría haber usado para hablar de la novela que algunas personas (la mayoría) del mundo literario argentino llaman el libro del año. Pero la verdad es que luego de pasar una tarde con el autor, no es mucho lo que tengo para decir que no se haya dicho ya. Pan Mayer no parece escritor. No se mueve como escritor. No se viste como escritor. No habla como escritor. Al menos no como los escritores que suelen poblar los medios de comunicación. Pan Mayer da la impresión de no conocer su obra, o de no querer conocerla. Se niega a hablar del texto. Afirma no saber quiénes son sus personajes. Él prefiere pasear, conversar sobre lo que sucede a su alrededor, pensar en dónde y qué comer. Su mirada no es tan inteligente como el lector la imagina mientras lee las páginas de *El fin de lo que viene*. Su mirada invita al misterio, a la confusión, al descreimiento. Y esta sensación vuelve el vínculo autor/obra aún más fascinante. Le encaja un buen sopapo al prejuicio. Los escritores y sus posturas nos han malacostumbrado, nos han explicado hasta el cansancio cómo tiene que ser una persona que escribe literatura, cómo tiene que presentarse ante el mundo, cómo tiene que sonar, cómo tiene que acompañar de manera creíble todas esas palabras que escribieron y que probablemente, en muchos casos, no terminen de entender de dónde carajo salieron.

Perdón, Radar, se me fue la mano.

Pan Mayer es una brisa de aire fresco. O no, el aire que exuda no es para nada fresco, es más bien mohoso, pero es un aire nuevo. Un aire que, al igual que su novela, viene a romper la plancha de vidrio prolijamente esmerilado que llamamos literatura contemporánea.

Como me sobraban unas pocas palabras escribo esta última oración que están leyendo.

Gracias y suerte.

* * *

Alfonso robó del baño un frasco del perfume favorito de Carolina y, cuando la convicción de que en cualquier momento va a perderla le atrapa los tobillos, se desparrama gotas en el dorso de la mano. En su oficina acomodó junto al monitor una foto de sus padres cuando no tenían más que cuarenta años y una de Carolina y Camila en Playa del Carmen, una de las pocas vacaciones que según ¿su mujer? no fue un sinsentido.

Estas últimas semanas se empezó a acostumbrar al hecho de que es un hombre de familia. Hijo, concubino y padrastro. Aunque Camila apenas le presta atención. Le preguntó a Carolina por qué no le proponía que se fuese a vivir sola, ahora que consiguió trabajo estable en el diario, pero ella le explicó que no está en condiciones de proponerle nada a su hija.

Ya tiene veinte años, dijo Alfonso. No sale una fortuna alquilar un monoambiente en Villa Crespo, o Colegiales, o Chacarita. Al principio podemos ayudarla si no le da para…

¿Podemos?

La ayudamos con los gastos.

No es necesario que la ayudes con nada.

¿Por qué no?

Porque no.

Alfonso le cuenta que Saldivar cada vez aparece menos por la empresa. Sabe que él cumple sus funciones de manera impecable, y a medida que crece la confianza se multiplican las rondas de golf. Alfonso empezó a tomar clases en un *driving* range de la Costanera. No entiende del todo la fascinación por golpear recto y lejos una pelota con un palo de metal, pero sí las posibilidades de socializar que ofrece un juego que se lleva adelante caminando y dura casi cinco horas.

Si no te gusta abandónalo, dijo Carolina. Vendés los palos por Mercado Libre.

Sí que me gusta. No me encanta, pero me gusta.

Te gusta poder decirle que sí a Saldivar cuando te vuelva a invitar a jugar.

Un rato de aire libre, Caro. Pasto. Árboles. Me paso todo el día en la oficina. ¿Por qué no tomás clases vos también y jugamos juntos?

Lo único que me falta.

El buen humor de Carolina se fue desmembrando estas últimas semanas. La novela de Pan Mayer se vende como papel higiénico en épocas de pandemia y está siendo traducida a quince idiomas.

¿Te llamó Emilia?, le pregunta Alfonso.

Aún no.

Dale unos días más.

Dudo de que me llame.

Te prometió que iba a llamar.

No me lo prometió, me lo dijo. *Te llamo*, dijo. Y yo lo único que quería era preguntarle cuándo. Pero no se lo pregunté. No es fácil preguntarlo. No está obligada a llamarme. Si me llama es porque quiere. Y eso es imprescindible: necesito que Emilia *quiera* llamarme. Una llamada forzada no sirve de nada.

Véndele la editorial al grupo que te ofrezca más guita y que se ocupen ellos.

Carolina adoptó la costumbre de buscarse el pulso en la nuca y contar los latidos. Es una disimuladora paupérrima, o una de esas personas que disimulan con la intención de que todos noten lo que está haciendo. Alfonso siente algo parecido a la ternura cada vez que la engancha autoexaminándose el ritmo cardíaco.

Hace bastante que no sé nada de mi viejo, dice. Lo llamo pero no contesta.

¿Cuándo fue la última vez que hablaron?

¿Cinco días? ¿Una semana?

¿Pasaste por el depto?

Sí, pero no estaba.

Si querés te acompaño.

Carolina se rasca la piel de la nuca sobre el pulso pretendiendo comunicar que esa fue siempre su intención. Alfonso se le ubica detrás y le masajea los hombros, un gesto que ella agradece y detesta. Él piensa qué podría colgar en la pared del dormitorio que ayudara a volver el espacio ligeramente propio. Un cuarto mayormente de ella y un poquito de él. Con un poquito se conforma.

Más abajo, dice ella y él le clava los pulgares en el centro de la espalda.

Hay algo que no entiendo.

¿Qué?

¿Qué esperás que Emilia diga cuando te llame?

No va a llamar.

Supongamos que sí. ¿Para qué? ¿Para decirte qué?

Que fue un plan de ella. Que todos somos víctimas de un engaño, de una estafa.

No creo que tenga muchas ganas de decirte eso.

Cuando la visité no tardó ni cinco minutos en confesar que la había escrito ella, como si hubiese estado esperando la oportunidad de sacarlo a la luz. Me parece que no soporta que la novela haya sido un éxito. Ella cancelada, y el vago de Pan luciendo la cucarda de «nueva literatura argentina».

La novela no me pareció gran cosa.

¿La leíste?

Sí.

¿Cuándo?

Me llevó un mes terminarla.

No es necesario leer si no te gusta leer.

Me gusta leer.

Nunca desde que estamos juntos te vi leyendo.

Que no lea seguido no quiere decir que no me guste.

Quiere decir exactamente eso.

Se abrazan como suelen abrazarse a esta hora, cuando el día empieza a declinar.

* * *

El padre de Alfonso pasó toda la mañana en la esquina mirando los autos. No cruzó la calle ni se apoyó en el semáforo. En un momento tocó el tronco del árbol que tenía a su izquierda: frío; demasiado frío para ser algo vivo. Acarició la corteza, y luego arrancó un pedazo y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Pensó que si se metía la corteza en la boca iba a sentir el gusto del humo de los autos.

Durante una hora hizo un catálogo mental de los vehículos que pasaban, enumerándolos por color, modelo y cantidad de personas. Supuso que lo mejor era esperar un auto rojo con una sola persona dentro.

Metió las manos en los bolsillos y comprobó que aún tenía la billetera. Caminó hasta un tacho de basura encastrado a un poste de luz, quitó dos botellas de plástico, tiró la billetera en el tacho y la cubrió con las botellas.

Una señora había salido a pasear su cocker spaniel. Mientras el perro olfateaba un charquito de pis, ella miraba al anciano que acababa de tirar su billetera a la basura. Miraba cómo le sonreía de esa manera en la que sonríen los locos buenos en las películas, giraba hacia la calle y empezaba a caminar entre autos que no pensaban detenerse por nada en el mundo. El perro ladró antes de que la señora pudiese gritar. Los perros suelen darse cuenta antes.

* * *

Alfonso se descompone al reconocer el cuerpo. Una reacción que no anticipa, luego de tantos meses de quejas y caprichos. Carolina llora con una naturalidad que lo avergüenza. Se mantiene todo el tiempo a su lado, repitiendo «Qué locura, qué locura, qué locura».

Camila asiste al velorio con su nuevo amigo Pan. Amigo íntimo, según ella.

El cajón con el cuerpo espera del otro lado de una puerta cerrada

en la que nadie se detiene. Su nombre era Claudio Alfonso Miranda.

¿Qué hora es?, pregunta Camila.

Dos menos veinte, dice Pan.

Deciden ir a tomar algo a uno de esos bares abiertos veinticuatro horas. Camila conoce uno cerca que a veces visitan empleados del diario. Avanzan los cuatro en silencio por una vereda oscura y sin tráfico. No es fácil encontrar palabras en tiempos de velorio. Lo mejor suele ser atenerse a lo insignificante, y de eso se encarga Pan.

No hace tanto frío como anunciaban, dice.

Odio el invierno, dice Camila.

Aún falta un mes y medio para el invierno, dice Carolina.

Sí, pero ya se anticipa en el aire.

Alfonso elige una mesa junto a la puerta, como si esperase que fueran a llamarlo en cualquier momento de la funeraria para informarle que el cuerpo vapuleado anda preguntando por él.

¿Qué quieren tomar?, dice.

Una cerveza, dice Carolina.

¿No es tarde para cerveza?

Yo te acompaño, dice Pan.

Para mí un submarino, dice Camila.

Pan tiende a inclinarse sobre ella, como si solo estuviese cómodo recostado contra su hombro. Camila lo soporta unos segundos y luego se aleja, sutilmente, o no tanto.

¿Nadie va a comer nada?, pregunta Alfonso.

La cerveza y a dormir, dice Carolina. Debés estar agotado.

Un poco, fue un día largo.

Mientras el mozo reparte las bebidas, Alfonso comprueba que se parece a uno de los cubículos de mayor antigüedad. ¿Mañana tiene que ir a trabajar? No necesariamente. ¿Cuántos días de licencia le corresponden? Lo aterra la idea de quedarse en el departamento de Carolina sin hacer nada.

Qué asco, dice Camila. Lo prepararon con leche entera.

Tendrías que haberle aclarado, dice Carolina.

Ya nadie toma leche entera. Supuse que…

Pedile que te lo cambien, dice Pan.

No, ya fue. Mirá la hora que es.

Carolina se da cuenta de que Alfonso no pidió nada y le ofrece su vaso de cerveza.

Estoy bien, gracias.

La situación carece de sentido. ¿Qué hacen en un bar a las dos de la mañana? ¿Quién es esta gente que lo rodea? ¿Qué tiene que ver con su padre?

Alfonso le pregunta a Pan si habló últimamente con Emilia y Carolina le clava los dedos entre el muslo y la rodilla.

No, dice Pan, hace mucho que no hablo.

Leí en algún lado que vive cerca de Temperley, dice Alfonso.

¿Dónde lo leíste?

No me acuerdo.

Pan gira disimuladamente hacia Camila. Ella le sonríe y toma un sorbo de leche entera chocolatada. Carolina se sirve cerveza y le muestra la botella al mozo.

Nunca leí los libros de Emilia, dice Alfonso.

Yo tampoco, dice Pan y Camila explota en una carcajada.

¿Por qué no?, dice Carolina.

Emilia vivía rogándome que los leyera, dice Pan. No es la mejor manera de lograr que un chico se interese por algo.

En mi opinión Emilia está sobrevalorada, dice Camila.

¿Qué significa eso?, dice Carolina.

¿Qué?

En mi opinión. ¿A quién le importa la opinión de la gente? Hay que aprender a justificar lo que afirmamos. Nos acostumbramos a ir soltando opiniones por el mundo como si tuviesen un valor incuestionable, sin saber lo que decimos ni por qué lo decimos.

Yo sé por qué lo digo.

¿Por qué?

Estoy pensando escribir al respecto.

¿Escribir qué cosa?

Un ensayo, una nota para *Página*, lo que nadie en el mundo literario argentino se anima a afirmar: Emilia Mayer está y estuvo

siempre sobrevalorada.

¿Cuál es la tesis?

Cuando la publique vas a poder leerla.

Emilia Mayer es la novelista más importante que el lenguaje español nos dio desde Cervantes, dice Carolina.

Ja ja, no exageres.

No exagero.

Debería leerla entonces, dice Alfonso.

Claro que sí, dice Carolina. Todos deberían leerla. Una prosa capaz de…

Pan escribe mejor, dice Camila.

Pan escribió una sola novela. Un libro brillante, pero imposible de comparar con una obra de años.

Una sola novela puede ser considerada una obra. Si Cervantes hubiese publicado solo el *Quijote*…

¿Vas a comparar la novela de Pan con el *Quijote* ahora?

¿Por qué no?

¿Qué opinás, Pan? *El fin de lo que viene* y el *Quijote*. ¿Cuál es más grande?

Nunca leí el *Quijote*, dice Pan.

* * *

La entrada del green a ciento treinta yardas. Saldivar le alcanza el hierro siete y mira hacia el hoyo haciendo visera con la mano izquierda.

Mejor con el ocho, dice Alfonso, el siete es demasiado.

No, haceme caso. Un *backswing* corto con el siete. Más control. Estos tiros son puro control.

Alfonso empuña el hierro siete y se ubica frente a la pelota. Oye a su jefe tararear la melodía de una canción de Elvis Presley.

Perdón, le dice, no puedo concentrarme si te quedás ahí.

Dale, pegale. No estamos en Augusta. Pero esperá que afloje un

poco el viento.

El sol cae en dirección al club house, se esparce como un vómito naranja. Se encuentran en el hoyo dieciséis y Alfonso sigue uno arriba. Si gana el hoyo deja a su jefe dormy; es decir, Saldivar va a tener que ganarle los dos últimos hoyos para empatar. Y su jefe odia empatar. Quizá más que perder, porque no solo no gana, sino que las cuatro horas caminando bajo el sol fueron en vano.

Alfonso lleva los ojos de la pelota a la bandera y de vuelta a la pelota. No termina de convencerse de ser capaz de manipular la altura y dirección. Es una cuestión de fe. En el golf la fe ocupa un lugar muy importante. De ahí surgen las rutinas, algo que cualquier profesor dice que es esencial. Hacer siempre lo mismo antes de pegarle a la pelota: la misma cantidad de *swings* de práctica; el mismo *stand*; la misma manera de verificar hacia dónde va el viento, por lo común soltando una brizna de pasto sobre la cabeza. Tal vez eso es lo que lo paraliza: el rompimiento del rito. Pero no puede volver atrás. La mirada de su jefe no se lo permite. Tiene que pegarle a la pelota, vaya a donde vaya, ya, levantar el palo y pegarle.

Podemos construir una choza bajo esos árboles y quedarnos a vivir acá, dice Saldivar.

Una hoja seca se metió entre el palo y la pelota. Pero Alfonso no va a agacharse y quitarla, no puede desarmar el *stand*, tiene que levantar el palo y pegarle. Su jefe tiró la pelota al bunker. Lo único que le queda a Alfonso es acomodarla en el green, una alfombra verde del tamaño de su oficina.

Dale que se me enfrían las rodillas, dice Saldivar.

Alfonso mueve ligeramente el pulgar derecho hacia afuera. Ese es otro de sus defectos: monta el pulgar derecho sobre el izquierdo y los tiros le salen cortados, con slice, de izquierda a derecha. No hay nada más deprimente que ir a buscar la pelota al fairway de al lado; esperar que los jugadores que vienen por ese hoyo peguen, o correr y pegar apurado sintiendo cómo te juzgan desde lejos.

Qué rodilla puta, dice Saldivar.

La bandera se confunde con las sombras de los árboles. Pero Alfonso no tiene que tirar a la bandera, no, tiene que apuntar al

medio del green, acomodar la pelota y el partido está terminado. Su jefe es aparatosamente malo sacando de la arena. En el crossbunker del hoyo cinco estuvo a punto de abandonar. Y encima ahora con la rodilla…

Estoy pensando en jubilarme, dice Saldivar.

Alfonso gira hacia su jefe sin desarmar el *stand*.

¿Cuándo?

Marcela quiere que me jubile ya, hace tiempo que me rompe los huevos con viajar a Europa, Estados Unidos, el Caribe. A veces pienso que no me jubilo para no tener que hacer esos viajes.

Alfonso suelta el hierro siete en la bolsa, caza el ocho y se vuelve a ubicar frente a la pelota. Espera que Saldivar le diga lo que en realidad quiere decirle. Levanta el palo hasta la cadera y vuelve a bajarlo. Otra vez. Los últimos fines de semana se obligó a mirar torneos de golf en ESPN y memorizó algunos de los modismos de los profesionales. Levanta el palo hasta los hombros y vuelve a bajarlo.

No te lesiones, dice Saldivar. Al forzar el tiro hay más chances de lesionarse. En la vida no hay que forzar nada.

¿Y a quién van a traer si te jubilás?

A nadie.

Alfonso desarma el *stand* y mira a su jefe.

Dale, pegale, dice Saldivar. Pero si la dejás demasiado cerca de la bandera les comento que tal vez sea mejor traer a alguien de afuera, alguien con experiencia.

Hace más de veinticinco años que trabajo en la empresa.

El mismo tiempo que te lleva pegarle a la pelota.

Alfonso alza el palo al cielo y la impacta con todas sus fuerzas: un filazo. La pelota corre a la altura del pasto en dirección al bunker de la derecha.

Buen tiro, dice Saldivar.

* * *

Carolina suele pedirle que le toque la puerta a Camila y le avise que la cena ya está servida. Alfonso sospecha a veces que lo invitó a vivir con ella no porque lo ame, o porque lo admire como hombre, sino porque le sirve de amortiguador.

¿Qué imaginás que hacen ahí adentro tantas horas?, dice ella.

Lo mismo que imaginás vos.

Tiene casi cuarenta años.

Y Camila veinte. Ya es libre de hacer lo que quiera, ¿no?

Mientras viva en esta casa no es libre un carajo. La libertad empieza en el momento que ponemos ambos pies bajo un techo propio.

Alfonso piensa en visitar a Emilia Mayer y rogarle que dé la cara, que cuente la verdad. ¿Pero quién sabe cuál es la verdad? ¿Por qué la palabra de Emilia vale más que la de Pan? Un pibe respetuoso, amable. Una de las pocas personas que conoció que le recuerdan lo que él fue y sigue siendo.

¿Qué te dijeron?, le pregunta Carolina.

No tienen hambre. Después pican algo.

¿Y qué hago con toda esta comida?

Lo que sobre, a la heladera. Ellos después lo calientan.

Es inconcebible que su padre se haya lanzado frente a un auto en movimiento. Un acto surrealista, demasiado novelesco para un hombre tan simple. Tal vez no haya seres humanos simples. Tal vez haya circunstancias simples, rutinas predecibles, pero cuando se mira hacia dentro el pozo es insondable. El pozo de Carolina hay momentos en los que le genera pánico. Un pánico que aprendió a disimular.

Prende la tele y recorre varios canales hasta encontrar uno de los pocos noticieros opositores. Ella le enseñó que siempre y únicamente hay que ver noticieros opositores, sea quien sea quien controle el gobierno.

Cenan pollo al horno con papas y batatas y una crema de champiñones que Alfonso agradece soltando varios «Mmmmm…». Tener a alguien con quien cenar es una bendición. Y más a alguien como Carolina: una presencia que justifica espacios, que late como

laten los corazones sanos. Al menos eso diría Alfonso si le preguntasen qué siente cada noche cuando se ubica frente a ella a la mesa del *living* comedor.

Camila jura que Pan nunca le confesó nada, dice Carolina.

¿Nada de qué?

De la novela. Jura que cada vez que se la nombra él cambia de tema. Quizás eso sea una forma de confesar.

¿La mandaste de espía?

No.

Alfonso se sirve salsa sobre los restos de pechuga y le pregunta si quiere un poco.

Estoy bien, gracias.

Es una delicia. Comámoslo todo. Que se jodan. En la heladera tienen pan de salvado, manteca y un fondo de mermelada de ciruelas.

¿No compraste?

¿Qué?

Mermelada.

Perdón, me olvidé.

Carolina pincha un cubo de batata y lo sumerge en la crema de champiñones. Decide pronunciar las siguientes palabras con la boca llena.

El éxito de *El fin de lo que viene* empezó a traernos algunos autores grandes. No grandes, medianos, pero con largas trayectorias. Autores que se cansaron del destrato de las multinacionales y se interesan por editoriales más pequeñas como la nuestra.

¿Quiénes?

No creo que los conozcas. No importa. Lo que importa es que es un paso adelante inmenso para Pasillos. El paso que desde que fundamos la editorial soñamos con dar.

Te lo merecés, Caro. Se lo merecen. Brindemos.

Bajá la copa.

Carolina se acerca al pasillo que da a los cuartos y se asegura de que Camila y Pan siguen encerrados. Luego vuelve a su lugar en la mesa dando lo que a Alfonso le parecen pasos de baile de una danza

moderna y poco agraciada.

Sergio y Roberto me detestan, dice.

¿Por qué?

No termino de decidirme a firmar los contratos. Invitamos a los autores a la editorial, tomamos café con medialunas, nos cagamos de risa, llegamos a un acuerdo económico en cinco minutos, pero ya pasaron semanas y ni siquiera me animé a imprimir los contratos.

Vamos a ver a Emilia otra vez.

¿Vamos?

Te acompaño.

Mi instinto me dice que lo mejor es no molestarla. Dejarla llegar a una conclusión. Que tome ella la decisión.

¿Quién te mandó el original de *El fin de lo que viene*?

Nos llegó por correo, impreso, con los datos de Pan.

¿Qué datos?

Nombre y dirección de *mail*.

¿Nada más?

No.

Raro.

Cuando nos comunicamos con Pan por *mail* respondió enseguida. Nos dijo que el libro lo había escrito él, mandado él a la editorial.

¿Y por qué eligió a Pasillos?

No sé.

¿No le preguntaron?

Camila y Pan entran al *living* comedor riéndose de algo.

¿Qué nos dejaron?, dice Camila.

Yo voy yendo, dice Pan.

¿Seguro?

Sí, ya es tarde.

Carolina levanta la fuente con pollo y la acomoda junto al plato de su hija. Hace lo mismo con las papas y batatas. Sabe que a Camila la crema de champiñones no le gusta, por lo que va a la cocina y le trae mayonesa y *ketchup*. Cuando se sienta, oye a Alfonso preguntar a Camila si Pan y ella están de novios.

No, ¿de qué hablás? Pan es un viejo.

¿Y qué hacen tanto tiempo juntos?

¿Qué te importa?

Alfonso suelta los cubiertos en el plato y se limpia la boca con la servilleta que también suelta sobre el plato.

Sé que no sos mi hija y no tengo ningún derecho, dice, pero me gustaría saber cuáles son tus intenciones con Pan, y cuáles son las intenciones de él con vos.

¿Se volvió loco este tipo?

No, tiene razón, dice Carolina. A mí también me parece raro.

Me chupa un ovario que les parezca raro. Pan y yo somos amigos. Me gusta pasar tiempo con él. Y lo que hacemos no le importa a nadie más que a nosotros.

Me importa. Soy tu madre, y esta es mi casa. Mi departamento. No sé por qué llamamos «casa» a los departamentos. Ojalá tuviese una casa.

Lo que tu madre quiere decir…

Vos cerrá el culo, dice Camila.

No le hables así, dice Carolina.

Dejala, dice Alfonso.

No, es una maleducada.

Siempre tuvo todo servido en bandeja.

¿Qué dijiste?, dice Camila. ¿Qué sabés vos de mi vida? ¿Te contó que a los seis años me desperté abrazada al cuerpo de mi viejo? ¿Que la hija de puta me dejó dormir horas junto a un cadáver?

Cami, no es el momento de…

Sí es el momento. No hay plata en el mundo que alcance para amortizar el…

¿Entonces qué? ¿Tengo que pagar de por vida por un error de hace mil años? Te doy todo y no te pido nada. Me banco tu cara de culo constante, y tu tonito de mierda, y que cada cosa que hago te parezca un error. Pero la paciencia tiene un límite.

¿Vos le llenaste la cabeza?

No, dice Alfonso. Yo solo quiero saber qué hacen con Pan. Me parece un buen pibe, pero…

No lo conocés, dice Camila. No sabés si es un buen pibe.

Si querés seguir viviendo en esta casa, dice Carolina, este departamento, *mi* departamento, tenés que empezar a contarnos lo que…

¿Me estás jodiendo?

Ya tenés un trabajo. Un trabajo que te conseguí yo.

Vos me conseguiste el contacto, la oportunidad. El trabajo me lo gané yo sólita.

Podés alquilarte un monoambiente, dice Alfonso.

No pienso irme de esta casa.

Entonces contanos qué carajo hacen con Pan, dice Carolina.

¿Está escribiendo otro libro?, dice Alfonso.

¿Qué?, dice Camila.

¿Lo viste escribir alguna vez? ¿Anda con un cuaderno? ¿Toma notas?

¿Qué le agarró a este?

Contéstale, dice Carolina.

Ya te di la dirección de Emilia, dice Camila. Pensé que con eso…

Contéstale.

No lo vi escribiendo ni tomando notas. Pero no estamos todo el tiempo juntos. No sé lo que hace cuando…

¿Nunca te contó sobre la intención de escribir algo nuevo?

No.

¿Y de qué hablan?

Hablamos del horror de despertarse a los seis años junto a…

Córtala. Siempre lo mismo. Yo también era joven, y me acababa de quedar viuda. Pónete en mi lugar.

Me llevo la comida al cuarto, dice Camila y se sirve con la mano una pata de pollo y un puñado de papas.

* * *

El hoyo diez de Palermo es tan corto que cuesta encontrar el palo justo. Un pitch forzado o un nueve tres cuartos de *swing*. Saldivar repite que en el golf nunca hay que forzar nada, que hay que agarrar el palo como si no lo estuviéramos agarrando, levantarlo con la mayor suavidad y volver con rapidez pero no con fuerza. Alfonso se decide por el nueve. Basta de querer demostrarle a su jefe que está equivocado. Una vez forzó tanto el pitch que pegó ciento setenta yardas: la pelota voló sobre el green y siguió de largo hasta el fairway del hoyo once.

Sostiene el palo con la mayor suavidad posible y hace varios *swings* de práctica; tres cuartos de *swing*. Se ubica frente a la pelota, aspira hondo y suelta todo el aire. Levanta el palo como si estuviera hecho de madera balsa y, por primera vez en su corta carrera de golfista, baja contra la pelota con calma. La mira volar, alto, lentamente.

Al fin, dice Saldivar.

Caminan hasta el green arrastrando los carritos con las bolsas de palos. Alfonso dejó la pelota a diez centímetros del hoyo; al parecer picó dos metros pasada y el efecto la trajo hasta casi meterla. Hubiera sido su primer hoyo en uno. Marca la pelota, la levanta y arregla el pique.

Saldivar saca del bunker y la deja a cinco metros del hoyo. Alfonso examina la nube gris que cuelga sobre ellos y deduce que les va a permitir jugar al menos una hora más. La brisa hace varios minutos que los ignora; el algodón de las remeras adherido a la espalda.

Te lo doy, dice Saldivar.

¿Estás seguro? Si metés y yo erro…

Si errás ese putt le regalo mi puesto al vago de Artigas.

Alfonso se acuclilla, coloca la pelota sobre el green y levanta la marca. No hay manera de errarlo. Diez centímetros. Podría meterlo con los ojos cerrados. Piensa en mirar a su jefe, cerrar los ojos y meterlo. Se saca el guante, lo cuelga del bolsillo trasero del pantalón y se para frente a la pelota. Gente que no conoce ni va a conocer espera en el tee de salida. No hay manera de errarlo. ¿Y si se larga a

llover ahora? No trajo paraguas. Tampoco la funda impermeable para los palos. Saldivar tose, carraspea, se suena los mocos con furia. Alfonso lleva el putter hacia atrás intentando no pensar en lo que hace. Un golpe demasiado brusco: la pelota bordea el hoyo y permanece en el filo. Alfonso siente un miedo profundo, desgarrador. Pero la pelota se mueve apenas y cae en el hoyo.

Buen birdie, dice Saldivar y enfila hacia el once canturreando la *Marcha de San Lorenzo*.

Alfonso limpia el putter con la toalla y lo mete en la bolsa. Se dispone a seguir a su jefe, cuando ve a Carolina corriendo por el fairway. Los jugadores en el tee de salida le hacen señas para que se aparte. Carolina sube al green y se le viene encima.

Te encontré, dice.

¿Qué hacés acá?

Me llamó.

¿Quién?

Emilia.

Los jugadores en el tee de salida les chiflan. Uno grita «¡Foooore!». Alfonso toma a Carolina del antebrazo y la aleja del green hacia la sombra de un árbol eucalipto. Logra ver a su jefe haciendo *swings* de práctica mientras habla por teléfono; el celular calzado entre la oreja y el hombro.

No entiendo, dice. ¿Para qué viniste?

Te llamé veinte veces, dice Carolina.

Tengo el celular en la bolsa.

Sos el único que sabe, el único con el que puedo hablar.

¿Qué te dijo?

Quiere que nos juntemos.

¿Cuándo?

Mañana.

¿Y no podías contármelo hoy a la noche?

Me parece que quiere confesar.

¿Te lo dijo?

No.

Estoy tres arriba, dice Alfonso. Acabo de hacer un birdie.

Terminamos la vuelta y voy para casa. Le aposté una cena en Albamonte. Gambas al ajillo. Te encantan las gambas al ajillo de Albamonte.

Voy a necesitar un abogado.

No nos anticipemos. Hablá con ella. Escuchá tranquila lo que tenga para decirte.

Acompáñame. Le decimos que sos mi abogado.

¿A qué hora?

Tres de la tarde, en un bar cerca de su casa.

A esa hora estoy laburando. No creo que…

Pregúntale.

¿A quién?

¿A quién va a ser?

Alfonso gira hacia el tee de salida del hoyo once. Saldivar continúa hablando por teléfono, sentado en el banco de plaza junto al limpiapelotas; parece haberse olvidado del hecho de encontrarse en una cancha de golf.

Quedan ocho hoyos, dice Alfonso. Si me da vuelta el partido se va a poner de buen humor. En el vestuario le digo que mañana tengo que salir al mediodía.

Gracias.

Pero me debés unas gambas al ajillo.

Cuando quieras.

* * *

Camino al barrio de Emilia, Carolina le cuenta que soñó con un suntuoso salón de baile de esos que tienen baldosas en damero. Era el año mil novecientos, o algo así, aunque ella estaba vestida con un *jean* y una camiseta blanca.

Había hombres lobo, dice. Todos los que bailaban en el salón eran hombres lobo, y se habían convertido en esos monstruos por un virus. Yo sabía que un virus que andaba dando vueltas por el lugar

podía convertirnos en lobos. No, en *hombres* lobo. No había mujeres lobo, eran todos hombres. Y yo no quería convertirme en hombre, y menos en hombre lobo. Bailaban a mi alrededor sin tocarme. El olor era como de perro mojado. O no, como si el lugar estuviera repleto de tapados de piel húmedos.

Encuentra estacionamiento a media cuadra del café. Alfonso abre la puerta y se dispone a salir.

Esperá, dice ella, no terminé.

Él se deja caer en el asiento y cierra la puerta.

Uno de los hombres lobo señalaba un pasillo oscuro que iba a no sé dónde, dice Carolina. Me metí en la oscuridad y caminé como veinte metros hasta una especie de sótano. No sé si era un sótano, no tuve que bajar ninguna escalera. ¿Sabés lo que había?

¿Qué?

Si no te interesa…

No, sí, contame.

Había una caja. Una caja de cartón con una tapa negra o azul oscuro. Apenas la vi supe que ahí estaba la cura para el virus. Imaginé a todos esos hombres bailando en el salón, pero sin olor a perro mojado.

¿Y qué había en la caja?

No sé. Cuando estaba por abrirla me despertó una de tus pataditas.

* * *

Emilia Mayer viste una gorra de *baseball* roja con la inscripción «Frankfurter Buchmesse». Carolina y Alfonso la miran examinar el menú.

No tienen *whisky*, dice Emilia. Supuse que iban a tener. Ya casi ningún bar sirve *whisky*. No sé por qué. Vino y cerveza, vino y cerveza. Campari tal vez. Y si de suerte tienen, suele ser la inmundicia ahumada de Johnnie Walker.

¿Querés que vayamos a tu casa?, dice Carolina.

¿A qué?

La encargada del bar sonríe al ver la mano en alto. Emilia pide un té de menta peperina, Alfonso un cortado y Carolina una lágrima.

No era necesario un abogado, dice Emilia.

Sí, perdón, dice Carolina. Pero toda esta situación me *tiene un poco, no sé…*

Angustiada, dice Alfonso.

Carolina exhala con la intención de aclararle que no necesita que termine sus oraciones. Emilia le habla solamente a la editora.

No sos responsable de nada, le dice.

Publiqué la novela. La promocioné. Gané mucha plata.

¿Cuánto?

Ya vendimos dieciocho mil ejemplares. Casi cuatro ediciones. Nos llegan encargos de librerías de España y Latinoamérica.

¿Pan sigue viviendo en el hotel?

Sí.

Lo hace a propósito. Porque sabe que la plata no le pertenece. Nada de lo que tiene le pertenece. Por eso lo desprecia, lo gasta, se apura en quitárselo de encima.

Pero no se lo quita de encima. No del todo. Hay registros de cada peso que ganó por los derechos del libro. Plata que debería pertenecerte.

¿Quién lo dice?

¿No *es eso para lo que nos juntamos*?

Carolina necesita que le confirmes que escribiste *El fin de lo que viene*, dice Alfonso. Y que den juntas una conferencia de prensa aclarando lo que pasó, acusando a Pan de estafa.

Emilia mantiene los ojos fijos en Carolina.

No fue una estafa. O sí, pero la estafadora soy yo. Moi. *Yo* les mandé el libro, no él. *Yo* elegí la Editorial Pasillos. *Yo* elegí publicar el libro bajo el nombre de Pan. *Yo* elegí contártelo.

¿Por qué?

Porque necesito que al menos una persona lo sepa. Una persona

que no sea capaz de hacer nada al respecto. *El fin de lo que viene* es mi obra maestra. El libro que iba a darme el Nobel, que iba a dejar en el olvido la aberración de novela que todos mencionan cuando me nombran.

¿Columpios?

Lo mejor de esta cancelación idiota fue que quitaran las copias de esa novelita vulgar de todas las librerías del mundo. Ediciones homenaje, en tapa dura, el mejor papel del Amazonas.

Alfonso imagina varias preguntas pertinentes, pero se queda callado, tomando sorbitos de café. Carolina se rasca el cuello con la sola intención de controlarse el ritmo cardíaco.

No entiendo, dice. ¿Qué hacemos acá entonces? ¿Para qué me citaste? En tu casa, aunque no lo confesaste abiertamente, me lo habías dejado más que claro. Ya sabía que Pan no escribió la novela. En realidad lo supe cuando terminé de leerla por primera vez. O antes, cuando terminé el primer capítulo, o la primera página, o párrafo. Pero elegí creerlo. Pensé que la reunión de hoy era para ponernos de acuerdo. Trazar un plan. Encontrar la mejor manera de…

¿Pan sigue de novio?, dice Emilia.

¿Cómo?

¿Sigue saliendo con la chica esa?

Pan no está de novio, al menos no que sepamos.

Se hizo amigo de Camila, la hija de Carolina, dice Alfonso. Escribe para el suplemento cultural de *Página 12*.

Pan me dijo que está saliendo con una chica de diecinueve años.

Camila tiene veinte. Y ella nos aseguró que no está saliendo con Pan, que son amigos.

¿Y le creen?

Sí.

No estoy segura, dice Carolina.

Emilia mete un dedo en el té y lo deja en remojo unos segundos.

Propónganle a Pan que se olvide de Camila y tal vez podamos llegar a un arreglo, dice.

No podemos proponerle eso.

¿Por qué no?

No tenemos ningún derecho.

Sos la madre, y tu hija está saliendo con un viejo.

¿Desde cuándo te importa la diferencia de edad?

No me importa. Digo que a vos tendría que importarte.

¿Cuándo hablaste con Pan?

Hace unos días, semanas, meses. Ya nadie se acuerda.

¿Te dijo cuáles son sus intenciones?

Me miró a los ojos y me dijo que la novela le pertenece. Que es de él. Que de alguna manera él la escribió y se la merece. Nadie tiene por qué enterarse. Vayan, sigan vendiendo copias. Hagan de Editorial Pasillos la nueva Alfaguara.

No puedo.

Claro que podés.

¿Cómo sé que en el futuro no vas a asomar la cabeza y hablar?

Emilia mete dos dedos en el té y los deja en remojo varios segundos.

Además no pienso ser cómplice de semejante estafa, dice Carolina. Voy a contar la verdad y que pase lo que tenga que pasar.

El mundo literario en su totalidad es una estafa. Cuentes o no cuentes, nada va a cambiar.

No sé qué significa eso.

Significa que la honestidad es virtud solo de los que no aprendieron a vivir.

Carolina sabe vivir, dice Alfonso.

Gracias, dice Carolina, pero dejame hablar a mí.

¿Quién sos en realidad?, dice Emilia.

Su abogado, dice Alfonso.

No es mi abogado, dice Carolina. Es mi pareja. Vivimos juntos. Le pedí que me acompañara.

Pensé que nosotras dos nos entendíamos, dice Emilia.

Yo también. No lo pensé, pero tenía la esperanza.

Saqué a tu editorial del fondo del último cajón. ¿Qué más esperás que haga?

Que cuando venga la prensa a buscarte no niegues la verdad.

¿Qué verdad?

La que voy a contar al mundo.

* * *

El peso de una mujer en su cama le aliviana la incertidumbre. Lo mejor de vivir con Carolina es dormir con ella, junto a ella, rozándola. Aunque fue ella misma la que le ensanchó el porcentaje de imprecisión con el que predice el día siguiente.

Los cinturongas ya no son el elemento que justifica la relación. Muy de vez en cuando los sacan de la caja de zapatos que guardan al fondo del vestidor, tras otras cajas de zapatos. Por lo común es Carolina la que se calza el médium y le pide que se acueste boca abajo.

Hay algo raro en esa mujer, dice Alfonso.

¿Mmmm…?

¿Estás dormida?

Un poco.

Perdón.

Carolina se sienta en la cama con los pies descalzos sobre el *parquet* cálido y toma un sorbo del agua que todas las noches sitúa en su mesita de luz entre la lámpara y el libro que anda leyendo.

Me está usando, dice. Emilia. Nos está usando a todos.

No me la había imaginado así.

¿Así cómo?

Tan simple. Tan…

Le creo. Tengo que creerle.

¿Qué cosa?

Que me va a apoyar. Que si cuento la verdad no va a salir a desmentirla.

Ese no es el problema. No solo no tiene que desmentirte, tiene que apoyarte. Repetir tus palabras, asintiendo.

No puedo pedirle tanto.

No te queda otra. Tu palabra sola no le va a importar a nadie.

¿Cómo que no? Me arriesgo a perder una fortuna, a ser acusada de estafa, a ser el hazmerreír de…

A armar una campaña de prensa.

¿Qué?

Van a decir eso, que estás armando una campaña. No tenés una sola prueba, Caro. No sabés siquiera si existe una prueba.

Carolina toma otro sorbo de agua y se vuelve a acostar. La almohada en la nuca suele acomodarle los pensamientos.

Podría hablar con Pan y contarle lo que estoy pensando hacer, dice. Darle la oportunidad de explicarse, de mostrarme algo que compruebe que él escribió la novela. ¿Dónde la escribió? ¿En una computadora? ¿Aún la tiene? ¿Y el archivo original? O un cuaderno de notas. Que me muestre dónde carajo escribió la puta novela.

Alfonso sospecha que hay un rostro de Carolina que aún no conoció, que ella aún no le permitió ver, pero se anuncia en el tono con el que a veces se expresa. Un tono que debería oler a locro, o a guiso de lentejas.

¿Querés que le pregunte yo?, dice.

¿Preguntar qué?

A Pan, le pregunto, como si fuese cosa mía.

Te va a mentir.

Le digo que sé lo que estás por hacer, lo que vas a contarle a la prensa, y me preocupa. Como si mi intención fuese ayudarte.

Tu intención *es* ayudarme.

Sí, no es eso lo que quiero decir. A ojos de Pan, que él piense que…

Te va a mentir.

No estamos seguros, Caro.

¿De qué?

Que no haya escrito la novela.

Sí que estamos.

Estás.

Estoy.

Si querés le hablo.

Carolina atrapa un almohadón del suelo y lo suelta sobre el rostro de Alfonso.

* * *

Como es sábado, tras desayunar café con unas gotas de leche junto a Carolina y su lágrima, decide mandarse directo al Hotel Panamericano. El conserje llama al cuarto de Pan y le informa que un tal Alfonso Miranda se encuentra en el *lobby* esperándolo.

Ahora bajo, dice Pan.

Alfonso se abandona en uno de los sofás del *lobby*, pero enseguida se arrepiente, se dirige al bar, se sienta a una mesa para dos y pide un cortado en jarrito. Pan tarda veinte minutos en bajar. Viste una camisa holgada, bermudas y ojotas Havaianas.

¿Qué tal el cortado?, dice.

Bien, normal.

Lo mejor es el licuado de banana con leche. Lo preparan con bananas semipodridas. Me explicaron que le da más sabor. ¿Querés uno?

No, gracias.

Pan le hace una seña al mozo y pide lo de siempre.

Es la primera vez que puedo sentarme en un bar y pedir lo de siempre, dice. Me gusta. Les dejo buena propina. ¿Vos tenés un bar donde puedas sentarte y pedir lo de siempre?

Ya no voy mucho a bares. De casa a la empresa y de la empresa a casa. Cuando nos conocimos con Carolina salíamos a cenar casi todas las noches.

¿Quién de los dos cocina?

Mayormente ella. Me jura que le gusta. Yo colaboro con fideos con tuco un vez por semana. Milanesas de soja con ensalada dos veces al mes. Camila se la pasa pidiendo *sushi*.

Odio el *sushi*.

¿Cómo van las cosas con Camila?

¿Qué cosas?

Pasan tanto tiempo juntos…

¿Para eso viniste?

Alfonso se lleva la tacita a la boca con la intención de tomar un último sorbo que sabe no existe. Se siente un imbécil sorbiendo aire. Piensa en comentar algo al respecto, burlarse, reconocer en la burla que es completamente consciente de su error, pero el mozo viene con el vaso largo de licuado y lo salva del ridículo.

Camila está escribiendo sobre Emilia, dice Pan. Me pidió que la ayude. Iba a ser una nota para el diario, un ensayo, pero ahora estamos pensando en un libro. Tal vez a Carolina le interese.

No sé si es muy ético que alguien publique un libro en la editorial de su madre.

¿A quién le importa?

¿Y cómo la ayudás?

Hablamos de Emilia, de su rutina. Qué desayunaba, almorzaba, cenaba. Aunque no solía desayunar o almorzar. Qué infusiones tomaba. Qué marcas de *whisky*.

¿Lo están escribiendo juntos?

Ella lo escribe, yo la ayudo.

¿Y vos? ¿Alguna novela nueva?

Por ahora no.

¿Tenés algo en mente?

No me gusta hablar de lo que escribo o voy a escribir.

¿Y de lo que escribiste?

Pan mastica los restos de hielo que no terminaron de fragmentarse.

Carolina quiere hablar con vos, dice Alfonso.

¿De qué?

De tu novela.

¿Bajaron las ventas?

No que yo sepa.

Camila dice que es difícil de creer que un libro como el mío venda tanto.

Pensé que podíamos hablar nosotros antes.

¿Antes de qué?

De que hables con Carolina.

No tengo nada que hablar con Carolina.

Ella piensa que sí. Me lo contó ayer. Y por eso lo primero que hice fue venir a hablar con vos.

Pan lo mira con un miedo infantil. Luego se estira el labio inferior con dos dedos, alejándolo de los dientes.

Carolina sabe que no escribiste la novela, dice Alfonso.

¿Qué novela?

El fin de lo que viene, ¿qué novela va a ser? Me dijo que sospecha que no la escribiste y está pensando en pedirte alguna prueba: el archivo de computadora, o cuadernos, algún borrador de cuando empezaste. Yo le dije que me parece una taradez. ¿Para qué meterse con algo que funciona tan bien? Si no está roto no lo arregles, ¿no? Y por eso vine, para contarte, para ver qué opinás, qué conviene hacer.

Pan se suelta el labio, al fin. Alfonso empezaba a temer que fuera a arrancárselo.

¿Habló con Emilia?, dice Pan.

No que yo sepa.

¿Querés algo más? Cerveza, picada. Yo invito.

Es demasiado temprano para picada.

¿Quién lo dice?

Alfonso lo ve ponerse de pie y caminar hasta el mozo que se examina el dedo índice derecho, o algo en la punta del dedo, algo que seguramente se extrajo de una oreja o fosa nasal. Lo ve conversar, y luego sonreír, y luego girar hacia los ascensores. No, vuelve a la mesa y le informa que le pidió otro cortado.

Yo te creo, Pan. Si vos decís que escribiste la novela te creo. ¿Por qué no te voy a creer? Pero me preocupa que Carolina se haya obsesionado con…

¿Qué pruebas tiene?

Ninguna. Es más una duda que una convicción. Una sospecha. Entendé que no es normal que alguien como vos publique un primer libro de semejante calidad.

¿Por qué no es normal?

No sé, es lo que dice ella. Es lo que dice ella que dicen todos.

¿Qué todos?

Si tenés algo para mostrar sería genial. Un cuaderno…

No uso cuadernos.

O un archivo de computadora. Los archivos de Word suelen preservar la fecha en la que fueron abiertos por primera vez.

No uso Word.

¿Qué usás?

El mozo trae un chop de cerveza, un plato con queso en cubitos, salamín y aceitunas, una panera y el cortado. Pan le pide que anote todo a su cuarto.

No voy a mostrarle nada a Carolina, dice. Si no me quiere creer, problema de ella. Es su palabra contra la mía.

Hoy en día la palabra suele ser más que suficiente.

Pan devora la picada. Alfonso siente repulsión al imaginar queso y salamín flotando en banana y leche. Sabe que la conversación no está yendo a ningún lado, y se lamenta, porque deseaba con el alma poder ayudar a Carolina. El café quemado lo invita a suponer que Pan lo hizo a propósito: le pidió al mozo un cortado quemado para el imbécil que hace quince minutos le rompe las pelotas.

No entiendo del todo para qué viniste, dice Pan.

Contarte lo que Carolina piensa hacer. Ver cómo reaccionabas. Encontrar la manera de ayudarte, de solucionar este quilombo.

La manera de ayudarme es haciendo nada. Que Carolina cuente lo que quiera. Camila dice que lo mejor es que se siga hablando del libro. Tomate el cortado y vamos a la pileta. ¿Trajiste traje de baño?

11. CAROLINA KLUG

Camila dormía abrazada a su palo de *hockey*. Lo amaba con locura. Era la mejor jugadora de su clase, la más fuerte, la más ágil, la más competitiva, al punto de evitar en lo posible soltar la bocha y pasársela a sus compañeras, porque no tenían ni sus ganas ni su talento. Llevaba la bocha de una punta a la otra de la cancha empujando a las contrarias y, si no le quedaba otra opción más que deshacerse de la bocha, se la daba a una de sus compañeras en un largo suspiro y, si la compañera no mostraba la aptitud suficiente para continuar con la jugada, le quitaba la bocha que ella misma le había dado y encaraba al arco contrario.

Al terminar la secundaria se encontró subrepticiamente sin el *hockey*. El palo quedó olvidado en uno de los rincones de su cuarto junto a un órgano Yamaha que nunca aprendió a tocar.

* * *

Sergio y Roberto se rehúsan a creerle. No hay pruebas. Es ridículo poner todo en riesgo por una corazonada.

No es una corazonada, dice Carolina. Emilia Mayer lo confesó, lo dijo con todas las letras.

¿Qué dijo?

Lo suficiente.

No, contanos qué dijo palabra por palabra.

Le pregunté si había leído la novela y me dijo «Sabés que la leí.

No se puede escribir sin leer», o algo así.

¿Qué significa eso?

¿Me están jodiendo? Significa que la leyó mientras la escribía. «No se puede escribir sin leer». Luego le pregunté por qué me lo había contado y me dijo que necesitaba que alguien lo supiese. Alguien que no pueda hacer nada al respecto.

Pero sí que podés hacer, dice Sergio. Podés hacer mierda todo lo que venimos construyendo hace años.

Por eso quería hablarlo con ustedes antes. Soy consciente del riesgo. Hace días que no pego un ojo.

Dejemos las cosas como están, dice Roberto. Es la palabra de uno contra la de otro.

No lo sabemos, dice Carolina. Tal vez Emilia tenga pruebas. Tal vez esté esperando que la novela se traduzca a todos los idiomas, que gane el Man Booker Internacional, para reaparecer y hacernos quedar como…

Pensemos, dice Sergio. Tiene que haber una manera de sacarle provecho a esta locura.

Hace semanas que lo vengo pensando…

¿Semanas?

¿Cuándo hablaste con Mayer?

… y siento que la única manera de sacar provecho es contando la verdad. Vamos a ser la editorial que eligió la honestidad literaria y no la plata.

¿Por qué no nos hablaste antes?

Y si estás tan convencida, ¿por qué no armaste una conferencia de prensa ya?

Porque no estaba del todo convencida.

¿Y ahora lo estás?

Carolina se acerca a la biblioteca en la que se exponen los pocos tomos publicados por Pasillos. No tan pocos la verdad. Y no hay que olvidar que empezó con casi nada. Ni un solo contacto. Una diminuta suma de pesos que le obsequiaron sus padres. Si al menos hubiera escuchado a Guillermo cuando le propuso sacar seguros de vida… Atrapa uno de los ejemplares de *El fin de lo que viene*

(primera edición) y lo suelta sobre el escritorio: un intento de probar algo que ni ella sabe con exactitud qué es.

¿Qué opinan de Woody Alien?, les pregunta.

¿En qué sentido?

El que quieran.

Gran director, dice Roberto.

Tremendo hijo de puta, dice Sergio.

* * *

Carolina se recibió de correctora literaria a los veinticinco años e hizo una fiesta en el bar donde solía sentarse a estudiar para los finales. En un momento de la noche, cazó una copa con restos de *champagne*, se paró sobre una silla, golpeó tres veces la silla con un pie pidiendo silencio y alzó la copa.

Quiero hacer un brindis, dijo.

Hizo un movimiento torpe con la copa y casi se cae. Guillermo la sostuvo de las rodillas. Carolina le acarició la cabeza con brusquedad y se rio.

Brindo por el profesor Sagasti que, aunque me odiaba con el alma, me puso un hermoso siete del tamaño de una mosca, dijo.

Quiso dejar la copa sobre la mesa pero no encontró la manera. Guillermo le pidió que bajara.

Ya está, Caro.

Le quitó la copa y la dejó sobre la mesa. Pero Carolina no tenía ninguna intención de terminar el brindis. Un brindis que, sin nada en las manos, tomó la forma de un discurso.

¿Alguien conoce la historia de mi padre?, dijo. ¿Eh? ¿Alguien la conoce? Ya me parecía. Aunque no lo crean, papá, antes de dedicarse al psicoanálisis, fue una especie de genio matemático. Cuando era chica nos pasábamos las cenas tirándole cuentas que él resolvía en un segundo. Cinco mil doscientos cuarenta y tres por un millón quinientos mil ciento veintinueve, le decíamos, y él cerraba

los ojos un segundo y respondía: Siete billones lo que sea. Lo amábamos por eso. Era como un superhéroe. Y de alguna manera sentíamos que nos quería. Es gracioso, pero estaba convencida de que el hecho de que papá pudiera resolver esas cuentas matemáticas tan rápidamente significaba que nos quería, que me amaba. Pero no, papá nunca quiso a nadie. No pretendo sonar como una llorona, pero es la verdad. Papá nunca quiso a nadie que no fuera su estúpido genio matemático. No tardé en darme cuenta, y entonces ese genio matemático de mierda se transformó en mi principal enemigo. Pasé toda la adolescencia imaginando formas de romperle la cabeza. No de matarlo, de dejarlo idiota. Prefería un padre que anduviera por ahí babeándose a ese hombre insoportablemente genial.

Guillermo le hizo un gesto al encargado del bar para que encendiera las luces y apagara el estéreo. Carolina levantó los brazos como Nixon.

¡Cuántos años pasé buscando la manera de no terminar esta puta carrera! Hablando de las injusticias de los profesores, de las torpezas de la enseñanza pública…

Un mareo inesperado estuvo a punto de arrojarla al suelo. La mayoría de los invitados se habían ido, solo quedaban los borrachos y los que tenían que volver a algo peor que esa fiesta convaleciente. Carolina se largó a llorar.

No sé por qué les cuento esto, dijo.

Guillermo la ayudó a bajar de la silla y la abrazó. Así permanecieron hasta que los últimos invitados abandonaron el bar.

* * *

Encuentra un espacio para estacionar a metros de la plazoleta sin pasto, se baja del auto y se asegura de que las cuatro puertas estén bien cerradas. Al igual que la vez anterior, como la escritora no responde *mails* ni llamados ni mensajes de texto, viene directo a tocarle el timbre. Le molesta que la vieja viva tan cómoda en su

estafa, tan a sus anchas.

El timbre no funciona. Carolina golpea la puerta suavemente. Luego con más fuerza. Luego la castiga con la palma de la mano, treinta segundos, un minuto, horrorizada porque sabe que no va a detenerse, dos minutos, aunque se haga de noche, tres minutos…

¿Qué carajo te pensás que estás haciendo?

Emilia carga una caja de cartón con seis botellas de Glenmorangie.

¿Otra vez vos?, le pregunta.

Otra vez yo.

Parece que esta historia no quiere avanzar.

No es tan sencillo. Hay mucho por considerar.

El timbre no funciona, lo desconecté.

Me di cuenta.

Te dejo entrar con una condición.

¿Cuál?

Te bajás una botella de *whisky* conmigo.

¿Una botella?

Emilia le entrega la caja, abre la puerta y con un gesto le pide que lleve los *whiskys* a la cocina. Carolina se sorprende al descubrir que no hay papeles ni libros sobre la mesa. No hay platos sucios en la pileta. No quedan electrodomésticos a la vista. Deja la caja sobre la amplia mesada desocupada y espera que Emilia le diga qué hacer. La escritora abre la alacena y Carolina logra ver que solo hay tres vasos chatos de *whisky*. Nada de comida. Ninguna vajilla.

¿Te vas a mudar?, le pregunta.

¿Adónde?

Emilia apoya dos vasos sobre la mesa, saca una de las botellas de la caja, la destapa y sirve *whisky* hasta el borde. Carolina se dispone a tomar un sorbo pero la escritora le pide que no se apure.

Primero hay que olerlo, le dice. Tres veces. Dejar que el olfato se acostumbre a la furia del alcohol. Luego tomamos un sorbito y lo saboreamos.

Se sientan en las únicas dos sillas, una a cada lado de la mesa, a disfrutar (Emilia) o soportar (Carolina) la malta destilada añejada

diez años en barricas escocesas del Highland.

¿Qué pasó entonces?, dice Carolina. Pensé que la cocina era el espacio más importante de la casa.

¿Quién te dijo eso?

Pan, lo contó en la conferencia de prensa.

Las cosas fueron perdiendo el sentido.

¿Qué cosas?

Los objetos que con tanto esfuerzo nos impusimos, persuadiéndonos de su esencialidad.

Carolina traga el *whisky* de a sorbitos mínimos. Sospecha que Emilia la estudia, le analiza cada uno de los ademanes, la capacidad de tolerancia y disfrute. ¿Cuánto tardará en hacer efecto? Mejor decir lo que vino a decir antes de…

No vamos a ser amigas, dice Emilia. Entiendo que admires mis libros y que los hayas leído quién sabe cuántas veces y que eso te permita sentir que de alguna manera me conocés, pero…

No quiero que seamos amigas.

Bien. Me alegro.

Quiero que seamos socias.

* * *

La salita roja era azul. Carolina nunca le preguntó a la maestra o a la directora por qué si la salita se llamaba Roja estaba pintada de azul. Sentó a Camila entre el grupo de nenes y esperó que se distrajera con una muñeca para enfilar disimuladamente hacia la salida. Permaneció unos minutos tras la puerta entreabierta, espiando la sala.

Una nena con dos trenzas y un vestidito con la cara del tigre de Winnie the Pooh se sacaba un moco con envidiable naturalidad. Un nene de pelo rubio babé amontonaba sin sentido bloques de madera con la ayuda de la maestra. Dos gemelas con el mismo corte de pelo y vestidito de lunares hojeaban un libro con dibujos de pájaros,

ambas profundamente concentradas, una lo sostenía y la otra pasaba de página.

Camila se acercó a las gemelas e intentó quitarles el libro. Carolina pensó en decirle que no, que estaba mal sacarle cosas a la gente sin pedírselas antes, pero no lo hizo, simplemente vio cómo su hija agarraba a una de las gemelas del pelo y le quitaba el libro con la mayor facilidad, mientras la otra se largaba a llorar como si acabase de ver a su madre desfigurada.

La maestra se acercó a las gemelas y les preguntó qué había pasado. Las gemelas lloraban y señalaban a Camila que se había sentado en un rincón, contra una lámina con los días de la semana, a leer el libro de pájaros. La maestra le dijo algo a Camila que Carolina no pudo escuchar. Camila no la miró, siguió pasando páginas con aire desinteresado. Las gemelas ya no lloraban, miraban a Camila y la maestra sin pestañear.

Un nene pelirrojo empezó a tirar al suelo los libros del primer estante de la biblioteca. La maestra le pidió que los levantara y pusiera en su lugar.

Camila cerró el libro de pájaros y, sosteniéndolo con las dos manos, lo usó para golpear a la maestra en la rodilla. Las gemelas se rieron a la vez. La maestra agarró a Camila de un brazo y la zarandeó, mientras el pelirrojo pateaba los libros que había tirado.

Carolina pensó que una sola maestra para tantos nenes era muy poco, que les cobraban una fortuna para que sus hijos permanecieran encerrados en la salita roja (azul) jugando a las mismas idioteces que jugaban en casa. Pensó en tomar a Camila de la mano y llevársela al departamento a desayunar un Nesquik con Chocolinas y capítulos de *El Correcaminos*.

Uno de los nenes se había hecho caca. La maestra sostenía a Camila del brazo pero no sabía dónde llevarla. El pelirrojo iba por la mitad del segundo estante de la biblioteca; los libros desparramados a sus pies. La maestra gritaba sin soltar a Camila: «¡Valentín, levantá los libros y ponelos donde estaban! ¡Ya! ¡No te lo vuelvo a repetir! ¡Levantá los libros y ponelos donde estaban!».

Las gemelas se habían olvidado de los pájaros y el llanto y se

reían del pelirrojo que no tenía ninguna intención de hacerle caso a la maestra. De la salita verde se empezó a oír una canción que por el solo de teclado Carolina supo era *Seminare*. La maestra sentó a Camila en una sillita de madera y fue hacia el pelirrojo. Le dijo algo al oído y el pelirrojo largó un llanto desagradable, de adulto, de hombre de treinta años al que nunca le dijeron que no.

Guillermo nunca le decía que no a su hija. Carolina era un poco más firme, y sufría por eso, y se lo echaba en cara: «Por tu culpa va a salir papera y me va a odiar con el alma por el resto de la vida».

Camila se quedó sentada en su sillita viendo cómo la maestra intentaba consolar al pelirrojo. Luego giró en dirección a las gemelas que dibujaban con crayones en una revista para colorear. Se levantó, les quitó la revista y los crayones, y volvió a sentarse en la sillita. Dibujó algo en una de las páginas del medio. Las gemelas esta vez no lloraron, caminaron hasta Camila, se le sentaron una a cada lado y examinaron lo que había dibujado.

La maestra acomodaba los libros en la biblioteca. Cuando terminó con el primer estante, el pelirrojo, sin dejar de llorar como adulto caprichoso, tiró todos los libros al suelo otra vez. Ahora era la maestra la que estaba a punto de llorar.

El nene que se había hecho caca se bajó el pantalón, se pasó una mano por el culo y se la limpió contra la espalda de una nena que hablaba por teléfono con Barbie.

Carolina supuso que ya podía cerrar la puerta de la salita roja (azul) y volver a esa vida adulta que no parecía querer llevarla a ningún lado.

* * *

¿Por qué mandaste la novela a Pasillos?, dice Carolina. ¿Por qué a mi editorial específicamente?

Siempre me gustaron tus ediciones, dice Emilia. Las fui comprando todas. Algunos de tus autores no son de mi agrado, pero

sí las ediciones de los libros. Creo que los leí por el simple hecho de sostener esos tomos unas cuantas horas. Si no hubiera sido por el monopolio de las multinacionales y sus ofertas imposibles de rechazar, te habría mandado uno de mis manuscritos.

Bueno, de alguna manera lo hiciste.

Y le estamos enseñando a las multinacionales que un solo buen libro es suficiente para que una editorial pequeña les meta un dedo en el culo hasta el fondo.

Un *muy* buen libro, con un drama periodístico detrás.

Elijo creer que el éxito es gracias a lo que está escrito.

Carolina ya vació la mitad de su vaso y aún no siente mareo alguno. Tal vez si se pusiera de pie… ¿Para qué va a ponerse de pie? ¿Con qué intención? La charla avanza por buen cauce. Se encuentra en la cocina de su escritora favorita, conversando de la vida, de igual a igual, compartiendo el mismo *whisky*, en los mismos vasos, sentadas en dos sillas idénticas. No es concebible que esta mujer haya sido cancelada. Mírenla: tan insignificante; más grande que el mundo.

¿Le propusiste a tu hija que se olvidara de Pan?, dice Emilia.

No.

¿Por qué no?

Mi hija no hace nada de lo que le proponga. Lo mejor es dejar que se aburra sola. No suele tardar en aburrirse de todo. Es su mayor talento: obsesionarse con algo que de alguna manera sabe no va a tardar en aburrirla.

Emilia se llena el vaso hasta el borde y le indica a Carolina que haga lo mismo.

Estaba segura de que era capaz de dejarlo ser, dice. Cuando te mandé la novela mi plan no era más que el de ayudarlo, regalarle un futuro, una entrada de dinero. Incluso había empezado a tomar notas para la segunda novela de Pan Mayer. Iba a ser un libro breve. Hermosamente escrito, pero insustancial. Una excusa para conseguir un buen adelanto y extender el momentum. Eso es todo lo que hacemos los escritores luego del primer éxito: intentar extender el momentum.

Carolina piensa que no grabar esta charla es un desperdicio. Emilia acaba de empezar a dictar el libro que ella debería haber escrito: *Mis charlas con Emilia Mayer: Diálogos desde la cancelación*; el texto que asfixiaría la biografía de su hija.

Podríamos contarle a la prensa que vos escribiste *El fin de lo que viene*, dice. Dejarles en claro que fue la manera que encontraste de ayudar a Pan. Esperar a ver cómo reaccionan y acomodar nuestro discurso en consecuencia. Si tenemos suerte puede terminar siendo la mayor movida publicitaria en la historia de la literatura argentina. Y luego, si aún tenés ganas, le donás las ganancias a Pan, o a alguna fundación que fomente la lucha contra el abuso.

Se arrepiente de haber dicho la última frase en el momento exacto en que termina de decirla.

No abusé de nadie, dice Emilia.

Perdón. No es eso lo que quise decir.

Entonces no lo digas.

* * *

Guillermo vio a Carolina por primera vez en un bar, leyendo contra una ventana. Se le acercó y le preguntó si podía sentarse. Carolina tardó en contestar. Aceptó con un leve movimiento de cabeza que él no dudó en interpretar como un sí.

Hablaron durante toda la tarde hasta que ella le informó que tenía que ir a buscar a su novio al hospital.

Es cardiólogo, le dijo.

A la semana siguiente volvieron a encontrarse en el mismo bar, en la misma mesa. Hablaron poco más de dos horas hasta que a Carolina se le llenaron los ojos de lágrimas. Guillermo sintió una incomodidad que le endurecía la espalda y lo obligaba a mirar hacia la puerta. Ella le contó que iba a dejar a su novio, estaba decidida, pero no sabía cómo hacerlo.

Me paso las noches mirando el techo y oyéndolo respirar, dijo.

Lo odio. Odio la forma en la que respira, como si fuese el dueño del cuarto. Últimamente imagino un montón de cosas horribles, tan simples y espantosas que al final tengo que cerrar los ojos y pedir perdón.

Desaparecé, dijo Guillermo.

¿Qué?

Yo por lo común hago eso, desaparezco. Las personas con un mínimo de inteligencia lo entienden y dejan de llamar.

No, imposible. Llevamos cuatro años juntos, casi cinco.

Entonces escribile un *mail*. No tenés por qué pasar por esto. Ya somos gente grande. Cuando algo se acaba se acaba, terminarlo en persona es inútil. Esos intentos desesperados por salvar lo que ya está arruinado me sacan de quicio. Uno debería decirles «Se acabó» y los dos seguimos con nuestras vidas.

Carolina parecía confundida, como si no pudiese decidir si Guillermo era una persona interesante y difícil de descifrar o el más execrable de los cobardes.

Se casaron siete meses luego.

* * *

Hay gente que está completamente a gusto con mi cancelación, dice Emilia. Gente a la que no le va a divertir en lo más mínimo ver mi cara otra vez en las noticias.

Lidiaremos con esa gente en su momento, dice Carolina.

¿Y qué pasa si Pan continúa afirmando que la novela la escribió él?

Nada. Que afirme todo lo que quiera. Es su palabra contra la nuestra. No tiene ninguna prueba de que escribió la novela. Hace unas semanas le pedí que me mostrara algún borrador o cuaderno de notas y la cara que puso me confirmó que no había escrito un carajo.

Pobre, lo metí en un flor de quilombo.

Le abriste la puerta, pero él se metió solito.

¿Qué hora es?

No voy a irme de acá sin una certeza, Emilia.

¿Certeza de qué tipo?

Mirame a los ojos y decime que estás de acuerdo. Prométeme que no te vas a arrepentir.

Dejame pensarlo.

No, basta. Estoy harta de irme de esta casa con el culo lleno de dudas.

Siempre me gustó esa expresión: el culo lleno de dudas.

Quiero dejarte algo en claro, Emilia. No estoy de acuerdo con lo que hiciste con Pan.

¿Qué hice?

Sabés muy bien lo que hiciste.

¿Pero vos? ¿Ustedes?

Lo que quiero decirte es que mi forma de ver el asunto es que nadie debería prohibirte publicar tus libros. No tendrían que haberlos sacado de las librerías. Hasta una persona presa por pedofilia tiene el derecho de escribir algo y publicarlo. Y que luego la gente elija. Que tus lectores decidan si quieren seguir leyéndote o no.

¿Vos me vas a seguir leyendo?

Por supuesto.

* * *

Guillermo pasaba semanas en la cama panza arriba con el dedo gordo de la mano derecha duro de tanto darle al control remoto. Carolina se vestía para ir a trabajar de moza en un restaurante de comida orgánica evitando la presencia inmóvil en la cama. La cama y Guillermo eran lo mismo.

Arrancaba a las once de la mañana con *Brigada A*. A las doce: *El Zorro*. A la una: *Estudio fútbol*. A las tres se ponía de costado y dormía la siesta. A las cinco: *Seinfeld*. A las seis:

Sportcenter segunda edición. A las siete volvía Carolina, se pegaba una ducha y se acostaba junto a él, en silencio. *El True Hollywood Story* hasta las nueve.

Ella cenaba en el *living* comedor y él en el cuarto. Tres veces a la semana pedían *pizza*. Dos: empanadas. Una: un *sushi* barato que era noventa por ciento arroz, seis por ciento queso crema y cuatro por ciento alga nori y salmón.

Una noche Carolina terminó de cenar, lavó los platos, entró en el cuarto, se quitó la ropa como una desaforada y, sin decir palabra, se montó sobre Guillermo.

Unas semanas luego le contó que estaba embarazada.

* * *

Queda un cuarto de botella. Carolina no se pone de pie porque intuye que va a derrumbarse. Emilia no parece haber sido afectada en lo más mínimo por el alcohol.

Hay muchos que disfrutan de la cancelación de los artistas que admiran, dice. La admiración se alimenta de envidia. Es un espejo desagradable. No el espejo, sino lo que refleja. La insignificancia. La gente común y corriente detesta saber que existen personas especiales, con talentos inmensos. Nos admiran y al mismo tiempo desean con el alma que nos aplaste un meteorito del tamaño de nuestros egos.

Muy rico el *whisky*. ¿Cómo se llama?

Glenmorangie.

Voy a comprarme uno.

Te lo regalo. Sácalo de la caja.

Gracias, antes de irme lo saco.

Si fuese vos lo sacaría ahora. No voy a acordarme de hacerte acordar.

¿Siempre tomás tanto?

No creo.

¿Tomás mientras escribís?

Normalmente no. Tomo mientras leo. Tomaba, mientras leía. Cuando se me acabó la carrera dejé de leer. Los escritores no leemos por placer. Leemos para aprender, para inspirarnos, para robar. Comparamos todo lo que leemos con lo que estamos escribiendo. Cuando era chica cambiaba el estilo de escritura cada vez que leía a alguien que admiraba. Pasaba más tiempo reformateando los textos que avanzando.

Yo no sé qué haría sin libros, dice Carolina.

Pffff…

En tercer año del secundario, la profesora de Lengua nos dio a leer *Cumbres borrascosas* sin saber que me estaba salvando la vida. No por ese libro en sí, aunque es una gran novela, sino porque la literatura no existía para mí antes de que aquella mujer me obligara a leer a Emily Brontë.

¿Cómo se llamaba tu profesora de Lengua?

No me acuerdo.

No hay que olvidar esos nombres.

Me acuerdo de su cara y de todos los libros que nos dio a leer. Me acuerdo de las tapas de los libros, ediciones baratas que compraban mis padres en Huemul.

¿Intentaste escribir alguna vez?

Sí.

¿Y?

No es lo mío.

¿Cómo lo sabés?

¿Intentaste pintar alguna vez?

Hace mucho.

¿Y?

Emilia asiente. Agarra la botella con dedos imprecisos y sirve el *whisky* que queda en ambos vasos. Al comprobar que la botella está vacía, sonríe. Carolina bebe de a sorbitos mínimos porque no quiere que el momento se acabe.

Asistí a varias de tus conferencias, dice. La de literatura argentina contemporánea me gustó mucho.

¿Qué dije?

No me acuerdo.

Te encantó.

Comparaste la historia de nuestra literatura con un desierto árido, marchito, en el que muy de vez en cuando emerge vida. Pero esa diminuta vida es mucho más resistente y nutritiva de la que emerge en culturas más frondosas, donde la vida se da por sentado.

Bastante específico para no acordarte.

Seguramente lo dijiste con mejores palabras.

Lo dudo.

Carolina se pone de pie lentamente, esperando que el mundo entero se dé vuelta.

No cierres los ojos y vas a estar bien, dice Emilia.

¿Puedo pasar al baño?

Cruzando el *living*, la última puerta a la derecha.

Carolina esquiva muebles sin pestañear. El lado izquierdo del cuerpo le pesa más que el derecho. ¿Cómo va a hacer para volver manejando? Piensa en llamar a Alfonso y pedirle que la busque, pero lo último que quiere es llamarlo. La amarga no ser capaz de entregarse de lleno a un hombre que parece quererla más de lo que nadie la quiso nunca. Una buena persona. Atento. Exitoso en su trabajo. ¿Pero cuánto valor se le puede asignar a alguien que trabaja durante décadas en la misma empresa de logística y asciende cada muerte de obispo?

El baño heredó el desorden de la cocina: cuadernos y libros amontonados, papeles sueltos, revistas, medicamentos, ropa sucia, paquetes de rollos de papel higiénico, botellas de alcohol etílico. Carolina se sienta en el inodoro sin hacer foco en lo que la rodea. Como el pis no se decide a salir, levanta un libro del suelo: la *Poesía completa* de Pizarnik. Hojea las primeras páginas y se emociona al descubrir la ferocidad con la que Emilia subrayó los versos y anotó en los márgenes. No está segura de que haya sido Emilia. La escritora favorita de Pan es Pizarnik, y no recuerda que Emilia haya nombrado a la poeta argentina en ninguna de sus entrevistas. Pero la violencia de las líneas y la caligrafía no coinciden con la apatía de

Pan. Carolina presiente que la personalidad de Pan y el pene flácido de Alfonso son lo mismo, pertenecen al mismo nivel en la misma escala de valores. Suelta una risita que le escurre el último chorro de meo.

Deja el libro en el suelo y la confunde descubrir que los otros tomos apilados son distintas versiones de la *Poesía completa* de Pizarnik. Levanta una edición más reciente y la hojea: líneas y palabras sueltas escritas por la misma mano desaforada. Otra edición: los mismos versos subrayados una, dos, tres, cuatro veces, en distintos colores de birome, mayormente verde.

Carolina siempre sintió una afinidad religiosa por la gente que devora libros, que los lee con un enajenamiento cuasi peligroso. Ama con el alma a los que murieron atropellados, distraídos por el libro a centímetros de la cara.

Se limpia con papel higiénico, tira la cadena, se sube el pantalón, levanta un ejemplar de la *Poesía completa* que ya tiene las hojas despegadas, apaga la luz y sale del baño en un mareo que intenta arrojarla contra el ventanal que da al jardín. Los pocos muebles están estratégicamente ubicados para romperle las rodillas.

Emilia continúa en la misma posición, la mano derecha rodeando el vaso, la izquierda sobre la falda, los ojos en ningún lado. Carolina se sienta en su silla y le muestra la *Poesía completa* a punto de deshojarse.

¿Quién subrayó estos libros?

¿La leíste?

Claro. Un talento enorme. Pero por alguna razón no volví a leerla desde que terminé la facultad.

¿Qué razón?

No sé. La que determina qué autores valen la pena para cada quien.

Carolina intuye que al tragar el último sorbo de *whisky* se le va a detener el corazón. Le ruega a alguien que es ella misma pero no del todo que le permita terminar la velada con una cierta integridad, y que a cambio jura no volver a tomar.

¿Me vas a dejar contar mi versión de los hechos?, dice Emilia.

Sos libre de decir lo que quieras. La pregunta es cuán dispuestos están a escucharte.

Te queda medio vaso. No abandones ahora.

A Alfonso no se le para, dice Carolina.

¿Quién?

Mi pareja. Alfonso. El falso abogado. Es impotente. No se le para. Nunca en la vida se le puso dura. Y si alguien me preguntara por qué estoy con él, respondería exactamente que por eso, que lo que más me gusta es su impotencia, la resignación perenne de su poronga.

Carolina sacude el brazo derecho en un gesto que pretende significar desdén.

A veces curioseo en internet cuál es la mejor clínica para hacerme las tetas, dice Emilia. Una vieja de casi setenta años con tetas de *vedette* de veinte. Pezones nuevos. No tanto porque fantasee con que alguien me las chupe o manosee, no, me imagino mirándome al espejo, encremándolas antes de dormir. Quiero sentir el peso de un buen par de tetas.

Carolina toma un sorbo de *whisky* y explota en una carcajada que enseguida la avergüenza. Improvisa un puchero. Otro sorbo de *whisky*. En los últimos minutos la cocina fue perdiendo solidez.

¿Te las puedo mostrar?, dice Emilia.

¿Qué cosa?

La escritora se desabrocha la camisa. No usa corpiño, nunca le encontró el sentido. Carolina quiere comentar algo sobre los pequeños senos pálidos, pero no sabe qué. Vacía el vaso de un trago, lo deja en la mesa como un *cowboy* en un saloon, y se quita el saquito de lana, la remera con estampado de Chanel y el corpiño. Permanecen sentadas, en silencio, contemplándose las tetas, soportando una cocina que se agita cada vez con más vehemencia.

12. PAN MAYER

La representación que se hace de Camila se diluye cada vez que la vuelve a ver, como si ella se esforzase en cambiar lo suficiente para despistarlo, para derrumbarle las expectativas. No le queda otra que seguirle la corriente. Últimamente le dice a todo que sí, y luego se desmorona por dentro.

¿Fue un error invitarla a que lo acompañase a reunirse con Carolina? ¿Cuántas nuevas maneras de demostrar debilidad es capaz de improvisar?

Editorial Pasillos pide a gritos mudarse a un edificio más grande, pero según Camila su madre aún no tomó la decisión. Por el momento no quiere llevar a cabo ningún cambio drástico. El único pasillo se fue convirtiendo en depósito. Pan avanza detrás de Camila, esquivando cajas, libros, pilas de suplementos culturales.

Carolina se sorprende al ver entrar a su hija. Pan nota el fastidio en los ojos de la editora; ojos que conviven con una amplia sonrisa.

Bienvenidos, dice Carolina. Disculpen el desorden, pero…

Camila le pregunta si tienen algo de tomar.

En la cocina, andá a fijarte qué hay.

¿No podés pedirle a uno de tus asistentes que traiga algo?

No son asistentes, son editores, y tienen cosas más importantes que hacer.

Camila le pregunta a Pan qué quiere.

Una cerveza.

No tenemos cerveza, dice Carolina. Agua. Jugo. Alguna gaseosa.

Ok, dice Camila. Me fijo y veo.

Pan se sienta frente a Carolina y pretende interesarse en el contenido de un lapicero que es en realidad una taza con el logo de la editorial. Hay lápices y biromes de distintos colores y una lapicera fuente sin capuchón.

Gracias por venir, Pan, dice Carolina.

Ahora vuelve Camila y hablamos.

No es necesario que vuelva, esto no tiene que ver con ella.

Hace unos días empezó a escribir sobre Emilia, sobre su obra, sobre nuestra vida juntos, sobre mi novela en relación con la obra de Emilia. No quiero que se pierda nada. Todo puede ser material para el libro.

Carolina piensa cuál es la mejor manera de quitarse a su hija de encima. No termina de pronunciar la primera palabra cuando Camila entra sosteniendo tres vasos de jugo. Que le haya traído un vaso le da confianza.

Tendría que haberte dicho lo que voy a decir antes, le dice a Pan, y te pido disculpas por eso. Supongo que me dejé llevar por el entusiasmo, o por la oportunidad.

Pan mira a Camila como preguntándole algo. Ella saca un cuaderno de su mochila y desengancha una birome del espiral. Carolina le pide que no tome notas.

¿Por qué no?

Porque no. Venís de invitada a una reunión que no tiene nada que ver con vos, lo menos que podés hacer…

Soy la biógrafa oficial de Pan, dice Camila.

¿Qué cosa?

Voy a escribir un libro sobre su vida.

Sobre mi novela, dice Pan. Con relación a…

No, sobre tu vida. Una biografía. Ya hay una editorial interesada.

¿Qué editorial?, dice Carolina.

Todo lo que se diga con relación a Pan me interesa. Pero no te preocupes, ma, hacé como que no estoy.

Me gustaría que hablemos los dos solos, Pan. Lo digo por tu bien. Si Camila es tu biógrafa oficial, en principio es como si fuese

una empleada tuya. No va a poder publicar nada que no cuente con tu visto bueno. Así que tenés el derecho de elegir cuál información le permitís usar y cuál no. Te recomiendo que escuches lo que tengo para decirte y luego decidas si se lo contás o no.

Quiere que me quede, dice Camila.

Dejalo que decida él.

Pan mira a Camila y luego a Carolina.

Camila es mi biógrafa, dice, lo que tengas para decir nos concierne a ambos.

Se felicita por haber usado el verbo «concernir»; lo debe haber escuchado en la tele. Últimamente se duerme con la televisión prendida en algún canal de noticias veinticuatro horas: gente que habla alrededor de una mesa y le permite dormirse acompañado.

Estoy de acuerdo con eso de la biografía, dice Carolina. Un texto más adecuado que un análisis literario. Lo que quiero decir es: ¿cómo se hace un análisis literario de alguien que no escribió un solo libro?

Pan escribió la novela más importante de la literatura argentina del siglo veintiuno, dice Camila.

Pan no escribió un carajo. Nos estafó. No, peor, nos hizo cómplices de una estafa.

Yo no les mandé la novela, dice Pan. Emilia se las mandó, ella es la estafadora.

¿De qué están hablando?, dice Camila.

No te hagas la boluda, dice Carolina. Vos también te diste cuenta. ¿Te pensás que no leí la notita que escribiste para el diario? Todos nos dimos cuenta y elegimos ser parte de esta farsa.

¿Es verdad? ¿No sos el autor de *El fin de lo que viene*?

Autor significa muchas cosas, dice Pan.

Significa una sola, dice Carolina.

¿Por qué lo hiciste?, dice Camila.

¿Por qué no? Toda mi vida fue una farsa. Por culpa de Emilia. ¿Qué le hace una mancha más al tigre?

Voy a organizar una conferencia de prensa, dice Carolina. Te vas a sentar a mi lado y contar la verdad. Vas a pedir perdón, y yo voy a

pedir perdón, y que sea lo que tenga que ser.

No pienso sentarme a tu lado ni pedirle perdón a nadie. A *mí* me tienen que pedir perdón. Los hijos de puta que me vendieron. La hija de puta que me compró y se metió en mi cama. Y ahora ustedes me quieren quitar lo poco que tengo.

Es que no lo tenés, Pan. Siento mucho todo lo que te pasó, lo que te hicieron, pero es importante que entiendas que esto de la novela afecta a gente que no tiene nada que ver con eso, con tu vida. Gente que no es culpable de…

Camila se pone de pie y cierra la puerta.

¿Qué pasa si nadie dice nada?, pregunta.

No hay manera de asegurar que nadie nunca vaya a decir nada, dice Carolina. No pienso vivir con…

Los involucrados podríamos firmar un acuerdo de confidencialidad.

Es una locura.

¿Por qué?

¿Y en tu biografía vas a aseverar que Pan escribió *El fin de lo que viene*?

Sí.

¿Me estás jodiendo?

Salimos de la oficina y esta reunión jamás sucedió, dice Camila. Pan sigue firmando ejemplares. Yo continúo con la biografía. Cuando la termine te la doy a leer y si te gusta la publican ustedes. Queda todo en familia.

* * *

Camila lo acompaña hasta el hotel. Pan se siente agotado, como si la reunión se hubiese llevado a cabo durante una larga escalada al Cordón del Plata.

En una visita a Mendoza con Emilia, los organizadores de la masterclass habían luchado por convencerla de visitar la cordillera,

pero no lograron moverla del bar del Sheraton; se tuvieron que conformar con Pan y su arsenal de frases hechas.

¿Querés subir un rato a la pileta?, le pregunta a Camila. Está abierta hasta las nueve. Después pedimos algo de cenar al cuarto.

No, gracias.

Ok, dice Pan que aprendió a no insistir. Hablamos mañana entonces.

No, dice Camila, vamos directo al cuarto.

En el ascensor Pan se concentra en la luz que salta de piso en piso (la del tercero no funciona), toda su suerte resumida en esta capacidad de mantener la atención fija.

Camila no tarda en quitarse las zapatillas y arrojarse a la cama como una paracaidista al abismo. Atrapa el control remoto de la mesita de luz y prende la tele. Pan no sabe qué hacer. Ningún movimiento le parece sincero. Acomoda innecesariamente las pocas cosas que hay sobre el escritorio y se sienta en la silla con apoyo lumbar. Enseguida se pone de pie y va al baño.

Se contempla en el espejo: la incertidumbre de Camila le viene estrujando el apetito y la panza no le cuelga como semanas atrás. Igualmente su cuerpo deja mucho que desear. Emilia podría haberlo impulsado a hacer algún deporte, o a ejercitar en casa, o a salir a correr.

Vení, dice Camila.

Pan vuelve al cuarto y se sienta en el borde de la cama. En la tele dos mujeres patovicas se dan para que tengan en un *ring* de boxeo que es también una jaula. Camila le pide que se acueste. Pan se quita los borceguíes y se acuesta con la espalda encorvada contra la pared; una postura que debería inaugurar una palabra, ya que no consiste en estar sentado ni acostado.

¿No te aburrís de este cuarto?, dice Camila.

Me gustan los cuartos de hotel. Y todos son parecidos. No vale la pena mudarse. Estar en un cuarto de hotel es haber estado en todos los cuartos de todos los hoteles.

Camila saca el cuaderno y la birome de su mochila en el suelo y toma nota: *Estar en un cuarto de hotel es haber estado en todos los*

cuartos de todos los hoteles.

Pan cambia de canal, pero ella le pide que vuelva al combate entre mujeres. Le cuenta que un tal Gonzalo es fanático de esta competencia de artes marciales mixtas y se la anduvo explicando. Él se muere por preguntarle quién carajo es Gonzalo, pero se queda callado, pretendiendo interesarse por lo que pasa en la tele.

Mi vieja ama la editorial más que a nada en el mundo, dice Camila. No va a abrir la boca.

¿Y lo de la amiga periodista?

Mi vieja no tiene más amigas que la editorial.

¿Y vos? ¿Amigas?

Un par. Ya las vas a conocer. Lo importante es que podemos seguir con el libro de tu vida.

¿Por qué no me contaste que pensabas escribir mi biografía?

Quería darte la sorpresa.

Estoy harto de tantas sorpresas.

Mi vieja es capaz de asesinar al Papa antes de arriesgar perder la editorial.

Me da lo mismo.

Basta, Pan. No digas eso. Es uno de tus rasgos más desagradables. No te da lo mismo. Nada nunca da lo mismo.

Me da lo mismo.

Camila gira violentamente, se le sienta encima y le atrapa la cabeza con ambas manos.

¿Por qué no te tirás por el balcón?, le dice.

Este cuarto no tiene balcón.

Si todo te da lo mismo…

No me da todo lo mismo.

Pan le atrapa la cintura con ambas manos. Ella lo mira con seriedad y le pregunta qué se piensa que está haciendo.

Odio ser tu amigo, dice él. Quiero que dejemos de ser amigos.

No sabía que éramos amigos.

¿No? ¿Qué somos entonces?

Nada. No hay necesidad de ser nada específico. Hoy elegimos pasar tiempo juntos…

Mucho tiempo.

… pero en el futuro nunca se sabe.

Yo sí que lo sé.

¿Qué sabés?

Pan daría su fama, dinero, este cuarto de hotel, el licuado de banana semipodrida, a cambio de animarse a adelantar la cabeza y besarla. No es que no se anime, ella le sostiene la cabeza contra la pared. O tal vez agradezca que ella le sostenga la cabeza porque lo libera de la obligación de animarse.

Podría ser tu hija, dice Camila.

Dejate de joder.

Ella le suelta el cuello y, como si fuese lo más natural del mundo, le inserta ambos índices en las fosas nasales.

Emilia solía quitarle la cera de las orejas con la uña del meñique. Una vez, cuando Pan tenía diecisiete años, le preguntó si podía probarla. Él le dijo que no tenía problema, aunque le parecía repulsivo, y cerró los ojos. Ella le pidió que los abriera, que no era para tanto, y le dijo que no tenía gusto a nada. Pan se sacó un moco de esos que son mitad blandos mitad duros y se lo ofreció. Emilia lo tomó como un desafío, como una muestra de amor. Le dijo que todas las personas deberían probar la cera, mocos, pis, caca de sus parejas; al menos las personas que realmente aman a alguien.

Camila acerca su cara a la de Pan y le pregunta si le quiere dar un beso.

Sabés que sí, dice él.

¿Y por qué no me lo das?

Pan extrae con más brusquedad de lo que hubiera deseado los dedos de sus fosas y los chupa: primero el derecho y luego el izquierdo. Camila sonríe con asco. Luego le presiona las caderas con los muslos y lo besa en la boca. Al sentir los labios húmedos, Pan entiende, como si fuese una revelación, que Camila es la segunda mujer que besa en la vida.

* * *

Imelda lo llama para saber cómo anda y contarle que a Carlos van a tener que colocarle dos stents.

Qué cagada, dice Pan, aunque no sabe con seguridad qué significa la palabra «stent». ¿Cómo anda?

Bien. Es una operación de rutina.

¿Quieren que lleve empanadas?

¿Adónde?

Hoy. Paso a cenar.

Dale, te esperamos. Pero no traigas empanadas. Carlos tiene que comer livianito.

El departamento de los Ortiz huele a caldo de pollo. Como hicieron tantas veces antes, se sientan en los sofás del *living* a ver cualquier cosa en la tele. Imelda le pregunta a Pan cómo viene la novela.

Ahí anda, dice él.

No le gusta hablar de la novela con Imelda porque, desde que le contó que había escrito un libro en secreto y que una editorial iba a publicárselo, la tutora decidió empezar a mirarlo con una cierta ironía, como si supiese la verdad pero no le conviniese hacer nada al respecto. Pan le responde con evasivas y ella las acepta.

¿Cuándo es la operación?, le pregunta a Carlos.

No es una operación, es una intervención.

El jueves que viene, dice Imelda.

Nada del otro mundo, dice Carlos, hacen mil por día.

Se te extrañaba por acá, Pan. Nos habíamos acostumbrado a tenerte. Pero ahora que sos famoso…

No soy famoso, dice Pan. Nadie me saluda en la calle. Nadie me pide fotos.

Leímos todas las notas, dice Carlos. La gorda las recorta y colecciona.

Te voy a armar un álbum, dice Imelda.

Pan quiere cambiar de tema, pero no se le ocurre ninguno.

Perdón que no les conté nada, dice. No se lo dije a nadie porque no sabía si iba a ser capaz de terminarla, o si realmente valía la pena.

Carlos cambia de canal hasta que encuentra un noticiero: hubo

un movimiento sísmico de escala intermedia en el norte del país. Imelda deja los platos hondos con sopa de cabellos de ángel sobre la mesa ratona y le pregunta a Pan dónde escribía.

¿Qué cosa?

Cuando vivías acá con nosotros, ¿dónde escribías?

En distintos lados. Locutorios. Bares. El celular.

¿El celular?

Me encerraba en el baño y tipeaba en el tecladito.

Pan se arrepiente de haber dicho semejante estupidez. ¿Quién escribe una obra literaria de la calidad de *El fin de lo que viene* en un celular? Una idea que improvisó para Camila y la hizo reír y le alegró el día (a él).

Sé que no te gusta hablar de eso, dice Imelda, pero es un libro hermoso. Emilia debe estar orgullosa.

¿Qué significa ese comentario? ¿Desde cuándo importa lo que piense o sienta Emilia?

Pan se lamenta de no haber traído empanadas. No hay manera de saciar la ansiedad con este caldito desabrido.

¿Qué tal el hotel?, dice Carlos.

Bien. Preparan el mejor licuado de banana con leche que probé en mi vida. Después de la intervención tenés que venir a probarlo.

Me da asco la leche.

Y vos, Imelda, cuando quieras usar la pileta estás invitada.

Te vas a fundir viviendo en el hotel, dice Imelda.

Eso mismo me dijo Emilia.

Tiene razón.

Pan se imagina volviendo a su cuarto, llamando a room Service y abriéndole la puerta a la hamburguesa completa y papas fritas bajo el domo de metal plateado. ¿Cómo hizo para vivir tantos meses con estas personas? Tantos días atendiendo el kiosco/librería/locutorio, él, un autor reconocido, el presente y futuro de la literatura argentina…

Imelda les pregunta si se quedaron con hambre.

No, estoy bien, dice Pan. Muy rico.

Carlos lo mira con unos ojos que le aclaran que no es necesario

mentir. Habría que aprender de esta pareja de años: las formas sutiles de llevarse la contraria; un amor que se alimenta de las imperfecciones, de los desniveles emocionales, del hartazgo.

Pan espía en su celular los suplementos culturales de los diarios más importantes. Los rostros de los escritores que posan frente a cámaras intentando transmitir algo que de alguna manera ayude a promocionar sus libros le provocan acidez. No una acidez tangible, física, sino anímica.

¿Cómo anda el kiosco?, le pregunta a Carlos.

Igual.

Va a necesitar a alguien que se lo atienda el día de la intervención y la semana de reposo, dice Imelda.

Lo mejor es cerrar, dice Carlos. Cuelgo el cartelito de por vacaciones.

Te lo atiendo, dice Pan.

No, gracias. Sos una persona ocupada ahora. Supongo que estarán esperando el próximo libro.

Dejalo, dice Imelda, te quiere dar una mano.

No pasa nada si cerramos unos días.

Un poco sí que pasa.

Olvídense, dice Pan. El jueves a la mañana vengo a buscar las llaves. ¿Cambiaste algo desde que…?

El locutorio solamente, dice Carlos. Le di de baja. Ya todo el mundo tiene su propio teléfono. Las cabinas siguen estando, pero…

Estamos juntando plata para sacar las cabinas y armar un sector de bisutería, dice Imelda. La madre de uno de mis alumnos…

Se las doy, dice Pan.

¿Qué cosa?

La plata. ¿Cuánto necesitan?

Ni se te ocurra, dice Imelda.

Mejor gastarla en eso que en masajes en el hotel. Si no la aceptan me la voy a gastar en masajes.

Nunca en la vida me di un masaje, dice Carlos. Me da cosa que me toquetee un extraño.

Imelda se lleva los platos a la cocina y vuelve con un tupper con

queso cremoso y dulce de membrillo. Le pide a Carlos que se levante del sofá y traiga platos y cubiertos. Pan se dispone a ir, pero ella le dice que no.

Que vaya él. Le hace bien moverse un poco.

Pan pellizca el control remoto que Carlos olvidó sobre el apoyabrazos y se dispone a cambiar de canal, cuando el rostro de Carolina Klug le sonríe. No, sonríe a las cámaras. Una mesa larga con micrófonos y botellitas de agua mineral.

Carlos vuelve con tres platos de postre y tres juegos de cuchillo y tenedor y los suelta sobre la mesita ratona como el obrero suelta el último ladrillo de la jornada. Tarda varios segundos en entender lo que está pasando en la tele.

¿Y esto?, dice.

Imelda pregunta dónde está el control remoto y, al darse cuenta de que lo tiene Pan, le pide que suba el volumen. Pero Pan no reacciona. Quiere apagar la tele. Apagar el mundo.

Emilia soporta los *flashes* con cara de nada.

Imelda arranca el control remoto de los dedos de Pan y sube el volumen hasta que la voz de Carolina es lo único que importa.

… y aclarar que hoy no vamos a responder preguntas. Emilia Mayer aceptó presentarse conmigo, pero con la simple intención de informar lo que vinimos a informar. Luego les vamos a hacer llegar un comunicado de prensa con los detalles.

Emilia destapa una de las botellitas de agua y pretende tomar un sorbo, pero duda, huele el pico y deja la botella junto al micrófono, destapada. Mira a Carolina esperando que le diga qué hacer. Los *flashes* se vuelven más esporádicos: las cámaras aburridas de retratar la misma imagen.

Mi nombre es Carolina Klug y soy la editora en jefe de Editorial Pasillos. En marzo del año pasado mi editorial publicó la novela *El fin de lo que viene* y desde entonces el libro se convirtió en un éxito de ventas, traducido a casi treinta idiomas. La novela se publicó bajo el nombre de Pan Mayer, pero descubrimientos recientes han ido derrumbando la validez de esa autoría. Es por eso que me encuentro acá con Emilia Mayer. Ella es la verdadera autora de *El fin de lo que*

viene.

Carlos le muestra a Pan una incertidumbre auténtica. Pan espera que Imelda también le clave la mirada, pero la tutora no despega los ojos de la pantalla, lo juzga con la nuca.

Emilia hacía años que venía trabajando en la novela, dice Carolina, pero cuando Pan apareció en los medios le arrebató la posibilidad de publicarla. Como todos saben, tanto Emilia como su obra han sido canceladas. Es por eso que ella eligió regalarle la novela a Pan. Era una forma de publicar el libro en el que había trabajado años y al mismo tiempo ayudar al amor de su vida, una persona que carece tanto de profesión como de experiencia laboral.

Pan golpea el tupper con la suela del borceguí y el dulce de membrillo impacta contra la impasibilidad de Emilia.

¡Ey!, dice Imelda. ¿Te volviste loco?

Apagá, dice Pan.

Mi intención era ayudar a Pan, dice Emilia. En aquel momento no sabía que la intención de él era traicionarme. No sabía que se había puesto de acuerdo con su tutora, Imelda Ortiz, para armar una movida de prensa en mi contra. Cuando lo supe ya era demasiado tarde.

En el comunicado van a encontrar distintas pruebas de que Emilia Mayer escribió *El fin de lo que viene*, dice Carolina. Todos los *mails* de backup que se fue mandando durante los años en los que trabajó en la novela. Fotos de cuadernos y hojas sueltas donde aparecen los personajes principales y sus detalles, al igual que distintas estructuras que fue desarrollando y descartando, pero en las que aparecen elementos que terminaron siendo esenciales en la versión final.

En mi relación con Pan nunca hubo lugar para el abuso, dice Emilia. Siempre fuimos dos personas libres que nos elegíamos. Una convivencia con consentimiento de ambas partes.

¿De qué habla esta loca de mierda?, dice Imelda.

Pan le vuelve a pedir que apague, pero la tutora continúa sin mirarlo, los ojos fijos en la tele, la mano con el control sobre la rodilla derecha, la pierna izquierda moviéndose a un ritmo frenético.

… y entiendo que mi accionar representa de alguna manera un fraude, dice Emilia, y quiero pedir disculpas por eso. También quiero dejar en claro que tanto la Editorial Pasillos como Pan Mayer fueron víctimas, no cómplices.

Alguien seguramente va a decir que Pan podría no haber jugado el juego, dice Carolina, exponer el engaño de inmediato, pero rogamos que tengan en cuenta que en aquel momento no contaba con ingreso económico alguno ni posibilidades de trabajo. Fue una decisión equivocada de su parte, sí, pero también hija de la desesperación. Emilia le hizo un regalo y él lo aceptó.

Soy la única culpable.

Editorial Pasillos no tiene la intención de lavarse las manos. Somos en parte víctimas y en parte victimarios. Y queremos pedirles disculpas a los lectores que compraron el libro, y a los periodistas que se tomaron el tiempo de leerlo y reseñarlo, y a las editoriales extranjeras que adquirieron los derechos de traducción. Pero la novela es la novela. El texto es el texto. Las palabras no cambian. La obra maestra que tienen en sus casas sigue siendo una obra maestra.

Emilia se pone de pie con brusquedad y sale de cuadro. Carolina la sigue con la mirada y luego vuelve al micrófono.

Muchas gracias, dice. En los próximos días voy a estar respondiendo cualquier duda que tengan.

Saluda alzando los brazos y mostrando ambas palmas.

Imelda mutea la tele y gira hacia Carlos con los ojos llenos de lágrimas.

¿Podés creer, viejo?

Pan siente unas ganas tremendas de gritarle «¡¿Quién te pensás que sos, gorda de mierda?!». Se clava los dedos en los muslos y patea la mesita ratona.

¡Córtala!, dice Carlos.

¿De dónde sale esta bronca? ¿Tanto le viene gustando su nueva vida de escritor? Es probable que sí, porque se sorprende aullando que es todo una mentira, que Emilia otra vez quiere cagarle la vida, que no soporta que su novela haya tenido tanto éxito.

Si lo que decís es verdad, tenés que hablar con la prensa, dice

Imelda. Ya. Ahora. No dejes pasar un minuto más.

Pan recuerda a Camila como quien de pronto comprende que olvidó de dejarle una ventana abierta al bebé en el asiento trasero de un auto estacionado bajo el sol.

* * *

Pan intentó llamar a Emilia «Ma» en distintos momentos. Cuando aprendió a decir las primeras palabras (lo que la despistó enormemente ya que nunca había pronunciado semejante sílaba frente a él excepto cuando formaba parte de otra palabra, como por ejemplo «amasijo»). Cuando Emilia le empezó a leer cuentos antes de dormir y Pan la interrumpía con preguntas que la mayoría de las veces no tenían sentido. Cuando se hizo adicto al programa de televisión mexicano *El Chavo del 8*. Cuando se convenció, a los trece años, de que «Emilia» era uno de los nombres más tontos que había escuchado.

Al principio ella le explicaba simplemente que no le gustaba que la llamara así, pero luego se vio forzada a contarle la verdad. Algo que, está convencida, ya tenía pensado hacer.

* * *

Camila no muestra ningún indicio de estar al tanto de lo que acaba de pasar. Pan va de una punta a la otra del *lobby* agitando los brazos de una manera que sabe es antinatural pero no consigue evitar.

Nunca hubiera imaginado que mi vieja fuera capaz de semejante paso de comedia, dice ella.

Nadie se está riendo, dice él, excepto Emilia.

¿Querés subir al cuarto? Pedimos algo de comer, vemos un rato de tele…

No, acompáñame a lo de Emilia.

¿Ahora?

Pedí un auto con tu aplicación. Yo lo pago.

En el asiento trasero del Uber, Pan apoya la mano en el tapizado con la esperanza de que Camila se la agarre, o al menos se la roce. Pero ella se mantiene recostada contra su puerta, disfrutando de las veredas oscuras, la ausencia de gente. Las ciudades hacen más sentido de noche.

El barrio de Emilia a esta hora es un pozo negro. El conductor chequea los alrededores convencido de que en cualquier momento los despluman. Pan le indica en qué calles le conviene doblar.

Cruzando a mitad de cuadra está bien, le dice.

La casa de Emilia tiene una sola luz encendida, la de la cocina. El frente no se ilumina cuando se acercan a la puerta principal. Camila disfruta de la situación con un entusiasmo que a Pan le resulta desagradable.

Dejame hablar a mí, le dice.

¿Y para qué me trajiste entonces?

Pan toca el timbre pero sigue desconectado. Golpea la puerta. Otra vez. Otra. Con ambos puños. Hasta que la ventana de la cocina se abre y Emilia asoma la cabeza.

¿Quién está ahí?

Pan se acerca a la ventana de la cocina lo suficiente para notar que Emilia está a un sorbo de caer en una de sus ebriedades herméticas, inaccesibles.

Abrime, le dice.

¿Con quién estás?

Una amiga.

Emilia esconde la cabeza y cierra la ventana. Unos segundos luego, la luz de la cocina se apaga. Pan espera junto a Camila frente a la puerta principal. Varios minutos. Ningún sonido del interior de la casa.

Tampoco del exterior, como si todos los vecinos durmiesen al mismo tiempo, en una sincronización perfecta; incluso los perros.

¿Qué estará haciendo?, dice Camila.

No sé.

¿Golpeamos otra vez?

No.

¿Cuántos minutos pasaron?

Ni idea.

Camila va hacia una de las ventanas del *living* e intenta espiar lo que pasa dentro.

No se ve un carajo, dice.

¡Señor, la jaula se ha vuelto pájaro y se ha volado, y mi corazón está loco porque aúlla a la muerte y sonríe detrás del viento a mis delirios! ¡Qué haré con el miedo! ¡Qué haré con el miedo!

La puta madre que lo parió, dice Pan.

¿Qué es eso?

Pizarnik.

Camila salta en el lugar como una nena de jardín de infantes que acaba de encontrar la montaña de regalos. Pan golpea la puerta con ambas palmas.

¡Dale, Emilia, abrí!

¡Ya no baila la luz en mi sonrisa, ni las estaciones queman palomas en mis ideas! ¡Mis manos se han desnudado y se han ido donde la muerte enseña a vivir a los muertos!

Pan patea la puerta con la punta del borceguí.

¡Señor, el aire me castiga el ser! ¡Detrás del aire hay monstruos que beben de mi sangre!

¡Vieja loca, tenemos que hablar!

No sé si es buena idea llamarla «vieja», dice Camila.

Vamos. Vuelvo mañana cuando se le pase el pedo.

No, ya estamos acá.

No va a abrir. La conozco.

Tal vez podamos entrar nosotros.

Camila va hacia la puerta principal e intenta girar el picaporte: cerrada. Se dirige a la ventana de la cocina. Emilia no la cerró del todo bien. Camila le hace una seña a Pan para que se acerque y vea, pero él solo piensa en enfilar por el camino y retomar el plan original: el plan que no acepta planes.

Camila se lanza de cabeza a la oscuridad de la cocina. Pan oye

una risita y de inmediato un golpe seco, como si alguien soltara una bolsa de arena contra un suelo de cemento alisado. Unos segundos luego, Emilia se asoma y lo mira. Pan aguarda que le diga algo, que le explique qué pasó, dónde está Camila, pero Emilia se mantiene en silencio, tragando aire fresco, ambas manos aferradas al marco de la ventana.

¿Qué pasó?, dice Pan. ¿Y Camila?

¿Ella es Camila?

Sí.

Es una nena.

Emilia vuelve a esconder la cabeza y cerrar la ventana. Pan piensa en empujarla de la misma manera que lo hizo Camila. O no, lo mejor es enfilar a la calle y retomar el plan que…

La puerta principal se abre y Emilia sale descalza, vistiendo un camisón largo. Parece sorprenderse de que el suelo que pisa no tenga la uniformidad tersa del interior. Pan da tres pasos hacia quien alguna vez fue la mujer de su vida, la única persona que valía la pena, con las manos en los bolsillos para evitarle la certeza de que tiemblan.

¿Qué hiciste?, le pregunta.

Se metió en mi casa la pelotuda. Por la ventana. Eso es un delito. Yo solo me defendí.

Pan se apura a entrar en la casa, se dirige a la cocina y se arrodilla junto al cuerpo de Camila. Apenas la ve entiende que se trata de un cuerpo. Una incisión profunda junto al ojo derecho. Sangre. Mucha sangre. Una de las copias de la *Poesía completa* de Pizarnik.

Me defendí con el libro, dice Emilia. Se pegó la cara contra el vértice de la mesa. Fue un accidente, culpa de ella.

Pan examina el cuerpo con la torpeza de los que solo aprenden del cine y la televisión. No hay pulso. Lo desborda un llanto que empuja a Emilia afuera de la cocina.

13. EMILIA MAYER

Su abuela Norma le había regalado el *Pinocho* de Collodi en tapa dura. Emilia, en el suelo de la cocina, se dedicaba a examinar las ilustraciones, en especial el fondo del océano, esa oscuridad tan difícil de dibujar, y la ballena: el interior del monstruo marino. De vez en cuando giraba la cabeza para espiar los pies en chancletas de su abuela sopapeando el suelo.

La escritura aún no le llamaba la atención. Las palabras le interesaban más por su forma o sonido que por su significado o el lugar que ocupaban en la frase. Manchas entre los dibujos.

Andá a lavarte las manos que ya está, dijo Norma.

Pedro se sentó a la mesa segundos antes de que Norma sirviera la comida. Silbaba una melodía que no recordaba dónde había escuchado ni a qué compositor pertenecía, al punto de sospechar que tal vez la había compuesto él. Ya no necesitaba preguntarle a Norma cuánto faltaba, había aprendido a detectar un relajamiento en los sonidos que salían de la cocina.

Emilia acomodó el libro de Collodi junto a su plato, pero se dio cuenta de que no iba a ser fácil comer con el fondo del océano a un lado. Calzó el libro entre sus nalgas y la silla.

Norma solía cocinar para un regimiento, como se dice. Un promontorio de pasta, manteca y queso rallado en cada plato. Emilia sabía que no la iba a dejar en paz hasta que masticara y tragase el último tagliatelle. A esa edad ya era consciente de que la comida es una pérdida de tiempo, pero tanto su madre como su abuela la llenaban de alimento día tras día, orgullosas, como si cada bocado

que ella tragaba les saciara un hambre voraz.

Comé que se enfrían, dijo Norma a nadie en particular.

Pedro clavaba el tenedor tres veces en la pasta antes de llevárselo a la boca.

Muy ricos, dijo Emilia.

Norma sonrió con restos de pasta en la comisura de los labios. Le costaba masticar cualquier cosa por más blanda que fuera ya que sus dientes no le funcionaban del todo bien. Eso decía Norma: que Dios la había estafado cuando le encastró la dentadura.

Pedro anunció que se le habían enfriado, confirmando en el tono que no había nada que pudiera hacer al respecto. Norma le dejó en claro que no pensaba prender el horno. Pedro pinchó un tagliatelle y sostuvo el tenedor como si fuese una varita mágica.

¿Qué opinás de tu abuela?, dijo.

Dejala comer.

Tené cuidado, Emilita. Hay que elegir muy bien con quién te casás, porque luego es para siempre. Imaginate viviendo con tu abuela hasta el fin de los tiempos.

No le digas esas cosas, viejo.

Viejos son los trapos.

Emilia no tardó en darse cuenta de que vaciar el plato iba a requerir de un esfuerzo inhumano. Empezó a pensar excusas. Se decidió por una que ya había usado antes con sus abuelos paternos.

Me duele la muela, dijo.

¿Cuál?, dijo Norma.

La de este lado.

Masticá con las muelas del otro lado. Una panza llena cura todo.

Yo te ayudo, dijo Pedro, y pinchó tres tagliatelles del plato de Emilia y se los metió en la boca. Helados. Es absurdo construir estos pirineos de pasta y esperar que los devoremos antes de que se enfríen.

Norma se puso de pie, levantó los tres platos, arrojó la pasta fría dentro de la olla, prendió una hornalla, un chorro de agua y acomodó la olla sobre el fuego. Cuando los tagliatelles humeaban, quitó la olla del fuego, fue hacia Pedro y le soltó la pasta caliente

sobre la falda.

Emilia sintió miedo al ver el gesto en su abuelo: una expresión que pertenecía a alguien que no se encontraba en la cocina con ellos; alguien que había que evitar a toda costa.

Su segunda novela cuenta la larga vida de ese alguien. Luego de discutirlo con su editor de entonces, se decidieron por el título *El quinto mosquetero*. La contratapa incluía un comentario breve de Adolfo Bioy Casares: El quinto mosquetero *cuenta la historia de un hombre que existió pero nunca estuvo*.

* * *

¿Dónde aprendió a llorar de esta manera? La amedrentan más los espasmos que sacuden a Pan que el cuerpo de la chica en el suelo de su cocina. Quiere pedirle que se olvide, que la deje donde está, que ella se ocupa, pero ya no sabe cómo hablarle, cómo tratarlo. Un libro que conocía de memoria y alguien se ocupó de borrarle de la mente. No es la primera vez que piensa en Pan como un texto que ella escribió y pulió hasta en los más mínimos detalles. Otra metáfora inocua, blanda, que debe existir en cien mil tomos a lo largo y ancho del mundo. El mundo blando. Su madre tenía las ideas blandas.

¿Qué hacés ahí parada?, dice Pan. Llamé a una ambulancia.

Emilia se apura al *living*, se detiene, piensa, se dirige al dormitorio pero no entra porque sabe que su celular está en el baño. Ya no tiene teléfono de línea. Nadie tiene teléfono de línea.

La ambulancia tarda casi media hora en estacionar frente a la casa, veintitantos minutos que Emilia y Pan pasan sentados en los sofás del *living*, sin mirarse, ensayando los fragmentos de un diálogo que nunca terminó de escribirse.

¿Vos le pediste?

…

Que se metiera.

No.

Un accidente.

…

Culpa de ella.

Hay que llamar a Carolina.

…

Klug.

No pienso llamarla.

Hay que contarle.

Un accidente. La nena se…

No es una nena.

¿La amabas?

Creo que sí.

¿Y ella te amaba a vos?

…

¿Qué les vas a decir?

La verdad.

¿Cuál?

Pan va a la cocina y, evitando mirar el cuerpo en el suelo, abre la alacena: ocho botellas de Glenmorangie cerradas. Vuelve al *living*, se sienta y destapa el *whisky*.

Hay uno abierto en mi cuarto, dice Emilia.

Pan toma un sorbo. Se imagina partiéndole la botella en el cráneo, buscando los cuadernos y manuscritos de *El fin de lo que viene* y quemándolos en el jardín. Quemarlos con el cuerpo. Ambos cuerpos. Empezar de nuevo. ¿Empezar qué?

En realidad eso lo imagina Emilia. Imagina lo que estará pensando Pan. Le gustaría ofrecerle un nuevo comienzo, aprovechar la tragedia para darse por vencidos, abandonar esta guerra absurda.

No la maté, dice.

Pan toma un sorbo y calza la botella entre su pierna izquierda y el apoyabrazos.

Estaba en pedo, dice Emilia. Aún lo estoy. Supongo. No me siento en pedo.

Sigue ahí tirada, en tu cocina.

Se metió por la ventana.

No empieces con lo mismo.

¿Te pensás que soy capaz de matar a alguien?

Emilia le muestra una mano pidiéndole la botella. Pan se levanta lentamente y, cuando los dedos de Emilia atrapan el vidrio, le encaja un sopapo.

* * *

Unos años antes de comprar a Pan, Emilia adoptó un cachorro de raza indescifrable que alguien había abandonado en la única guardería del barrio. Vio el aviso en la pared de corcho junto a la puerta de la papelería donde compraba sus cuadernos Rivadavia, el único de los panfletos que no intentaba venderle algo, y la cara del cachorro en la foto a color le pareció extrañamente humana.

En la guardería intentaron explicarle las responsabilidades que acarreaba adoptar un perro. Emilia intentó explicarles que algo en la foto le había llamado la atención, pero no podía definir qué. Les mostró los cuadernos que acababa de comprar y les dijo que había venido directo de la papelería. El veterinario le informó que el cachorro ya estaba vacunado.

¿Qué tipo de comida le tengo que dar?, le preguntó Emilia.

Cualquiera de las buenas.

¿Cómo sé cuáles son las buenas?

El precio. Lo barato nunca es bueno.

Los primeros días le fue imposible retomar la rutina: el bicho estaba siempre ahí, ensuciándole la soledad.

Una de sus últimas parejas vivía con un ovejero alemán tan viejo que, cada vez que le proponían salir a dar una vuelta y hacer pis, se escondía en el ropero. Emilia había disfrutado tirarse en la cama a leer o escribir con el ovejero alemán recostado contra sus piernas. Era la primera vez que prefería el contacto directo con algo vivo mientras leía o escribía. Era la primera vez que buscaba ese contacto. Soportó la relación con su pareja (hacía por lo menos un año que

había dejado de quererlo; hacía por lo menos cinco meses que había empezado a despreciarlo) hasta que el ovejero alemán murió.

Aunque el cachorro era macho, lo bautizó Flora. De a poco se fue acostumbrando a leer o escribir sentada a la mesa de la cocina con Flora acostado sobre sus pies. Empezó a bañarlo cada vez menos porque le gustaba sentirle el olor: un hedor a compañía que cuando abandonaba la casa extrañaba.

Flora falleció a los cuatro años de muerte súbita, sobre los pies de su dueña, mientras Emilia, medio borracha, se reía de la sarta de pavadas que había escrito en el cuaderno Rivadavia.

* * *

Hubiera preferido no mostrarse tan sorprendida. Mira a Pan mirarla con lo que ella supone es pánico reprimido, o bronca. ¿La bronca puede parecerse al pánico? Quiere decirle que está bien, se merece el sopapo, dos sopapos, tres, cinco, pero no lo hace porque no está convencida de que se los merezca.

No contamos más que la verdad, le dice.

¿A quién le importa la verdad? Todos me hablan de la verdad, verdad, verdad. Estafa, estafa, estafa. Lo que importa es… Lo que…

Tranquilo.

Pan se dispone a encajarle otro sopapo, pero la forma en la que ella se contrae lo reprime. Durante unos segundos no sabe qué hacer con la mano en alto. Luego oyen la ambulancia que estaciona.

Acordate, dice Emilia, fue un accidente.

Pan, con los ojos llenos de lágrimas, le pide que vaya a abrir. ¿De dónde salen esas lágrimas? Tan de pronto, como si las hubiese invocado.

Emilia abre la puerta y los médicos entran sin mucha premura. Los guía hasta la cocina explicándoles lo que pasó: la chica se metió por la ventana y se resbaló y se pegó la cabeza contra el borde de la mesa. Se tranquiliza al explicarlo porque no es más que la verdad, o

casi. Los médicos examinan el cuerpo y confirman que Camila está muerta. Llaman a la policía y les piden a Pan y Emilia que salgan de la cocina, que no toquen nada.

Otra vez en los sofás del *living* esperando que llegue la patrulla. Pan permanece en silencio, sin mirarla, y eso la preocupa. Emilia se pregunta por qué aceptó salir a contarle al mundo que ella escribió *El fin de lo que viene*. ¿Qué problema hay en que Pan haya ganado unos pesos con la entrevista de Imelda?

Estaba borracha, le dice. Aún lo estoy. Vi que alguien se metía en mi cocina y…

Basta, dice Pan.

Ok, me callo.

Pan remueve el brazo derecho de la manga del *sweater* y así permanece, con un brazo abrigado y el otro a la intemperie.

No la conocía, dice. ¿Cómo se puede amar a alguien que no se conoce?

Emilia intuye que lo mejor es no decir lo que está a punto de decir.

Y la verdad es que en parte me parecía una idiota, dice Pan.

Así es el éxito, dice Emilia, un imán de idiotas.

Pan se termina de quitar el *sweater* y lo calza junto a la botella, entre su pierna izquierda y el apoyabrazos.

Voy a seguir afirmando que la novela la escribí yo, dice. Me la merezco. La fama. El respeto. Cuando aparecí en los medios contando mi verdad, nuestra verdad, no tardaron en darme la espalda, en dejarme en claro que no era alguien que importase. No fui más que una noticia de unos pocos días.

Una noticia que destruyó mi carrera.

Una noticia que terminó en esta locura, dice Pan y se larga a llorar otra vez. ¿Qué hice? ¿Qué hicimos? ¿Qué hiciste, Emilia?

Las luces de la patrulla rompen la intimidad. Pan se pone de pie y va hacia la puerta principal, pero no la abre, gira hacia Emilia y le pregunta qué conviene hacer. Ella no puede evitar una sonrisa que no es más que un error.

Yo me ocupo, le dice.

* * *

Escribió su primer libro (de cuentos) a los diecinueve años. Lo terminó en menos de ocho meses. Eso la invitó a dudar: ¿se había esforzado lo suficiente? Estaba segura de haber hecho lo mejor que pudo, pero no lo había sentido como un esfuerzo. Escribir aquel primer libro había consistido mayormente en placer. Un placer controlado, rutinario. Un placer que podía tocarse. Un placer al que podía darle palmaditas en la espalda.

La atormentaba haber leído tantas biografías de escritores en donde el acto de escribir se relacionaba con el sufrimiento, la carencia, el ostracismo. Trabajaba en la librería de diez de la mañana a ocho y media de la noche, y luego volvía a su monoambiente con unas ganas tremendas de escribir. Cenaba cualquier cosa. Lo importante no era comer. Se preparaba un termo de café, un intento ridículo de convencer a la mente de que acababa de amanecer, y escribía sus cuentos a una velocidad calma. No había sufrimiento. Las carencias eran soportables. Ignoraba el significado específico de la palabra «ostracismo».

Hacía mucho que no pensaba en su madre. Imaginó la posibilidad de darle para que leyera el cuaderno con los cuentos en su prolija letra cursiva, pero ¿cuántos libros había leído la mujer del carnicero? ¿Cuántas veces la había visto con un libro en las manos?

Leyó, releyó y estudió cuentos de Silvina Ocampo. En la primera lectura subrayaba con lápiz negro las frases que más la impactaban. En la segunda borraba lo subrayado con goma. En la tercera volvía a subrayar con birome verde. En la cuarta subrayaba con birome azul.

Leyó, releyó y estudió cuentos de Clarice Lispector.

Leyó, releyó y estudió el cuaderno con sus cuentos, como ni los hubiera escrito otra persona. Le dieron lástima. La escritora de aquellos cuentos tenía mucho que aprender. Dejó el cuaderno en un baldecito junto al inodoro y durante días olvidó comprar papel higiénico.

* * *

Emilia le habla al oficial con su mejor rostro de vieja indefensa.

No, no entró a robar. Vino con él, Pan, mi expareja. Estamos lidiando con algunos conflictos personales. Si googlean nuestros nombres van a encontrar la historia en su totalidad. Emilia Mayer, Pan Mayer. Y la víctima se llama Camila Klug.

Kowalsky, dice Pan. Klug es el apellido de la madre.

¿Cómo se escribe?, dice el oficial.

Ka, o, doble v, a, ele, ese, ka, y griega.

Aunque no debería llamarla víctima, dice Emilia. O sí, víctima de su propia torpeza. Vinieron por una cuestión literaria. No sé si vieron las noticias. La disputa de la autoría de una novela. Llegaron sin avisar, no quise dejarlos entrar y Camila tuvo el atrevimiento de meterse por la ventana de mi cocina. Se resbaló aparentemente…

¿No estaban en la cocina cuando pasó?

No.

Emilia mira a Pan esperando que asevere la respuesta, pero él se mantiene callado. Otro oficial sale del dormitorio y les muestra la botella de Glenmorangie casi vacía.

¿Estuvieron tomando?

Yo sí, dice Emilia. Un poco.

Nosotros no, dice Pan. Al menos no antes del… episodio.

Descalza la botella casi llena de entre su pierna izquierda y el apoyabrazos y la deja sobre la mesita ratona.

Le di un par de besos nomás.

¿Podrías dejarnos solos?, dice el oficial.

Claro, dice Emilia. Andá al jardín, Pan, yo te aviso cuando…

No, dice el oficial. Usted, señora. Déjenos solos. Quiero hablar con él.

Emilia se pone de pie con una lentitud que sabe de alguna manera la delata. Luego enfila hacia el jardín, pero al llegar al ventanal se arrepiente y se mete en el baño, cierra la puerta y se sienta en el inodoro. ¿Qué le estará diciendo? Desearía que la

sorprendiese lo mucho que le molesta no saber lo que Pan dice o hace, pero no la sorprende en lo más mínimo. En parte él tiene razón: ella siempre lo consideró una extensión de sí misma. Aunque no recuerda que Pan haya pronunciado semejante sentencia. Él hace meses que la acusa de algo que no termina de comprender del todo.

Emilia apaga la luz y entreabre la puerta. No es mucho lo que logra escuchar. ¿Cómo es posible: encerrada en el baño de su propia casa? ¿Quién se cree que es el oficial? Ella es la que tendría que dar las órdenes mientras se encuentren bajo su techo. Un techo que pagó con el sudor de sus dedos, de sus ojos, de su mente. El sudor de la parte del cuerpo que se ocupe de donarle las oraciones. Lo único que importa son las oraciones. Muchos escritores se recuestan cómodamente en las ideas, en las estructuras, en la complejidad de los personajes, en momentos históricos específicos, pero la verdad se oculta en las oraciones, en las palabras entre puntos seguidos y aparte.

Prende la luz y la apaga. Vuelve al *living* frotándose las manos como si acabase de darle los últimos retoques a una artesanía que viene esculpiendo desde hace semanas.

¿Todo bien?, dice.

El oficial la mira con una expresión no lo suficientemente obvia. Pan evita registrarla. ¿Qué significa eso?

Venga, le dice el oficial, siéntese.

Cuando Emilia se sienta en el sofá, Pan se pone de pie y se aleja hacia el rectángulo de pasto mal cortado.

Cuénteme, dice el oficial. ¿Por qué tanto *whisky*?

Hoy fue un día difícil.

¿En qué sentido?

¿Qué le dijo Pan?

Lo mismo que usted. Un accidente. Describe a la víctima como impulsiva. Confirma que decidió por su cuenta meterse por la ventana de la cocina cuando estaba más que claro que usted no tenía intenciones de abrirles la puerta. Lo que no pudo explicarme es por qué.

¿Por qué qué?

Por qué tuvo la necesidad de entrar a la fuerza.

No lo sé. Como le contó Pan, era una chica impulsiva, desequilibrada.

Emilia se arrepiente de haber usado la expresión «desequilibrada»: va a sentir que ella pretende empujarlo hacia un razonamiento específico. Pero el oficial no parece sentir nada en particular.

En cualquier momento la llamamos a declarar, dice.

Se pone de pie y guarda la libreta en el bolsillo trasero del pantalón.

Acá Ramírez les va a tomar los datos, dice. Manténganse en el jardín o el dormitorio hasta que terminemos.

Emilia oye otro vehículo estacionar frente a su casa, y luego pasos, y alguien que se ríe, y tres oficiales de la científica se meten en su casa con una naturalidad desagradable.

* * *

Solía leer los siete tomos de *En busca del tiempo perdido* una vez cada siete años. Por lo común durante los meses de verano. Iba de una punta a la otra de la casa pronunciando las largas y sinuosas oraciones en voz alta.

Desde su primer viaje a Europa el idioma francés le parece grotesco, casi ridículo. Lo lee a la perfección, pero lo articula con desgano, lavando la fonética.

En sus visitas al Salón du livre de París recibió un sinfín de críticas por su manera apática de enunciar el francés. A los que tenían el descaro de criticarla en persona, les pedía que por favor le mostraran con cuánta facilidad y respeto hablaban el español.

* * *

Encuentra a Pan golpeándose suavemente el cuello con una rama seca.

Vamos a tener que ir a declarar, le dice.

¿Cuándo?

No sé, en estos días.

Pan la mira con vestigios de lo que ella supone es culpa.

Les dije que fue un accidente, dice.

Emilia va hacia él con la intención de quitarle la rama, pero Pan no se lo permite. ¿Cuántas veces repitieron este mismo paso de comedia?

Ella ve a los oficiales del otro lado del ventanal moviéndose por su casa con la misma naturalidad desagradable de antes. ¿Es legal esto? Piensa en llamar a su abogado, pero al imaginar la llamada presiente un agotamiento sólido, compacto. Se vuelve a repetir que fue un accidente: la mocosa se metió en su cocina, por la ventana. Incluso podría haber justificado partirle la cabeza de un palazo. Defensa propia. Y encima borracha. No es un crimen estar borracha en nuestra propia casa. Emilia tuvo casi siempre la decencia de empedarse bajo su techo, sin molestar a nadie, ni siquiera a Pan, que había aprendido a dejarla en paz cuando la sexta medida de *whisky* desaparecía del vaso. Él tomaba solo cerveza, y sus pocas borracheras habían consistido en una mezcla de cansancio y estómago revuelto que curaba (no del todo) tomando dos Alikales y tirándose a dormir con la ventana abierta.

Siento mucho lo de tu amiga, dice Emilia.

No era mi amiga. Era mi novia, o estaba empezando a serlo. Nunca aprendí cómo funciona eso. Nadie me lo enseñó. Hace poco nos besamos por primera vez. La segunda mujer que beso. Pero también me lo arruinaste, Emilia.

Fue un accidente.

No, me arruinaste el beso. La tenía a Camila encima mío, en mi cama, y yo solo veía tu cara, tu cuerpo. La agarré de la cintura y eran tus huesos. El gusto de la saliva, el olor. Nunca voy a poder quitármelo de encima.

No te lo quites. Hacele caso. Acá estoy. Estamos. Sos mi bollo

de pan.

Él da un paso y le azota un brazo con la rama. Ella no sabe cómo reaccionar, así como tampoco supo reaccionar al sopapo. Nunca en sus años juntos él le había puesto una mano encima. Pero tampoco nunca ella le había asesinado una amiga o novia o lo que haya sido. No la asesinó, fue un accidente. ¿Por qué es tan difícil de entender? Se defendió con los poemas de Pizarnik. Y si ahora los tuviera entre los dedos los usaría para zurrar a Pan de la misma manera en la que se zurra a un perro necio, desobediente.

Vayamos a declarar juntos, le dice.

No, esperemos a que nos llamen. Calculo que voy a tener unos días complicados, gracias a ustedes. Dieciocho mensajes y quince *mails* sin leer, pero todos deben decir lo mismo.

Fue Carolina la que me convenció. Se dio cuenta de que el libro no lo habías escrito vos…

Sí, pero si no abrías la boca no pasaba nada. No tendría prueba alguna. Seguiría promocionando una novela que supone es una estafa. Y a mí no me jodía eso. No soy escritor. No me importa que duden. Lo único que quiero es la novela. Me pertenece. Y ahora que no tengo a Camila aún más.

Nunca la tuviste a Camila. Esa gente es imposible de tener. Esa gente se padece.

Me gustaba padecerla, dice Pan y se azota un muslo con la rama.

14. ALFONSO MIRANDA

Carolina maneja con una calma que Alfonso quisiera cuestionar, poner en duda, resquebrajar. Otro viaje a la morgue en tan poco tiempo. Cuando muere alguien cercano se empiezan a morir todos, decía su padre. ¿O era su madre la que lo decía y su padre repetía? Tal vez si prende la radio logre enfurecerla. La furia suele anteceder al desasosiego, y el desasosiego a un principio de normalidad.

¿Hablaste con Emilia?, le pregunta.

No.

Carolina espía el mapa en la pantalla del celular y dobla a la derecha. Alfonso le deposita una mano en el muslo sabiendo que no es lo que ella quiere que haga, pero el semáforo rojo dura demasiado y la quietud le suplica que remueva la mano.

Carolina no le permite que la acompañe a reconocer el cuerpo. Sentado en una silla de plástico en un pasillo desangelado, Alfonso piensa que todo es culpa de su querida madre. La muerte de su madre trajo los cinturongas, y los cinturongas a Carolina, y Carolina la inesperada vida en familia, y la familia la muerte de su padre, y la muerte de su padre la comprobación de la estafa, y la estafa la muerte de Camila. Demasiada muerte junta para este grupo de personas insignificantes. Alfonso supone que el horror está en todos lados, siempre, pero no solemos enterarnos del que pertenece a los poco relevantes.

¿De dónde salen estos pensamientos? ¿Por qué tanta frialdad? ¿La calma de Carolina no le permite sentir lo que debería sentir? ¿Llegó a considerar a Camila su hijastra, parte de su familia, o no

fue más que un forzamiento?

Se pone de pie y camina de un lado al otro, como supone suelen caminar los que apenas soportan la ansiedad. Carolina es la culpable de tanta ansiedad y angustia. Teme que todo lo que viene pasando en el último tiempo no sea más que porciones de una gran pierna que va a terminar encajándole un patadón en el culo, dejándolo otra vez solo.

Quiere hablar con Pan y preguntarle si al menos tuvo la decencia de llorarla. Quiere hablar con Emilia y preguntarle qué carajo pasó. ¿El borde de una mesa? Pero Carolina le pidió con una seriedad humillante que no hablase con nadie, que la dejase ocuparse del flor de quilombo.

Se abre una puerta y Carolina enfila hacia Alfonso. Al pasar a su lado le murmura como sin querer: «Vamos». Alfonso la sigue hasta la salida de la morgue y luego a la calle y al auto estacionado. Aunque se muere de ganas de decir algo, de escupir el sinnúmero de lugares comunes que le vienen a la mente, sabe que lo mejor es que sea ella la que hable primero.

En el auto piensa en contarle que lo llamó Saldivar, que por favor lo deje en la esquina y se toma un taxi a la empresa. Pero ella está enterada de que su jefe ni aparece por la empresa. Alfonso heredó el mando de cubículos y oficinas, aunque aún no haya habido anuncio oficial.

¿Necesitás que te ayude con algún otro trámite?, le pregunta.

No, dice ella y, tras varios segundos de silencio, agrega: Gracias.

A mí también me llevó un tiempo.

¿Qué cosa?

Cuando murió papá… Tardé en entender qué sentir.

No es lo mismo.

Alfonso examina las manos firmes en el volante, la clara intención de no mirarlo que en los últimos meses se volvió costumbre.

Tendríamos que hablar con Pan, dice, y con Emilia.

Ya voy a hablar.

El auto de adelante no reacciona al semáforo en rojo y Carolina

trompea la bocina.

¡Dale, pelotudo, ¿no ves que está verde?!

Alfonso le pide que se calme, que estacione, no es conveniente manejar en semejante estado, pero ella lo ignora. Debe haber algún desfile o manifestación cerca porque el tráfico es una masa abúlica.

No entendés, dice Carolina. No eras la madre de tu viejo. No sabés lo que es tener una hija. Nunca vas a saberlo. Y menos vas a saber lo que es perderla.

* * *

La oficina de Saldivar huele a dedos de fumador. Alfonso tendría que dejar de llamar a su oficina «la de Saldivar». Su primera decisión de gerente podría ser mandar a que compren uno de esos perfumes de ambiente con olor a vainilla que Carolina instala en el baño y les permite evitar olerse. No, su primera decisión va a ser quitarse de encima la foto de Carolina y Camila, ocultarla en el último cajón del escritorio de Saldivar. Cada vez que mira la foto recuerda la pequeña caja descendiendo en la fosa, un rectángulo de madera barnizada demasiado exiguo para una mujer adulta.

Pan asistió al entierro. Tuvo que eludir a los periodistas agolpados en la entrada del cementerio. No habla con la prensa desde el anuncio de la supuesta estafa. Carolina lo llamó y conversaron brevemente. Eso le dijo ella: que Pan no tenía mucho para decir que no fuese lo que le había contado la policía.

Alfonso abre el primer cajón con la llave que Saldivar le dejó en un sobre con la palabra «suerte» y varios signos de admiración y encuentra una botella intacta del ron caro que toma su jefe. Lo googlea y descubre que no es tan caro como insinuaba. Piensa en llamarlo y avisarle que se olvidó el ron. ¿O habrá sido un regalo? Destapa la botella y huele la caña de azúcar destilada. El alcohol le sube por la nariz y le cosquillea los pensamientos. Otro nariguetazo. Luego un sorbo del pico.

Se dirige a la cocina comunitaria en busca de un vaso de vidrio, vuelve a la oficina y se sirve el ancho de un pulgar. Nunca disfrutó de las bebidas alcohólicas con más de quince grados de alcohol. No solo no las disfruta, le parecen repulsivas: alcohol de baño con saborizante.

Se da cuenta de que aún no guardó la foto de esas dos mujeres que hace tiempo pretende considerar familia. La primera decisión de gerente postergada por falta de iniciativa. Clava los ojos en Camila, alza el vaso a modo de brindis y toma un sorbo ínfimo: apenas se moja los labios. Su instinto le pide escupir. Supone que tal vez lo mejor sea evitar saborearlo; es decir, tragarlo directamente, sin permitir que el alcohol se disperse por la boca. Se sirve medio pulgar y lo traga con violencia. Otro medio pulgar. Se sirve un pulgar entero cuando cae en la cuenta de la estupidez que está a punto de cometer. No es fácil verter el ron de vuelta en la botella. Se mancha la mano y el pantalón y se limpia con uno de los pañuelos bordados con sus iniciales que Carolina le regaló para el cumpleaños. Ella le vive recriminando el constante abuso de rollos de papel.

Alfonso la llama pero no atiende. Guarda la foto en el cajón con llave y la llave en el último cajón. Luego hace algo que Carolina le había rogado por favor no hiciera: llama a Pan Mayer y le propone juntarse a tomar algo en el *lobby* del hotel.

* * *

Pan adelgazó significativamente y la barba tupida y el pelo sobre los hombros lo definen como una especie de Jesucristo bobo. Alfonso no podría asegurar que esos elementos sean los que le asignan semejante adjetivo. Está casi seguro de que no se trata de los ojos. Tal vez la boca, la forma en la que cae diagonalmente como si la parte derecha de la cara estuviese a punto de darse por vencida.

Piden cervezas tiradas. Alfonso se pregunta cuán recomendable es combinar cerveza con ron, aunque el leve mareo que traía de la

empresa ya se disipó por completo.

¿Cómo anda Carolina?, le pregunta Pan.

Ahí sigue. Rara. Intentando continuar con…

Me llamó. Me pidió que le volviese a contar lo que había pasado.

Camila siempre fue impredecible. Era uno de los aspectos de ella que más angustiaba a Caro. ¿Vos cómo estás?

Hace días que ando con un dolor en el hombro. Un dolor molesto, pero no lo suficiente para ir al médico. Además desde que me fui de lo Emilia no tengo seguro médico.

Una consulta no sale demasiado cara. Si querés te doy el número de mi clínico. ¿Cuánto pasó desde la última vez que te hiciste estudios de rutina?

Mañana voy a hablar con la prensa y contarles la verdad.

¿Qué verdad?

Emilia no soporta que mi novela haya sido un éxito. Por eso usó a Carolina y la convenció de armar todo este circo.

No, estás equivocado. Carolina convenció a Emilia. Ella fue la que empezó a…

Pero Camila se sacrificó para que el circo no tuviese impacto. Voy a preparar una nueva edición de *El fin de lo que viene* dedicada a ella, con prólogo de Julio Abadi.

¿Quién?

Un colega de Camila, lector fanático de mi novela.

Hay pruebas, Pan. Manuscritos, cuadernos de notas, archivos de computadora.

Fácil de falsificar.

Carolina está dispuesta a citar a expertos en caligrafía e informática.

Mejor. Que llame a quien quiera. Al final todos van a saber lo que ya saben: que la novela es mía.

¿Qué pasó en lo de Emilia?

No tendría que haberle pedido a Camila que me acompañara. Al llegar me di cuenta de que había sido un error. Cuando se le metía algo en la cabeza no había manera de frenarla. Emilia no quiso

dejarnos entrar.

¿Para qué habían ido? ¿Con qué intención?

No sé. O sí que lo sé. No estoy seguro. Supongo que fui con la intención de decirle esto mismo que te estoy diciendo ahora.

Al ver a Carolina y Emilia en la tele supe que se me estaban cagando de risa en la cara. Quería dejarle en claro que no iba a ser tan fácil. No va a serlo. Me rompí el orto escribiendo esa novela.

Alfonso se pregunta qué tipo de persona es capaz de seguir mintiendo tan descaradamente luego de haber perdido la máscara y haber sido expuesta al mundo entero. Lo que más le desagrada de Pan es que parece un muchacho completamente predecible pero no deja de dar pasos en direcciones imprevistas. El único rasgo que de alguna manera lo asemeja a Camila.

¿Leíste los suplementos de cultura hoy?, le pregunta.

No.

Carolina anunció la reedición de la novela bajo la autoría de Emilia. Ya le pidió a las librerías que devuelvan las copias de la edición bajo tu nombre. ¿No te llamó su abogado?

No que yo sepa.

Te van a obligar a devolver la plata. No el monto total, lo que ganaste al principio, Caro no es tan perversa, pero sí lo que te quede en el banco.

Pan se pone de pie y vacía la cerveza de un trago.

No les voy a dar un peso, dice. Decile a Carolina que le voy a mandar a mi abogado.

¿Qué abogado?

Pan atrapa la cerveza de Alfonso y la vacía de un trago.

Camila me pasó el contacto de uno que colabora con los autores de *Página 12*, dice. Avísale a Carolina que le voy a fundir la editorial, y que lo voy a hacer en nombre de su hija.

* * *

Hace días que guarda capturas de pantalla del celular sobre el escándalo. A diferencia de lo que predijo Pan, la muerte de Camila enardeció la noticia de la estafa literaria, al punto de que una fila de lectores de media cuadra de largo se instaló en la puerta de Editorial Pasillos a esperar que le devuelvan el dinero. Alfonso agradece que el escándalo se haya reavivado (aunque nunca había fenecido del todo) porque le permite coincidir con Carolina en un tema de conversación.

Los días posteriores al entierro de Camila no se dirigieron la palabra para mucho más que preguntarse qué comer o cuánto faltaba para desocupar el baño. Pero lo que realmente lo angustia es ser consciente de que el destrato de ella empezó antes de la muerte de Camila. Se lamenta de no haberle dicho todo lo que le hubiera querido decir. Ahora cada palabra que elija está sometida a esta nueva necesidad de tratarla con pinzas.

También lo angustia imaginar una posible ruptura. Ignora si es capaz de volver a su vida anterior de impotente solitario. No, no lo ignora. Sabe con certeza que no hay manera de que acepte volver a lo de antes.

Tal vez la separación de Carolina no implique necesariamente un regreso a lo de antes. Podría buscar otra pareja. Así como la encontró a ella… ¿Cómo se le ocurre abandonarla en semejante momento? La culpa no lo dejaría en paz. ¿Culpa por qué, por abandonar una relación que lo hace sentirse miserable? Una relación que… que… Que lo trajo de vuelta a la vida. Que lo arrancó de aquella comodidad flácida que confundía con bienestar. Es probable que Carolina sea lo mejor que le pasó. ¿Pero entonces por qué tanto desprecio?

La llama y le propone almorzar en una cantina que queda en el punto medio exacto de distancia entre la empresa y la editorial. Ambos llegan con cinco minutos de anticipación. Ella exuda una mezcla de agotamiento e impaciencia. No pronuncia palabra hasta que el mozo les pregunta qué quieren almorzar. Ella pide una ensalada de remolacha y él unos ravioles de calabaza al funghi; de tomar dos aguas con gas.

Alfonso sonríe sin razón, como se acostumbró a hacer cada vez que Carolina le expone su desapego. Ella se acomoda la servilleta sobre la falda con un exceso de teatralidad.

Pan no me atiende el teléfono, dice.

Alfonso se dispone a contarle su reciente charla en el hotel, pero no, unta una galleta sin gluten con queso crema y la mastica consciente del crujido, disfrutándolo.

La idea es usar la plata que le quede a Pan para devolverles el precio del libro a los que lo reclamen, dice Carolina.

Pero necesito hablar con él, averiguar cuánto le queda, ponerlo en contacto con nuestro abogado. Hay mucho papelerío por firmar.

¿Por qué no nos vamos unos días de vacaciones?

¿Ahora?

Hace años que no me tomo licencia. La empresa me debe al menos una década. Y nos merecemos un descanso después de todo lo que…

Imposible.

Caro, no paraste un segundo desde el accidente.

¿Qué accidente?

No es necesario que nos vayamos lejos. Brasil. Florianópolis, o Río.

Ya te dije que es imposible. ¿Por qué seguís hablando?

Alfonso intuye que esa última pregunta debería ser la gota que rebalsa el vaso. Pero tarda en reaccionar, y cuantos más segundos pasen menos efectiva y fundada va a sonar la reacción. El mozo trae las bebidas y termina de disolver la roña.

Carolina lee y responde mensajes en su celular.

No sé para qué pedí la ensalada, dice.

Te va a hacer bien comer algo.

La verdad es que últimamente funciono mejor con el estómago vacío.

¿Querés que le pida al mozo que la prepare para llevar?

Dale. La como después en la oficina.

Alfonso se dirige hacia el mozo preguntándose si Carolina acaba de improvisar lo del estómago vacío con la sola intención de abortar

el almuerzo. Lo irrita que el mozo sea tan amable. Hubiera preferido que le dijese que no, que ya están emplatados, que enseguida los trae a la mesa.

¿Te preparo todo para llevar?, le pregunta.

No, dice Alfonso, yo voy a comer los ravioles acá.

Carolina habla por celular con uno de sus editores.

No, decile que me banque unos minutos. Ahora voy para allá.

Corta con una pesadumbre que lo deleita.

Pan está en la editorial. Al parecer acaba de hablar con la prensa.

El mozo trae la ensalada en bandeja de plástico con tapa y los ravioles al funghi en un plato ancho que recomienda no tocar porque está caliente.

Buen provecho, dice.

Carolina mira a Alfonso pinchar un raviol, soplarlo y metérselo en la boca.

Una delicia, dice él. No es fácil lograr que los ravioles de calabaza no salgan desabridos. ¿Querés probar?

Me tengo que ir.

Pan te va a esperar. Fue a la editorial a hablar con vos.

Alfonso pincha dos ravioles y los mastica con parsimonia. Carolina se pone de pie.

Perdón, dice. Te veo después en casa.

Alfonso toma un sorbo de agua con gas, pincha dos ravioles y los sopla. Ella espera unos segundos, mirándolo, sosteniendo la ensalada. Luego suelta unos pesos sobre la mesa y se apura a la salida.

* * *

Mientras espera que Carolina llegue de la editorial, dándole un golpe de horno a una *pizza* y dos porciones de fainá que compró camino de la empresa, Alfonso piensa en mudarse al *living*. Tal vez pueda acomodar la cama de Camila contra una de las paredes. Sabe

que la idea es macabra y por eso mismo lo entusiasma.

Abre la puerta del cuarto de Camila por primera vez desde la tragedia. Antes de girar el picaporte se dispone a golpear como solía hacer antes, cuando la cena se enfriaba y ella no daba muestras de querer abandonar el encierro. La oscuridad huele a chicle de canela. Prende la luz y lo espanta descubrir la cama deshecha: sábanas y acolchado prueba de que Camila existió en el mundo, fue alguien vivo que al despertarse se desarropaba con furia, como si sábanas y acolchado hirvieran. ¿O habrá sido Carolina la que deshizo la cama? Se rehúsa a tocar las pertenencias de quien pudo haber sido su hijastra, como si se encontrase en la sala de un museo a la que le permitieron ingresar después de hora. ¿De dónde sale el olor a golosina? No recuerda cuál era su intención al entrar al cuarto. Tampoco la *pizza* en el horno que en cualquier momento empieza a quemarse. Se sienta en la punta de la cama y de inmediato se pone de pie. Las pilas de libros en estantes y escritorio no concuerdan con el resto del ambiente. Los posters en las paredes de bandas que desbarrancaron antes de que Camila aprendiese a hablar. Fotos con amigas y amigos que Alfonso supone habrá conocido en el colegio pero que él no oyó nombrar, que ignoraba existían hasta que aparecieron en el cementerio a despedirse.

Uno de los libros le llama la atención; es decir, le llama la atención que no parezca libro. Un cuaderno grueso forrado con papel araña verde. Lo abre en la primera página y encuentra una foto de Pan, sentado en esta misma cama, contemplando pensativamente algo que sucede fuera de cuadro. En la segunda página, un párrafo que alguien escribió con letra prolija y apretada.

No sabe dónde nació ni quiénes son sus padres. No sabe si lo vendieron o abandonaron o fue robado por los que luego terminaron vendiéndolo. No sabe cuánto pagó Emilia por él. Varias veces pensó en preguntárselo. Ella le confesó que lo había comprado una noche en la que se le había ido la mano con el whisky. *Él recuerda los momentos más significativos de su infancia como imágenes que se proyectan del otro lado de un frasco lleno de agua turbia. Tuve que ayudarlo a llegar a esa metáfora.*

Lee la siguiente página.

No va a ser fácil. Es como hablar con un bloque de hormigón al que de vez en cuando alguien le activa una inteligencia. ¿No está seguro de lo que hace o siente vergüenza de su pasado? Tal vez sienta vergüenza de no ver su pasado con horror. La palabra horror suele ser particularmente efectiva. Un psicólogo barato debería mirarlo a los ojos y repetirle la misma pavada que Robin Williams le repetía a Matt Damon en aquella película paupérrima: No es tu culpa, no es tu culpa, no es tu culpa, no es tu culpa…

Alfonso cierra el cuaderno pero no termina de devolverlo a su lugar entre los libros. El chicle huele a canela quemada. Corre a la cocina como si la *pizza* y fainá justificaran su permanencia en el departamento.

¡Hola! ¿Qué es ese olor?

No hay hueco en la cocina donde esconder el cuaderno de Camila. ¿Para qué lo trajo? Alfonso decide sostenerlo con la mayor naturalidad posible, como si fuese un escritor o periodista que anda por el mundo con un cuaderno en la mano.

Carolina entra a la cocina lista a cuestionarle algo, pero va hacia él y lo abraza de esa forma en la que abrazan los que están agotados y necesitan recostar su propio peso en otro, un otro confiable.

Empezó la guerra, dice.

Alfonso piensa en preguntarle de qué guerra habla, pero no lo hace porque sabe a qué se refiere. Otra vez se recrimina esta propensión constante por preguntar obviedades. ¿Cómo alguien tan consciente de una costumbre desagradable continúa aferrándose a ella?

¿Qué te dijo?, le pregunta.

Lo mismo que le dijo a la prensa. Insiste con que la novela la escribió él y no va a permitir que se la quitemos. Está dispuesto a ir a juicio. Tiene un abogado. No me quiso dar el nombre, pero al parecer se lo presentó Camila. Mi hija estaba dispuesta a defenderlo, a enfrentarme, hasta las últimas consecuencias.

No podemos creer todo lo que diga.

Todo no. Pero no me hubiera sorprendido que Camila tomase

esa postura. Si no ¿para qué fue a lo de Emilia? ¿Por qué lo acompañó?

Pan se lo habrá pedido.

¿Viste la conferencia de prensa?

No, miente Alfonso.

Insinuó que además de *El fin de lo que viene* escribió otros libros de Emilia. Se volvió loco. Es capaz de afirmar cualquier ridiculez excepto la verdad.

No deja de ser la palabra de uno contra la de otro.

¿De qué estás hablando? Hay pruebas. Cuadernos. Archivos de Word.

Emilia pudo haber escrito lo que Pan le dictaba. ¿Y quién te afirma que los mismos cuadernos de *El fin de lo que viene* no los escribió luego de que se publicó la novela?

No tiene sentido, dice Carolina al tiempo que abre el horno y se quema con el borde de la fuente. La puta madre que lo parió.

Entiendo lo complicado que suena, pero alguien siempre tiene que ser abogado del diablo. Emilia escribió libros excelentes antes de que Pan supiera atarse los cordones. La explicación más simple es que ella haya escrito todo.

Es la única explicación.

No, no es la única. Es la más simple. La explicación que nos da el sentido común. Pero Emilia compró un bebé y lo crio para que fuese su pareja. Eso nos obliga a preguntarnos: ¿qué otro secreto esconde? Un periodista sin miedo a escribir en condicional podría sugerir que al principio tuvo a alguien que escribía por ella, y preguntarse dónde habrá terminado ese alguien.

Carolina monta una fainá sobre una porción de *pizza* y muerde con saña. Le gusta pronunciar con la boca llena los pensamientos que no termina de entender, que no la convencen en lo más mínimo.

Emilia no forzó a Pan a nada, dice. Lo adoptó, y luego se dio la situación de que se gustaron y formaron una pareja. Pan sabía de chico que ella no era su madre.

Alfonso se sirve dos porciones de *pizza* y una de fainá en un

plato y se sienta a la mesa a cenar, como si no hubiese nada en la situación que justificase el rompimiento de la rutina. Encaja el cuaderno entre el muslo derecho y la base de la silla.

No es más que un deseo bestial de venganza, dice ella. No fue suficiente con haberla cancelado. La quiere destruir. Humillar. Le tendrías que haber visto la cara. Y lo peor es que parte de la prensa le hace caso.

Se sienta frente a él y suelta los restos de *pizza* y fainá sobre la mesa. Alfonso piensa en traerle un plato, cubiertos, una servilleta. Toma un sorbo de cerveza. Lo peor no son las manchas de grasa ni las migas, sino el comienzo de certidumbre de que, desde la muerte de Camila, Carolina viene adoptando comportamientos de su hija, como si su manera de transitar el luto fuese imitándola, celebrando las costumbres irritantes de una chica impredecible.

¿Y qué vas a hacer?, le pregunta.

En principio nada nuevo. Continuar con la reedición de la novela. Ya tenemos un diseño de tapa. Estoy esperando que Emilia lo apruebe o nos dé alguna nota para corregirlo. Me gustaría hacer una edición especial, en tapa dura; tal vez firmada por la autora. Quinientas copias.

¿Le preguntaste a Emilia qué piensa?

No.

Si fuese vos no daría un paso sin consultarlo antes con ella.

El contrato nos permite editar el libro como queramos. Y Emilia ya lo firmó.

Sí, no lo digo por eso.

¿Y por qué lo decís entonces?

¿Querés que le dé otro golpe de horno?

No tengo hambre.

Alfonso se cansa de masticar el borde de masa dura y lo baja con un trago largo de cerveza.

¿Te bañaste hoy?, dice Carolina.

A la mañana, antes de salir a la empresa.

Pegate una ducha ahora.

¿Para qué?

Sabés que me gusta más cuando estás limpio.

* * *

El cinturonga sucio en el suelo del dormitorio es el nuevo símbolo de una relación que hasta hacía poco tiempo lo había traído de vuelta a la vida. La certeza de que todo lo anterior no había sido más que un purgatorio indoloro, manso, carente del más mínimo frenesí. El flanco de la repetición que salva.

Carolina se despierta en mitad de la noche y, sin prender la luz, da vueltas por el cuarto. Alfonso la oye ir y venir, pero no desarma su postura, no le pregunta si está bien, si necesita algo. A veces se hace el que ronca. Muy de vez en cuando improvisa un murmullo en sueños. Los pasos de ella son cortos y parejos. Una noche se le ocurrió contarlos y terminó indignándose, convencido de que se lo estaba haciendo a propósito. Otra noche le pareció que ella…

15. CAROLINA KLUG

Desde los meses posteriores al suicidio de Guillermo que no padece estos golpes de insomnio. La oscuridad del cuarto es una telaraña construida por el largo hilo de lo no resuelto. Guillermo la había destrozado negándole una explicación. Emilia regalándole una estafa, haciéndola partícipe de un melodrama que nada tenía que ver con ella. Un melodrama que subsiste gracias al latido persistente de un corazón mugroso.

Sabe que Alfonso se hace el dormido. Improvisa un ronquido que en nada se parece al real, al que lo domina cuando pierde posesión de la almohada y se acuesta boca arriba con la cabeza sobre el colchón. No sabría decir por qué elige hacerse el dormido en lugar de sentarse en la cama y pedirle que deje de romper los huevos con tanto ir y venir.

Hace tiempo leyó una breve obra de Samuel Beckett que si mal no recuerda se titula *Pasos*, y se imagina en la obra, o se piensa leyendo la obra y situándose en ella, los pasos de aquel personaje, sus propios pasos.

No lamenta en lo más mínimo que los instantes significativos de su vida estén compuestos de libros; de ella leyendo libros. Una vida gigante, compleja, inabarcable, en completa quietud.

El cinturonga sucio en el suelo significa algo que no termina de comprender. La muerte de su hija se burla hasta del disfrute más básico, mundano, carnal.

Hay días en los que Carolina deambula por el departamento convencida de que Camila está en su cuarto y siente el mismo

resquemor de siempre por su hija encerrada, la ecuación patética que dio a luz en la bruma de un dolor inhumano. Pero Camila ahora disfruta de otro tipo de encierro.

Se recrimina haber elegido el verbo «disfrutar». Vuelve a meterse en la cama intentando en lo posible no despertar al Alfonso despierto. Ignora qué hora es y mejor no fijarse. Conocer cuántas horas faltan para que suene la alarma le impide relajarse. Dormir no es una actividad que pueda ser planeada. Hay que abandonarse, rechazar la vida consciente, entregarse al desconcierto.

Alfonso gira y la rodea con un brazo; el pene flácido contra el muslo. ¿No es un abuso de confianza dormir sin calzones o pantalón piyama? El falso ronquido le golpea la oreja derecha. Tal vez el ritmo parejo de la actuación la ayude a dormirse: mañana tiene un día intenso.

* * *

El abogado le aclara que ir a juicio va a ser un gastadero de plata y probablemente agotador. Las pruebas están, existen, pero no son definitivas. Le pregunta cuánto tiene Pan Mayer en el banco para financiar una buena defensa.

No mucho, dice Carolina. Se viene gastando todo en noches de hotel.

Voy a pedir que corten la transferencia de fondos por derechos de autor hasta que haya un veredicto.

¿Es factible eso?

Ya veremos.

El abogado de Emilia Mayer se ofreció a ayudarnos. Galeano se llama. No me acuerdo el nombre.

Pasame el número y lo llamo.

Listo, ya te lo paso.

¿Algo más?

Carolina siente como un golpe en el pecho la noticia de que no

puede seguir adelante con la reedición de *El fin de lo que viene* firmada por Emilia. Al menos no hasta que se resuelva la causa. Durante varios minutos considera aceptar la recomendación que le hizo Camila: dejar todo como está. Tal vez sea más fácil convencer a Emilia de que confiese que su acusación es una farsa, que Pan es el verdadero autor de la novela, que zambullirse de cabeza en una guerra legal que a fin de cuentas a nadie le va a importar en lo más mínimo. Demasiados quilombos hay en el mundo.

Las batallas judiciales literarias del pasado acarreaban otro peso: cambiaban leyes, iban descosiendo el inmenso tapiz de la censura.

Se acerca a la biblioteca que cubre una de las paredes de su oficina y da vuelta los quince ejemplares de la novela firmada por Pan, embistiendo los lomos contra el fondo de madera.

El celular le vibra tres veces. Sabe que es Emilia: adoptó la costumbre de mandar una oración por mensaje. Ya le explicó que lo mejor es tipear todo lo que se quiere decir y luego mandar el mensaje, pero la escritora no le hace caso o no quiere hacerle caso. Carolina se abandona en el asiento ergonómico a leer los mensajes. A Emilia no la convence el diseño de tapa: se asemeja a un par de novelas anteriores, especialmente a una titulada *Remordimientos*. Su intención con *El fin de lo que viene* es empezar de cero, dejar atrás su carrera. Incluso estuvo pensando en usar un pseudónimo, aunque todo el mundo va a saber que es ella. Un nuevo mensaje: es importante que se sepa que es ella para que el pseudónimo cumpla su cometido. Carolina se dispone a responderle, a contarle que no va a haber publicación, al menos no por ahora, pero no llega a tipear más que «Hola Em».

En la calle el mundo sigue su curso y la apacigua. Su amiga Lara le había dicho que su mayor problema era la costumbre de situarse siempre en el centro, de imponerse la responsabilidad de sostener en pie a todos los que participan de su pequeño cosmos.

¿En *qué andará Lara*? Una *amiga* que no es más que un bolo mal pagado en una película tediosa. Cuando Alfonso le contó que no tenía amigos, ella se burló, le dijo algo sobre el solipsismo, o sobre la timidez, no lo recuerda, pero sí recuerda que la necesidad de reírse

de él no había sido más que la espantosa realización de que ella tampoco los tenía. Lara a esa altura no era más que un nombre al que podía llamar de vez en cuando.

No le queda demasiado por hacer: ayudar a su abogado en todo lo necesario para armar la defensa y rogar que haga un buen trabajo. ¿Ellos son defensa o querellantes? Podría enfocarse en la publicación de otros libros. Tiene tres contratos sobre el escritorio esperando ser firmados. Sergio y Roberto andan murmurando en los rincones. No la sorprendería llegar una mañana a la editorial y descubrir que se mudaron a Planeta o Random House. En gran parte los entendería. Está segura de que los entendería.

Camina varias cuadras sin rumbo. La mayoría de edificios son monumentos al mal gusto. No se le debería dar tanta libertad al ser humano con plata. Un numeroso comité de variados artistas podría votar cada proyecto y solo permitir la construcción de los que obtengan votación unánime. Y lo mismo con los libros: es absurdo que una persona capaz de financiar una editorial reciba automáticamente el derecho a elegir qué obras literarias publicar. Debería haber una editorial por idioma, una casa madre, compuesta por mil escritores de todos los sexos, etnias, edades, escala social. Que solo exista en el mundo el arte votado por la unanimidad más variopinta.

Se ríe de la sarta de idioteces que le invaden la mente a la velocidad de los autos que le impiden cruzar las calles sin semáforo. Recién ahora reconoce que se dirige a lo de su amiga Lara. Volvió a verla en el velorio de Camila luego de mucho tiempo distanciadas. En el entierro se dieron un abrazo y se miraron aceptando ambas que no tenían nada para decir.

¿Qué le asegura que su amiga vaya a estar en casa? Lara había estudiado contaduría, pero se jubiló a los pocos meses de parir el tercer hijo. Su vida estos últimos años se asemeja a la de una persona que carece de autonomía y atraviesa cada una de las horas con la sensación de que en cualquier momento un ataque de nervios la agarra de los pies y la arrastra a uno de esos centros de salud mental no tan pavorosos como los manicomios.

Recuerda el piso pero no el departamento. Sexto A, B o C. ¿Por qué no le manda un mensaje o la llama? ¿Qué hace parada en la entrada de un edificio que no visita desde…? ¿Qué espera conseguir de su amiga? ¿Se puede llamar «amiga» a alguien en la que ya no piensa? Es verdad, no suele pensarla, pero la vino a buscar. Toca el sexto A y atiende un nene que no tiene la menor idea de quién es Lara. Toca el sexto B. Silencio. Otra vez. Silencio. Toca el sexto C y atiende una mujer con la ansiedad del que espera algo.

¿Lara?

Sí. ¿Quién es?

Caro. Klug.

Silencio.

Hola, dice Carolina.

¿Habíamos quedado en que venías?

No. Pero andaba por la zona y…

Ahora bajo.

Lara abre la puerta de calle y se saludan como si se hubiesen visto el día anterior. En la incomodidad del ascensor Carolina se arrepiente de haber venido.

Perdón que vine sin avisar, dice. No te jodo, ¿no?

Guido está durmiendo la siesta.

Carolina nota en su amiga un principio de papada. No puede evitar palparse el pescuezo y comprobar que sigue liso como siempre. Tal vez demasiado tirante.

Lara sale al pasillo del sexto y enfila al departamento C. Carolina la sigue hasta el fondo, como tantas otras veces la siguió, intentando descifrar para qué vino, qué tema de conversación le va a proponer, qué se le antoja tomar a esta hora. Lara la invita a sentarse en la cocina porque el *living* comedor está cerca de los cuartos y no quiere despertar al nene. Le pregunta si prefiere mate, café o algo frío: agua o Pepsi o jugo de naranja.

Un mate me tomo, dice Carolina.

El otro día con Esteban nos acordábamos del verano que pasamos en Cariló. ¿Qué año fue? Cuando a Guillermo se le dio por aprender *windsurf*. Media hora duró arriba de la tabla, frustrado,

incapaz de levantar la vela. Luego se dobló la rodilla y no volvió a moverse en toda la semana.

Se embadurnaba en *Off* y se sentaba afuera de la cabaña a leer. Todo el puto día. En esas sillas de mimbre que eran una desgracia. Desayunábamos, almorzábamos y cenábamos con la sensación de que en cualquier momento nos caíamos de culo.

Lara ceba el mate con la celeridad indolente de los padres de tres hijos que no cuentan con la ayuda de niñeras. ¿O la indolencia tiene que ver con Carolina, con esta imposición en la única pausa del día? Las baldosas de la cocina necesitan que alguien les dé una lavada profunda y les devuelva el color. Una mancha de humedad se asoma por detrás de la heladera y amenaza con invadir el techo.

Tengo Sonrisas, dice Lara, y Chips Ahoy.

Deja mate y termo sobre la mesa, saca una galletita de cada paquete y monta la Sonrisa sobre la Chips Ahoy.

A Malena le gusta juntarlas, dice.

Carolina chupa la bombilla intentando recordar el rostro de Malena. Se da cuenta de que Lara la está mirando con un gesto inquisitivo.

¿Qué tengo?, dice.

Te vi en las noticias.

Uffff… Me metí en un flor de quilombo.

¿Cuántas semanas pasaron?

¿De qué?

El accidente de Camila.

No estoy segura. ¿Cinco?

¿Qué carajo hacés en las noticias, Caro?

La editorial publicó una novela que…

Me chupa un huevo la editorial. ¿Qué hacés vos en las noticias? ¿Por qué no estás en casa, encerrada, buscando desesperadamente la manera de seguir adelante?

Carolina entiende para qué vino, qué es lo que esperaba conseguir de Lara. Le ofrece el mate, un gesto que pretende dejarle en claro que no posee una explicación, que lo que viene haciendo desde la muerte de Camila es lo que su cuerpo y mente le piden

hacer. Pero el gesto no es capaz de dejar nada en claro.

Si les llegara a pasar algo semejante a Guido, Malena o Ezequiel, dice Lara, no imagino cómo…

Pero no les pasó. Es imposible saber qué sentir hasta que…

Ni una lágrima. En el velorio, en el entierro… Te estuve mirando. Tus viejos en el sofá desmoronados y vos…

¿Cuántos minutos?

¿Qué cosa?

No estuvimos juntas más que unos pocos minutos.

Suficiente.

¿Quién carajo te pensás que sos?

Lara ceba el mate y Carolina intuye que la acción le permite tragarse las palabras. La mancha de humedad le empieza a resultar intolerable. ¿Cuánto hace que existe? ¿Por qué permiten que se expanda tan libremente? Imagina la totalidad del departamento devorado por la mancha; incluso Lara, Esteban y los chicos, dando vueltas por los distintos ambientes con la piel podrida, descascarándose.

Discúlpame, dice Lara. Se me fue la mano. Es que me la paso pensando en Camila. No en Cami ahora, de grande, sino cuando era una nena. Cada dos por tres me aparece su carita y me llena de bronca.

Carolina intenta recordar a Camila cuando era una nena e iban a la plaza con Lara y Ezequiel. No le cuesta tanto como recordar a Malena.

Ezequiel se desvivía por Camila, la seguía por el arenero como Sancho Panza a Don Quijote. Ella le prestaba la atención suficiente para que él no se aburriese y buscase otra compañía. Pero a ambas madres les parecía normal: las mujeres maduran más rápido.

Ella se lo buscó, Lara, dice Carolina. Empujó y empujó hasta que lo encontró. Sé que no es lo que una madre debería decir, al menos no tan pronto, supongo, pero es lo que siento. ¿Vos no lo veías?

¿Qué cosa?

Camila. Su compulsión por… No sé. Siempre me costó

nombrarlo. Describirlo. Su extrañeza. Su…

Lejanía.

Sí, la distancia.

Claro que lo veía. Todos lo veíamos.

¿Y por qué no me dijeron nada?

¿Qué te íbamos a decir? Los hijos son lo que son, y nuestra única obligación es amarlos.

¿Qué me querés insinuar?

Nada.

Yo la amaba a Camila. Aún la amo. Y Guillermo también la amaba. Y mis viejos. Y mis suegros. Incluso Alfonso la amaba a su manera.

No pretendo insinuar nada.

Lo que no sé es si Camila era capaz de amar. Nunca terminé de convencerme. Cuando era chica simplemente se lo preguntaba y ella me respondía que sí, «te amo mami», y me daba un abrazo. Luego, de adolescente… Bueno, ¿qué te voy a explicar?

Imposible hablar de nada que tenga que ver con sentimientos. Pero te das cuenta. En las acciones.

Eso: las acciones. El mayor talento de Camila era despistarme. Con cada decisión que tomaba me dejaba en claro que no la conocía en lo más mínimo. Como si hubiera diseñado toda su vida para impedirme entenderla. Y es difícil amar con el alma a alguien que no se entiende. Que te da miedo. Que detrás del mismo rostro esconde cien mil caras distintas.

Mierda, Caro. No tenía idea. Siempre la sentí distante, un poco impredecible, pero un amor de nena. Las pocas veces que se quedó en casa la pasamos bárbaro.

Carolina empuja yerba seca contra la bombilla y, mientras el agua tibia burbujea, cae en la cuenta (no por primera vez) de que nunca le gustó el mate. Lo toma porque suele estar a mano, porque no se es del todo argentino si no se toma mate. Tampoco es que lo deteste, no, lo tolera. Se acostumbró al sabor. Pero no lo disfruta. Cuando viaja no siente su ausencia.

¿Qué pasó con Camila?, dice Lara. En la prensa hay una docena

de especulaciones. Pero la policía cerró la investigación enseguida. No te quise joder en el velorio, y menos en el entierro, pero no me queda muy claro.

Se metió por la ventana de la cocina de Emilia Mayer y se golpeó la cabeza contra el borde de una mesa.

Perdóname, pero suena ridículo.

Carolina se apura a limpiar una lágrima que le cae hacia la barbilla.

Me permitieron ver la incisión, dice. Y el policía a cargo de la investigación me mostró fotos de la mesa. La sangre en el borde. Algún que otro pelo.

Qué horror.

También había un libro.

¿Un qué?

En las fotos. Aparece una edición de la *Poesía completa* de Alejandra Pizarnik.

¿Y qué tiene que ver eso con nada?

No sé. Emilia guarda copias de las poesías de Pizarnik por toda la casa.

¿Hablaste con ella?

Sí.

¿Y qué te dijo?

Lo mismo que dicen todos. Fue un accidente. Emilia no quiso dejarlos entrar y Camila se metió por la ventana. Habrá perdido el equilibrio.

Lara monta una Sonrisa sobre una Chips Ahoy y muerde. Carolina ve en su amiga la compulsión por volver a ofrecerle los paquetes de galletitas. La papada se le mueve a un ritmo distinto de la boca, como si fuese parte del rostro pero al mismo tiempo no. Lara se da cuenta de que Carolina le mira la papada y alza la cara estirando el pescuezo. Siempre fue estúpidamente consciente del ruido que le hace la mandíbula al masticar.

Hay algo en la mujer esa que no me cierra, dice.

¿Qué mujer?

La escritora. La abusadora.

No le digas así.

Entiendo que escriba bárbaro, pero ¿para qué te asociás con semejante degenerada?

Carolina exhala un suspiro que es también una risa.

Ganaron, dice.

¿Quiénes?

Ganaron por paliza. La nueva Corte Suprema. Que una persona inteligente como vos repita como un loro lo que vio en la tele…

No repito como un loro. ¿O es mentira que compró un bebé y lo educó en la casa y se le metió en la cama cuando era un pibe?

No sabemos lo que pasó. Pan contó algo a la prensa y la prensa lo repite y especula. No hubo un juicio. Emilia no fue juzgada culpable de ningún crimen. Y le destruyeron la carrera. La removieron de un mundo que le pertenecía, que había conquistado libro a libro, palabra a palabra. Alguien da un par de notas y con eso basta para empujar a otro al precipicio.

¿Por qué no salió a contar su versión de los hechos?

Porque sabía que iba a ser en vano. La nueva Corte no tiene ningún interés en escuchar a los acusados. Les ofrece el micrófono y las cámaras porque les sirve, todo es noticia, pero no los escucha, ya sabe desde un principio cuál va a ser la sentencia.

Malena grita algo incomprensible desde su cuarto.

Cagamos, dice Lara.

Me voy.

Podés quedarte el tiempo que quieras.

Carolina chupa un mate que sabe está seco. Necesita irse antes de que aparezca Malena. No quiere verla, comprobar que no la recordaba en lo más mínimo.

* * *

Caminando de vuelta a casa, Carolina se pregunta si realmente cree en su defensa de Emilia. Una justificación demasiado conveniente y

no menos ignorante que el ataque de Lara. La gente sin poder vive en la ignorancia, afirmando y defendiendo causas que en gran parte desconoce.

La muerte de Camila parece haber revelado una particularidad de su madre. Un atributo que se escondía en las acciones de su hija. Algo que los demás recién ahora consiguen percibir y que Carolina ve y la desagrada. Se ve a ella misma en los otros. Algo que tal vez argumente el desprecio que viene sintiendo por Alfonso: los ojos de él brillan con ese algo que la avergüenza.

Se toma un taxi porque necesita llegar antes de que Alfonso vuelva de la empresa y darse un baño de inmersión. El departamento ya se olvidó por completo de Camila. Carolina abre la canilla de agua caliente y, mientras la bañadera se va llenando y el vapor opaca los espejos, se desnuda con la parsimonia de un ritual. Recuerda distintos personajes en distintas películas que antes de suicidarse se quitan la ropa con la misma parsimonia que ella acaba de improvisar. El agua caliente es un ejercicio en estoicismo. El placer va a llegar cuando se acostumbre a la temperatura. Siente la transpiración brotándole del cuero cabelludo.

¿Qué le queda: esperar el desarrollo de un juicio que, con apelaciones, probablemente dure años?

No se lava el pelo con shampoo ni se enjabona el cuerpo. Permanece quieta con los pies contra la pared, uno a cada lado de la canilla, contemplando el vapor que flota frente a ella con una gracia que ninguna línea de palabras es capaz de reproducir.

Alfonso entra al baño sin golpear la puerta.

Ah, hola, dice. Pensé que no había nadie.

Carolina supone que está mintiendo porque es difícil que no haya sentido el vapor, el hedor a sauna que seguramente habrá escapado hacia el pasillo. Evita mirarlo. ¿Cuándo fue que empezó a evitar mirarlo?

Alfonso se lava las manos con jabón y se las seca con la toalla que ella dejó colgada junto a la bañadera para tener cerca cuando salga del agua ya no tan caliente. Carolina piensa en pedirle que le saque otra toalla del armario, pero intuye que es una exageración.

¿Qué querés cenar?, dice él.

No tengo hambre.

¿Almorzaste tarde?

No.

Alfonso va hacia ella y le besa la frente húmeda y caliente. Le agarra una mano y le examina las yemas de los dedos: arrugadas como pasas.

¿Hace cuánto estás?, le pregunta.

Un rato.

No abuses.

Carolina aleja la mano de Alfonso, la sumerge unos segundos y luego le acaricia el rostro, mojándolo. Por un momento pareciera que él pretende meterse en la bañadera con ella, así, vestido, con zapatos. Pero no, la vuelve a besar en la frente y sale prometiendo unos spaghetti con aceite de oliva y el poco queso parmesano que queda en la heladera.

El agua tibia es un sinsentido. Carolina remueve el tapón y espera sentada que la bañadera se vacíe. Esto va a ser su vida de ahora en más: esperar sentada. ¿Cuánto dura un juicio por derechos de autor? Supone que debería estudiar juicios pasados, al menos los más recientes, aprender cuáles fueron los detalles que determinaron las distintas sentencias. O podría hablar con Pan: ofrecerle una interesante suma de plata a cambio de que se olvide de su carrera literaria.

Sostiene la toalla húmeda. Húmeda de Alfonso. Basta, se dice, estás exagerando. Se seca el cabello con una violencia que la agota y tira la toalla al suelo.

Alfonso hojea una revista de golf mientras limpia los restos de aceite y queso rallado con una lonja de pan lactal. Carolina golpea la mesa suavemente, como quien golpea la puerta del cuarto de alguien que se encuentra en reposo.

Te voy a decir algo pero no te lo tomes a mal, dice.

¿Qué pasó?

Nada. Pero estuve pensándolo mucho estos días y… Quiero vivir sola.

¿Me estás dejando?

No, te estoy pidiendo que te mudes. Desde que me mudé con Guillermo hace quién sabe cuánto que no vivo sola. Y como aún no vendiste el departamento de tu viejo, pensé que…

Hay alguien interesado en comprarlo.

Bueno, que no lo compre.

Pensaba usar parte de la plata para invitarte de vacaciones. Ahora que no tenés mucho para hacer más que esperar que el abogado haga su trabajo, podríamos…

No quiero ir de vacaciones.

¿Por qué no?

Carolina aborrece el talento de Alfonso para no escucharla. Una habilidad que desarrolló a la perfección. No disfruta de tratarlo como a un nene, pero a veces no le queda otra.

¿No me escuchás cuando te hablo?, le dice. Quiero vivir sola. No quiero viajar a ningún lado, quiero que vos te vayas de este departamento. Pero no te estoy dejando. Sigamos juntos, pero separados.

No voy a instalarme en lo de mi viejo.

No queda tan lejos. Podemos cenar juntos, y cuando tengamos ganas sacamos los cinturongas, y luego cada uno para su casa.

Me deprime lo de mi viejo.

¿Qué tiene de malo? Es un departamento común y corriente.

Mamá se desmoronó en ese departamento. Y papá también, en la depresión. Todos los cuartos huelen a desgracia.

No exageres.

Alfonso lava su plato y cubiertos. Carolina reconoce en la minuciosidad con la que él lava y seca que le quiere dejar en claro que no piensa ocuparse de lo que no es suyo. Ella no comió ni un cuarto de sus fideos. El hambre es un privilegio de los que viven en paz.

Es todo culpa de esa novela del orto, dice él. ¿No te das cuenta? Te va a terminar arruinando la vida. ¿A cambio de qué?

Es lo único que tengo, Alfonso.

¿Qué decís?

El fin de lo que viene. La editorial. Es lo único que tengo. Lo único que siempre tuve.

¿Qué estás buscando, Caro? ¿Querés que me cague de risa?

Hablo en serio.

No es más que palabras en papel. Cuando todo se vaya al carajo no va a quedar ninguna palabra escrita jamás. Nosotros tampoco vamos a quedar. Nada va a quedar.

No me vengas con este existencialismo barato. A la gente le importa lo que le importa, no lo que decide que le importe.

Carolina pincha los fideos fríos, rota el tenedor cuatro veces y se los lleva a la boca. Nunca entendió la pasión por la pasta: sin los agregados de salsas, condimentos y quesos carecen por completo de sabor. Los italianos son de enorgullecerse por cualquier pavada.

La cocina sin Alfonso podría convertirse en su lugar de trabajo, un pequeño homenaje a Emilia. ¿Por qué la escritora habrá vaciado su cocina? Se olvidó de preguntarle. O sí que le preguntó pero Emilia no le respondió. La escritora tiene una gran capacidad para responder solo lo que necesita decir, aunque la pregunta haya apuntado en una dirección distinta.

¿Querés que me vaya hoy?, dice Alfonso. ¿Esta noche?

No, tranquilo. Lo antes que puedas, pero sin apuro.

Siempre sentí que nos habíamos conocido por una razón.

¿Qué razón?

Una de esas que valen la pena.

La gente va y viene. No hagamos un escándalo. Mi intención no es perderte ni que me pierdas. Sigamos siendo esto que somos, pero separados, como al principio.

Carolina le ofrece el plato con los restos de fideos (por lo común el que decide ponerse a lavar termina lavando todo), pero Alfonso lo ignora y la abraza sin un gramo de cinismo.

En un ratito me voy, le dice.

* * *

El tiempo que Alfonso tarda en juntar sus cosas, Carolina permanece sentada en la cocina tomando sorbitos del Glenmorangie que le regaló Emilia. Aún no se acostumbró del todo al *whisky*, pero intuye que va por buen camino.

Se imagina instalando la editorial en esta cocina. Una empresa dedicada exclusivamente a la publicación de los libros de Emilia Mayer. En los próximos meses podría ir comprando los derechos de todas las novelas y cuentos actualmente cancelados. Preparar reediciones homenaje. La colección Emilia Mayer. Una casa editora para un solo autor. ¡Carolina Klug y Emilia Mayer revolucionan la industria editorial! Absurdo. Emilia no la necesita. Con su prestigio podría autopublicarse. ¿Qué prestigio? Claro que la necesita. Necesita una socia que la acompañe, que rasquetee la mugre que desde que Pan la denunció públicamente la cubre de pies a cabeza.

Alfonso la saluda desde la puerta. Ella va hacia él y lo besa tiernamente. Luego lo mira con una sonrisa no del todo adecuada.

Mañana te llamo, le dice.

Él abandona el departamento sin agregar palabra, sin dar un portazo, sin demandar un tiempo para digerir la propuesta. Ella vuelve a la silla y al vaso de *whisky*. Los fideos fríos la juzgan desde la otra punta de la mesa. Tira todo a la basura, incluido el plato y los cubiertos sucios.

Caza el Glenmorangie del cuello y recorre el departamento como una ocupa que acaba de encontrar el pasaje secreto a la vivienda soñada. Alguien dejó la puerta de Camila entreabierta. No recuerda haber entrado al cuarto de su hija desde que la obligaron a elegir el último vestido. Empuja la puerta con el culo de botella y encuentra todo en su lugar, excepto por un cuaderno. Un cuaderno que nunca antes vio, deliberadamente ubicado en el centro de la cama.

16. CAMILA KOWALSKY

Solo cuando come muestra algo de entusiasmo. No come, devora; incluso cuando pica una pavada en las horas que no son desayuno, almuerzo, merienda o cena. Me gusta verlo devorar. No me dan ganas de agarrarlo de los hombros y sacudirlo, como suele sucederme en los momentos que no incluyen comida de ninguna clase.

* * *

No sabe dónde nació ni quiénes son sus padres. No sabe si lo vendieron o abandonaron o fue robado por los que luego terminaron vendiéndolo. No sabe cuánto pagó Emilia por él. Varias veces pensó en preguntárselo. Ella le confesó que lo había comprado una noche en la que se le había ido la mano con el *whisky*. Él recuerda los momentos más significativos de su infancia como imágenes que se proyectan del otro lado de un frasco lleno de agua turbia. Tuve que ayudarlo a llegar a esa metáfora.

* * *

No va a ser fácil. Es como hablar con un bloque de hormigón al que de vez en cuando alguien le activa una inteligencia. ¿No está seguro

de lo que hace o siente vergüenza de su pasado? Tal vez sienta vergüenza de no ver su pasado con horror. La palabra «horror» suele ser particularmente efectiva. Un psicólogo barato debería mirarlo a los ojos y repetirle la misma pavada que Robin Williams le repetía a Matt Damon en aquella película paupérrima: «No es tu culpa, no es tu culpa, no es tu culpa, no es tu culpa…».

* * *

No sé por qué paso tanto tiempo con Pan. No sé por qué tengo la necesidad de buscarlo, y tampoco por qué espero con ansiedad que me llame o escriba. Aunque cuando lo veo, cuando lo tengo enfrente, la necesidad sale corriendo.

* * *

Me cuesta expresarme. Ya se habrán dado cuenta. ¿A quién le hablo? Mamá nunca me enseñó a expresarme y papá no tuvo la oportunidad.

* * *

No recuerdo a papá. Solo cuando lo veo en fotos. Miro una imagen de papá y me doy cuenta de que es alguien que conocí hace tiempo. En cambio mamá se instaló en mi cabeza y no piensa irse. Un rostro que persiste en silencio. A veces le ruego que diga algo, pero no me hace caso. Entonces le ruego que se vaya, pero ni bola. Desaparece y aparece, siempre quieto. Mamá está mucho más loca de lo que ella se piensa que está. No me sorprendería descubrir que papá fue el cuerdo de la familia.

* * *

Por lo que me cuenta Pan, su relación con Emilia era más rica en cariño que la mía con mamá. No termino de explicarme por qué decidió denunciarla. ¿Se dejó convencer por Imelda Ortiz? ¿Tan simple y patético es el escritor más importante de la literatura argentina contemporánea? La semana pasada me presentó a la tutora y admito que me cayó como el reverendo culo. Una gorda calculadora, amable de esa manera en la que es amable la gente de mierda. Le conté que voy a escribir una biografía de Pan y me miró como si fuese su hija y le acabase de confesar que me apasiona asesinar monjas. Después dijo con una sonrisa que le parecía una idea excelente, siempre y cuando se llevara a cabo con seriedad, y se ofreció a ayudarme con lo que necesitase.

* * *

No voy a escribir ninguna biografía. Ni siquiera soy capaz de escribir en cuadernos de manera coherente, útil. Útil para el libro. Me equivoqué al romper en pedacitos los cuadernos anteriores. Tendría que haberlos guardado, por las dudas. Páginas y páginas de notas y pensamientos perdidos.

* * *

Pan no me ayuda mucho que digamos. Cuando habla de su vida confunde los tiempos. Cuenta las mismas anécdotas con detalles trastocados. No sé si lo hace sin querer o a propósito. Me da la impresión de que una biografía objetiva, honesta, podría terminar destruyéndolo, tanto como persona como escritor.

* * *

¿Se puede separar al escritor de la persona?

* * *

Sería más conveniente que escribiese una autobiografía, pero cuando se lo propongo me saca cagando. Nunca lo veo escribir, ni siquiera tomar notas. Mientras se duchaba revisé el cuarto de hotel y no encontré ni cuadernos ni libros de otros autores. Tampoco tiene computadora. Solo el celular, pero aún no pude desbloquearlo.

* * *

¿Es mamá la que me empuja a llevar adelante estos juegos de espía? ¿O hay una parte de mí que le cree, que duda de que Pan haya escrito flor de novela?

* * *

Si alguien lo obligase a componer una página literaria, como si fuese un ejercicio escolar, encerrado dos horas en un aula con un lápiz y una resma de hojas, sin la asistencia de internet o diccionarios… Sería injusto. Todos los escritores de hoy le deben la vida a internet. Pero al menos contaríamos con una prueba. Un acercamiento a la verdad. El escritor del *Fin* tiene que ser capaz de escribir una página decente, con un mínimo o no tan mínimo vuelo poético.

* * *

¿Cómo se escribe la biografía de alguien que no se deja conocer, que vivió gran parte de su vida en aislamiento y que cada vez que salió al mundo lo hizo de la mano de la persona que lo tenía sometido?

* * *

El biógrafo de Pan cuenta solo con dos fuentes de peso a las que entrevistar: Emilia *Mayer* e Imelda Ortiz. Dos fuentes no del todo creíbles. Especialmente Imelda, luego de haber usado a Pan para quitarle plata a Emilia.

* * *

¿Por qué no me decido a llamar a la tutora y entrevistarla? ¿Fiaca? Pan no parece muy contento de que me junte con Imelda, pero eso no debería impedirme llamarla. Un buen escritor hace lo necesario. Un escritor en serio no escribe estas idioteces en el cuaderno en el que supuestamente debería escribir las notas que vayan perfilando el libro. Lo único que falta es que me ponga a hacer dibujitos. Penes circuncidados con testículos peludos. Eso dibujaba en el colegio en lugar de prestar atención a los profesores. Penes y narices aguileñas. Flores de cinco pétalos.

* * *

¿A quién le hablo?

* * *

Todo me da fiaca. Mamá lo sabe, y que lo sepa me obliga a quererla menos. Quiero más a Pan, a quien desconozco casi por completo, que a mamá. No estoy segura de que eso sea verdad. Pero lo siento. A veces intento recordar a mamá las semanas posteriores a que papá se quitara la vida. Quiero con el alma a eso poco que recuerdo. Me dan ganas de abrazar a los pedazos de mamá que mi mente logra reconstruir.

* * *

Abrazar a Pan es incongruente. Como abrazar a un animal que no entiende lo que significa un abrazo. Un cuerpo fofo bajo un vestuario vago, sin más intención que cubrir las partes del cuerpo que no se acostumbra lucir desnudas en público. ¿Emilia lo habrá querido así: blandito? Una anciana puro hueso junto a un joven fofo, ambos desnudos, en la cama, entrelazados.

* * *

Voy a convencer a Pan de que se anote en un gimnasio. Lo acompaño y aprovecho para ejercitar unos minutos mientras lo entrevisto para el libro que probablemente no escriba.

* * *

Sí, voy a escribirlo. Y va a ser brillante. Mitad biografía literaria mitad estudio psicoanalítico. En *Página* debe haber psicólogos que puedan ayudarme, guiarme, señalarme el camino a seguir.

* * *

No sé si es posible escribir un libro brillante cuando no se escribió nada antes. Podría pedirle ayuda a mamá. O anotarme en un taller literario. O contratar a alguien que escriba por mí, como suelen hacer los políticos y celebridades que no saben escribir.

* * *

Yo sí sé escribir. No creo que me guste escribir, pero sé hacerlo. No es tan complicado como la mayoría de escritores juran. Seguramente lo juran para evitar que la gente que no escribe, pero piensa en escribir, se atreva a escribir convirtiéndose de inmediato en competencia.

* * *

¿A quién le hablo?

* * *

Me doy cuenta de que rompí los cuadernos anteriores porque no sé tomar notas. Escribo no las líneas que luego me van a ayudar a escribir el libro, sino el libro en sí. Todo lo que plasmo en el papel con birome pretende ser publicado. Aunque al mismo tiempo sé que nadie publicaría semejante bobada. Es extraño saber que lo que escribo no va a ser publicado pero al mismo tiempo continuar escribiendo como si no hubiese dudas de que va a publicarse.

* * *

Intuyo que este cuaderno pronto va a terminar desmenuzado en la basura.

17. PAN MAYER

El abogado que le presentó Camila tiene el talento de convencerlo de terminar siempre yendo a su despacho en el barrio de Once. Pan le propone juntarse en el hotel, un desayuno o almuerzo en el bar del *lobby*, pero el abogado cuenta indefectiblemente con una excusa que le desmigaja la propuesta.

Pan sale con tiempo y camina desde el hotel. A veces, luego de quince o veinte cuadras, se imagina siguiendo de largo, avanzando en línea recta los días que sean necesarios para dejar completamente atrás el gran quilombo en el que lo metió Emilia.

Marcos Malamud, jurista especializado en derechos de autor, lo invita a entrar en la oficina y sentarse. Fotos en las paredes con Abelardo Castillo y Ernesto Sábato. Diploma de la Universidad de Buenos Aires.

¿Un cafecito?, le pregunta.

No, gracias.

Vamos al grano entonces. Hablé con la editorial. Están dispuestos a hacer todo lo posible para evitar ir a juicio.

¿Te dijeron eso?

Lo insinuaron.

¿Qué significa «todo lo posible»?

Plata.

¿A cambio de qué?

Bueno, es bastante simple. Ellos quieren una sola cosa: que se acepte legalmente que la novela fue escrita por Emilia Mayer. Hicieron una primera oferta. Cuarenta mil dólares. Y la editorial

aceptó mi sugerencia de trabajar en conjunto para diseñar una explicación que no te deje demasiado expuesto. Aceptan presentar ante la prensa y el público una explicación coherente, no agresiva, de por qué la primera edición de la novela se publicó bajo tu autoría.

Años pasé aguantando a Emilia, dice Pan. Ese esfuerzo tiene que valer algo.

Cuarenta mil dólares es mucha plata.

Me chupa un huevo la plata.

Y el juicio, como te dije antes, va a ser complicado. Complicado y caro. Es probable que te fuercen a mostrar pruebas. A someterte a algún tipo de examen.

¿Es legal eso?

Escúchame, Pan. Yo voy a hacer lo que me digas. Te voy a cobrar una buena guita, por supuesto, pero si tu decisión es plantar batalla hasta el final voy a brindarte la mejor defensa posible. Ellos tienen las pruebas. Los cuadernos de Emilia. Los expertos que van a afirmar que la prosa de *El fin de lo que viene* se asemeja a la de sus otros libros. Un archivo de Word que Emilia se había mandado por *mail*. Al parecer no tiene en su posesión la laptop en la que supuestamente escribió la novela. Eso es un punto a nuestro favor. Afirma que se la robaron. Tienen la conferencia de prensa y las entrevistas que diste que, para ser sincero, nos juegan en contra. Y no mucho más. Las pruebas no son determinantes, es verdad, y podemos hacer el trabajo de intentar desmenuzarlas una por una. Pero nosotros solo tenemos tu palabra y el *copyright*. Lo que quiero dejarte en claro es que…

También tenemos el abuso.

Tu historia con Emilia es un tema complejo. Hay que pensar bien cómo usarlo e ir viendo cómo lo van a usar ellos. Un punto importante a favor nuestro es que la hayas ayudado con libros anteriores, incluso que, como dijiste…

Malamud revisa un archivo de notas en su computadora.

… hayas escrito partes de esos libros.

Eso es mentira, dice Pan.

No entiendo.

No escribí ni una palabra de los libros de Emilia.

¿Y para qué lo dijiste entonces?

No sé, me salió. Estaba caliente.

Malamud tipea en su computadora algo que a Pan le gustaría leer. Luego desbloquea su celular y graba una nota de voz.

Llamar al doctor Herrera.

Pan hace varios minutos que improvisa cuentas matemáticas que determinen cuánto le durarían los cuarenta mil dólares si se mudase del hotel a un departamento barato. Pero no soporta que Emilia se salga con la suya. No, no soporta que Carolina se salga con la suya. Le jode que la editorial que él elevó del fondo de los fondos ahora pretenda pisarle la nuca. Emilia ya pagó. Una mancha imposible de borrar. Si quiere publicar un nuevo libro que lo haga. Pero si Carolina pretende pisarlo, entonces que se digne al menos a volver al fondo de los fondos.

La plata no es suficiente, dice.

Es una primera oferta. Están esperando que contraofertemos.

Ochenta mil dólares. Y Editorial Pasillos pierde los derechos de publicar *El fin de lo que viene*.

* * *

Pan da vueltas por el microcentro en busca de un hotel barato. No va a ser fácil desacostumbrarse al lujo del Panamericano, aunque haya sido un lujo venido a menos. Aún no avisó en conserjería que se va. Le cuesta tomar la decisión de avisar, como si los conserjes fuesen una familia que lo acobijó cuando el resto del mundo se lo sacaba de encima como la peste.

¿Por qué no llama a Malamud y le pide que agregue condiciones? Ochenta mil dólares, que Carolina pierda los derechos del libro y que Emilia le entregue la casa. Tal vez lo mejor sea hablar directamente con Emilia, convencerla de que le regale la casa, y luego de que convenza a Carolina de aceptar el trato. Duda de que

Carolina vaya a aceptar tantas condiciones. Se lo vio en los ojos. Lo vio desde el principio, desde la mañana en la que se presentó por primera vez en la editorial como el autor de *El fin de lo que viene*. No importa, Pan no va a dar el brazo a torcer. Va a defender su carrera de escritor hasta las últimas consecuencias.

Entra en una librería y se acerca al sector de literatura argentina. Libros que no leyó ni piensa leer. Autores con cinco, seis, siete títulos que nunca oyó nombrar. No hay copias de *El fin de lo que viene*. Tampoco de los libros anteriores de Emilia.

Espera que el vendedor termine de atender a una señora. Luego se ubica frente al mostrador y aguarda a que lo reconozcan.

¿Te puedo ayudar en algo?

Soy Pan Mayer. No encuentro copias de mi novela.

El vendedor se rasca una costra de psoriasis en la nuca.

Pan Mayer, dice, el escritor.

Sí.

Se las llevó la editorial. Vendían como chipá caliente. Estamos esperando la nueva edición.

¿Dónde puedo conseguir copias?

¿Te fijaste en Mercado Libre?

No.

¿Qué pasó al final? Leí que iba a haber un juicio.

¿Alguna librería de usados por acá cerca?

Fíjate en Florida o Lavalle.

La edición original de *El fin de lo que viene* en un tiempo va a valer una fortuna. Objeto de colección. Y más aún las ediciones firmadas. Si me ayudás a conseguir copias, las firmo y te regalo una.

Perdón, no puedo ahora. Me acaban de llegar envíos de tres editoriales y mi compañera no vino.

Si querés te ayudo. Y después me ayudás vos a mí.

* * *

Cruza el *lobby* del hotel hacia conserjería cargando siete copias de *El fin de lo que viene* que encontró en librerías de usados de microcentro. El conserje habla por teléfono con un huésped al que aparentemente le desapareció algo de la habitación. Cuando corta, luego de asegurarle que van a hacer todo lo posible por resolver la cuestión, mira a Pan con una sonrisa incómoda.

¿En qué puedo ayudarte?

El viernes me voy.

¿De viaje? Podemos reservarte un auto al aeropuerto.

No, me voy del hotel. Me mudo.

Ah. Qué pena.

Sí.

Te vamos a extrañar.

Pan se emociona al escuchar esas palabras. Enfila hacia los ascensores recordando que la pensión en la que reservó un cuarto tiene un aire similar a la vecindad del Chavo. Un espacio en el que se vive solo y al mismo tiempo acompañado.

Personas que nunca leyeron a Emilia Mayer, que ignoran por completo que Emilia es alguien que existe y, para gran parte del mundo, importa o importó.

Deja las siete copias de la novela en el escritorio y se sienta en la silla con apoyo lumbar. Hace horas que piensa en dedicatorias con firma que puedan darle un carácter especial, de colección, a cada una de las copias, pero no se le ocurre ninguna. Pellizca el celular de su campera con la intención de googlear firmas de escritores famosos, cuando empieza a vibrar. Es Emilia. Pan atiende y se acerca el aparato a la oreja, pero por alguna razón no emite palabra.

¿Pan?, dice ella.

Acá estoy.

¿Te acordás cuando fuimos a Portugal?

No.

Tenías diez años. Te pasaste todo el vuelo a Lisboa leyendo *Condorito*. No recuerdo si habías traído varias revistas o una sola que releías obsesivamente. Nada de lo que pasaba a tu alrededor te interesaba en lo más mínimo.

¿Para qué llamaste?

¿Te acordás?

No.

Ya eras un pibe grande.

Me acuerdo de las *Condorito*, dice Pan y Emilia suelta una de esas carcajadas que lastiman el oído.

¿Cuántas particularidades de ella es capaz de etiquetar como irritantes? ¿Cómo es posible que durante años no las haya notado?

¿Dónde andás?, dice Emilia.

En el hotel.

¿Seguís ahí?

Sí.

¿Cuándo te volviste tan necio?

No soy necio.

Te vas a fundir, Pan. ¿Y a cambio de qué? ¿Vivir en un hotel sobrevalorado?

El viernes me voy.

Ah, bien. ¿Adónde?

¿Para qué llamaste?

Te quiero proponer algo.

¿Qué?

Venite a casa y te lo cuento.

Venite vos para acá.

No puedo.

¿Por qué no?

Venite.

Pan se imagina recibiendo la casa de Emilia, un techo para el resto de la vida. Disfruta de lo que va a disfrutar cuando Carolina se entere de que no tiene permiso de publicar la novela.

¿Qué decís?, dice Emilia.

Voy si vos pagás el remise.

Hecho.

* * *

Al llegar al barrio de Emilia, Pan se da cuenta de que nunca podría aceptar que ella le regalase la casa. No porque no la desee, o no quiera quitársela, sino porque este barrio lo incomoda, le da miedo, lo hace sentir insignificante, como si las mismas calles de tierra le dejaran en claro que no lo respetan en lo más mínimo.

La única luz prendida es la de la cocina. La muerte de Camila murmura presagios oscuros del otro lado de la ventana iluminada. Se oye una música: una milonga alegre que trae la brisa en un intento desesperado por romper la ficción que lo rodea. Pan no sabe si acercarse a la puerta o la cocina. El recuerdo de Camila metiéndose por la ventana le duele. El disparate del acto. ¿Quién se mete por la ventana de alguien que prácticamente desconoce?

¡Ey!

Pan gira para encontrar a Gloria y Tomás, ambos cargando bolsas de residuos llenas de algo no muy pesado.

¿Quién sos?, dice Tomás.

Hola. Me llamo Pan Mayer.

Acá vivimos nosotros.

No, esta es la casa de Emilia Mayer. Me llamó hace un rato. Vine a verla.

Emilia vive en la cocina, dice Gloria. El resto de la casa es nuestra.

Tomás abre la puerta con un juego de llaves del que cuelga un osito de peluche con la camiseta de Banfield. Pan echa un vistazo a los alrededores: quizá se equivocó de casa o barrio. Gloria le pregunta si golpeó la ventana.

No.

Bueno, yo voy entrando.

Gloria se mete en la casa y cierra la puerta. La noche huele a papel quemado. Pan se dispone a golpear la ventana, pero de inmediato reacciona en contra de la ridiculez. No va a considerar la ventana una posible entrada, como hizo Camila. Se dirige a la puerta de calle y gira el picaporte.

No quedan rasgos de Emilia en el *living*, excepto por las lámparas dicroicas que instaló para que la luz no le diese en la cara.

Muebles de estilos dispares cubiertos de objetos que no sirven para mucho más que juntar polvo. Los ocupas trasladaron un mercado de pulgas al *living* de Emilia Mayer.

Pan avanza entre pilas de revistas y diarios. En el jardín colgaron luces navideñas de colores que se prenden y apagan.

Emilia toma *whisky* sentada a la mesa de la cocina, rodeada de libros y cuadernos, el pizarrón donde solía dibujar arcos dramáticos y puntos de unión entre personajes, quince o veinte botellas vacías de Glenmorangie rodeando una única botella un tercio llena, un colchón en el suelo sin almohadas ni sábanas, la vieja laptop sobre varios tomos de Pizarnik.

Viniste, dice.

¿Qué carajo pasó, Emilia?

Me devolvieron la computadora.

¿Quién es esta gente?

Gloria y su hijo. ¿No te hablé de Gloria? No tenían dónde instalarse, así que los invité a quedarse acá un tiempo.

Emilia toma un sorbo de *whisky* y se pone de pie agarrándose con una mano del borde de la mesa y con la otra del respaldo de la silla. Pan quisiera ayudarla, pero permanece quieto bajo el marco de la puerta, oyendo a uno de los intrusos abrir la ducha. Emilia se sirve los restos de *whisky* y acomoda la botella vacía junto a las otras.

Intenté disfrutar de la casa, dice. Te lo juro. Saqué las cosas de la cocina y las desparramé por los distintos cuartos. Me senté a leer en el *living*, y tirada en la cama, y en una silla en el jardín. Me senté a tomar café en el *living*, en el jardín, de pie junto a la ventana de mi cuarto; del que *era* mi cuarto. Pero no le encontraba sentido. Igualmente lo seguí intentando, imponiéndome costumbres, desperdigándolas por toda la casa.

¿Por eso trajiste a esta gente?

Salí a comprar unas facturas y me los encontré en la plazoleta. Gloria me dijo que a Tomás lo rajaron de la pieza en la que dormía. No dudé en invitarlos a venir. Se van a quedar un tiempo nomás.

¿No viste lo que hicieron con la casa? Alguien que se queda un tiempo no…

Acá estoy lo más bien. La cocina: el principio y fin de todas las cosas. El movimiento feminista acaba de soltar un alarido, ja ja. Y además Gloria me deja compartir el baño y el jardín. ¿Viste las luces que pusieron?

Pan piensa en proponerle llamar a la policía, pero un brillo en los ojos de Emilia le deja en claro que no es una opción concebible; al menos no para ella.

Cruza la tienda de objetos usados hasta el dormitorio. La puerta del baño cerrada: alguien silba bajo la ducha. Gloria, vistiendo una remera larga con el logo de Simon & Schuster, se pinta las uñas de los pies sentada en la cama. Montañas de cartón prolijamente doblado contra las paredes. Bolsas de residuos llenas de quién sabe qué. Pan se da cuenta de que olvidó preguntarle a Emilia para qué lo llamó, por qué le pidió que viniera. ¿Para mostrarle a esta gente?

No te quedes ahí parado si no vas a decir nada, dice Gloria.

¿Quiénes son ustedes?

Te vimos en las fotos.

¿Qué fotos?

Gloria señala una caja sobre la mesita de mármol que Emilia solía usar para guardar sus medicamentos y pocos maquillajes. Pan la destapa y encuentra imágenes desparramadas de sus viajes con Emilia; imágenes para las que no recuerda haber posado. La escritora no sonreía cuando le sacaban una foto, pero irradiaba una seriedad alegre, divertida. La seriedad de alguien que disfruta del mundo. Pan a los cinco, siete, nueve, quince años sonríe siempre la misma sonrisa.

Voy a llamar a la policía, dice.

¿Para qué?, dice Gloria, inmutable, la señora de la casa.

Se están aprovechando. Emilia no pasa por un buen momento.

Nadie pasa por un buen momento, pibe.

Tomás viene del baño secándose con un toallón verde agua que más de una vez envolvió la delgadez esquelética de Emilia.

¿Qué hace este acá?, dice.

No me preguntes a mí, dice Gloria.

¿Qué hacés en nuestra casa? No te conocemos.

Esta casa pertenece a Emilia Mayer, dice Pan. Que les permita quedarse unos días no significa que sea de ustedes.

A la vieja no le importa, dice Tomás.

Pan levanta la caja con las fotos y la carga de vuelta a la cocina. Emilia continúa sentada a la mesa con el vaso de *whisky* en la mano. El estado de embriaguez siempre la volvió más querible: una niña arrugada que encontró la llave del armario de las bebidas alcohólicas de sus padres.

¿Para qué me pediste que viniera?, dice Pan.

Me dijo Carolina que vamos a juicio.

¿No aceptaron mi propuesta?

¿Qué propuesta?

Más plata. Y que Pasillos pierda el derecho de publicar la novela.

Parece que no.

Peor para ellos.

Te vas a quedar sin nada, Pan.

La que se está quedando sin nada sos vos, Emilia. Mirate: durmiendo en un colchón en el suelo de la cocina. ¿De dónde lo sacaste?

Lo trajo Tomás. Ellos están usando la cama.

Y lo decís tan tranquila…

Son buena gente. Me robaron la computadora, pero a los pocos días me la devolvieron.

No la habrán podido vender.

¿Querés jugo? Gloria compra uno de manzana muy rico.

No, decime para qué estoy acá.

¿De dónde sacaste esa caja?

La tenían en tu cuarto. Un depósito de basura.

Nunca entendí a la gente que se empeña en acumular cosas. No hay un objeto en el mundo que pueda darnos un gramo de cariño.

Pan se arrepiente de haber traído la caja a la cocina. ¿Qué significa para ella que él le haya traído estos recuerdos del pasado juntos? Tendría que irse con la caja y tirarla en el primer contenedor de basura que aparezca.

¿Encontraste imágenes de cuando estuvimos en Cortina

d'Ampezzo?, dice Emilia.

No.

Fijate.

Pan abre la heladera, saca el jugo de manzana y se sirve en el único vaso limpio. Lo importante es no hacerle caso: este jueguito de señora chiflada no va a conmoverlo.

Me voy a pedir un auto, dice.

Quédate un rato más. Si querés salimos al jardín.

Lo único que quiero es saber para qué me pediste que venga.

Ayer a la madrugada me agarró un insomnio asqueroso. Y tirada en el colchón a oscuras pensaba: ¿por qué no escribimos un libro? Vos y yo. La historia de nuestra vida juntos, pero novelada, una ficción. La historia de nuestra vida juntos que nos gustaría que se conozca.

No soy escritor.

Nadie es escritor. Hay gente que escribe y gente que no.

Yo no escribo.

Nunca es tarde para empezar. Saramago publicó su primera novela decente a los cuarenta y cuatro años. ¿O a los cuarenta y dos?

¿Quién es Saramano?

Mago. Portugués. Premio Nobel de Literatura.

¿Para eso me pediste que viniera: para proponerme escribir un libro con vos?

No, se me acaba de ocurrir.

¿No te incomoda quedarte todo el día acá? Después de lo que pasó. Ahí donde está el colchón…

Emilia lo mira de una manera que le ruega que por favor no continúe.

Quería que vinieras, dice. Solo eso. Que pasáramos un rato juntos. No tengo a nadie a quien llamar. Carolina solo sirve para hablar del juicio.

Mira fijamente el vaso de *whisky*, o el *whisky* en el vaso.

En los últimos años me fui aislando, dice. Ahora me doy cuenta. Mi vida con vos y los libros era suficiente, al punto de que empecé a desconsiderar al resto. Te di por sentado. Vivía en mi rutina, en la

tranquilidad de saber que todos los días serían iguales, hasta el momento en el que el cuerpo y la mente se me empezasen a apagar y vos te ocupases de cuidarme, de sostenerme la mano en la cama de hospital, de cremarme y arrojar mis cenizas sobre la tumba de Alejandra Pizarnik, en el cementerio de la Tablada.

Pan se preguntó varias veces a lo largo de sus últimos años con Emilia qué haría en caso de que ella se enfermase y perdiese la vitalidad. Sospechaba que ella lo consideraba su pareja pero también su criado, enfermero, perro de compañía. Emilia nunca lo insinuó. Siempre lo trató con respeto. Un respeto indiferente, apático.

¿Qué tengo que hacer para que me dejes en paz?, dice.

¿No entendés lo que trato de explicarte?

No.

No puedo dejarte en paz.

* * *

El remise tardó cuarenta minutos en llegar. Pan lo esperó Mentado en el sofá del *living*, oyendo a los ocupas mirar tele en el dormitorio y a Emilia no emitir sonido alguno en la cocina.

En el asiento trasero del Peugeot, camino a Capital, siente un orgullo amargo. Abre la ventana y asoma el rostro al aire fresco de la noche en un intento de alegrarse por haberla bajado de su pedestal, por haberla hundido en una depresión desquiciada. Pero el aire no lo alegra de la manera en la que pretende alegrarse. Un triunfo que no huele como debería oler. La denuncia fue un fracaso que los mandó de una patada a este presente: ella encerrada en la cocina, él en una pieza de pensión, ambos a punto de zambullirse en un juicio absurdo. ¿Pero qué otra opción tenía? ¿Cuál hubiera sido la manera correcta de recuperar lo que nunca tuvo, lo que Emilia no le permitió tener? ¿Fue ella la que no se lo permitió? Las palabras de Imelda aparecen para rescatarlo: «Claro que fue ella».

Pan paga al remisero y se da cuenta de que, al igual que la tarde

en la que abandonó a Emilia, vuelve a considerar la plata un problema: rectángulos de papel que debe empezar a administrar.

El hotel es una enorme presencia innecesaria. Los conserjes de la noche no acostumbran hablar demasiado.

En el ascensor, Pan duda en presionar el botón de la terraza, pero recuerda que la pileta cierra a las nueve de la noche. No lo recuerda porque ya lo sabía. Recuerda que lo sabía.

Entra a su habitación y se quita la ropa. Apaga la luz del techo y prende uno de los veladores. Emilia se equivoca: los objetos saben brindar cariño. Saben abrazar, darnos calor, repetirnos que todo va a estar bien como una madre buena en una película mediocre.

Se acerca a la ventana y corre las cortinas. Desde que se instaló en este cuarto espera encontrar del otro lado de las ventanas vecinas al menos la sombra de una mujer.

Se acuesta en la cama y busca en el celular las pocas fotos que Camila le permitió que le sacara. Se masturba con la imagen de la segunda mujer de su vida sentada en la silla con apoyo lumbar leyendo una página de *El fin de lo que viene*. Se limpia con una de las tres toallas de tamaño intermedio y prende la tele. No le interesa ver nada en particular, o le interesa todo por igual. A veces lo que más lo entusiasman son las publicidades. La gente común suele pasarla bien en comerciales; incluso los que sufren dolencias: al final siempre terminan superándolas gracias a medicamentos eficaces.

Otra opción es volver a vivir con Imelda y Carlos. Seguramente lo reciban con los brazos abiertos. Que lo acompañen a tribunales los días que dure el juicio.

Pan ignora cómo funcionan los juicios en Argentina, solo conoce la versión norteamericana del sistema judicial que muestran en películas y series. ¿Cuánto le va a cobrar Malamud? De alguna manera se lo dijo, pero no lo entendió por completo, o eligió no entenderlo.

Cuarenta mil dólares es mucha plata. Eso mismo le afirmó el abogado y Pan sintió que alguien pretendía extirparle una extremidad. Porque a esa suma hay que descontarle el escarnio público, el mote de estafador que van a estamparle en la frente. Un

mote que se merece. Lo mire como lo mire, Pan es un estafador. Aceptó ser parte del fraude más grande de la historia de la literatura argentina, y luego se creyó la fantasía; no del todo, pero lo suficiente para disfrutarla, para sonreír honestamente ante los halagos.

Se da un baño de inmersión en un largo intento de despedirse de la bañadera. Vuelve a mirar las fotos de Camila en su celular y lo confunde la rapidez con la que su muerte quedó en el pasado. Ese pasado deslucido que ya no gravita en el presente. Camila existe en el mismo pasado en el que existe Ramón Valdés. Desagua la bañadera y permanece un ruto sentado, sintiendo las gotas bajarle por la piel, cómo la temperatura de su cuerpo decrece minuto a minuto.

Media hora luego se encuentra otra vez en la calle, vestido, caminando sin rumbo. El microcentro de noche es un tren fantasma que hace tiempo dejó de funcionar. ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo pasó desde aquella primera noche en la que se recriminaba preguntarse la hora?

Descubre que se olvidó el celular en el hotel. Empieza a volver pero se detiene. No son tantas cuadras. Va a caminarlas a buen ritmo y tocarle el portero eléctrico. No importa la hora.

El silencio de la cuadra le sofoca el envión. Echa un vistazo a los edificios que lo rodean en busca de cuartos iluminados, televisores encendidos. La mayoría de la gente duerme, de la misma manera en la que Carolina debe estar durmiendo. ¡Qué estupidez haber venido a esta hora! ¿Qué apuro había? Mejor volver al hotel, dormir un rato entre sábanas frescas, un último desayuno, check-out, se instala en la pensión y luego se dirige a la editorial a decir lo que sea que pretende decir.

Toca el portero eléctrico sin estar del todo seguro de qué es lo que pretende decir. Tampoco de si es recomendable decir lo que sea que viene a decir a esta hora de la noche. Carolina atiende luego del tercer timbrazo.

¿Carolina?, dice Pan.

¿Alfonso?

No, soy Pan.

¿Quién?

Pan Mayer.

¿Es una joda esto?

No.

¿Sabés la hora que es?

Me olvidé el celular en el hotel.

Silencio.

¿Puedo subir?, dice Pan.

¿Para qué?

Necesito que hablemos.

¿Ahora? Venite mañana a la editorial. Pero lo mejor es que estén nuestros abogados presentes. Hagamos una cita y…

Es sobre Emilia.

¿Qué pasó con Emilia?

Abrime y te cuento.

Silencio. Pan espera unos segundos y vuelve a tocar el portero. La furia de Carolina se percibe en el crujido con el que descuelga y el grito cohibido.

¡Córtala, Pan, te tengo que bajar a abrir!

Ser el responsable de haber provocado semejante alboroto a esta hora de la noche lo incomoda y complace. Da varios saltitos en el lugar, como un deportista entrando en calor, hasta que ve a Carolina salir del ascensor.

El viaje al noveno A es difícil de describir. Ella le pregunta por qué a esta hora y no mañana. Él le informa que al día siguiente se muda a una pensión. Ella lo mira con el propósito de dejarle en claro que esa información no responde en absoluto su pregunta. Él no se preocupa en aclararle qué quiso decir.

Entran al *living* comedor a oscuras. Pan sospecha que ella dejó la luz apagada a propósito. Carolina lo guía hasta la cocina y le pregunta si quiere un té.

No, gracias.

Yo voy a prepararme uno de manzanilla.

Bueno, dale.

Mientras Carolina hierve agua y suelta saquitos en dos tozas,

Pan entiende que tranquilamente podría haber esperado a mañana. ¿Qué fue lo que lo empujó a la calle y le dio envión? Esta cocina impecable, con los muebles y electrodomésticos justos, le ofrece una posible explicación. Una explicación que no lo satisface. Que no lo contenta, porque de alguna manera la acepta como única explicación posible.

Carolina deja las tazas sobre la mesa y le pide que tenga cuidado porque está caliente. Pan sopla el té y el vaho a manzanilla le revuelve el estómago.

Te escucho, dice Carolina.

No aceptaron mi propuesta.

¿Te sorprende? Es absurda la propuesta. Tu abogado debe haber sentido vergüenza ajena al tener que…

¿Por qué?

¿De verdad pensaste que íbamos a aceptar pagarte ochenta mil dólares y perder los derechos de publicar la novela? ¿No oís lo ridículo que suena? Pretendías que te paguemos por el derecho a perder el libro por el que estamos litigando.

Pero la novela queda a nombre de Emilia. ¿No es eso lo que quieren?

No, lo que quiero es liberarme de esta estafa en la que me metieron. Quiero gritar al mundo que mi editorial no tuvo nada que ver con este melodrama berreta en el que vos y Emilia andan envueltos.

La fui a visitar. Tiene una gente viviendo con ella.

¿Qué gente?

Una mujer con su hijo. No sé de dónde salieron. Este quilombo la está volviendo loca.

No es mi culpa.

Sí que es tu culpa. Vos empezaste con esta mierda. Iba todo lo más bien. Mi novela vendía como…

¿Tu novela?

El fin de lo que viene.

Conozco el título.

El *copyright* es mío.

¿Para eso viniste: repetirme lo que ya discutimos veinte veces?

Pan no sabe qué hacer con el té. Tomarlo le va a terminar de revolver el estómago. Ignorarlo es un acto de soberbia. ¿Qué hay de malo en mostrar un poco de soberbia? Tal vez eso es lo que desde hace tiempo le viene faltando.

No sé del todo a lo que vine, dice. Solo sé que tenía que salir del hotel y caminar. Y caminando me entraron ganas de venir a verte. A veces me cuesta expresarme, perdón.

Sos escritor, Pan. Eso es lo que tu abogado va a defender en tribunales. Te especializás en el uso de la palabra. En la expresión de imágenes, sentimientos, ideas a partir de la palabra.

No soy escritor. Lo vengo diciendo desde el principio. Lo dije en la presentación de la novela.

También dijiste que habías escrito *El fin de lo que viene*. Un libro por el que cobraste mucha plata.

Nunca dije que lo escribí. Dije que el libro es mío. Me pertenece. Me lo merecía, y me lo merezco.

Pero no lo escribiste.

Pan vacía su taza de un trago con la esperanza de que un malestar revulsivo lo mande corriendo de vuelta al hotel. Luego la mira con una calma ligeramente artificial.

No, dice.

Carolina levanta las tazas de la mesa, desparrama el té en la pileta y enjuaga las tazas.

Lo mejor es que te vayas, dice.

La novela es mía. ¿Por qué te cuesta tanto entenderlo?

Que los abogados hablen por nosotros de ahora en más.

No me puedo quedar sin nada. Decime al menos que entendés eso. No me mires como a un loco. No estoy loco. Estoy perdido. Más perdido que nunca. En el momento en que abandoné a Emilia se fue todo al carajo. La odio por eso.

Casi todo el mundo anda perdido. Que te sientas así no justifica que…

Pan golpea la mesa con la palma de la mano.

¡Cincuenta mil dólares!, grita.

Shhhhh… ¿Y Pasillos mantiene los derechos de publicar la novela?

Cincuenta mil dólares y todas las copias de *El fin de lo que viene* con mi nombre que tengan en el depósito.

* * *

Nunca hubiera imaginado que pronunciar un simple «no» podía devenir en semejante alivio. Avanza por calles oscuras como si fuesen las cinco de la tarde en verano. ¿Dónde va a guardar las copias de la novela? Podría alquilar una pieza al lado de su pieza para las pilas de libros que piensa autografiar y vender al mayor postor.

Se detiene ante la vidriera de una panadería iluminada. En la puerta anuncian que abren a las siete de la mañana. Golpea el vidrio varias veces hasta que una cabeza envuelta en un pañuelo blanco se asoma por la puerta que supuestamente da a los hornos, le hace una seña que no significa nada en particular y desaparece. Pan vuelve a golpear el vidrio, pero la cabeza lo ignora.

Podría usar la plata para viajar por el mundo, solo, conocer gente nueva, descubrir cómo lo miran en distintos idiomas.

Emilia tiene dinero suficiente para vivir hasta los ciento treinta años. A no ser que los ocupas la convenzan de… No, la vieja no está tan loca.

Loco se nace, solía decir ella. Nadie enloquece de la noche a la mañana. Alonso Quijano es desde el principio del libro un impostor.

El check-out dura menos de lo que había imaginado. Los conserjes lo despiden con amabilidad, pero Pan nota un cambio en la calidez, en el interés que le prestan.

Se sienta en el bar junto a una ventana a disfrutar del último licuado de banana con leche. ¿Último? Todo lo que necesita es una licuadora, leche entera, azúcar, hielo y bananas semipodridas. Es absurdo venerar tanto una bebida que puede preparar cualquier

ganso. Le pide al mozo que anote el licuado a su habitación y de inmediato se da cuenta del error.

Los dueños de la pensión no se parecen a Doña Florinda ni a Don Ramón ni a la Bruja del 71. Pan deja sus cosas en el suelo, cierra la puerta de la pieza y se sienta en la cama.

¿Cuál es el plan?

18. EMILIA MAYER

No se acostumbra a dormir en la cocina. Es probable que la sensación de extrañeza no se deba a la locación o el colchón en el suelo, sino a las respiraciones intrusas que no oye pero sabe abarcan el resto de la casa.

Sale al jardín arrastrando la frazada. Las luces navideñas continúan parpadeando, como si Gloria y Tomás las usasen para convocar a un Santa Claus que no los visita desde que eran niños.

Se acuesta en el pasto y se cubre con la frazada. Cierra los ojos, aunque no va a lograr dormirse. Tal vez no vuelva a dormir en lo que le queda de vida.

Gatea hasta uno de los árboles y se sienta con la espalda contra el tronco. Intenta imaginar cuáles de los vestidos en el ropero son adecuados para lucir durante el juicio. El ropero es una pila de cajas amontonadas en la cocina. Podría ir separando la ropa que valga la pena para salir al mundo. Una nueva novela de Emilia Mayer en las librerías. ¿Quién lo hubiera dicho? La escritora que resurge del pantano espeso de la cancelación y gana el Premio Nobel de Literatura. Carolina Klug a su lado, sosteniendo la cabeza enfurecida de Abelardo Calcarami.

¿No debería ir delineando un nuevo libro? Mejor esperar a ver cómo se desarrolla el juicio. Además no tiene ganas de escribir. Hace años que perdió las ganas.

Pero soy una escritora, se dice bajo la frazada. Es lo único que soy. Una persona que ubica una palabra detrás de otra. No soy una degenerada. Eso no es una profesión. Por favor, no confundamos las

cosas. Uno es lo que hace para vivir. Uno es por lo que le pagan. Un albañil que asesina a alguien no es un asesino, sigue siendo albañil. Soy una albañil de las letras. Y no maté a nadie. Aunque más de una vez estuve a punto, ja ja.

Le cuesta respirar bajo la frazada. Asoma la cabeza y encuentra a Tomás del otro lado del ventanal, vistiendo solo unos calzones estirados. Lo mira salir al jardín. La brisa fresca no parece agredirlo. El cuerpo casi desnudo le provoca un principio de lástima. Un cuerpo que pide a gritos que por favor lo dejen en paz.

Mamá no para de roncar, dice Tomás.

Instálate en el *living*.

No hay lugar.

¿Para qué guardan tanta porquería?

Es todo lo que tenemos.

Las cosas solo sirven cuando sirven o valen algo.

Ja ja.

Te vas a resfriar.

Madre hay una sola, Emilita.

No pretendo reemplazar a tu madre, pero debe hacer menos de diez grados.

El frío es para los giles.

Tomás se rasca la nalga derecha de esa forma en la que me rascan los que no saben qué otra cosa hacer. Emilia se pone de pie, la frazada sobre los hombros como una capa, y se le acerca.

¿Cuántos años tenés?, le pregunta.

Menos que vos.

¿Alguna vez te acostaste con una vieja?

Duermo al lado de mamá.

No te hagas el bobo.

No soy bobo.

Hablás como bobo.

Y vos hablás como una vieja chota.

Perfecto, cada uno habla como lo que es.

Tomás se corre el calzón y asoma los testículos.

Te presento a mis huevos, dice.

Emilia se levanta la blusa.

Te presento a mis tetas.

Tomás parece sorprenderse ante la blancura y lozanía de los diminutos senos de la escritora. Ignora el resto de la piel manchada, rugosa, la vejez en su más simple expresión.

Tócame si querés, dice Emilia.

No digas eso.

¿Qué querés que diga?

Otra cosa.

Sacate los calzones.

No, eso tampoco.

Emilia pasa junto a Tomás, rozándole el codo con el hombro, y se mete en la casa. Él la sigue hacia la cocina. Se tropieza con la pila de libros de Pizarnik que ella acomodó en el suelo junto al colchón y suelta una puteada. Emilia le pide que haga silencio y se acueste. Tomás se arrodilla sobre el colchón. Ella le pide que se acueste. Él permanece arrodillado y se baja el calzón hasta los muslos. El pene es tan pequeño que Emilia reprime una risita. Extraña el pene de Pan: corto pero grueso; un pene torpe.

¿Tenés novia?, le pregunta.

No.

¿Con cuántas mujeres estuviste?

Muchas.

¿Cuántas?

No me acuerdo.

¿Sabés leer?

Chúpame un huevo.

Siempre me dieron impresión los testículos. Bolsas de piel que envejecen décadas antes que el resto del cuerpo. Y los pelos… El pelo que crece en los testículos tiene una consistencia extraña, antinatural, como el cabello de una muñeco barata.

Emilia le rodea el pene con tres dedos y le pide que se quede tranquilo. Tomás le atrapa el torso esquelético con ambas manos: la sostiene como si ella fuese un barrilete. Emilia empieza a masturbarlo mientras recita…

Mata su luz un fuego abandonado. Sube su canto un pájaro enamorado. Tantas criaturas ávidas en mi silencio, y esta pequeña lluvia que me acompaña.

Tomás le aprieta las costillas. En un principio Emilia siente algo parecido al placer, pero luego un dolor de esos que se soportan.

Despacio, le dice.

No puedo acabar si no aprieto algo.

Me vas a romper.

¿No te gusta?

Me duele.

¿No te gusta?

Soltame, Tomás.

Él la suelta y se acuesta boca arriba. Ella se le sienta encima. No se decide a quitarse la bombacha. Se recrimina por tinto prejuicio. Andá a saber con cuántas mujeres se habrá costado su padre carnicero. Su pobre madre no tenía la menor idea de qué se metía dentro cada vez que…

Sacate la bombacha, dice Tomás.

Mi vagina tiene varios años más que yo. Una señora muy mayor, en sillas de ruedas, que se la pasa babeando. Huele a Riachuelo.

Emilia se corre la bombacha y le apoya la vagina en el vientre. Tomás le toquetea la mata de vello púbico de la misma forma en la que un floricultor japonés las ramas y hojas de un bonsái. Ella se inclina hacia delante y le besa el mentón, la piel áspera de los que viven mayormente a la intemperie. Él le mira las tetas.

Te voy a coger, dice.

No hay apuro.

Mamá quiere que te vayas.

¿Adónde?

Donde sea. Nos gusta la casa. Nos vamos a quedar.

No me importa que se queden.

Te podrías ir mañana. Te ayudamos a meter tus cosas en bolsas.

Emilia se pone de pie, se cubre con la frazada y revisa las botellas vacías en busca de un fondo de *whisky*.

Vení, dice Tomás. Volvé.

Se me fueron las ganas. En realidad no sé si eran ganas. Hace tiempo que no tengo ganas. Todas las acciones posibles me resultan superfluas, redundantes, aunque no entiendo qué es lo que están redundando.

Tomás repite las últimas palabras de ella imitando a un retrasado mental. Emilia sonríe al encontrar unas gotas ambarinas que le templan la garganta y le recuerdan qué es lo importante en estos tiempos turbios.

* * *

Gloria fue llenando la cocina con bolsas de tierra. Emilia le preguntó en varias ocasiones para qué tanta tierra, pero la exvagabunda no le respondió. Ni ella ni Tomás le dirigen la palabra. De a poco fueron aprendiendo a ignorarla.

Encuentra a Gloria en el *living*, amarrando planchas de cartón con cintas de persiana y le pregunta si pueden hablar un momento. Gloria no la mira ni pronuncia palabra.

Me parece importante que los tres entendamos cómo es la dinámica en esta casa, dice Emilia. Yo los dejo quedarse, usar los cuartos que quieran, pero la casa sigue siendo mía.

Gloria continúa con su labor, sin mirarla.

¿Me estás escuchando?, dice Emilia.

Gloria acomoda las planchas de cartón amarradas sobre la mesita ratona que Emilia compró en una casa de antigüedades de Recoleta y se dirige al dormitorio. Emilia la oye prender la tele y comentarle algo a alguien.

Tal vez lo mejor sea cortarles el cable. Dejar de pagar electricidad, gas, agua… Echarlos sutilmente, sin echarlos. No, no quiere echarlos. No quiere quedarse sola.

Podría comunicarse con alguna fundación de las que ayudan a artistas jóvenes y ofrecer la casa como residencia. Pero sabe que ninguna fundación le va a atender el teléfono.

Vuelve a la cocina y se sienta entre las bolsas de tierra. Ayer le llegaron tres cajas de Glenmorangie: un total de dieciocho botellas. Agradece que ni Gloria ni Tomás muestren Interés por las bebidas alcohólicas. El único interés que muestran es el de acumular cosas. Cosas que luego no usan para nada en particular, que simplemente tienen alrededor. Ni siquiera muestran interés por la casa. Por los ambientes, el jardín, el baño… Los usan porque acá están para que ellos los usen, pero no les prestan atención.

Emilia se pregunta cuántas botellas es capaz de vaciar en un solo día. ¿Dos? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Qué sucede en el cuerpo de una persona a lo largo de la ingesta de cinco litros de *whisky*? Se dispone a googlearlo, pero la laptop la desalienta recordándole todos los párrafos que podría haber escrito estos últimos meses.

Párrafos de mierda, dice entre dientes.

Siempre sintió lástima por los grandes escritores que en la decadencia de la vejez publicaron obras finitas, indignas de los libros anteriores. Siente una lástima muy similar a la vergüenza ajena. Pero al mismo tiempo los entiende: si un escritor sigue en el mundo no tiene más opción que continuar escribiendo.

Acá estoy, dice entre dientes, y hace meses que no escribo una palabra que no sea un *mail* o mensaje de texto.

¿Cuántos días más es capaz de aguantar? Muchos, lo sabe. Años. Décadas. El amor propio no le permite quitarse la vida. Emilia Mayer vale su peso en oro. Una res colgada de un gancho, en algún frigorífico, preservando la carne más tierna del mundo. Un bife Kobe flotando en *whisky* escocés.

Gloria entra en la cocina vistiendo un vestido largo de fiesta que Emilia compró para asistir al Festival de Cannes: la premiere de una película francesa basada en una de sus novelas. Abre la heladera, saca el jugo de manzana y toma un sorbo del pico mirando a Emilia con una calma graciosa.

Mañana viene mi familia, dice.

¿Qué familia?

De Tucumán.

¿Cuántos son?

Te voy avisando.

Gloria toma otro sorbo de jugo, reubica tres bolsas de tierra y abandona la cocina. Emilia nota la inestabilidad de su mano al atrapar una de las botellas de Glenmorangie. Luego percibe que algo pretende atragantarla y sabe que ese algo no es más que uno de esos llantos feroces que la sometieron cinco o seis veces a lo largo de la vida. Traga el llanto con varios sorbos de *whisky*.

En el *living* apenas queda espacio para circular de un lado al otro de la casa. ¿Dónde pretenden instalar una familia? Emilia golpea suavemente la puerta del que es su propio dormitorio.

No se puede, dice Gloria.

Emilia teme que el llanto le explote la cabeza de la misma forma en la que gente explota desde el centro de tortas de cumpleaños. Encuentra a Gloria adhiriendo figuritas a un álbum del Mundial de Fútbol Sudáfrica 2010.

¿Cuánto piensan quedarse?, le pregunta.

¿Adónde?

Acá, en mi casa.

Gloria abre un paquete de figuritas y gruñe como un nene caprichoso que acaba de comprobar que el muñeco que había implorado para Navidad no existe del otro lado del papel de regalo.

Contéstame, dice Emilia.

Nos pediste que viniéramos.

No, los invité a quedarse. Unos días. Pero nunca imaginé que…

¿Cómo era tu nombre?

Emilia.

¿Vos escribiste los libros esos que están en el ropero?

Sí.

Leí uno. El del pescador que vive con la foca. *Mar del sur*.

Es un cuento.

Tomi se los quiere llevar. Venderlos.

Que se los lleve. Y que también se lleve todo lo que apilaron en el *living* y la cocina. Acá en el cuarto hagan lo que quieran, pero el resto de la casa lo compartimos.

Vos compartís, nosotros no.

¿Qué significa eso?

No te pedimos que nos dieras la casa.

¿De qué estás hablando? Nunca dije que…

Vos quisiste darnos la casa y ahora es nuestra. Voy a leer todos los días una página de tus libros, como agradecimiento. Por eso le dije a Tomi que no los venda. Son muchos libros, muchos días.

Llamo a la policía y los sacan de los pelos.

Nadie va a llamar a la policía.

Pensé que éramos amigas, Gloria.

¿Amigas de quién?

Amigas.

Gloria le pide con un gesto que salga del cuarto. Emilia la ignora y se acerca al ropero: las copias de sus novelas apiladas en el suelo y los estantes, entre ropa desperdigada, blísters de medicamentos y paquetes de velas. Luego va hacia la ventana, la abre y empieza a arrojar las planchas de cartón a la calle.

¿Qué hacés?, dice Gloria.

Lugar para mis libros.

Ahora vas a tener que salir a buscarlas.

Vos salí a buscarlas. Y no vuelvas a entrar. Voy a cambiar la cerradura.

Gloria le arrebata la plancha de cartón de las manos y la pone donde estaba.

Nos dan buena guita por el cartón, dice. Tus libros no valen un sorete.

Me los llevo a la cocina entonces.

Emilia saca copias de sus libros del ropero y se desanima al comprobar que no es capaz de sostener más de nueve. No sabe si volver a guardarlos en el ropero o llevarlos a la cocina y venir en busca del resto.

Tomás entra al cuarto comiendo un helado de palito; la boca teñida de un naranja rabioso. No intenta averiguar qué es lo que pasa: se mete el helado en la boca, atrapa a Emilia de un brazo y la arrastra hacia la cocina.

¡Dejala, Tomás!, grita Gloria.

Emilia pierde cinco copias en el camino. Tomás la empuja dentro de la cocina y cierra la puerta. Emilia oye la llave que gira en la cerradura y se pregunta de dónde la habrá sacado.

Deja los libros sobre la mesa: cuatro novelas que parte de la prensa habrá llamado obras maestras. ¿Cuántos individuos por generación son capaces de producir obras maestras? Se sirve *whisky* en el único vaso que queda y se sienta en el colchón a leer, a leerse.

* * *

Cuando cae la noche, Emilia cierra la novela, toma un sorbo de Glenmorangie y se pregunta por primera vez si quedará comida. En la alacena encuentra una lata de garbanzos. En la heladera, el cartón casi vacío de jugo de manzana y algo pequeño envuelto en papel metalizado. Algo que no sabe lo que es pero no la tienta en absoluto.

Un trueno sacude la casa. Emilia abre la ventana justo cuando el diluvio golpea la calle con una furia exagerada. La cierra. No intenta abrir la puerta porque sabe que sigue con llave.

Podría llamar a alguien. ¿A quién? Carolina Klug: preguntarle cómo viene el quilombo del juicio. Abelardo Calcarami: preguntarle si ya reservó el terreno donde cavar su propia tumba. Imelda Ortiz: preguntarle qué habló con Pan, todo lo que recuerde, con la mayor cantidad de detalles.

Se sienta a vaciar lentamente la botella. Emilia conoce las dificultades de escribir estos momentos. La quietud. La Inacción. Un imperceptible descenso a los infiernos.

Ruidos en el *living*: cosas que se mueven. Luego otra vez el silencio. Si estuviesen en la ciudad podría gritar y alguien la escucharía. Aunque duda de que la gente en la ciudad se desespere por socorrer el grito de un desconocido.

El sabor del *whisky* escocés ya le pertenece. Un sabor que es un hermano, un compañero de trinchera, alguien que nunca va a

defraudarla. No, no es un hermano ni un compañero. Es un hijo. Diez años en barricas esperando salir a la luz y conocerla. El hijo que nunca tuvo. El hijo que nunca quiso. El hijo que necesita más que nada en el mundo.

Otra vez el llanto que pretende atragantarla. El recuerdo del bebé en su cuna. El bollo de pan. Un recipiente de vida, tan indefenso. Se rehúsa a expresarlo, a pronunciarlo.

No hay manera, se dice. Las palabras no arrastran verdad. Las palabras son siempre ficción, en cualquier contexto en el que se las use. Basta de ajusticiarnos por lo que decimos. Basta de adjudicarle tanta importancia a lo que no la tiene.

Abre uno de sus libros y lee un párrafo al azar. Admira lo que lee. Se admira. No, admira a la que fue. ¿Cuánto tiempo pasó? Si se contempla en un espejo, siglos. Si se contempla hacia dentro, no más que segundos.

¡Contemplarse hacia dentro! ¡Cuánta cursilería!

Revisa los cajones de la mesada en busca de una tijera que sospecha no existe. El pulso le quita la posibilidad de ser prolija al cortar con un cuchillo Tramontina las cuatro fotos de autor de las solapas. Cuatro versiones de ella misma que esconden lo que ella es en realidad. Cuatro miradas idénticas que se esfuerzan por dejar en claro algo completamente distinto. Ubica las fotos sobre la mesa y…

Siempre tuviste cara de engreída, dice.

Sostiene la primera foto con dos dedos y se besa la frente. Sostiene la segunda foto con dos dedos y se besa la frente. Sostiene la tercera foto con dos dedos y se besa la frente. Sostiene la cuarta foto con dos dedos y se besa la frente. Junta las cuatro fotos como Gloria hace un rato juntaba figuritas, abre una de las bolsas con tierra y sepulta las cuatro versiones de ella misma.

Destapa otra botella de Glenmorangie recordando que aún le queda en el vaso. ¿Dónde habrá dejado el celular? Lo busca en el colchón, entre las sábanas y frazada. No lo encuentra porque sabe que está sobre la mesa junto a los librossin fotos de autor. Hace rato que el celular espera sobre la mesa, boca abajo, con los últimos minutos de batería.

Vacía el vaso de un trago y se sirve más *whisky*. Gira el celular y lo prende con la huella digital del índice derecho. Cinco mensajes de Carolina Klug. Lee el primero.

Pan vino a verme. Costó, pero llegamos a un acuerdo. Llámame cuando puedas.

Lee el segundo.

Atendeme, Emilia. Necesito que hablemos, ponerte al día. No va a haber juicio. Quiero empezar mañana mismo. Publicar antes de fin de año.

Lee el tercero.

Hablé con el doctor Galeano. ¡Llámame!

Lee el cuarto.

¿Me lo estás haciendo a propósito?

Lee el quinto.

¿Estás bien? Pan me dijo que tenés gente en tu casa. Avísame si necesitás algo.

Emilia borra los cinco mensajes. Piensa en borrar el celular en su totalidad: *resetearlo*. Pero ignora cómo *resetearlo*, Ni siquiera sabe cómo apagarlo y volverlo a prender.

Debería llamar a Carolina y preguntarle cuál es el arreglo que hizo con Pan. Pero no la va a llamar. Al menos no hoy. Y mañana es un signo de pregunta difuso. Un signo de pregunta que alguien dibujó en el asfalto con tiza y el diluvio borroneó. Un signo de pregunta que es una marca inexpresiva.

El *whisky* recién abierto le colma la boca de un picor que le levanta el ánimo. Hace buches. En algún lado leyó que la gente que toma *whisky* todos los días no se enferma. Seguramente lo escuchó en un bar de Escocia o Irlanda, en una de sus pocas visitas a las tierras de Jane Porter y *Lady* Gregory. Todos y cada uno de los días que pasó en Escocia e Irlanda, haya viajado a una feria literaria o a presentar una novela o a recibir un premio, terminaron en *pubs* de madera oscura e iluminación lúgubre.

Se arrodilla junto a una bolsa con tierra, la rodea con ambos brazos e intenta levantarla. Otra vez. No es capaz de levantarla, pero sí de voltearla y desparramar la tierra en el suelo. Nueve bolsas

llenas, nueve bolsas desparramadas. Esparce la tierra a lo largo y ancho de la cocina, entre sorbos de *whisky*, sosteniéndose de vez en cuando del borde de la mesa o el respaldo de la silla. ¿Cuándo fue que empezó a necesitar sostenerse? Se quita las medias y camina descalza sobre la tierra. Nunca le gustó que tierra o arena se le metiera entre los dedos de los pies. Evitó valles, praderas y playas con la misma determinación con la que eligió cada una de las palabras que formaron sus oraciones.

Chequea la hora en el celular y sonríe al darse cuenta de que no hay hora específica que vaya a impedirle hacer la llamada que está por hacer. Carolina atiende enseguida: aprovecha las primeras líneas de diálogo para sacudirse la modorra.

No me llames más, dice Emilia. No me mandes mensajes. Si necesitás algo háblalo con mi abogado.

Esto recién empieza, Emilia.

Empiece lo que empiece, yo ya no soy parte.

Tu nombre aparece en la tapa del libro. Tu foto en la solapa. Un resumen de tu vida.

Emilia Mayer nació en un barrio de Buenos Aires. En algunos momentos de su vida escribió.

Quiero ayudarte. Es lo que más me importa en el mundo. Traerte de vuelta. Estoy averiguando cuánto saldría comprar los derechos de tus libros cancelados. Es probable que termine pagando poco y nada. Armamos la biblioteca Emilia Mayer. Quiero que publiquemos nuevas…

La maté, dice Emilia. Fue un accidente, pero la maté. Se metió por la ventana. Yo estaba borracha. Le pegué con las poesías completas y se cayó contra la mesa. A la policía le dije la verdad. No toda, pero la verdad al fin. Una situación desafortunada. Quería que lo sepas. Quería pedirte disculpas, aunque no hice nada malo. ¿Me escuchás?

Entiende que el silencio no pertenece a Carolina, sino al aparato. Se quedó sin batería. El cargador no cuelga del enchufe del que suele colgar.

La cocina también dejó de pertenecerle. ¿Cómo no se dio

cuenta? Sí que se dio cuenta, pero igualmente permitió que sucediera. Vio cómo le iban arrebatando cada centímetro de la casa. Disfrutándolo. No, disfrutando de imaginar a Pan al comprender lo que le había pasado. Pan con la boca abierta, descendiendo por la escalera de una culpa paralizante.

* * *

Despierta bajo la mesa, los labios manchados de tierra, el sol del mediodía rostizándole uno de los pies. No recuerda haberse dormido. No recuerda haber tomado la decisión de dormirse. Lo primero que ve al sentarse es la puerta de la cocina abierta. Luego descubre que se llevaron la heladera.

Sale al *living* descalza, los pies sucios, el latido de una incipiente migraña sobre el ojo izquierdo y parte de la nuca. Instalaron la heladera junto al pasillo que da al baño y el dormitorio. Emilia la abre: cartones de jugo de manzana y treinta duraznos. Las luces navideñas continúan parpadeando en el jardín.

Buen día, dice. ¿Hay alguien?

Al no recibir respuesta se asoma al baño y luego entra y prende la luz. No hay rastros de los medicamentos que solía guardar en el botiquín tras el espejo sobre el lavabo. Una de sus toallas cuelga húmeda y deshilachada. Un jabón que es una lámina casi transparente, oscura, del color de la palta que estuvo demasiado tiempo a la intemperie.

Tocan el timbre. Emilia no se decide a acercarse a la puerta de calle y preguntar quién es. Una puerta que no le pertenece, aunque ella la pagó, así como también pagó el timbre. Se lava la cara con agua fría pero no se la seca. Otra vez el timbre. Emilia va hacia la puerta de calle frotándose las manos contra el camisón.

¿Quién es?, dice.

Abrime, Emilia.

No necesita repreguntar para saber que se trata de Carolina

Klug. ¿No hablaron ayer a la noche? Emilia gira el picaporte y tiene que dar un paso atrás. Carolina irrumpe en la casa y se detiene, como si el despiole de Gloria y Tomás le pusiese una mano en el pecho. Gira hacia Emilia con el peso de un *llanto que* viene cargando desde la morgue.

¿Por qué me hacés esto?, dice.

¿Querés algo de tomar? Tengo jugo de manzana y *whisky*.

Decime al menos que estás juntando material para un libro. Tu obra maestra definitiva. Que tu intención es volverme loca para ir tomando notas. Te juro que eso lo entendería.

Ya te dije que no voy a escribir un carajo.

¿La mataste?

¿A quién?

Carolina se abalanza sobre Emilia, la agarra del pelo y tira como alguna vez habrá tirado del cabello lacio de su hija.

¿Qué mierda está pasando?, dice. Hablá, vieja de mierda. Explicame porque si no te arranco el pelo y te lo meto hasta el fondo de la garganta. Te vas a asfixiar con tu propio pelo inmundo.

Me tienen secuestrada. Encerrada en la cocina.

Basta, córtala con la incoherencia.

Soltame.

Carolina tira de los pelos grises hasta provocar un chillido. Emilia atrapa con ambas manos el brazo que le prende fuego al cuero cabelludo.

Vamos a la policía y les contás la verdad, dice Carolina.

¿Qué verdad?

Que la mataste. No soportabas que Camila anduviera con Pan y la mataste.

Fue un accidente, te lo juro.

Un accidente provocado. Te conozco, Emilia. Vivís convencida de que estás por encima del mundo. Pero no, sos una pobre vieja. Ni siquiera me creo esta locura berreta que intentás vender ahora. Sé muy bien que sabés lo que hacés.

Se metió por mi ventana. Me asusté. Tenía los poemas en la mano. Me defendí. Un acto reflejo. No quería lastimarla. Se resbaló.

Se dio contra la mesa.

Carolina la suelta y se sienta sobre una pila de planchas de cartón. Algo en las palabras de Emilia parece haberle quitado iniciativa: un cierto aire de autenticidad, ese tufo confortable que largan las oraciones simples. Luego se descompone en un llanto que al mismo tiempo que padece intenta evitar. Emilia le roza la espalda con una mano, pero Carolina se la quita de encima. No la mira hasta que el llanto empieza a dejarla en paz.

Estuve con Pan, dice. Nos pusimos de acuerdo. Va a cobrar una buena guita a cambio de cargar con la estafa. Le voy a pagar para que cuente la verdad.

¿Confesó?

Sí, dos veces. La segunda al aceptar el acuerdo. Y además todos sabemos que ese pibe no es capaz de escribir literatura.

Emilia arroja al suelo los rollos de plástico que cubren el sofá y se sienta con las piernas cruzadas.

No estoy lista, dice.

¿Para qué?

Salir. Dar la cara. Volver a lo de antes.

No creo que sea posible volver a lo de antes. Al menos no de inmediato.

¿Qué es posible entonces?

En principio disolver la estafa. Dejar en claro cómo son las cosas. Publicar el libro con tu nombre, como siempre debió haber sido. Pedir perdón cuantas veces sea necesario.

Perdón.

A mí no, a la gente. A la prensa. Al mundo literario.

Perdón.

Basta, Emilia.

Perdón, Carolina.

Pedime perdón una vez más y llamo a la policía.

Llamala. No me importa.

Claro que te importa. Si no les hubieses contado la verdad.

Todo lo que les conté es verdad.

Pero no les contaste todo.

La policía no entiende grises. Un detalle los puede convencer y enviarlos de cabeza en una dirección equivocada.

Carolina se acerca al ventanal que da al jardín. Las luces navideñas se prenden y apagan bajo el sol. Una imagen absurda que, desde que supo que su hija había muerto, viene presintiendo. Camila le dejó como herencia el sismo leve.

El sentido común me grita que busque algo que sirva de palo y te parta la cabeza, dice. Pero el estómago me ruega que por favor no. ¿No debería ser al revés?

Emilia quiere repetirle lo que tantas veces afirmó: la literatura es más importante que las personas y sus vidas; incluso personas que consideramos familia. La especie humana llegó a la cima de su evolución en el instante mismo en el que James Joyce le puso punto final a su *Ulises*. Pero no abre la boca porque ya no lo cree. Probablemente nunca lo creyó del todo. Le *convenía creerlo. Hoy, en este sofá, entre* las porquerías de Gloria y su hijo, juzga semejante fanatismo lamentable.

Si elegís hacerle caso al sentido común, probablemente me defienda, dice. No es lo que me gustaría hacer, pero intuyo que…

No voy a partirte la cabeza. Voy a publicar *El fin de lo que viene* y tus otros libros. La colección Emilia Mayer, cuidadosamente editada y anotada por Carolina Klug. Tapa dura. El mejor papel que haya en el mercado. Un precio desorbitante. Que cada lector sienta que está adquiriendo una pieza preciosa, inmarcesible, tanto como obra como objeto. Voy a encargar la escritura de tu biografía oficial y se la voy a dedicar a Camila.

* * *

Las dos y cuarto de la madrugada y Gloria y Tomás no volvieron. Emilia, en la cocina, con su *whisky*, no puede evitar preguntarse qué les habrá pasado. Con las horas se fue acostumbrando a la tierra entre los dedos de los pies. Sabe que la única manera de dormir es

llenarse de *whisky* hasta perder la conciencia y desmoronarse. ¿Y luego qué? Si mañana despierta y no volvieron, podría pagarle a alguien para que vacíe la casa y la limpie de arriba abajo. ¿Y luego qué?

Encuentra la vieja laptop en la alacena, entre botellas de Glenmorangie. No recuerda haber apilado botellas en la alacena. Se vuelve a sentar, enchufa la computadora y la prende. Abre un archivo de Word y tipea entre inmensos tragos de *whisky*.

Emilia se imaginaba a veces como una res. Una res entera colgada de un gancho. Una res viva, capaz de moverse, ir a clases, cenar con sus padres, leer, dormir en su camita con acolchado de unicornios. Lee lo que acaba de escribir y continúa*: Cuando era chica, en Punta Mogotes, su padre carnicero la agarró de un brazo, la arrastró hacia el mar y, tras decirle que estaba harto de su cobardía, que no era concebible que su hija aún no supiera nadar, la arrojó contra una ola que rompía. Desde entonces a Emilia le suena la muñeca izquierda. Cuando gira la mano, le suena como una cajita china. Está convencida de que de vieja se le va a poner dura, como un muñón con dedos.*

Tal vez lo mejor sea escribir una autobiografía: retirarse oficialmente de las letras con su propia historia, ganarle de mano a Carolina y al escritor/periodista que contrate para investigar sobre una vida que no le pertenece.

Oye que abren la puerta de calle y luego una manada de pasos que se mete en la casa.

Déjenlo donde quieran, dice Gloria.

Emilia se asoma al *living*: siete personas que no conoce, además de Gloria y Tomás, se dispersan por la casa como hormigas torpes; dos mujeres, dos hombres, un nene y dos nenas. Gloria descubre a Emilia bajo el marco de la puerta de la cocina.

Ahí estás, le dice.

Las nueve miradas se van encima de la escritora, aunque nadie se mueve ni muestra intenciones de hacerlo.

Nos parece que lo mejor es que te vayas, dice Gloria.

¿Quién es esta gente?

Juntá tus cosas y mañana a la mañana te vas a vivir a otro lado.

No tengo otro lado.

Pero tenés guita.

¿Me van a echar de mi propia casa?

No, te pedimos que te vayas de la nuestra.

Emilia se sorprende arrojando el vaso de *whisky* contra el ventanal que da al jardín. Se decepciona al comprobar que solo logró astillarlo; el vaso hecho añicos en el suelo. Ninguno de los nueve reacciona, como si Emilia no hubiera hecho más que quedarse quieta.

Dejame tus libros, dice Gloria.

Emilia contempla el jardín unos segundos, despidiéndose.

Necesito una mochila, dice.

No tenemos, dice Tomás.

Él sí, dice Emilia señalando al nene.

Pedrito no te va a regalar su mochila.

Dale nene, dice Gloria, dale la mochila.

Pedrito mira a la mujer que debe ser su madre preguntándole sin emitir palabra qué le conviene hacer. La mujer cabecea en dirección a Emilia. El nene vacía la mochila acomodando sus pocas pertenencias sobre el sofá y se la ofrece a la escritora *en* camisón.

No son demasiadas las botellas de Glenmorangie que caben en la mochila. Podría llevar una en cada mano, o meterlas en una caja y pedirles que se las manden cuando sepa dónde se va a instalar. Se limpia los pies con la sábana, se pone las únicas medias que encuentra en la cocina y el único par de zapatillas. Se alegra al encontrar su campera de invierno colgada del respaldo de la silla. Palpa los bolsillos en busca de su billetera y los manojos de pesos que suele llevar encima cuando sale a la calle. La laptop sobre la mesa parece preguntarle adonde va. Emilia la desenchufa, enrolla el enchufe, lo guarda en uno de los bolsillos de la mochila, y se calza la laptop en la axila izquierda.

Los nenes boludean en el jardín bajo las luces navideñas mientras los adultos van encontrando huecos entre el tumulto del *living*. ¿Por qué le sigue el juego a esta gente? Porque es lo que desea. No, lo que le queda. Un acto sublimemente absurdo para

dejar atrás lo que nunca va a poder dejar atrás.

Una de las nenas la mira desde el otro lado del ventanal. ¿Qué hacen despiertos a esta hora de la madrugada? Emilia piensa en regalarle una de las botellas de *whisky*, sugerirle que la esconda y espere, que en algún momento de su vida la va a necesitar más de lo que hoy necesita a sus padres. La nena la saluda. Emilia le devuelve el saludo. Suelta su juego de llaves sobre una lata inmensa de salsa de tomate y abandona la casa.

19. CAROLINA KLUG

Los diez tomos de la Colección Emilia Mayer van a tener la misma tapa, el mismo diseño y color, siendo la única diferencia el título de cada obra. Carolina propuso que se favorezca el color verde, ya que es, aparentemente, el que más veces se nombra en las obras de Mayer. Sergio protestó que le parecía ridículo publicar una colección literaria en sentido cronológico inverso, empezando con *El fin de lo que viene*. Pero Carolina se mantuvo firme, convencida de que la idea no es solamente original, sino también extrañamente adecuada.

El departamento sin Camila y Alfonso se fue llenando de ruidos que existen desde que el edificio existe. Ruidos que agradece, que le permiten desayunar acompañada.

Hace días que se esfuerza por pensar solo en Emilia Mayer. No Emilia como persona, sino como obra. Emilia como proyecto de vida. En las páginas en blanco del cuaderno que encontró en el cuarto de su hija viene anotando preguntas que se responde con la mayor cantidad de detalles posibles: cuál es la mejor manera de promocionar la obra de una escritora cancelada, cada cuánto conviene publicar los tomos, qué periodistas de qué medios serían más propensos a apoyar el proyecto, de qué manera usar a Emilia como persona. La última pregunta hasta el momento tiene una sola respuesta: Nunca.

El abogado le informa que Pan ya firmó. Ahora hay que transferirle los cincuenta mil dólares y enviarle las doscientas treinta y cinco copias de la edición original de *El fin de lo que viene* que quedan en el depósito de la editorial. Carolina le dice que ella se

ocupa. Unta una tostada de pan de salvado con queso crema y mermelada de arándanos pero, al morder la punta, presiente que lo mejor es soportar el ayuno hasta que el día pierda sentido.

Chusmea titulares de diarios en el celular. No la sorprendería darse de cara con la noticia de que Emilia murió. ¿No tendría que haber hecho más por ayudarla? ¿Ayudar a quién? La escritora símbolo de los nuevos aires que impulsan a Pasillos. La mujer que colmó cientos de magníficas horas con una prosa que es un organismo vivo, una prosa con ritmo cardíaco y presión sanguínea. La vieja que es en parte responsable de la muerte de Camila.

* * *

La editorial borbota una alegría tensa. Carolina saluda a sus colegas y les pregunta si alguno se ocupó de preparar café.

En un ratito viene, dice Sergio. Acaban de llamar del taller.

¿No habían pedido hasta el final de la semana?

Terminaron antes parece.

Ok, avisen cuando llegue. Igual seguimos con el plan de publicar el 14. Conferencia de prensa el 13 a la mañana.

¿Estás segura?, dice Roberto.

¿De qué?

Hacerla el 13.

No me jodas con cábalas berretas.

Carolina sirve café hasta el borde de la taza y se encierra en su oficina a esperar. Faltan diez días para la publicación, nueve para la conferencia de prensa. Ya sabe lo que va a decir y apenas soporta el ansia de decirlo. El café no tiene gusto a nada. La ansiedad le quita el sabor a las cosas. A lo largo de la vida esta ansiedad clavándole un dedo en el sacro. Una inquietud sin cura. Durante un tiempo consideró a Alfonso un posible antídoto. Se aferró al impotente con ambos brazos y piernas. Mentira. Basta de otorgarle a su relación con Alfonso el encabezamiento equivocado. Alfonso es su pareja, sí,

pero no es alguien que necesite. Piensa en llamarlo y proponerle dormir juntos. ¿Cuánto pasó desde la última vez que lo penetró con el cinturonga?

Dos golpecitos en la puerta y Roberto entra con una sonrisa y cinco copias frescas del primer tomo de la Colección Emilia Mayer. Las suelta sobre el escritorio como si el peso de los libros fuese prácticamente insostenible. Carolina estudia uno de los ejemplares: las terminaciones, el lomo, el cosido de las hojas. Luego lo huele. Lo abre en una página al azar y lee un párrafo. Hace lo mismo con otras dos páginas que también elige al azar.

Roberto le informa que entre hoy y mañana la van a leer entera. Una aclaración innecesaria, ya que la costumbre de los tres editores de Pasillos es leer de principio a fin las primeras ediciones y asegurarse de que el texto no tenga errores graves.

En un ratito hablo con España, dice Carolina. Casa del Libro. Voy a proponerles dos o tres semanas de exclusividad. Que armen un *stand* presentando la colección. Habría que diseñar un afiche con los otros nueve títulos. El nombre de Emilia junto al logo del Premio Cervantes.

¿Querés que armemos una sesión de fotos?

No, lo mejor es que la cara de Emilia aparezca lo menos posible. La intención es rescatar solo las obras, separar el arte de la persona. Reducir a Emilia a las dos palabras que definen su autoría.

Carolina decidió que las solapas de la colección no lleven foto de autor y condensó la nota biográfica en cuatro oraciones que describen los cuatro logros literarios más importantes de Emilia. La tipografía que usaron para el nombre de la autora tiene la mitad de tamaño que la de los títulos de las obras.

Roberto sale de la oficina silbando la *Marcha peronista*. Carolina abre el tomo uno en la primera página y empieza a leer.

* * *

Le gusta caminar por la calle con el tomo uno bajo el brazo. Sabe que no es necesario llevarlo bajo el brazo, podría guardarlo en la cartera, para eso compró esta cartera estúpidamente grande, pero el libro en la axila se siente adecuado, como si fuese indispensable para corregirle la postura.

El tomo uno en el asiento del acompañante también se siente adecuado. Cuando tenga los diez tomos podría llevarlos en el asiento de atrás, mirarlos por el espejo retrovisor, rogarles que se porten bien, que no hagan lío.

Entra en el AutoMac a cinco cuadras de su departamento y compra un combo de Big Mac y un Cuarto de libra con queso. Hace años, la tarde en la que recibió la primera copia del primer libro publicado por Pasillos, volviendo a casa de la editorial tuvo el antojo de una hamburguesa de McDonald's, y decidió hacerle caso al antojo, ignorando que era el comienzo de un ritual que repetiría indefectiblemente con cada obra publicada. Piensa en comprar una extra e invitar a Alfonso a cenar, pero al final decide celebrar sola, como lo hizo cada una de las veces anteriores.

Acomoda las hamburguesas y papas fritas en un plato y tira las cajas y bolsa de cartón a la basura. Se sienta a la cabecera de la larga mesa del *living* comedor; *El fin de lo que viene* junto al plato. Lee entre bocados. Mastica al tiempo que pronuncia las palabras que Emilia escribió en la cocina, primero en un cuaderno y luego en la laptop manchada con aceite de oliva.

Le vibra el celular. Alfonso anda por la zona y le pregunta si puede pasar. La irrita que él sea tan obediente. ¿Por qué no viene directo y abre la puerta con el juego de llaves que ella aún no le reclamó y le da una linda excusa para enfurecerse? No se apura en terminar las hamburguesas, papas y el tercer capítulo. Luego le responde que si quiere pase, no del todo segura de si su intención al esperar tantos minutos fue que él recibiera el mensaje tras haberse alejado de la zona.

Se cepilla los dientes y hace buches con enjuague bucal. Oye la puerta que se abre y los pasos lánguidos que se meten en el departamento. Se recrimina cada vez que le adjudica un adjetivo que

refiere de alguna manera a su impotencia.

Hoy tuve un día de esos, dice Alfonso.

¿De cuáles?

La canilla de la bafiadera de mi viejo empezó a perder. El plomero me dijo ya voy y tardó hora y media. Llegué a la empresa al mediodía y me recibieron con siete quilombos distintos. Almorcé una suprema de pollo tan aceitosa que me hizo un boquete en el hígado. Ya me tomé tres antiácidos.

Suerte que no te compré el Big Mac que estuve a punto de comprarte.

¿Fuiste a McDonald's?

Sí.

¿Ya tienen el tomo uno?

Recién salido del horno.

¿Lo puedo ver?

En la mesa del *living*.

Carolina se queda unos minutos en el baño, aunque no hace más que permanecer de pie con una mano en el borde del lavabo y la otra contra la pared. Luego vuelve al *living* y encuentra a Alfonso examinando el tomo uno de esa forma en la que manipulan libros los que no suelen leer.

¿Cómo lo ves?, le pregunta.

Bien. Sobrio.

Los diseños de tapas hoy en día son un festival de mal gusto. Nos inclinamos por una estética clásica.

Muy lindo, dice Alfonso en un tono que le deja en claro que no lo compraría ni a mitad de precio en una librería de usados.

¿Ya cenaste?

No. No creo que cene.

Tengo bicarbonato de sodio y limón.

Gracias. Yo me lo preparo.

Carolina, tomo en mano, sigue a Alfonso a la cocina y lo mira buscar el bicarbonato en la alacena y los cajones de la mesada. Cuando ya no queda hueco donde escarbar, le informa que lo guarda en el baño. Él le sonríe y sale por el pasillo. Ella abre la

heladera, saca un limón, lo corta al medio y le quita las semillas. Cuando lo conoció celebraba que él no supiese cómo mostrar admiración por lo que ella es, por las obras que publica, por los cientos de miles de páginas que leyó, aunque lo intentaba con el alma, pero en el último tiempo esa misma incapacidad de admiración la exaspera.

Se acuestan desnudos en la cama. Ninguno de los dos se decide a dar el primer paso hacia el cinturonga. Alfonso lleva las rodillas al pecho y se tira un pedo.

Perdón, dice.

Todo sucedió para que yo pueda hacer esto, dice Carolina.

¿Qué sucedió?

Mi vida entera. Los logros y las pérdidas. La soledad. Para que yo tenga la oportunidad que tengo en este preciso momento.

Me suena un poco simplista.

Es que es simple.

Camila murió para que vos puedas publicar las obras completas de Emilia Mayer.

Sí.

¿Me estás jodiendo?

No.

Guillermo y mi viejo se suicidaron para que vos puedas publicar las obras completas de Emilia Mayer.

Sí.

Alfonso se sienta en la cama y se aprieta ambos ojos con los pulgares. Se sostiene la cabeza con la palma de la mano derecha. Luego se pone de pie y empieza a vestirse.

¿Qué hacés?, dice ella.

Me voy.

Si te sentís mal podemos ver tele, dormir, y mañana a la mañana…

Te las dejo, dice Alfonso soltando el juego de llaves en la mesita de luz.

No te vayas.

Me tenés que abrir abajo.

No me queda otra, dice Carolina.

Alfonso se pone los zapatos y contempla los cordones desatados como si existiesen a una distancia descomunal. Quiere girar y mirarla pero no lo hace. Carolina se dirige al vestidor y busca la caja detrás de otras cajas. Se da cuenta de que esconder los cinturongas ya no es necesario. Vuelve al cuarto calzando el pene artificial tamaño large.

¿Así vas a bajar a abrirme?, dice él.

No me queda otra, Alfonso. No es tan difícil de entender. Si no pienso de esta manera, entonces hice todo mal.

Y ya no hay vuelta atrás. No hay manera de corregirlo, o al menos mejorarlo. Ya no tengo permitido sanar los errores.

Alfonso se quita los zapatos y va hacia ella sintiendo un cansancio rancio. La abraza en un intento de comprobar qué es lo que verdaderamente siente por ella. Un abrazo que ella agradece. Un abrazo que va a durar el tiempo que él crea conveniente. Luego se pone de rodillas y acerca la boca al pene artificial eternamente erecto.

Una vez cada uno, dice. Y después me bajás a abrir.

* * *

La conferencia de prensa se lleva a cabo en uno de los salones del Hotel Intercontinental. Carolina permite que Sergio y Roberto se ubiquen uno a cada lado de ella ante la mesa con agua mineral, micrófonos y ejemplares del tomo uno de la Colección Emilia Mayer. El periodismo colma tres cuartos de las sillas prolijamente ubicadas en filas de diez.

Gracias a todos por venir, dice Carolina. Acá con mis colegas podemos afirmar que hoy es el día más importante en la historia de Editorial Pasillos, y nos atrevemos a conjeturar que también es un día de suma importancia en la historia de la literatura arg…

¿Dónde está Emilia?

Emilia Mayer prefiere que la editorial lleve adelante la presentación, publicación y distribución de la colección que lleva su nombre, dice Roberto. Nos pidió que dejemos en claro que se siente inmensamente orgullosa y bendecida por la decisión de Pasillos de publicar su obra entera.

¿Quién se hace responsable de la estafa?

No hay un solo responsable, dice Carolina. Emilia nos mandó la novela con el nombre de Pan. Su intención era ayudarlo.

Y publicar un libro en el que había trabajado años, dice Sergio. Un libro que supuso de otra manera no iba a poder publicarse.

Carolina lo mira indicándole que no era necesario que la interrumpiese.

Ya hablamos de esto largo y tendido, dice. Pan aceptó seguir adelante con la publicación de un libro que no le pertenecía porque él es sobre todo un amante de la literatura y consideraba un crimen que *El fin de lo que viene* no se publicase. Fue un error sin duda. Un error en el que terminamos involucrándonos. Pero un error con buenas intenciones, con el ojo puesto principalmente en el valor de una obra literaria.

En las redes sociales se estableció hace unos días la discusión de si la publicación de la obra completa de Mayer no es una forma de glorificar el abuso.

De ninguna manera, dice Roberto. Pasillos ya dejó en claro nuestra postura.

Carolina quisiera explicarle que usar el sujeto «Pasillos» con el verbo «nuestra», en primera persona del plural, le quita validez a todo lo que vienen diciendo y van a decir de ahora en más.

Ya hemos explicado en varias ocasiones que la postura de Pasillos es la de separar al artista de su obra, dice. O mejor dicho, considerar la persona y las obras de arte entidades independientes.

Hay gente que afirma que eso no es posible.

¿Qué gente?

Que escindir a la persona de su obra es artificial, algo que solo defienden los que pretenden justificar a la persona en cuestión.

¿Quién dijo eso? ¿Ya no hacen siquiera el esfuerzo de citar

fuentes?

Sergio y Roberto giran hacia Carolina al mismo tiempo, dos rostros distintos con el mismo gesto de alarma.

Nuestra intención es la de hablar solo de literatura, dice ella. Sentimos que el evento lo amerita. Que la editorial está tomando un riesgo que debería ser celebrado. Si la intención de ustedes es interrumpirnos constantemente en busca de un titular que nada tiene que ver con la obra que estamos publicando…

Lo que Carolina quiere decir es que…

No necesito que les aclares lo que quiero decir, Sergio. Sé muy bien lo que quiero decir. Y sé cómo decirlo. Pero acá a nuestros amigos les entra por un oído y les sale por el otro. Porque ya saben lo que van a escribir. Todos lo sabemos. Y me apena enormemente.

¿Cada cuánto se van a ir publicando los tomos?

Uno por año cuando se trate de novelas largas. Intervalos de seis meses entre novelas breves o cuentos.

¿Y por qué la decisión de publicarlas en orden cronológico inverso?

Carolina reprime el deseo de sonreír. Toma nota mental de averiguar cómo se llama la periodista que acaba de cambiar el tono de la presentación e invitarla a un café.

Sabíamos que el primer libro tenía que ser el último, dice, y eso nos abrió la puerta a elegir este orden inverso, algo que no se ha hecho nunca, y que de alguna manera homenajea a Emilia y su escritura que siempre nadó indefectiblemente contra la corriente.

Se viene escuchando el rumor de que Pasillos va a ser comprada por el Grupo Planeta. ¿Pueden comentar al respecto?

No hay nada que comentar. Los rumores no son hechos.

¿Entonces no está en los planes de Pasillos ser adquirida por…?

No que yo sepa.

¿Cómo esperan que reaccione el público y el mundo literario en general a la publicación de una autora que, al menos al día de hoy, continúa siendo una mala palabra?

Desde ya que no esperamos una reacción homogénea. Pero esta misma novela ya fue publicada y tuvo un recibimiento

extraordinario, tanto de crítica como público. El texto no cambió en lo más mínimo. Solo cambió el nombre del autor y el diseño de tapa.

El resto de la conferencia es un no tan lento descenso en la más soporífera indiferencia. Durante el monólogo que Carolina lleva semanas preparando, un periodista saca su celular y abre Instagram con la simple intención de espiar las últimas publicaciones, y contagia a otro periodista que también saca su celular, y este contagia a otro, y en pocos segundos menos del diez por ciento de los presentes mantiene la atención en lo que la editora exclama con una pasión tímida. Sergio y Roberto perciben cómo la velada se desinfla, pero ninguno de los dos interrumpe a Carolina: saben el esfuerzo que le puso no solo a la colección, sino a este evento que es el punto de partida de, para ella, todo lo que tiene sentido en el mundo. Las botellas de agua mineral se vacían a gran velocidad cuando no se cuenta con nada para decir.

* * *

* * *

Celebran los tres en el restaurante del hotel. Piden *champagne* para brindar y un malbec caro para acompañar la cena. Ninguno comenta sobre las sensaciones positivas o negativas que dejó la presentación.

Carolina introduce la idea de publicar el tomo dos en un par de meses, no dejar que el entusiasmo se enfríe.

Además hay que tener en cuenta que muchos de los que van a comprar el tomo uno ya lo leyeron. Entiendo que *El fin de lo que viene* es un libro que vale la pena releer, y que muchos lo van a hacer, tal vez solo por el fetichismo de verificar cómo funciona el texto bajo el nombre de Emilia, y también supongo que muchos lo van a comprar por el simple hecho de poseer la nueva edición, la edición oficial, pero no sé cuánto queda por decir de este libro luego

de todo lo que se habló.

Esperemos a ver qué pasa, dice Sergio.

¿Cuánto?

Un mes. Dos.

Podríamos tener el segundo tomo listo y sacarlo a la calle cuando sea más oportuno, dice Roberto.

Perfecto, hagamos eso, dice Carolina. Si fuese por mí tendría lista la colección completa.

* * *

En los primeros estantes de la biblioteca del *living*, Carolina acomoda los ejemplares de Emilia Mayer que fue comprando con los años y deja un espacio para los nueve tomos restantes de la colección. No sabe qué hacer con las dos copias de *El fin de lo que viene* de Pan Mayer. Piensa en tirarlas a la basura y sacar la basura al pasillo. Luego se dice que mejor no: son parte de esta telenovela literaria que hace tiempo decidió va a justificarle la vida. Los acomoda en el quinto estante, entre *Demasiada felicidad* de Munro y *El hombre sin atributos* de Musil.

La biógrafa aceptó venir a juntarse a lo de Carolina. No la hubiese contratado si le ponía alguna excusa. Está harta de la gente desganada que no sabe apreciar el valor de una oportunidad.

Prepara una jarra de café de filtro, aunque por la hora sospecha que lo mejor es ofrecerle una cerveza, o una medida del *whisky* que le regaló Emilia. Un buen comentario para romper el hielo.

En el ascensor, protesta contra las estadísticas de inseguridad que la obligan a bajar a planta baja cada vez que alguien viene a visitarla.

Griselda Sánchez viste pantalones de *jogging* y un *sweater* grueso y largo que alguien tejió el día que secuestraron a Aramburu. Carolina se tranquiliza al comprobar que carga una mochila Tumi que debe salir una fortuna.

Gracias por venir, le dice.

No hay problema.

Se ubican en los sofás del *living*, junto a la biblioteca. Carolina sabe que su cabeza, a ojos de la biógrafa, sostiene el estante con la obra de Emilia. Griselda acepta un café, pero también un vaso de *whisky* luego de saber que es el favorito de la escritora que pretenden recomponer en forma de libro.

El objetivo es cerrar la colección con la publicación de la biografía, dice Carolina. Eso nos daría varios años para trabajar. No me interesa una de esas biografías breves que suelen escribirse en este país. Quiero la *James Joyce* de Ellmann. La *Nabokov* de Brian Boyd.

Ambicioso.

Si aceptás, tenés que entender que va a ser tu principal proyecto durante los próximos años. Tu vida tiene que ser la vida de Emilia.

Imagino que es una biografía autorizada.

Sí, claro.

Y que tendría acceso a Mayer.

Por supuesto. Emilia es una persona muy particular, así que te anticipo que no va a ser fácil. Pero ella no está en contra de la biografía.

Carolina evita mencionar que hace días que no le contesta el celular ni le responde mensajes de texto. Despierta todas las mañanas con el rostro de Emilia en primer plano. Durante el café supone que debería ir a visitarla otra vez, asegurarse de que se encuentre bien. Luego piensa en llamar a la policía y pedirles que por favor chequeen la casa, contarles que hay una gente sospechosa viviendo en el domicilio de la escritora argentina más importante desde Borges. Luego se convence de que no es responsable de la vida de Emilia. El contrato que ambas firmaron no especifica que Carolina tenga que cuidarla o protegerla.

¿Cuál es la situación de Pan Mayer?, dice Griselda.

¿Qué situación?

¿Contaría con acceso a él?

En principio no. Pero Pan es impredecible. Tal vez en algún

momento de los próximos años lo convenzamos.

No veo posible escribir una biografía del tamaño y la complejidad que me estás pidiendo sin conversar varias horas con Pan. Por lo que entiendo la vida de Emilia tiene solo dos caras: su carrera literaria, la cara pública, y su vida con Pan, la cara privada.

Hay mucho más que eso. Emilia adoptó a Pan a los treinta años. ¿Quién fue antes? ¿Con quién estuvo? ¿Cómo eran sus padres y sus antepasados? ¿Cómo fueron sus años en la Universidad de Buenos Aires? ¿Cuáles son los escritores que primero la influyeron? ¿Y los últimos?

Perdón, Carolina, pero sin Pan no hay biografía.

Te voy a pagar muy bien, Griselda.

Gracias, pero no te voy a cobrar por un libro que no es posible escribir.

Pan en algún momento va a dar el brazo a torcer. Cuando se le acabe la plata le ofrecemos unos mangos.

Entonces hagamos una cosa: cuando Pan dé el brazo a torcer, me avisás y arranco con la biografía.

Hay otros escritores que aceptarían en segundos.

No me caben dudas.

Ok. Dejame que hable con Pan y te llamo.

* * *

Pan Mayer se escurrió de la faz de la Tierra. El celular suena y suena sin contestador automático. No responde *mails*. En el Hotel Panamericano nadie sabe adonde se mudó.

Carolina maneja hasta lo de Emilia y descubre que la casa pertenece a una familia numerosa. La invitan a pasar y le ofrecen jugo. Ya no quedan restos de la escritora que no sean los libros desparramados por el *living* y la cocina. Ninguna de estas personas parecen ser la mujer o el hombre que conoció en su última visita.

Recorre las calles aledañas en una búsqueda que sabe va a ser en

vano. Todo lo que le queda es el contrato, la publicación de los diez tomos. La biografía es la cereza de un postre lo suficientemente suculento para empalagarla.

* * *

El primer tomo de la Colección Emilia Mayer no provoca más que un entusiasmo lavado. Algunos medios de comunicación que habían elogiado efusivamente la novela de Pan Mayer se muestran reticentes de celebrar un texto que, bajo la autoría de Emilia, los mismos periodistas afirman perdió un brillo que probablemente nunca haya sido tal.

Carolina lee las reseñas, que no suelen ser más que breves notas, encerrada en su oficina. Se ríe de un par de comentarios serpentinos que se esmeran insólitamente por entrelazar vida y obra.

Tocan la puerta. Sergio entra y le cuenta que está esperando para hablar con Mariela Delgado de *Página 12*.

El suplemento Radar siempre defendió la obra de Emilia, dice.

Carolina quiere dejarle en claro que no tiene sentido venir a su oficina a darle una información que ella ya conoce, pero el horno no está para bollos. Le pregunta qué piensa ganar hablando con Mariela Delgado.

Saber qué van a publicar. Anticiparnos. Si es necesario, pedirles una mano.

Ni se te ocurra.

¿Por qué no?

Que publiquen lo que quieran.

¿No ves lo que está pasando? A este ritmo no llegamos al tomo tres. Vamos a tener que trasladar las miles de copias directamente a las librerías de usados.

Cuanto más alta la montaña más orgullo por escalarla.

Genial. Ahora escribís aforismos de mierda.

La obra es brillante, Sergio. Somos los guardianes de miles de

páginas que justifican la invención del ser humano. ¿Y vos querés que me preocupe por un puñado de reseñas?

Nos vamos a fundir.

Me chupa un huevo. Si nos tenemos que mudar todos a vivir a la editorial, que así sea. Vale la pena. Comemos arroz. Tomamos agua de la canilla.

Cuando vuelve a quedarse sola, Carolina relee las reseñas que la hicieron reír. No les encuentra ni una pizca de gracia.

20. ALFONSO MIRANDA

La empresa bajo su mando funciona de maravillas. Esas son las palabras que usaron los accionistas en la última reunión con Alfonso, luego de analizar su primer semestre como jefe máximo. Uno de los dueños de mayor antigüedad le ofreció su casa en Ixtapa, México, una pequeña mansión con vista al mar, y le dijo que la usase cuando quisiera.

El departamento de su padre le aplasta el buen humor que trae de la empresa. Decide ponerlo en venta. Alquila un dos ambientes sobre avenida Libertador que rebalsa de luz natural y, los días que no hay bruma, le permite ver el río.

Tras varias semanas de un estudio de mercado minucioso, compra por internet un cinturonga que es, según el vendedor, un milagro tecnológico. El pene artificial imita tanto en forma como textura a un pene auténtico y el cinturón cuenta con un control remoto que permite variar tamaño y dureza.

Un colega con quien comparte almuerzo de vez en cuando le recomienda un bar en Villa Crespo al que asisten mayormente personas divorciadas y viudas. Alfonso abre la puerta de madera pesada anticipando un rejunte de despojos humanos y sonríe, no al descubrir que estaba completamente equivocado, sino al entender que antes de Carolina no hubiese imaginado rebajarse a tan desagradable prejuicio.

¿Cómo te da la cara, flor de impotente?, se pregunta en una voz que es un suspiro y lo enardece.

Se sienta a la barra, pide una copa de vino tinto y espera por una

mujer que, no tiene dudas, está a punto de abrir la puerta y sentarse a su lado.

21. PAN MAYER

Apiló las copias de su *El fin de lo que viene* en una pieza que alquiló junto a la pieza en la que duerme. La pensión no le recuerda a la comunidad del Chavo, como había ambicionado, pero sí lo hace sentir en casa. Tal vez sea la presencia constante de Marta, la dueña. Una presencia mayormente cálida y poco invasiva.

Los primeros días se dedica únicamente a comer, dormir y autografiar las copias de la novela. Cuando estampa su firma en el último ejemplar, se pregunta cuál podría ser el próximo paso, pero no encuentra más respuesta que volver a la pieza en la que duerme, tirarse en la cama y prender la tele que compró en Garbarino.

* * *

Camina por el barrio en busca de algo que no sabe lo que es ni le importa. Cada vez que pasa por un kiosco recuerda a Carlos y piensa en llamarlo y ofrecerse como empleado de por vida. Conversa con los kiosqueros de cualquier cosa y luego, al alejarse, se siente culpable de haberles comprado solamente dos bocaditos Marroc.

* * *

Los días pasan con desgano. Una languidez muy similar a la que

definía sus últimos años con Emilia.

Una mañana del segundo mes desde su llegada a la pensión, se sienta a desayunar con Marta. Mate compartido y galletitas de agua con queso crema y mermelada de ciruelas. Ambos padecen la extrañeza de la compañía: ella por tantos años de rutina en soledad (su marido falleció hace ya quién sabe cuánto) y él por la comprensión parcial de que esta señora que mayormente desconoce es una rama gruesa asomando de la cima rocosa de un acantilado.

¿Los libros esos los escribiste vos?, le pregunta Marta.

No.

Tienen tu nombre en la tapa.

Fue un error de la editorial. Por eso los sacaron de circulación. Pero les pedí que me regalaran las copias que quedaron sin vender, como recuerdo.

¿Recuerdo de un error?

Esa noche Pan vuelve a aparecer en la cocina justo antes de que Marta termine de preparar la cena. Se ofrece a ayudarla, consciente de que lo que sea que se macera en la olla nunca fue pensado para él. Ella le pide que sirva agua en dos vasos y se siente. Guiso de arroz y vegetales. Pan sopla varias veces antes de probarlo.

Siempre cocino de más, dice Marta. Si voy a hacer el esfuerzo, mejor que dure varios días.

Muy rico.

Gracias. El plato favorito de mi marido. Solo disfrutaba de la comida que se sirve en plato hondo y se come con cuchara.

Pan supone que tal vez lo correcto sea preguntarle qué pasó con su marido, pero no es un tema que le interese. En realidad no le interesa ningún tema en particular. Comen en silencio varios minutos, hasta que Marta le confiesa que lo conoce.

Te vi en las noticias.

¿Cuándo?

Hace un tiempo, cuando tu cara aparecía en todos lados. ¿Qué pasó con la señora que vivía con vos?

No sé.

¿No la volviste a ver?

Pan se sirve más guiso sin preguntarle si puede servirse. Marta lo sigue con la mirada, masticando, tomando un sorbo de agua.

Entiendo si preferís que no hablemos de eso, dice.

Me da lo mismo.

¿De qué trabajás?

Nada.

Mi padre decía que nunca hay que confiar de un inquilino que se pasa el día en la pieza. Pero hoy se puede trabajar desde cualquier lado. Por eso puse la internet.

Tengo plata ahorrada. Y de a poco voy a ir vendiendo esos libros. Pero todavía no. Me conviene esperar. En unos años van a valer fortunas.

Marta le sonríe como sonríen los que presienten que les están vendiendo un producto vencido. Pan cree recordar que Emilia también solía sonreírle de esa manera. Aunque la escritora y la dueña de la pensión no se parecen en nada, o casi nada, es muy poco lo que tienen en común.

* * *

Una tarde, luego de devorar una docena de medialunas sumergidas en café con leche, sale a caminar por el barrio, como aprendió a hacer cada vez que se le va la mano con la comida (sugerencia de Marta), y los pasos lo llevan no tan sorpresivamente hasta Editorial Pasillos. Espera a pocos metros de la puerta que alguien entre o salga. Sabe que no va a tocar el timbre. Sabe que Carolina no tiene el más mínimo deseo de volver a verlo.

Continúa caminando y se mete en la primera librería que aparece. Busca los dos tomos de la Colección Emilia Mayer. El segundo acaba de ser publicado: una novela titulada *Quince sueños*. Busca la foto de Emilia en la solapa pero no la encuentra. Tampoco encuentra copias de las publicaciones anteriores, las supuestamente canceladas. Le pregunta al único vendedor a cuánto salen los tomos

de la colección.

Cuatro mil trescientos.

¿Los dos?

Cada uno.

¿Y venden bien?

Poco y nada. Mejor dicho, nada y nada.

¿Te interesaría comprar copias de *El fin de lo que viene* autografiadas por Pan Mayer?

No compramos libros independientes. Solo a editoriales. Averiguá en alguna librería de usados, aunque no creo que paguen mucho. Te conviene contactarte con algún coleccionista.

¿Conocés a alguno?

No.

Pan pasa caminando por una librería de usados en la que descubre pilas de ejemplares de la Colección Emilia Mayer a mitad de precio. Al salir, chequea el nombre de la calle que cruza con la sola intención de ubicarse y se da cuenta de que anda cerca del kiosco de Carlos.

Las cabinas telefónicas en desuso siguen desperdiciando espacio. Carlos le vende cigarrillos a un hombre que huele a quemadero. Pan se desanima al comprobar que ya no sabe cómo comportarse frente a una persona que le obsequió su casa y le dio trabajo durante más de un año.

¿Qué hacés ahí parado?, dice Carlos. Vení para acá. Dame un abrazo.

Sale de detrás del mostrador y abraza a Pan como un padre abraza a un hijo que hace tiempo se fue a vivir a otro país.

¿En dónde estás viviendo? Imelda no deja de romperme los huevos preguntándome si sé algo.

Una pensión. Acá cerca. O no tanto.

Pasate por casa cuando quieras.

¿Cómo te fue con la operación?

La intervención. Bien. Acá sigo.

Perdón que no fui a verte al hospital.

Olvidate. Duró tres minutos.

Pan siente envidia de la comodidad con la que Carlos vive su vida de kiosquero. O no tanto envidia, sino una especie de sincronismo. Pan se ve de alguna manera en Carlos. Ve algo en el kiosquero que lo representa, que le recuerda quién era él durante sus años con Emilia. Un kiosquero sin kiosco.

No sacaron las cabinas, dice.

Sí, estamos juntando guita. Pero viene complicada la cosa. Imelda dice que hay que alquilarlas como espacios de privacidad. Rectángulos en los que podés permanecer un rato, alejado del quilombo de esta ciudad de mierda.

¿Y lo de la bisutería?

Viene complicada la cosa.

¿Cuánto necesitan?

No importa. ¿Querés un alfajor? Me trajeron estos nuevos con…

Yo se las doy.

Ni en pedo, Pan.

Hice un arreglo con la editorial. Bastante plata.

Imelda está furiosa con todo lo que pasó. La estafa. Me parece que exagera.

Dame el CBU de tu cuenta. Te la transfiero ahora.

No queremos tu plata. Guardala. Hiciste bien en irte del hotel.

Voy a llamar a Imelda y pedirle el CBU a ella.

Llamala. No te va a atender. Ya te dije: exagera.

¿Cuánto sale el Toblerone ese, el más grande?

Setecientos.

Dame todos los que tengas.

* * *

Se contacta con una coleccionista de libros que acepta recibirlo en su casa de Recoleta. Le pide que traiga solo una de las copias de *El fin de lo que viene*, ya que Pan le aclaró que son todas idénticas y se encuentran en el mismo estado: jamás leídas. El tamaño de los

ambientes lo incomoda, y también la pulcritud. La señora se llama Alba Entrecanales y Pan calcula que debe tener unos ochenta años. Le ofrece una calidez que no condice con la abundancia de objetos de metal que los rodean.

Lo guía hasta la biblioteca: un cuarto oscuro del tamaño de una pequeña estación de tren. Las paredes están hechas de libros. La iluminación proviene de lámparas de pie tácticamente ubicadas en distintos ángulos del ambiente.

¿Te puedo ofrecer algo de tomar?

Estoy bien, gracias.

Mostrame lo que trajiste entonces.

Pan saca la copia de la novela que juró frente al mundo él había escrito y la deposita sobre la única mesa, junto a un lapicero de plata con varias lapiceras fuentes de las que solía ver en aeropuertos bajo cofres de vidrio. Alba sostiene el tomo con cuidado.

El precio de los libros crece con los años, dice. Discúlpame que remarque semejante obviedad, pero esta edición es de hace poco más de un año.

Primera edición.

Te convendría guardarla un tiempo y ver qué pasa.

Tengo doscientas ochenta y nueve copias, todas autografiadas.

Alba suspira de esa manera que suspiran los maestros que se dan por vencidos con un alumno que no es capaz o se rehúsa a aprender la lección. Luego examina la foto de la solapa y el rostro de Pan en la luz ocre de la lámpara de pie más cercana.

Sos vos, dice. ¿Por qué me dijiste que te llamás Carlos?

Pan no sabe qué responder. Alba lo invita a sentarse en el sofá de dos cuerpos más cercano a la mesa y él acepta. Necesita varios segundos para acostumbrarse al contacto del cuero.

¿Cómo anda Emilia?, le pregunta Alba.

Bien.

La conocí en un par de eventos, hace muchos años. No hablamos demasiado. Bueno, yo hablé hasta por los codos, pero Emilia soltó cinco o seis palabras.

No le gustaba salir de casa.

Si te compro los ejemplares ahora, te voy a pagar una miseria.

¿Cuánto?

¿Qué apuro tenés?, dice Alba y sonríe con la misma calidez que arrastra desde el palier. No me gusta lidiar con gente desesperada.

No estoy desesperado.

Entonces guardá los ejemplares y esperá a ver qué pasa. Nunca se sabe. Y si lográs que Emilia también los firme…

¿Eso subiría el precio?

¿Qué te parece? La verdadera autora firmando ejemplares de la estafa. Nunca sucedió en la historia de la literatura mundial.

* * *

Pan adopta la costumbre de pasar por el kiosco de Carlos, preguntarle cuál de las golosinas que ofrece ese día es la más cara y comprarle el *stock* completo. Cuando Carlos entendió la intención de Pan, le rogó que dejara de romper las pelotas, pero no tardó en darse por vencido: una persona es libre de comprar lo que desee.

Tarda varias semanas en juntar el ánimo de visitar a Emilia. No es tanto falta de coraje, sino la comodidad que viene encontrando en la pensión, especialmente en su amistad con Marta.

La casa de Emilia parece estar preparándose para el carnaval. Las sillas de la cocina en la vereda. Gente que Pan nunca vio tomando mate y el sol de la tarde. La puerta de calle abierta. Perros entran y salen de la casa. Pan se acerca a una mujer que gira el dial de una radio portátil en busca de una emisora que aparentemente no llega a esta parte de la ciudad y le pregunta por Emilia.

¿Quién?

Emilia Mayer, la dueña de esta casa.

No sé, hablá con Gloria.

¿Qué Gloria?

¡Che, Nelly! ¡¿Gloria está adentro o salió?!

Pan se asoma dentro de la casa: el mercado de pulgas se

expandió por paredes y techo. Gente anda por el *living*, entrando y saliendo de cuarto, baño y cocina. El jardín es una venta de garaje al aire libre. Pretende cerrar la puerta, pero una mano se lo impide. Tomás le ofrece un choclo hervido, clavado en un tenedor, embadurnado con manteca.

No, gracias, dice Pan.

La vieja se fue.

¿Adónde?

Ni idea.

Pan sostiene el tenedor con el choclo. Ignora por qué lo aceptó: no piensa acercárselo a la boca. Tomás le pregunta si quiere pasar, pero Pan no responde, no se decide a dar un paso dentro de la casa. Dos nenes salen corriendo y casi se lo llevan por delante. Pan le entrega el choclo a un anciano que viene de la cocina limpiándose la boca con papel de diario. No se lo agradece. Le encaja un primer mordisco antes de meterse en el baño y cerrar la puerta.

El abuelo es un personaje divino, ¿no?, dice Tomás.

Pan se aleja de la casa hacia la ochava donde lo espera el remise. El chofer gira sobresaltado cuando le golpean el vidrio de la puerta de atrás. Arrancan en dirección a la plazoleta sin pasto. Pan espía los alrededores en busca de un bulto que se asemeje a la alguna vez candidata al Premio Nobel de Literatura.

* * *

Camila es un recuerdo que no duele. Pan piensa en ella solo cuando se encuentra en la cocina compartiendo un mate con Marta y la dueña de la pensión le pregunta si está saliendo con alguien, o si conoció a alguien, o qué espera para ir en busca de alguien.

Hay noches en las que piensa en Carolina. Se masturbó imaginando a la editora. También a la Emilia de cincuenta años. También a Marta, lo que lo llenó de culpa. Pero nunca se masturba imaginando a Camila.

Le molesta ser tan joven. Se siente listo a vivir lo que le queda de vida en la pensión, haciendo poco y nada, compartiendo horas con Marta, dando vueltas por el barrio.

Se alegra al pasar una tarde por el kiosco de Carlos y encontrar a Imelda organizando el puesto de bisutería. No quedan rastros de las cabinas telefónicas. La frialdad con la que la tutora lo saluda sostiene a la alegría de los pelos y le rebana las piernas. Carlos no le presta demasiada atención, concentrado en discutir con el carpintero que termina de ensamblar los estantes.

Pan quiere aclararle a Imelda que él colaboró día tras día para que su sueño de la bisutería se haga realidad. Conversan brevemente de lo mismo que conversó con Carlos cada una de las tardes en las que pasó a gastar fortunas en golosinas que luego regalaba a los vagabundos que iba encontrando en el camino de vuelta a la pensión o devoraba encerrado en la pieza viendo panelistas opinar de cualquier tema en la tele.

Imelda le pregunta si sabe algo de Emilia.

No.

De vez en cuando la busco en el diario. Pero ya no la nombran, ni siquiera las pocas veces en las que escribieron sobre su Colección.

¿Quién va a atender el puestito nuevo?

Yo. Me jubilo. Me harté de tanto nene sin ganas de aprender. Ya ni los pibes con problemas tienen ganas de instruirse. No sé de qué carajo piensan vivir cuando sean grandes. Y los padres… Peor. Los dejan hacer lo que quieran. Cada problema es culpa nuestra, de las maestras. Ni te cuento la cantidad de colegas que opinan lo mismo.

Pan entiende a esos nenes. Le gustaría decirle a la extutora: la culpa *es* de ustedes, Imelda.

Se arrepiente de haber venido. ¿Qué esperaba conseguir? ¿Qué quiere probar? Sabe perfectamente lo que quiere: que alguien por primera vez en la vida le reconozca un gesto.

¿Por qué no me agradecen?, dice.

¿Qué cosa?, dice Imelda.

Esto, tu puestito, es gracias a mí. ¿Qué les cuesta agradecerme?

Tendrían que poner una plaqueta arriba de los estantes con mi nombre. Rincón Pan Mayer.

¿Carlos te aceptó la plata?

De alguna manera sí.

No me dijo nada.

Bueno, ahora sabés.

Che, Carlos. ¿Por qué no me dijiste que Pan te dio la plata para el puestito?

No me la dio, dice Carlos.

Sí que se la di, dice Pan.

Dice que no, dice Imelda.

Le compré veinte toneladas de golosinas.

Imelda le avisa al carpintero que va a salir un momento y, tras pellizcar un Milka Leger sin que Carlos la vea, le pide a Pan que la acompañe a la vereda. Sonríe al sentir el sol en la cara. Se mete en la boca un cuadrado de chocolate con leche y lo chupa.

¿De dónde sacaste la plata?, le pregunta.

Es mía.

Ya sé que es tuya, pero ¿quién te la dio?

Editorial Pasillos.

¿Vendiste tu arte por unos pesos?

¿Qué arte?

Tu novela.

No escribí ninguna novela.

Imelda chupa el chocolate entre chasquidos de lengua; en ningún momento amaga con ofrecerle uno de los tres cuadraditos que le quedan.

Nunca lo hubiera imaginado, dice. Sí de Emilia, de ella no me sorprendería nada, pero de vos… Contame al menos que te obligaron. Te amenazaron.

No, dice Pan.

¿Y entonces por qué lo hiciste?

¿Por qué no?

No hay nada peor que andar por la vida siendo algo que no sos.

Hay cosas peores.

Al menos Carlos ahora va a aceptar que no exageraba.

Pan le arrebata los dos cuadraditos de chocolate de entre los dedos y se los mete en la boca.

¿Y a vos no te jode?, le pregunta.

Claro que me jode. Te queríamos como a un…

¿No te jode ir por la vida siendo algo que no sos?

¿De qué hablás, pendejo irrespetuoso?

¿Me vas a decir que no lo veías? Tantos años en casa, entrando y saliendo. Solos. Vos, yo y Emilia.

Vos, Emilia y yo se dice.

¿Me vas a jurar que no lo veías?

La bronca de Imelda se resume en un intento de cachetazo que Pan desarma empujando a la tutora con ambas manos y tirándola de culo al suelo. Carlos sale del kiosco gritando interrogantes que nadie pretende responder. Pan le escupe a Imelda un gargajo espeso que consiste mayormente en chocolate con leche masticado.

¡¿Qué carajo hacés?!, dice Carlos. ¡Te volviste loco!

Pan corre, trota, camina de vuelta a la pensión, lamentándose por no haberse robado unos cuantos Toblerones.

* * *

Tirado en la cama viendo repeticiones de *El Chavo*, se pregunta si con Marta es suficiente. Se responde que probablemente sí. Las cuentas le confirman que puede vivir en esta pensión poco menos de tres años sin preocuparse por trabajar o conseguir plata extra. Además tiene las copias de la novela, su novela, y quién sabe el valor que…

Le suena el celular: número desconocido. Como la escena en la tele no es de sus favoritas, atiende.

En el taxi, camino al hospital, piensa que tal vez podría comprarse un auto. Un año menos de libertad a cambio de dar vueltas por el país sobre cuatro ruedas. Antes tendría que sacar

registro. Y antes aprender a manejar. ¿Por qué Emilia nunca le propuso aprender a manejar? Aunque ella no tenía auto ni sabía manejar, podría haberle propuesto asistir a una escuela de manejo, sacar el registro, usarlo de chofer.

La encuentra dormida en la cómoda cama de uno de los pocos cuartos privados con ventana a la calle. Una mujer adulta reducida al tamaño de una nena preescolar. Brazos del grosor de esos africanos famélicos que Pan vio en la tele mientras saltaba de canal en canal.

Pan sale al pasillo y se acerca a una enfermera que acomoda objetos sobre un carrito de metal; objetos que él no es capaz de nombrar, excepto por la gasa. La enfermera le cuenta lo mismo que le contaron por teléfono: trajeron a Emilia en una patrulla policial, sucia, descalza, un cuadro de anemia extrema. Antes de sedarla, Emilia les rogó que lo llamasen.

Hace dos días que la tenemos a suero, dice la enfermera. Ya está un poco mejor.

Pan padece un principio de erección al verla alejarse empujando el carrito. Vuelve al cuarto y se sienta en la única silla, a varios metros de la cama. El sol en la nuca le promete que todo va a estar bien.

NICOLÁS GIACOBONE nació en Buenos Aires, Argentina, en 1975. Es autor de varios guiones cinematográficos, así como de obras en solitario y en equipo; sus trabajos más recientes son *John y el hoyo* (2021) y *Bardo* (2022), este último con Alejandro González Iñárritu, el director con el que más ha colaborado tras *Biutiful* (2010) y *Birdman* (2014), que le valió un Oscar de la Academia al mejor guion original. Su carrera como narrador comenzó con el libro de relatos *Algún Cristo* (2001), al que le han seguido las novelas *El cuaderno tachado* (2018) y *Bum bum bum* (2022). Sus libros se han traducido a seis idiomas y publicado en más de diez países.